

DEPARTAMENTO DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y FILOSOFÍA  
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

**“ESTUDIO HISTORIOGRÁFICO, PSICOLÓGICO Y  
PSICOPATOLÓGICO DEL REY ENRIQUE IV DE  
CASTILLA”**

**T E S I S   D O C T O R A L**

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ INFANTE

TESIS DOCTORAL

REALIZADA EN EL DEPARTAMENTO

DE

HISTORIA, GEOGRAFÍA Y FILOSOFÍA

DE LA

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

POR

JOSE MANUEL GONZÁLEZ INFANTE

Y

DIRIGIDA POR EL

PROF. DR. ALFONSO FRANCO SILVA

CATEDRÁTICO DE HISTORIA MEDIEVAL

# DEDICATORIA

A mis nietos,

Claudia Sanjuán González  
Antonio José Sanjuán González  
Julia Lucía Franchini González  
Gabriele Franchini González

# A G R A D E C I M I E N T O S

### AGRADECIMIENTOS.-

Quiero, debo y tengo que agradecer al Prof. Dr. Don ALFONSO FRANCO SILVA, catedrático de Historia Medieval del Departamento de Historia, Geografía y Filosofía de la Universidad de Cádiz, la cordial acogida que dispensó a mi propuesta para realizar una Tesis Doctoral bajo su dirección. Desde entonces he contado en todo momento con su asesoramiento eficazísimo. Durante el transcurso de nuestra investigación, además de no escatimar nunca el tiempo que como director dedicó al trabajo en común, frecuentemente me concedió ese tiempo personal que solo se comparte con la familia y con los buenos amigos. Mi reconocimiento más sincero por su esfuerzo, su apoyo incondicional y su amistad.

También quiero expresar mi gratitud a los profesores del Departamento de Historia, Geografía y Filosofía que, mediante los cursos monográficos que impartieron durante el curso académico 2004-2005, incrementaron mi vocación por los estudios históricos.

En la biblioteca de *Humanidades* descubrí excelentes profesionales a los que agradezco también, muy sinceramente, su ayuda en la búsqueda de ese libro o revista que se resiste a ser encontrado y que ¡OH milagro! ellos rescatan del rincón al que uno fue incapaz de acceder.

Mi agradecimiento igualmente a la Editorial Elsevier-Masson por el permiso concedido para la reproducción de algunos criterios diagnósticos del DSM-IV-TR: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Texto revisado. Masson, Barcelona 2002.

En Julia, mi mujer, he encontrado siempre la suficiente comprensión para entender que, de las ya escasas horas que las actividades profesionales nos dejan para la vida familiar, restase algunas más para la realización de esta nueva tarea. Con mi cariño, mi agradecimiento por su comprensión y su inequívoca colaboración en esta y en tantas otras cosas.

## Í N D I C E

## Í N D I C E   G E N E R A L

1. DEDICATORIA . . . . .	3-4
2. AGRADECIMIENTOS . . . . .	5-6
3. ÍNDICE. . . . .	7-9
4. PRÓLOGO. . . . .	10-12
5. INTRODUCCIÓN. . . . .	13-22
6. <u>1ª PARTE: BASES HISTORIOGRÁFICAS.</u> . . . . .	23
<b>CAPÍTULO I: Biografía de Enrique IV:</b>	<b>24-47</b>
1º Periodo: 1425-1444. . . . .	25-31
2º Periodo: 1445-1454. . . . .	32-41
3º Periodo: 1454-1474. . . . .	42-46
Muerte de Enrique IV. . . . .	47
<b>CAPÍTULO II: Organización y estructura de la sociedad castellana de la Baja Edad Media</b>	<b>48-102</b>
- Unidad geopolítica: la Corona de Castilla. . . . .	49-51
- Sistema de gobierno: las Cortes, el Consejo Real y la Cancillería . . . . .	52-54
- Estructura social: el rey, la nobleza, el clero, el pueblo llano. . . . .	54-64
- Ambiente cultural: principios y valores (ideología política, formas y conductas simbólicas). . . . .	65-84
Formas residuales de pensamiento mágico-mítico: (magia y hechicería en la Baja Edad Media). . . . .	85-102
7. <u>2ª PARTE: FUNDAMENTOS PSICOLÓGICOS Y PSICOPATO- LÓGICOS.</u> . . . . .	103
<b>CAPÍTULO III: Bases psicológicas de la personalidad</b> . . . . .	<b>104</b>
- Desarrollo de la personalidad . . . . .	106-108
- Perturbaciones en el desarrollo de la personalidad . . . . .	109-113
<b>CAPÍTULO IV: Los trastornos de la personalidad</b> . . . . .	<b>114</b>
- Concepto de trastorno de la personalidad. . . . .	115-116
- El Trastorno Evitativo de la personalidad. . . . .	117-119
<b>CAPÍTULO V: Los trastornos del estado de ánimo.</b> . . . . .	<b>120</b>
- Trastorno depresivo mayor y distimia. . . . .	121-126
8. <u>3ª PARTE: HIPÓTESIS Y OBJETIVOS.</u> . . . . .	127-132
9. <u>4ª PARTE: MATERIAL DEL ESTUDIO.</u> . . . . .	133
<b>CAPÍTULO VI: Algunos hechos históricos significativos del reinado (su interpretación psicológica y psicopatológica).</b> . . . . .	<b>134</b>
- El manifiesto de Burgos (1464). . . . .	135-143



- La sentencia de Medina del Campo (1465). . . . . 144-148
- La farsa de Ávila (1465). . . . . 149-158
- La segunda batalla de Olmedo (1467). . . . . 159-169
- La ocupación de Segovia (1467). . . . . 171-180
- Tratado de los Toros de Guisando (1469). . . . . 181-186
- Reposición de Juana como Princesa de Asturias (1470) 187-190

**CAPÍTULO VII: Historia clínica patopsicobiográfica de Enrique IV . .191**

- Constitución, temperamento y carácter. . . . .192-208
- Psicopatología de la personalidad. . . . .209-219
- Psicopatología de la afectividad. . . . .220-226

**10. 5ª PARTE: METODOLOGÍA. . . . .227**

- Generalidades metodológicas. . . . .228-237
- El método clínico. . . . .238-239

**11. 6ª PARTE: DISCUSIÓN. . . . .240-257**

**12. 7ª PARTE: CONCLUSIONES. . . . .258-264**

**13. BIBLIOGRAFÍA. . . . .265-286**

**14. ANEXOS. . . . .287-311**

- Biografía de Alfonso de Palencia. . . . .289-301
- Biografía de Diego Enrique del Castillo. . . . .302-311

## **P R Ó L O G O**

## PRÓLOGO.-

Los avances experimentados actualmente por las *Neurociencias* han facilitado el abordaje científico de sectores neurológicos y psiquiátricos inimaginables no hace más de diez o quince años. El cúmulo de saberes conseguidos ha servido para mejorar nuestros conocimientos sobre el funcionamiento del cerebro, permitiéndonos comprender, con más precisión de la que teníamos hasta ahora, los complejos procesos que subyacen en un importante número de enfermedades mentales. Todo lo cual se ha plasmado en programas preventivos, asistenciales y terapéuticos de los que se están obteniendo resultados satisfactorios mediante su aplicación clínica.

Sin embargo, esta euforia neurobiológica ha relegado a un nivel muy secundario a los saberes humanísticos, lo que no representa nada bueno para la Psiquiatría como ciencia empírica mixta -natural y cultural- que se ve privada de esta forma del más importante de sus elementos constitutivos.

Por ello, estamos obligados quienes somos los encargados de transmitir sus conocimientos, a incrementar el interés de las nuevas generaciones de psiquiatras por las investigaciones socioculturales, tanto epidemiológicas, como etnopsiquiátricas, transculturales y transhistóricas.

Siguiendo esta línea de pensamiento inicié, a partir del Bienio 1991-1993, un *Programa de Doctorado* que, con el título de “*Impacto de los saberes socioculturales y etnopsiquiátricos en las neurociencias*”, coordiné en la Universidad de Cádiz durante tres bienios consecutivos. También los cursos monográfico con validez para el doctorado que he dirigido se orientaron persiguiendo estos objetivos.

Ya en las postrimerías de mi *proyecto académico*, he querido encargarme personalmente de un estudio psiquiátrico de investigación transhistórica desde una perspectiva genuinamente universitaria.

Entiendo que ningún trabajo científico posee mayor raigambre universitaria que la *Tesis Doctoral*, en cuanto representa la síntesis de un conocimiento sedimentado, la fuente de un aprendizaje de saberes, una práctica sistemática del método científico y una proposición razonada de hechos significativos, que se someten al público juicio de la comunidad universitaria.

El carácter multidisciplinar de nuestra línea de investigación nos obligaba a ubicar con precisión el ámbito en el que debía desarrollarse el proyecto de tesis

doctoral. En este sentido me decanté por enmarcarlo bajo la perspectiva de las *Humanidades* por varias razones. Una, porque constituirían el sector científico que quería integrar con los conocimientos científico-técnicos de la Psiquiatría; otra, por las características de la metodología básica del estudio, orientado conforme al método de las ciencias culturales históricas y, por último, a tenor de la imposibilidad de presentar otra tesis doctoral en el mismo ámbito científico en el que en los inicios de mi vida académica ya había conseguido el grado de doctor.

Quede constancia mediante este breve preámbulo, tanto de los motivos iniciales que nos indujeron a la realización de este trabajo, como el tipo de estructura<sup>1</sup> desde la que se planificó el estudio y el ámbito científico en el que se enmarcó.

Nos resta aún por justificar la razón del título dado a nuestra tesis centrado en la historiografía y la psicopatología del rey castellano Enrique IV.

Desde el punto de vista historiográfico, la figura de este monarca castellano y los hechos constitutivos de su reinado han despertado siempre un gran interés entre los investigadores de la Baja Edad Media, tanto por su carácter de periodo de transición entre dos épocas históricas, la medieval y la moderna, como por los claroscuros que matizan de forma tan significativa el comportamiento del rey y su reinado. Esto nos ha permitido contar con un importante fondo documental y una abundante bibliografía.

Por otra parte, Enrique IV fue un rey atípico que se convirtió en la antítesis del buen rey medieval, lo que se ha venido interpretando, según la época desde la que se le enjuició y de quienes lo hicieron, de muy diversas maneras, siempre contradictorias entre sí y nunca próximas a la verdad

Por último, constatar que al usar la metodología transhistórica, no hemos pretendido estudiar los cambios experimentados por un padecimiento psíquico en un medio sociocultural concreto y en el transcurso de los años -como hace la *psiquiatría transhistórica* tradicional- sino comprobar si de la documentación que poseemos sobre personajes de épocas remotas de nuestra historia, pudieran extraerse datos, cuya similitud con los síntomas de ciertos pacientes psíquicos de hoy, nos permitieran establecer el diagnóstico retrospectivo de dichos personajes, según los criterios nosológicos actuales.

---

<sup>1</sup> Una tesis doctoral, entendida como el tratamiento escrito de un plan de trabajo de carácter científico.

## INTRODUCCIÓN

## INTRODUCCIÓN.-

Lo primero que hemos abordado en el trabajo que titulamos “*Estudio historiográfico, psicológico y psicopatológico del rey Enrique IV de Castilla*” es la biografía del personaje, que hemos distribuido en tres periodos.

El primero, está dedicado a describir su infancia y su adolescencia, comprendiendo el tiempo transcurrido desde 1425 -año de su nacimiento- hasta 1444. Es una etapa de la vida de Enrique IV de trascendental importancia para comprender los rasgos más destacados de su personalidad. No resulta difícil comprobar el desierto afectivo en el que transcurre su niñez. Su entrada en la adolescencia fue trágicamente frenada por la más cruel de las experiencias traumáticas a la que un varón púber pueda enfrentarse. El matrimonio, impuesto por razones políticas, con su prima hermana, no llegó a consumarse, pudiendo estar aquí el origen de lo que en la actualidad no le sería difícil a ningún psiquiatra diagnosticar como un *síndrome por estrés postraumático*.

El segundo periodo, abarca los diez años siguientes, de 1445 a 1454. Son años de juventud y madurez temprana en los que las huellas dejadas en su psiquismo por las experiencias pasadas permiten comprender, psicológicamente, la dependencia incondicional del joven príncipe de un sirviente de edad muy próxima a la suya.

Por último, en el tercer periodo, se relata su etapa de madurez consolidada y los comienzos de la madurez tardía, que para él –al igual que para el resto de sus contemporáneos- representaba el inicio de los años preseniles, momento en que se produce su muerte. En el transcurso de estos veinte últimos años se desenvuelve su reinado, algunos de cuyos hechos hemos utilizado como material de estudio en esta tesis.

En cada una de estas etapas, además de describir el discurrir vital del monarca como persona -prestando la debida atención a su desarrollo psicofísico y social- no dejamos de tener en cuenta también los acontecimientos sociopolíticos y culturales que tuvieron lugar en su tiempo. A este respecto conviene señalar que, como resulta obvio, dadas las características de nuestro estudio, hay unos hechos históricos a los que hemos prestado más atención que a otros, dedicándoles una mayor extensión en el texto y refiriéndonos a ellos frecuentemente en el curso de toda la exposición.

Para elaborar la biografía de Enrique IV nos hemos servido de dos tipos de fuentes.

Unas procedentes de los relatos de contemporáneos suyos, que vivieron en primera persona muchos de los acontecimientos que nos cuentan, o que recogieron el testimonio de personas muy próximas al rey. Estas fuentes cronísticas, de un altísimo valor historiográfico, están representadas por la “*Crónica de Enrique IV*” de ALONSO DE PALENCIA, la “*Crónica del rey don Enrique el cuarto*” de DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO, la “*Memoria de diversas hazañas*” de mosén DIEGO DE VALERA y “*Claros varones de Castilla*” de FERNANDO DEL PULGAR.

Además, nos han sido de una inestimable ayuda las aportaciones que sobre Enrique IV y su reinado han realizado importantes medievalistas actuales, de entre los que no podemos dejar de reseñar, por haber sido permanente fuente de consultas en el desarrollo de este trabajo a: L. SUÁREZ FERNÁNDEZ (2001), JOSÉ L. MARTÍN (2003), JUAN TORRES FONTES (1971), MIGUEL A. LADERO QUESADA (1987, 1991), M. ISABEL VAL VALDIVIESO (1974) y DOLORES C. MORALES MUÑIZ (1988), entre otros; cuyos libros, monografías y artículos -totalmente específicos respecto a nuestro tema de estudio- figuran en la bibliografía de este trabajo como fuentes destacadas.

Es obligado que haga particular mención al “*Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*” (1930), de GREGORIO MARAÑÓN, cuya importancia como estudio pionero de la medicina *transhistórica* le confiere, con todo derecho, el carácter de piedra angular de la todavía poco desarrollada “metodología historiográfica”,<sup>1</sup> basada en el *diagnóstico paleopatológico*. Esta obra y su autor han representado, por otra parte, la fuente principal de inspiración de nuestra tesis.

Hay otros dos autores cuyas obras respectivas no pueden dejar de ser consultadas cuando se intenta conocer la biografía de Enrique IV. Me refiero a J. B. SITGES y su libro “*Enrique IV y la Excelente señora llamada vulgarmente doña Juana la Beltraneja*” (1912) y J. LUCAS-DUBRETÓN y su obra “*El rey huraño*” (1945). Son dos libros de lectura imprescindible por el caudal de conocimientos que nos aportan sobre el rey castellano y su entorno. La atenta lectura de ambas obras nos ha permitido reconstruir algunos acontecimientos de la vida del rey castellano que han posibilitado nuestro trabajo *diagnóstico paleopsicopatológico*.

---

<sup>1</sup> Ver LAÍN ENTRALGO, P.: “*La diagnosis médica como método histórico*”. En: Enrique IV de Castilla y su tiempo. Semana Marañón 97. Valladolid (2000): 146-156.

Considerando –como creemos que se desprende de lo ya expuesto- que toda biografía es un proceso concatenado de experiencias vitales y de hechos personales que se producen en un determinado contexto geográfico, sociopolítico, y cultural, nos creímos obligados a tener que describir, primero, y analizar, después, tales características contextuales para comprender cabalmente las vicisitudes que debió sortear y el comportamiento que tuvo la persona biografiada.

Por esta razón dedicamos el segundo capítulo de la tesis a la descripción de la estructura social y el ambiente cultural en el que vivió Enrique IV.

Las fuentes historiográficas existentes actualmente sobre esta materia son tan abundantes que con dificultad un historiador experto podría abarcarlas a todas. Si trasladamos este estado de la cuestión a quién, como es el caso del autor de la tesis, es solo un médico -que une al entusiasmo por la historia, el deseo de colaborar al desarrollo de la metodología historiográfica- no tenemos que esforzarnos mucho para comprender las dificultades que han complicado la confección de este capítulo. Su realización ha sido fruto de la necesidad de dotar al trabajo del imprescindible nivel de coherencia que solo podía sustentarse en sus fundamentos historiográficos.

Únase a todo esto, el esfuerzo que implicó adecuar una bibliografía disponible, pero inabarcable a todas luces, a unos fines obligadamente limitados que exigieron que nos decantásemos por aquellos trabajos que más afinidad creímos que poseían respecto a nuestros objetivos.

Confeccionamos así nuestro capítulo segundo que titulamos: *Organización y estructura de la sociedad castellana de la Baja Edad Media*.

Las fuentes de las que nos hemos servido para la confección de este capítulo segundo han sido las aportaciones debidas a las investigaciones de relevantes medievalistas y sus escuelas. Así, los trabajos de SUÁREZ FERNÁNDEZ (1952, 1975), de MITRE (1968) y, sobre todo, la obra clásica de MOXÓ ( 1964, 1969, 1970, 1971, 1973, 1979) sobre la nobleza castellano-leonesa, nos permitieron entender la formación y evolución nobiliarias que condujeron a la aristocracia que destacó en el reinado de Enrique IV. La manifiesta conflictividad entre la nobleza y el monarca, sustentada en las ansias insaciables de poder –político y económico- de los nobles; su división en bandos de idearios políticos encontrados; etc.; han sido aspectos muy bien estudiados por VAL VALDIVIESO (1974, 1975) y VALDEÓN BARUQUE (1975). La expansión nobiliaria como elite de poder la exponen con detalle QUINTANILLA



RASO (1979, 1984, 1990, 1999), CÓRDOBA Y BECEIRO (1990), GARCÍA VERA (1993), CASTRILLO LLAMAS (1994), FRANCO SILVA (1996 y 2000), entre otros.

Los trabajos del grupo de investigación “*Sociedad, poder y cultura en la Corona de Castilla, siglos XIII-XVI*”, de la UCM, dirigido por NIETO SORIA, publicados en el libro “*La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa [C. 1230-1504]*” (2006), han sido de un valor inestimable para nosotros en la redacción de distintos aspectos relativos a la gobernabilidad de la Corona castellana, las relaciones de la monarquía y el clero, la nobleza y las oligarquías urbanas, y los símbolos y ritos como expresiones del poder y la propaganda en la Baja Edad Media. También han sido fuentes de este segundo capítulo de nuestro trabajo, las aportaciones de BERMEJO CABRERO (1975, 1999), CORTÁZAR (1985), ESTEBAN (1985), LADERO QUESADA (1986, 1989), GARCÍA DE CORTÁZAR (1988), GARCÍA VERA (1993), RUÍZ GARCÍA (2003) y FERNÁNDEZ APARICIO (2004).

Dentro del ambiente cultural resultaba imprescindible referirnos, por último, a la abundancia de contenidos mágico-míticos presentes en el pensamiento bajo medieval, expresados a través de la magia, la brujería y las creencias supersticiosas.

Expuesta la biografía de Enrique IV -según las fuentes aludidas- y analizada e interpretada la organización, estructura social y ambiente cultural de la sociedad castellana de la Baja Edad Media –siguiendo las orientaciones de medievalistas prestigiosos- contábamos ya con el sustrato decisivo para el ulterior desarrollo de nuestro trabajo. Quedaba así redactada la primera parte de la tesis a la que bajo el epígrafe de “*bases historiográficas*” habíamos dividido en dos capítulos.

La segunda parte de nuestro estudio, como no podía ser de otra manera, se centró en consideraciones psicológicas y psicopatológicas, ya que desde esa perspectiva habíamos analizado e interpretado la conducta de nuestro personaje.

Los “*fundamentos psicológicos y psicopatológicos*” –título dado a esta segunda parte- se elaboraron según los presupuestos hipotéticos de los que partíamos al iniciar el estudio. De ahí que nuestra atención la pusiésemos exclusivamente en aquellos aspectos psicológicos y entidades psiquiátricas que consideramos afines a las características de la personalidad y a los rasgos psicopatológicos del rey castellano.

Esta segunda parte la hemos distribuido en tres capítulos. El primero de ellos -tercero de la tesis- trata de los fundamentos psicológicos en los que se sustenta el concepto de personalidad, de las secuencias de su desarrollo normal y de las posibles perturbaciones que durante el mismo pueden sobrevenir.

Los otros dos capítulos –cuarto y quinto- son específicamente psiquiátricos. En el cuarto, se desarrolla el concepto de trastorno de la personalidad a la luz de las doctrinas psiquiátricas actuales, permitiéndonos describir una variedad de estos trastornos de importancia decisiva para nuestro estudio. En el quinto, se perfilan los límites de aquellos trastorno del estado de ánimo que desde nuestro punto de vista sufrió Enrique IV.

Aunque el concepto de personalidad tiene su origen y debe su evolución al campo psicológico, desde el sector psiquiátrico han sido muchas las aportaciones que han contribuido a su desarrollo, consiguiéndose de esta forma, además de enriquecer el “constructo” de los psicólogos, introducir en la nosotaxia psiquiátrica a las personalidades anormales y/o morbosas, como desviaciones caracteriales, ampliamente implicadas en el enfermar psíquico. Incluso se dio un paso más, considerándoselas como patrones estables de vivencias anormales y de comportamientos con suficiente entidad como para figurar en un lugar destacado en los glosarios psiquiátricos<sup>2</sup>. Por todo ello, las fuentes de las que más nos hemos servido para elaborar esta segunda parte de la tesis, han sido las más afines a lo psicopatológico. Una obra de consulta imprescindible es la de Ernt KRETSCHMER (1961) por sus originales aportaciones en este campo y su destacada influencia en las concepciones actuales sobre la personalidad y sus trastornos. Lo mismo puede decirse de Kurt SCHNEIDER (1962, 1971). Otros, como Emil KRAEPELIN (1913), Karl JASPERS (1963) y, desde la psicología, William SHELDON (1942), Hans EYSENCK (1960), y Aaron T. BECK (1980), nos fueron también de gran ayuda. Especial mención debe hacerse de las aportaciones de Peter TYRER (1988 y 1992) y Hagop AKISKAL (1984), y sobre todo, la obra ingente de Theodore MILLON (1998), gran impulsor del estudio de los trastornos de la personalidad y principal responsable de su consolidación en los DSM. Todos ellos figuran en la bibliografía de esta tesis como destacados artífices de los conceptos de personalidad y de sus trastornos.

Para elaborar lo tratado sobre los trastornos del estado de ánimo, hemos contado con una amplísima bibliografía (posiblemente sea este sector de la psicopatología el más ampliamente estudiado en la literatura psiquiátrica actual) de la que hubo que hacer necesariamente una selección, sirviéndonos solo de aquellos artículos más actualizados

---

<sup>2</sup> El eje II de los “Manuales diagnósticos y estadísticos de los trastornos mentales” (DSM) de la *American Psychiatric Association*.

y concordantes con el DSM-IV-TR<sup>3</sup>, que ha sido el Manual –más actualizado y difundido en el ámbito psiquiátrico, hoy día- cuyas directrices nos han servido, lo mismo aquí, que al tratar los aspectos diagnósticos en la historia clínica de Enrique IV, y el diagnóstico diferencial con otras entidades afectivas, en el capítulo reservado a la discusión.

La tercera parte de la tesis la hemos dedicado a describir los “*objetivos*” perseguidos y las “*hipótesis*” formuladas, cuestiones que, en un trabajo de las características de éste, poseen la suficiente entidad como para ocupar un apartado independiente en el índice de materias y en la exposición, aunque sea relativamente corta la extensión que se le ha dado en el texto.

Como cuarta parte del trabajo hemos considerado el “*material del estudio*”, entendiendo que, en nuestro caso, dicho material debía comprender “*los hechos históricos más significativos del reinado*”, epígrafe que hemos dado al capítulo sexto, y “*la historia clínica patopsicobiográfica de Enrique IV*”, desarrollada en el capítulo séptimo.

Teniendo en cuenta que los hechos históricos que acontecieron en el curso de este reinado de veinte años fueron muchos, se hacía necesario seleccionar para el estudio un número limitado de ellos. Los criterios que seguimos para seleccionarlos fueron, en primer lugar, el nivel de adecuación del acontecimiento narrado con los interrogantes que nos hacíamos, en segundo lugar, la objetividad y el grado de fiabilidad del relato transmitido por los cronistas y, por último, poder contar con trabajos de medievalistas prestigiosos en los que se analizasen los pormenores del acontecimiento, sus causas y sus consecuencias.

En toda investigación historiográfica debe prestarse especial cuidado en detectar si en los hechos narrados -a primera vista, objetivos y fiables- existen deformaciones de la verdad por actitudes prejuiciosas de quienes nos los transmiten. Esto nos hizo decidimos por estrategias metodológicas en las que, en un principio, no habíamos pensado, pero que, a medida que profundizábamos en el análisis de los hechos narrados por los cronistas acontecidos a nuestro personaje, nos parecieron necesarias. Tal fue, servimos de las biografías de dos de los cronistas más destacados de Enrique IV, para

---

<sup>3</sup> DSM-IV-TR. “Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales”. Texto revisado. Masson. Barcelona. (2002).

intentar encontrar en ellas las raíces de las manifiestas discrepancias que se apreciaban en sus descripciones de los mismos hechos.

De todos los hechos posibles que acontecieron durante el reinado, nos limitamos sólo a algunos de los que tuvieron lugar durante sus últimos diez años, periodo que se corresponde con la década final de la vida de Enrique IV.

Se trata de los mementos más conflictivos vividos por el rey y frente a los que sus reacciones adquieren, casi siempre, los matices típicos de las *reacciones vivenciales anormales* de etiología caracteriógena y/o de episodios depresivos clínicamente objetivos.

Así; el “*manifiesto de Burgos*” y la “*sentencia de Medina del Campo*”, representan mucho más que llamadas de atención efectuadas por la nobleza frente a la ejecutoria de gobierno de Enrique IV. Fueron flagrantes actos de rebeldía mediante los que la aristocracia pretendió imponer al monarca decisiones acordes con sus intereses. La respuesta del rey denota su habitual comportamiento ambivalente.

La “*farsa de Ávila*”, no fue otra cosa que una acción sediciosa en toda regla. Un auténtico asalto desalmado a la institución monárquica por parte de una nobleza movida, exclusivamente, por sus ansias de poder político y económico. Este acto se pudo realizar, a nuestro juicio, por dos razones fundamentales: la debilidad enfermiza de Enrique IV –que no de la institución monárquica- y los altos contenidos de estructuras formales *peleológicas*<sup>4</sup> que impregnaban el pensamiento de la Baja Edad Media<sup>5</sup>.

La “*segunda batalla de Olmedo*” constituyó un hecho de armas que pudo haber cambiado el curso de la guerra civil castellana; sin embargo, su resultado favorable a la facción enriqueña, se eclipsó como consecuencia de la patológica inseguridad de Enrique IV, quedando para la mayoría de los historiadores en meras tablas.

Para colmo de males y como consecuencia también de la ingenua imprevisión del monarca, se produjo la “*ocupación de Segovia*” por la facción alfonsina, hecho que, como tendremos ocasión de ver, nos permitió extraer de los relatos cronísticos numerosos datos de un valor decisivo para enjuiciar el diagnóstico psiquiátrico de nuestro personaje.

---

<sup>4</sup> Se quiere hacer referencia a contenidos formales del *pensamiento mágico-mítico*, impropriamente denominado *pensamiento prelógico o primitivo*.

<sup>5</sup> A esta cuestión nos referiremos en distintas ocasiones en el texto de esta tesis, al ser una clave explicativa de algunas de las reacciones del rey.

Los dos últimos hechos analizados en la tesis: el “*tratado de Guisando*” y los “*acuerdos de Valdelozoya*”, ponen de manifiesto la marcha sin rumbo definido de un rey débil e inseguro y las tribulaciones de un padre cargado de sentimientos de culpabilidad.

En el capítulo séptimo describimos la “*historia clínica patopsicobiográfica de Enrique IV*”.

Hemos seguido, dentro de lo posible, los criterios habituales de las historias clínicas médicas y psiquiátricas. La ausencia de la narración psicobiográfica -apartado obligado de todo protocolo clínico- obedece, en este caso, al intento de impedir el solapamiento de su contenido con los datos ya expuestos en el capítulo primero; pero en todo momento han sido tenidos en cuenta, como no podía ser de otra forma.

También, para no perder la unidad expositiva del texto, hemos simultaneado la descripción de los síntomas del personaje estudiado -metodología ideográfica- con las teorías científicas explicativas de los mismos -metodología nomotética- para darles sentido y permitirnos su ulterior análisis.

Siguiendo estos criterios hemos abordado la *constitución, el temperamento y el carácter*, estableciendo las correspondientes hipótesis diagnósticas.

En otro apartado, pero utilizando iguales pautas metodológicas, estudiamos la *psicopatología de la personalidad*, delimitando los rasgos psicológicos, propios del carácter y el temperamento, del sujeto de estudio; los que sometimos posteriormente a evaluación, mediante cuestionarios específicos. De esta forma, llegamos, por último, al correspondiente diagnóstico de su trastorno de la personalidad.

Similares pautas fueron seguidas para el análisis y descripción de la *psicopatología afectiva*, resultando de todo ello el establecimiento de los diagnósticos clínicos correspondientes.

La quinta parte de la tesis la ocupa la “*metodología*”. Que dividimos en dos apartados, uno dedicado a describir y analizar las *generalidades metodológicas*, centrándonos en el aislamiento de variables, en la verificación de los datos obtenidos de las descripciones introspectivas que del rey hacen los cronistas, y de la intuición empática (comprensión fenomenológica).

En el segundo apartado, se hace constar la importancia del *método clínico* que, dado su carácter de método ideográfico, se convierte en el más idóneo para la verificación de las hipótesis de un trabajo genuinamente historiográfico como éste.

La sexta y última parte del estudio está dedicada a la “*discusión*”, donde se analizan críticamente, tanto las bases sobre las que sustentamos nuestras hipótesis, como la sistemática metodológica seguida.

La temática más importante de la discusión se orientó, como no podía ser de otra forma, ateniéndonos a las pautas de la metodología dialéctica, confrontando nuestros resultados y conclusiones con los de autores de posiciones contrarias.

Siguiendo esta misma línea de razonamientos basados en principios, un aspecto a destacar es el rechazo razonado y sustentado en nuevas evidencias, de una proposición que había sido planteada por nosotros. Su corrección nos permitió encauzar adecuadamente una vertiente del trabajo, cuya influencia sobre el conjunto de los resultados no dejaba de tener trascendencia.

Por último, se enfatizan las relaciones de complementariedad existentes entre la tesis sustentada por un autor eminente como Gregorio Marañón, sobre el diagnóstico de personalidad de Enrique IV, y nuestras conclusiones respecto a dicho diagnóstico.

Con la enumeración de las *conclusiones* se da por finalizada la tesis doctoral, a la que como es preceptivo se acompaña de la correspondiente *bibliografía*.

El volumen consta de un *anexo* en el que hemos incluido las biografías de Alonso de Palencia y Diego Enríquez del Castillo, de inestimable utilidad para justificar y demostrar muchas de nuestras proposiciones.

P R I M E R A   P A R T E

B A S E S

H I S T O R I O G R Á F I C A S

## C A P Í T U L O   I

### BIOGRAFÍA DE ENRIQUE IV



## **PSICOBIOGRAFÍA DE DON ENRIQUE IV.-**

### **1ª. Etapa (1425-1444).-**

Don Enrique que reinaría en Castilla y León como cuarto de los de su nombre, nació en Valladolid el día 5 de Enero de 1425. Era hijo de Juan II de Castilla y de doña. María de Aragón, ambos primos hermanos, ya que Enrique III, padre de Juan II, era hermano de Fernando de Antequera, que fue rey de Aragón y padre de María de Aragón. Este dato que no se consideraba relevante en tiempos de este rey, tiene hoy una extraordinaria importancia para la historia clínica de nuestro personaje en razón de su consanguinidad.

El matrimonio de sus padres obedeció a razones estrictamente políticas en un momento en el que, a los infantes de Aragón, hijos de Fernando de Antequera y hermanos de María, les interesaba seguir teniendo la hegemonía que había ostentado su padre en el reino castellano. Se trató de una unión de conveniencia en la que para nada se tuvo en cuenta los sentimientos de los esposos. Constituyeron siempre una pareja mal avenida en sus relaciones conyugales, siendo para la reina más importante el partido de sus hermanos que el de su marido, dominado en todo por el poderoso condestable Álvaro de Luna.

Un dato de posible interés clínico, es el que nos refieren MARAÑÓN<sup>1</sup> y SUÁREZ FERNÁNDEZ<sup>2</sup>, en relación con la referencia que en el *Centón*, atribuido a Fernán-Gómez de Ciudad Real, se hace a la grave hemorragia que la reina doña María de Aragón sufrió en el momento de nacer el infante Enrique.

Ocho días después de su nacimiento fue bautizado en la iglesia de Santa María de Valladolid, siendo sus padrinos el Condestable Álvaro de Luna, el duque de Arjona (que no pudo asistir personalmente), el almirante Alfonso Enríquez y el adelantado mayor de Castilla, Diego Gómez de Sandoval, con sus esposas. Celebró la ceremonia bautismal el obispo de Cuenca don Álvaro de Isorna.

El 21 de Abril de 1425, fue jurado como príncipe heredero de Castilla y León, en el convento de los dominicos de San Pablo de Valladolid, lo que como sucesor a la corona le confería el Principado de Asturias, que recibiría de manera efectiva unos años después.

---

<sup>1</sup> “*Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*”. Espasa-Calpe. Madrid, (1998): 58.

<sup>2</sup> “*Enrique IV de Castilla*”. Ariel. Barcelona, (2001): 10.

## GENEALOGÍA DEL REY DON ENRIQUE IV

<b>Bisabuelo</b>	<b>Bisabuela</b>
DON JUAN I DE CASTILLA	DÑA LEONOR DE ARAGÓN
<b>Abuelo</b>	<b>Abuela</b>
D. ENRIQUE III DE CASTILLA	Dª CATALINA DE LANCASTER
<b>Padre</b>	<b>Madre</b>
D. JUAN II DE CASTILLA	Dª MARÍA DE ARAGÓN
D. ENRIQUE IV DE CASTILLA	

La niñez del futuro Enrique IV transcurrió bajo la tutela de su madre que lo mantuvo muy apartado de su padre, dadas las desavenencias que uno y otro progenitor sostenían.

En esta época se recrudecía la pugna por la posesión del poder en Castilla entre el favorito del rey, Álvaro de Luna y los hermanos de la reina, los infantes de Aragón, cuyo padre, don Fernando de Antequera, tanto poder había tenido en el reino castellano.

La reina doña María de Aragón, se mostraba decidida partidaria de sus hermanos, lo que incrementaba el distanciamiento de su marido, manteniendo indebidamente alejados a padre e hijo.

Habiendo sonreído la fortuna al bando del favorito del rey, los infantes de Aragón se ven obligados a exiliarse de Castilla, perdiendo sus posesiones que se donaron como pago de servicios a los nobles del bando victorioso.

Sin la protección de sus hermanos, la reina María fue separada de su hijo por orden de Álvaro de Luna, que consiguió del rey que se dotase al príncipe de casa propia, de manera que un mes antes de cumplir los cinco años, 22 de noviembre de 1429, Enrique se vio separado de ambos progenitores, contando con un ayo, distintos preceptores y diversos servidores.

Conviene destacar que, aunque contó con educadores prestigiosos, de entre los que cabe mencionar a don Pedro Barrientos, la generalidad de las personas con las que convivió durante esos cruciales años infantiles, pertenecían a las clases populares o a lo sumo al más bajo escalón de la nobleza, de ellos aprendió los rudimentos básicos, impregnados de las primeras emociones y sentimientos, que conforman la urdimbre de lo que serán sus futuras relaciones interpersonales.

Su fijación afectiva a lugares como el alcázar de Madrid y el de Segovia y sobre todo a sus campiñas, el Prado y los montes segovianos, no sorprende para nada, si se tiene en cuenta que fueron los lugares en los que transcurrió su infancia. Con gran acierto, SUAREZ<sup>3</sup>, puntualiza que solo en ocasiones visitó la corte, requerido por su padre para participar en actos públicos de carácter político, de los que debió quedarle un recuerdo poco grato.

Al morir el jefe de la casa del príncipe, Pedro Fernández de Córdoba, en 1435, se hace cargo personalmente del gobierno de esta y de la custodia del niño, que contaba solo diez años, Álvaro de Luna, que introduce cambios importantes de personas en el

---

<sup>3</sup> op. cit. p. 12.

entorno del príncipe. Se aseguraba así de tenerlo férreamente controlado por gentes de su máxima confianza, cuando cada vez era más tenida en cuenta su persona en los círculos políticos, -no podemos olvidar que tres años antes, el 18 de Enero de 1432, había sido confirmado por las Cortes reunidas en Zamora, como príncipe heredero-. Pero lo que siendo un detalle de importancia menor no quiero dejar de destacar, es que entre quienes se incorporan al servicio del príncipe hay un doncel llamado Juan Fernández Pacheco, cuya influencia sobre Enrique será decisiva a lo largo de su vida como persona y como rey.

La necesidad del condestable de mantener la paz con la casa de Aragón y la de los infantes de este nombre de no reanudar las hostilidades por múltiples razones políticas, hicieron que como garantía de paz se concertase el matrimonio del príncipe heredero de Castilla con una hija del infante Juan rey consorte de Navarra, la infanta doña Blanca. Solicitada la correspondiente licencia papal, teniendo en cuenta el parentesco existente entre los contrayentes, es concedida por el pontífice Eugenio IV el 18 de diciembre de 1436. Se realizan los esponsales por poderes<sup>4</sup>, y los esposos, que no habían tenido ningún tipo de participación directa en todo lo efectuado, se conocen personalmente el 12 de marzo de 1437<sup>5</sup>.

La nobleza, que nunca había aceptado la influencia ejercida por Álvaro de Luna sobre Juan II, manifiesta claramente su rechazo a la tiranía del favorito apoyando los escrito de fecha 20 y 27 de marzo de 1439, encabezados respectivamente por Pedro Manrique y el almirante Enríquez, que exigen se implante la tradición castellana por la que la gobernabilidad la ostentará el rey, investido de “poder real absoluto”, contando con la colaboración del príncipe heredero.

La reina María, cuyo distanciamiento de su esposo Juan II era cada vez mayor, coincidía con las reclamaciones de los nobles coaligados –el mismo Juan II no rechazó el contenido de los manifiestos nobiliarios<sup>6</sup>–; era necesario, sin embargo, que el príncipe contase con la mayoría de edad requerida, lo que implicaba que se consumase el matrimonio realizado unos años antes con la infante Blanca de Navarra.

El príncipe Enrique comienza a ser objeto directo de las manipulaciones políticas de todos, de su madre, de sus tíos los infantes de Aragón, -uno de ellos, don

---

<sup>4</sup> Según SUAREZ, op. cit. p. 16. PALENCIA, que parece que solo está preocupado por transmitirnos la “*impotencia coeundis*” del príncipe, en su *Década I*, libro I, cap. I, p. 10, solo refiere la fecha imprecisa de primeros de septiembre de 1440, fecha en la que contando la pareja ya, con la edad debida, se intentó la consumación del matrimonio, que no pudo tener lugar.

<sup>5</sup> op. cit. p. 16.

<sup>6</sup> op. cit. p. 22.

Juan, su suegro-, de la liga nobiliaria y, como no podía ser menos, de don Álvaro de Luna.

Cumplidos los 15 años, en enero de 1440, -su prima Blanca de Navarra era un poco mayor que él-, se “ve obligado” el adolescente Enrique, a “cumplir” como varón y a satisfacer las expectativas, en este caso de todos, incluso las de su padre el rey, las de la elite cortesana y, las del mismo pueblo llano.

Tras el fracaso de la noche de boda, -15 de septiembre de 1440-, que no resulta nada extraño, teniendo en cuenta el inexistente trato previo de los novios, las presiones a que se veían sometidos y, sobre todo, la escenificación de su primera cópula, en la que contaban con privilegiados espectadores que levantaban acta de la misma, es de suponer el estado emocional del príncipe, cuya repercusión sobre su natural tímido y retraído debió ser muy importante. Por ejemplo, es muy natural que aumentase su falta de iniciativa y su dependencia, así como que apareciesen sentimientos de fracaso e incluso sentimientos de culpa, todo lo cual parece expresarse en su actitud hacia su esposa, con la que, al menos durante casi tres años, se mostró solícito y voluntarioso en su intento de llegar a la consumación de su matrimonio, lo que hace pensar, por otra parte, en el carácter bondadoso del príncipe Enrique, que en tantas otras ocasiones mostraría después siendo rey<sup>7</sup>.

No podemos olvidarnos de las intrigas políticas a las que estábamos haciendo referencia y que involucraban cada vez más al príncipe heredero. Se había apartado momentáneamente al condestable de la Corte, con lo que se mermó su poder en general, pero en lo que aquí nos interesa más resaltar, decayó su influencia sobre la casa del príncipe, en la que empezó a tener cada vez más poder, el joven doncel de 16 años Juan Fernández Pacheco. El interés de este por conseguir incrementar el peso político del príncipe, sobre cuya voluntad iba adquiriendo él la máxima influencia, se vio plasmado en el acuerdo que Juan Pacheco, en nombre del príncipe, firmó con el rey el 24 de octubre de 1440, en el que se garantizaba su sumisión al monarca y el fiel cumplimiento de sus funciones como heredero. Otro claro signo de la influencia de Pacheco sobre don Enrique parece deducirse de cómo éste, posiblemente estimulado por su doncel, comienza a tener relaciones con dueñas y doncellas, como intentando compensar el trauma de su fracaso con su esposa.

---

<sup>7</sup> Es posible que el miedo no fuera tampoco ajeno a sus reacciones. Sería el miedo que la persona inmadura siente a reaccionar de manera espontánea y fracasar, que inhibe cualquier respuesta enérgica y directa, evitando la espontaneidad natural, que es sustituida por lo que los demás esperan o quieren que sea su conducta.

La casa del príncipe veía afianzarse sus posiciones sobre ciudades como Madrid y Segovia, lo que incrementaba el peso político de don Enrique que, sin embargo, se mantenía en compañía de su madre y proclive al partido de su suegro; es decir, atento a sus deberes con su esposa como ya hemos referido. Esta proximidad, posiblemente favorecida por los mecanismos psicológicos que antes hemos considerado, desde un punto de vista político, podía ser interpretada como contraria a los deseos de su padre Juan II, quién no dejaba de reclamar la vuelta a la Corte de su valido el condestable, enemigo mortal de la reina y sus hermanos. Incluso parecía romper el acuerdo que Juan Pacheco había firmado con el rey, en nombre del príncipe, el 26 de octubre de 1440. Lo que aunque se soslayaba aduciéndose que uno de los deberes del príncipe era concertar la paz entre su madre y tíos con el rey, no dejaba de crear tensiones políticas que estallarían algo más tarde.

Sin entrar a tratar la compleja situación política del momento, lo que me apartaría del cometido propuesto en este estudio, voy a centrarme, casi exclusivamente, en las vicisitudes por las que transita la vida del príncipe Enrique, aunque al hacerlo peque de abreviar excesivamente unos hechos históricos de indiscutible valor para todos los estudiosos de este periodo.

El condestable se recluyó en Escalona con un grupo de sus partidarios, aparentemente ajeno a los asuntos públicos. El rey tras su intento frustrado de entrar en Toledo, encaminó sus pasos hasta Escalona para apadrinar a una hija de Álvaro de Luna, lo que se interpretó como un retorno de éste a la Corte. Como las relaciones de Juan II y el príncipe no pasaban por un buen momento, los infantes de Aragón que pretendían dar un golpe de mano sobre el rey y su valido, creyeron tener el camino libre para efectuarlo, al suponer que Enrique no tomaría partido por su padre.

Estando la Corte en Rámaga, los infantes de Aragón y algunos otros nobles de su facción, desalojan del Consejo Real a los partidarios de don Álvaro, lo que equivalía a suspender la legitimidad del gobierno y secuestrar al rey.

Asesorado por su antiguo preceptor Lope de Barrientos, obispo de Ávila, quién contó con la colaboración de Pacheco, don Enrique decide el 10 de Julio de 1443, liberar a su padre, restituir la legalidad pisoteada y defender el derecho del monarca al libre ejercicio de su poder.

Es el momento que, para dar mayor legitimidad al cargo de príncipe heredero que había asumido, a fin de apoyar al rey, Enrique, convenientemente adoctrinado por Juan Pacheco, pide que se le haga entrega del Principado de Asturias. Conocida su

petición por Juan II, que contó con la conformidad del condestable, el 3 de marzo de 1444, se compromete con su hijo -mediante escrito que le hace llegar- a transferirle de manera efectiva el Principado.

Las importantes decisiones tomadas por el príncipe Enrique conducían, inevitablemente, a la ruptura con su suegro y a dar por finalizadas sus relaciones con su esposa Blanca, de los que se aparta retirándose a la ciudad de Ávila, donde es alojado por el obispo Lope de Barrientos.

Ejerciendo como príncipe de Asturias y gobernante en sustitución del rey su padre, concierta un acuerdo, el 18 de abril de 1444, con don Álvaro de Luna con dos condiciones básicas: La restitución al rey de su plena autoridad y exiliar de Castilla a los responsables del golpe de estado consumado en Rámaga. La ruptura con la familia de su madre y la separación de su esposa tomaba la recta final, llegando a su meta definitiva al morir la reina doña María el 18 de febrero de 1445.

Tras esta ruptura no cabía otra solución más que la lucha armada entre dos bandos contendientes, el liderado por el príncipe de Asturias y el de los infantes de Aragón. Huido el rey de su cautiverio, se reúne con su hijo y los suyos, que consiguen dispersar las fuerzas enemigas.<sup>8</sup>

En esta primera etapa de la biografía de Enrique IV, que comprende casi las dos primeras décadas de su vida (1425-1444) hemos intentado resumir los datos más significativos de su nacimiento, infancia y adolescencia, destacando, con independencia de sus actuaciones de carácter político, dos momentos de gran trascendencia en su vida: el de su matrimonio no consumado, de repercusiones psicológicas indudables sobre su carácter, y, el de su toma de posesión efectiva del principado de Asturias, de más trascendencia política y pública que propiamente íntima.

---

<sup>8</sup> Estas actuaciones resueltas y exitosas, siendo príncipe, contrastan notablemente con la habitual incapacidad de Enrique IV para tomar decisiones en el curso de todo su reinado, lo que exige un detenido análisis psicológico, cuyo abordaje efectuaremos en otro apartado de este estudio. También cabe apuntar que lo atribuido por PALENCIA a la maldad o aberrante conducta del príncipe Enrique, puede interpretarse a la luz de su biografía, como reacciones psicológicamente comprensibles, en un niño o adolescente, criado sin el afecto de sus padres y entre gentes de condición muy apartada de la suya. Su presumible impotencia psicológica, lo mismo que su comportamiento evitativo, se deben más a circunstancias medio ambientales que a factores dispositionales congénitos.

## **2ª Etapa (1445-1454).-**

Juan II mediante una pragmática dictada el 13 de julio de 1444, que seguía fielmente las directrices dictadas por la jerarquía católica, equiparaba a los cristianos viejos con los conversos, lo que permitía a éstos acceder a cualquier oficio u ocupación que se practicase en el ámbito de la corona castellana. Se terminaba así con una pretensión de los cristianos viejos que intentaba limitar la práctica de ciertos oficios a los nuevos cristianos.

Estas actitudes xenófobas eran muy manifiestas en la ciudad de Toledo, lo que originaba enconados desencuentros entre sus habitantes de uno u otro origen.

Esta importante cuestión -característica residual de la actividad reconquistadora común a todos los pueblos hispánicos-; y, la particular importancia que jugará Toledo en el escenario político, -al ser el centro de las actuaciones de las distintas facciones enfrentadas- están muy bien documentada por SUÁREZ FERNÁNDEZ<sup>9</sup>, permitiéndonos, siguiendo su relato, referirnos a estos hechos, de indudable interés para nuestro estudio psicobiográfico de Enrique IV.

Como decíamos, esta pugna entre viejos y nuevos cristianos de la ciudad de Toledo, llegó a tener no solo repercusiones políticas entre la ciudadanía toledana, sino que sus resonancias tuvieron amplio eco en la política castellana general.

Pedro López de Ayala, había sido nombrado por Enrique III alcalde de la ciudad, cargo que desde entonces seguía ejerciendo de manera ininterrumpida. Este prócer, simpatizante de los cristianos viejos y partidario de los infantes de Aragón, regía con equidad los destinos de sus conciudadanos, habiendo establecido un equilibrio entre cristianos viejos y conversos que hacía posible su convivencia pacífica. Su adscripción política, por otra parte, le llevaba a que Toledo estuviese absolutamente vedado para los partidarios del condestable.

Con anterioridad a la primera batalla de Olmedo, el príncipe Enrique, había reclutado a López de Ayala entre sus partidarios, lo que impidió que participase en la batalla de Olmedo, manteniéndose neutral. (SUÁREZ).

Cuando tras el triunfo de Olmedo se premiaron los apoyos recibidos a favor de Juan II y Álvaro de Luna, se concedió a Pedro Sarmiento el oficio de asistente en Toledo.

---

<sup>9</sup> op. cit. caps. V y VI. ps. 65-99.



Conociendo Sarmiento la filiación política de López de Ayala, -extremando su fidelidad al condestable- se apoyó en los inevitablemente descontentos con Ayala, los cristianos viejos, para privarle de la alcaldía toledana en diciembre de 1445.

Ayala se quejó a Enrique de la persecución que sufría por ser partidario suyo<sup>10</sup>, lo que le valió que tras la concordia de Astudillo, -efectuada entre quienes ahora se encontraban nuevamente enfrentados, es decir, Juan II y su valido y el príncipe de Asturias-, fuera beneficiado al reponérsele como alcalde mayor de Toledo.

Estos acuerdos no agradaron a los que regían la ciudad de Toledo, quienes vuelven a remover los odios de los cristianos viejos, produciéndose una rebelión en la ciudad.

Los rebeldes toledanos, ante los intentos de Álvaro de Luna por imponerse en la ciudad, consiguen asociar la persona del valido con la facción conversa, le niegan el empréstito de un millón de maravedís que les había solicitado y se ve obligado a abandonar la ciudad.

Aunque Pedro Sarmiento parecía mantenerse al margen de los acontecimientos, ladinamente los favorecía. Es así como, sirviéndose de intermediarios, se propaga la versión de que los conversos son los responsables de todos los males del reino y que Álvaro de Luna tenía la intención de auparlos a los puestos de poder. Con una labor propagandística perfectamente urdida, se suscitó la posición antisemítica que más de cincuenta años antes se había sostenido, por la que se consideraba que el judío era perverso por naturaleza, de ahí que, aunque hubiera recibido el bautismo, conservase su perversidad que era consustancial con su linaje.

Al asociar al valido con los conversos, se le consideraba responsable del intento que se decía que tenían estos de destruir a la sociedad cristiana, con lo que la coalición nobiliaria que tenía como finalidad la de derribar al condestable, se transformaba de hecho en una defensa de la sociedad y los principios cristianos.

En enero de 1449 por un fútil motivo, se inician brotes de violencia en la ciudad que se intensifican al día siguiente, ante la manifiesta pasividad de Sarmiento. Los conversos no respondieron con violencia, muchos huyeron. Sarmiento simuló

---

<sup>10</sup> No hay que perder de vista que a principios de 1446, don Enrique reunía en torno suyo a todos los nobles que eran enemigos declarados de don Álvaro de Luna, lo que si bien le situaba como líder de una facción poderosa, confiriéndole una efímera relevancia política, a la larga este liderazgo se volvería contra él, ya que el objetivo político primordial de sus partidarios era el restablecimiento de los privilegios a la nobleza, que el valido había eliminado. Los auténtico beneficiario de toda esta situación eran los hermanos Pacheco-Girón, que supieron sacar rentabilidad de las intrigas mediante las que Juan Pacheco (recién ascendido a marqués de Villena) había convencido al incauto don Enrique de que encabezase a este grupo nobiliario.

negociaciones con los insurrectos, convirtiéndose en portavoz de sus reivindicaciones, con lo que depusieron su actitud, transformándose de hecho Pedro Sarmiento en la autoridad única de Toledo.

En la conspiración urdida se pretendía que Toledo fuera el detonante de una acción combinada contra el valido, en la que participaban las tropas de Aragón, que de hecho invadieron Castilla y se posesionaron ante Cuenca. La defensa eficaz que de esta ciudad realizó Lope Barrientos y la rápida movilización de sus tropas por parte del condestable, dieron al traste con el plan.

Los toledanos encabezados por Sarmiento, no tenían otra opción más que la de entregar la ciudad al príncipe heredero, al que se lo propusieron. Tal opción conducía a que don Enrique se alineaba con los enemigos de los conversos, postura que no podía asumir al ser contraria a la doctrina de la jerarquía católica, que se oponía a cualquier tipo de discriminación. Conocida la situación por el condestable se reunió con Juan Pacheco, quién a cambio de la fortaleza burgalesa, decidió en nombre del príncipe dejar a su suerte a los rebeldes toledanos.

El 1 de mayo de 1449, el rey Juan II se asentaba frente a Toledo en Fuensalida, allí le visitaron los representantes de los sublevados que le hicieron saber que por obediencia debida a su persona, le permitían entrar en la ciudad, pero no al condestable, al que consideraban defensor de los conversos, a los que pretendía entregar el mando de la ciudad. Pedían además al rey, que se confirmase la autoridad de Sarmiento como regidor de Toledo. La situación se hacía difícil para el rey, a quién además se habían dirigido los insurrectos de manera desabrida, exigiéndole cambiar de política, lo que de no hacerse, justificaría el traspaso de la obediencia a su persona a la de su sucesor. Además, Sarmiento, envió delegados a Segovia, donde a la sazón estaba don Enrique, reiterándole el deseo de que se hiciera cargo de Toledo. En esta ocasión los hermanos Pacheco-Girón decidieron aconsejar al príncipe que aceptase la oferta. Él solicitó autorización a su padre para ejercer sus prerrogativas como heredero de la corona. Aunque no hubo una contestación explícita a lo solicitado, lo que de hecho ocurrió fue que Juan II y su valido levantaron sus reales y se encaminaron a Escalona.

El príncipe de Asturias entró en Toledo el 15 de junio de 1449, acompañado de Pacheco y Girón, artífices y auténticos beneficiarios de todo lo realizado, que contaban, de esta forma, con las tres ciudades que se podían considerar llaves del reino castellano, Segovia, Madrid y Toledo, ahora en posesión del heredero, totalmente dependiente de ellos. ¿Qué fue lo que realmente obtuvo Enrique? Solo problemas, ya que al aceptar la

propuesta de Sarmiento, se ponía al lado de los cristianos viejos y su doctrina antisemita, que fue severamente condenada por el papa Nicolás V mediante bulas emitidas el 24 de septiembre de 1449. La situación en que se ponía el príncipe de Asturias, era muy desfavorable para él, ya que como príncipe cristiano no podía oponerse a la doctrina de la iglesia católica.

Pero además, la posición del príncipe Enrique se vio también perjudicada, por otra trama urdida por Pacheco y su hermano Pedro Girón. Estos, viendo el estado de extrema debilidad en la que en esas fechas se encontraba el condestable, convencen a don Enrique para que se ponga a la cabeza de una nueva liga de nobles que se enfrentarán a Álvaro de Luna, con la excusa de liberar al rey. Con gran esfuerzo y cuantiosos gastos, los coaligados reúnen una tropa considerable para atacar al valido, pero en el último momento el condestable y el marqués de Villena llegan a un acuerdo que desbarata por completo los objetivos de la coalición, entre otras cosas pactan, la entrega de Toledo al rey Juan II. Con ello, tanto los nobles de la liga, como los rebeldes toledanos, se sintieron utilizados y traicionados por los Pacheco-Girón, pero en última instancia, por el príncipe de Asturias, cuyo prestigio se vio gravemente dañado, perdiendo la credibilidad de la que hasta ese momento disponía.

Un episodio anterior al relatado, de una trascendencia más de índole personal que propiamente política, fue el de la muerte de su madre, la reina doña María, el 18 de febrero de 1445. El mayor interés de este acontecimiento reside en las causas que determinaron el fallecimiento de la reina. Según ALFONSO DE PALENCIA<sup>11</sup>, la reina murió como consecuencia de habersele administrado un veneno a instancias de don Álvaro de Luna.

Los motivos que según el cronista pudo tener el condestable -de entre los que no menciona el que a mi juicio podía haber sido el principal, la profunda enemistad que se profesaban-, fueron los siguientes; uno, su temor a una hipotética reconciliación con Juan II, bien porque éste tuviese en consideración el vínculo sagrado de su matrimonio, o bien porque el príncipe mediase entre sus padres y, dos, su inquietud porque veía al rey *“perdidamente enamorado de los encantos de la reina de Portugal, trataba de precaverse contra la tormenta que por acaso pudiera amenazarle”*. Si ya el primer motivo parece muy aventurado, el segundo resulta manifiestamente rocambolesco.

---

<sup>11</sup> op. cit. cap. IX. ps. 28 y 29.

En relación con el primer motivo, la posible reconciliación matrimonial entre Juan II y la reina María, las razones que aduce parecen difícilmente asumibles, ya que, ¿por qué Juan II después de tantos años de separación, en los que no había sentido escrúpulos de conciencia, iba a presentarlos entonces? En cuanto al segundo, parece poco probable que Enrique, tan poco dado a tomar decisiones por si mismo, las fuera a adoptar ahora, para resolver la problemática matrimonial de sus padres.

En cuanto a lo que respecta al segundo motivo que inquietaba al condestable, decide, para evitar la amenaza que para Juan II podía representar su entrega amorosa a Leonor de Portugal, incluir a la hermana de la reina María en el “grupo” de sus asesinos proyectos. El único interés posible de don Álvaro por prescindir con el regente de Portugal don Pedro, enemigo de su cuñada la reina, a la que de la ex -regente reina portuguesa podía ser el de reforzar sus lazos de entendimiento había conseguido desterrar a Castilla y de la que podía temer algún tipo de represalias. Sin embargo, tampoco es esta suficiente justificación para la toma de una decisión tan grave como la de darle muerte

Las elucubraciones de PALENCIA parecen infundadas, resultando, por lo mismo, su acusación a Álvaro de Luna, igualmente improbable, y, mucho menos, que contase con el consentimiento de Juan II, al que si consideraba con tantos escrúpulos religiosos sobre su matrimonio, ¿cómo lo creía capaz de no experimentar ningún sentimiento culposo frente al asesinato de su esposa?

Además de estas terribles acusaciones al valido, PALENCIA provecho la ocasión para criticar al príncipe Enrique del que nos dice que no reaccionó ante estos hechos.

Otro acontecimiento que tuvo lugar también en este periodo de la vida de don Enrique y que marcaría ostensiblemente la última década de su reinado, fue el segundo matrimonio de su padre con Isabel de Portugal.

Según PALENCIA se efectuó auspiciado por Álvaro de Luna que pretendía con ello socavar, en parte, el poder que estaba adquiriendo el príncipe de Asturias y, además, prevenir posibles represalias de éste contra su persona, por la trágica muerte de su madre doña María.

Aprovecha el cronista la referencia del evento, para comentar negativamente la actitud adoptada por el príncipe, que no se opuso a la decisión del condestable, dada su naturaleza indolente.

Si como hemos dicho, las consecuencias a medio plazo de este segundo matrimonio de Juan II, se verán años después durante el reinado de Enrique IV, las consecuencias inmediatas del mismo se manifestaron en los últimos años de los del rey, su padre, repercutiendo directamente sobre la persona y la vida de quién fue su artífice, el maestro de Santiago.

La reina dio a luz, el 23 de abril de 1451, una hija a la que pusieron su nombre y once meses después, el 10 de marzo de 1452, un hijo, el infante Alfonso. Estos nacimientos reflejaban claramente la estrecha vinculación afectiva de la real pareja.

Un último acontecimiento a considerar, en este período de transición hasta el comienzo del reinado de Enrique IV, en que hemos dividido su biografía, es el de la anulación de su matrimonio con Blanca de Navarra, que tendría importantes consecuencias políticas durante gran parte del reinado, como veremos más adelante.

Pero con independencia de su interés en el juego político, el divorcio del príncipe, tiene una indudable repercusión sobre la vida íntima de este, de ahí su importancia biográfica.

Téngase en cuenta que, garantizada la sucesión a la corona con el infante Alfonso, esta exigencia para la continuidad dinástica estaba resuelta, por lo que cabe preguntarse, ¿por qué consintió Enrique en verse sometido a un proceso vergonzante y doloroso, tanto para él como para Blanca? Además, conseguido el divorcio su lógica consecuencia no podía ser otra más que la de volver a casarse, lo que si era consciente de su impotencia, ¿para qué someterse a un nuevo reto del que podían derivarse más injurias para su persona? Solo podía estar justificado esto último si, como opinan la mayoría de sus biógrafos, su padecimiento era una impotencia psicógena transitoria, que conocida por el príncipe, le moviese a intentar con otra esposa lo que con doña Blanca le había resultado imposible. Pero en tal caso, ¿por qué si estaba separado de hecho de su esposa desde 1444, -año en el que como ya hemos dicho rompió definitivamente con ella y con su suegro-, espera que pasen ocho años antes de interesarse en legalizar el divorcio, cuya tramitación no se inicia hasta 1452?

El proceso que se iniciaba a instancia del príncipe trataba de conseguir la sentencia de nulidad matrimonial probando que, imposibilitados los esposos para consumir la cópula, por impotencia de Enrique, esta incapacidad se circunscribía exclusivamente a sus relaciones con Blanca y no con otras mujeres. Como pruebas se aportaban los testimonios de distintas mujeres segovianas, con las que don Enrique había tenido relaciones sexuales, que confirmaban su potencia viril con ellas.

Quienes han analizado con detenimiento el proceso y la sentencia emitida por el administrador apostólico de Segovia Luís Acuña, afirman que mientras estaba perfectamente probada la impotencia del príncipe para la cópula con la princesa, eran más que dudosos los testimonios de las prostitutas y, ciertamente, si como afirma SUÁREZ, estas mujeres tenían prohibido por ley prestar testimonio, poco valor legal podían tener sus afirmaciones, lo que indudablemente, aporta nuevas dudas sobre la legalidad de la sentencia de Acuña. Sin embargo, la legitimidad de lo decidido, que podía perfectamente haber sido recurrido por los representantes legales de Blanca, que al no hacerlo, aceptaban las alegaciones presentadas, no impide que desde la perspectiva de los conocimientos sexológicos de que disponemos en la actualidad, pueda explicarse el comportamiento sexual del príncipe, como la expresión clínica de una impotencia psicógena. Refuerzan además este diagnóstico, ciertos datos que encontramos en su biografía, que justifican plenamente unas relaciones interpersonales caracterizadas por las frecuentes reacciones inhibitorias frente a ciertas personas, por lo general, con fuerte temperamento y capacidad de liderazgo y/o elevado nivel socioeconómico. En el caso del rey, resulta inverosímil un comportamiento de esta naturaleza, pues, ¡quién hay por encima de él!, pero en el de nuestro protagonista, no se trataba de una competencia meramente social, su problema era mucho más profundo, hundía sus raíces en ese sector de lo psicopatológico que se gesta en el aprendizaje morbígeno de los primeros años. Fue un niño que separaron de su madre cuando apenas contaba cinco años, en contadas ocasiones vio a su padre –solo en algún acto protocolario-. Su niñez la pasó alejado de la Corte, rodeado de sirvientes de estratos sociales medios o bajos, cuyos comportamientos eran los únicos modelos a los que imitar, etc. En definitiva, su aprendizaje infantil estuvo poco acorde con el papel que de adulto tenía que desempeñar. Su esposa Blanca, posiblemente mentalizada más adecuadamente con su alta posición, pudo involuntariamente inhibir su pobre iniciativa incrementando su timidez, a lo que no debieron de contribuir poco, sus tíos los infantes de Aragón y, sobre todo, su suegro, el inteligente y enérgico, futuro rey de Aragón. Por todas las razones apuntadas, no es nada extraño que una personalidad evitativa como la de Enrique, reaccionara como lo hizo, presentando entre otras muchas formas de conducta según ese patrón, la de una impotencia psicógena selectiva.

Hecho este inciso, continuamos con el desarrollo seguido por el proceso de divorcio.

El administrador apostólico de la sede vacante de Segovia, Luís de Acuña, que debía ser confirmado en su cometido, se reunió con los procuradores de los esposos, en la iglesia de San Pedro de la villa de Alcazarén, el 11 de mayo de 1453 para dictar sentencia, en la que se hacía constar que se les divorciaba para que pudieran contraer nuevo matrimonio, llegando a poder ser padre y madre tras los mismos. De hecho, la sentencia fue confirmada en Segovia el 27 de Julio de 1453 y enviada a Roma junto con una petición de dispensa para que el príncipe pudiera contraer matrimonio con su prima hermana doña Juana, hija de la reina Leonor de Portugal.

Si la sentencia plantea inevitables dudas legales, las intenciones que en ella se constataban debían estar sustentadas en la convicción de que don Enrique podía tener capacidad de procrear, lo que solo puede admitirse si padecía una impotencia psicógena, así como que a doña Blanca también se le suponía dicha capacidad, lo que no pasó de ser igualmente, una suposición, ya que no volvió a casarse. Porque si las prostitutas no podían declarar y se tuvo en cuenta su testimonio y, el príncipe estaba convencido de su impotencia, lo realizado fue más que un proceso canónico, una farsa sacrílega; lo que resulta, a mi entender, difícil que asumiera don Enrique, hombre de convicciones religiosas firmes, que con seguridad le habrían hecho sentirse culpable de perjurio ante Dios.

Si nos atenemos a sus rasgos de personalidad y a los condicionantes medio ambientales por los que pasó, no resulta difícil de admitir, como hemos manifestado ya, su impotencia psicógena, de la que debía ser plenamente consciente, de ahí que no perdiera la esperanza de poder tener descendencia, siendo capaz de sostenerlo en un proceso canónico. De no haber sido así, su carácter timorato se lo hubiera impedido. Por todo lo cual, nos resulta todavía más verosímil este diagnóstico. Indudablemente don Enrique no era sexualmente muy activo, es posible que incluso hubiera tenido durante la adolescencia cierta indefinición sexual, pero no una impotencia orgánica, para la que salvo los rasgos eunucoides aducidos por MARAÑÓN, no encontramos ninguna otra posible causa.

Como puntualiza SUÁREZ<sup>13</sup>, se dispone de dos capitulaciones distintas en relación con las segundas nupcias de don Enrique, una, la primera, firmada cuando aún era príncipe de Asturias, y otra, firmada cuando casi acababa de subir al trono de Castilla.

---

<sup>13</sup> op.cit. ps. 124 y 125.

Por razones obvias vamos a comentar aquí solo la primera, siendo la segunda, el primer hecho a considerar cuando abordemos el último periodo en el que hemos dividido su biografía.

Lo más significativo de estas primeras capitulaciones es, como dice SUAREZ, que no conste entre sus capítulos la dispensa pontificia por parentesco de los contrayentes, pues si se firmaron el 20 de diciembre de 1453, difícilmente podía contener la dispensa de Nicolás V fechada el 1 de diciembre de ese año, ya que era materialmente imposible que los redactores de las capitulaciones pudieran contar con ella teniendo en cuenta la precariedad de las comunicaciones en la Edad Media.

Las prisas y, sobre todo, la aparentemente imperiosa necesidad de efectuar este nuevo matrimonio, parece que queda documentada mediante un hecho inverosímil en circunstancias normales.

Así, nos refiere SUÁREZ cómo el 13 de diciembre de 1453, poco antes de la firma de las capitulaciones, el príncipe de Asturias donó a su futura esposa cien mil florines de oro, cantidad equivalente a la que se le asignaba como dote a la princesa y que lógicamente debía ser aportada por su hermano el rey de Portugal Alfonso V. ¿A qué obedeció este adelanto de la dote hecha en este caso por el futuro esposo? Parece que el príncipe se curaba en salud, según el Prof. SUÁREZ porque *“no estaba (...) convencido de que el impedimento que tuviera con Blanca no reapareciera”*. Pero también podía ser que al no contar con el consentimiento pontificio y tener poca seguridad en la sentencia de nulidad de su primer matrimonio, pensase que le podía ser denegado uno u otra, o incluso ambos, por el pontífice, con el consiguiente perjuicio para la desposada y su entorno.

El plazo de un año concedido a Alfonso V de Portugal para regularizar la situación de su hermana mediante el abono de la dote, tanto vale para el argumento del Prof. SUÁREZ, *“un tiempo que sin duda se consideraba suficiente para comprobar la efectividad del matrimonio”*<sup>14</sup>, como para dar tiempo a que el pontífice Nicolás V, contestase favorable o desfavorablemente a las requisitorias que se le habían dirigido. De hecho, si bien se tiene la fecha de 1 de diciembre de 1453 como la de la bula de dispensa del pontífice sobre el parentesco, según SUÁREZ<sup>15</sup>, que obviaba este extremo, cuando se aportó la dote por el príncipe, aún se desconocía.

---

<sup>14</sup> op. cit. p. 126

<sup>15</sup> op. cit. ps. 126y 127.



Pero de lo que se carecía realmente era de la bula que confirmase la sentencia de nulidad del primer matrimonio del príncipe y, no obstante, fue aceptada la sentencia emitida por Acuña, aunque no llegó a confirmarse expresamente por el pontífice dada su complejidad, valiéndose el Papa de una “fórmula comisoria”, mediante la cual otorgaba poderes a tres prelados para que los tres, dos, o uno de ellos al menos, sin la oposición de los otros, dispensasen del vínculo matrimonial a los esposos. Sin este requisito la bula carecía de efectividad.

Pero con independencia de que las condiciones que rodearon a estas primeras capitulaciones fueran motivadas por razones emanadas de la inseguridad de don Enrique por su disfunción eréctil, o para soslayar las consecuencias de un revés en su propia problemática legal, lo que llama mucho la atención de este acontecimiento, es la precipitación con que se le intenta encauzar y la máxima prioridad que parece que se le asigna; hasta el punto que solo la muerte de Juan II, que tendría lugar a mediados de 1454, paralizará momentáneamente los preparativos de este segundo matrimonio del príncipe, que no llegará a realizarse hasta después de su subida al trono como rey de Castilla.

### **3ª Etapa (1454-1474).-**

El 22 de julio de 1454 fallece Juan II de Castilla a los 49 años y tras un largo reinado. Según nos informa mosén DIEGO DE VALERA, el martes 23 de julio, es proclamado rey Enrique IV, después de depositar el día anterior el cadáver de su padre en el monasterio de san Pablo de Valladolid. El homenaje que recibe el nuevo rey por parte de los grandes del reino es unánime, iniciándose su reinado con las mejores perspectivas de éxito, al depositar todos los estamentos del reino su confianza en la persona de don Enrique, que contaba en ese momento con 29 años y más de seis meses de edad.

Según parece hasta 1463 la trayectoria política seguida por Enrique IV se proyecta siguiendo los cauces adecuados, por lo que para la mayoría de los historiadores la primera década de su reinado es, considerada, como satisfactoria. Sin embargo, por más que la prodigalidad del rey con los grandes y el amplio uso del perdón real para con los más díscolos y conflictivos fueran la base del comportamiento de Enrique IV desde los primeros meses de su reinado, la nobleza no estaba dispuesta a someterse incondicionalmente al soberano, plantándole cara no solo en la defensa de sus privilegios, sino incluso en el uso de ciertas costumbres de mucho menos entidad.

Precisamente el grave incidente que vamos a relatar, protagonizado por algunos miembros de la nobleza, se sustentó sobre una de estas razones aparentemente de poca entidad, pero cuyas consecuencias podían haber sido muy graves.

El 22 de abril de 1455, tres meses antes de cumplirse el primer año del reinado, el rey, como posiblemente todos esperaban de él, se hizo cargo personalmente, de lo que siempre había sido una prioridad para todos los monarcas cristianos peninsulares: la lucha armada en la zona sur de España ocupada por los moros, es decir, la frontera de Castilla con el reino de Granada. Con tal finalidad se desplazó de Valladolid a Córdoba, donde se puso al frente de sus fuerzas que en número considerable, según CASTILLO<sup>16</sup>, se habían concentrado a su llamada.

Enrique IV, siguiendo una táctica militar que podemos calificar de novedosa y acertada, impidió a sus capitanes que permitiesen repeler las escaramuzas que de manera provocadora realizaban los moros y, sobre todo, responder a tales provocaciones mediante combates singulares, centrando la actividad de sus fuerzas en la práctica de

---

<sup>16</sup> Catorce mil de a caballo y ochenta mil peones. (op. cit. p. 106).

extensas talas del territorio granadino, para conseguir debilitar la resistencia de sus enemigos y cercar las poblaciones y fortificaciones defensivas para rendirlas por hambre. Estas acciones militares cuyo valor práctico parece evidente, no fueron bien entendidas por los nobles del ejército, acostumbrados a realizar esporádicos enfrentamientos individuales, recurriendo al reto personal a singular combate, lo que era motivo de hazañas que les granjeaban honor y prestigio personal, pero en definitiva, quedaba solo reducidas a eso.

A consecuencia de las disparidades surgidas, los nobles se organizan en una confederación secreta que encabeza Pedro Girón, maestre de Calatrava, y deciden prender al rey.

Es curioso como según nos refiere CASTILLO, se encomienda esta tarea al conde de Alba y a Rodrigo Manrique, conde de Paredes<sup>17</sup>, quienes no pudieron llevar a cabo su traición, al intervenir un hijo del marqués de Santillana que consiguió que el rey se desplazase a Córdoba. Pero tomemos nota también de la reacción de don Enrique cuando se entera de la abortada conjura, según CASTILLO<sup>18</sup>: “...*dio muchas gracias a Dios, que le avia librado de tan grand maldad*; es decir, tuvo una de tantas reacciones suyas de debilidad, que volveremos a ver repetidamente en el curso de otras actuaciones.

Conviene que reflexionemos aunque sea mínimamente, sobre este hecho singular y sorprendente, desde mi punto de vista. Lo primero que llama la atención es que se produzca antes de cumplirse el primer año del reinado, es decir, cuando no se habían producido aún, acontecimientos que pudieran propiciar actitudes de rebeldía, lo que además de dar al traste con la opinión generalizada de que el rey fue aceptado unánimemente por la nobleza, nos hace pensar que, un malestar de fondo debía existir, además de que ciertos nobles no pasaron página de las posibles desavenencias habidas con la corona.

Los protagonistas de este incidente fueron tres personajes que denotan con su manifiesta hostilidad al monarca que subestimaban los beneficios que habían recibido de él. Es el caso de Pedro Girón que era consejero directo del rey junto a su hermano y había sido ampliamente recompensado. Los otros dos fueron el conde de Alba y el de

---

<sup>17</sup> Anótese que ambos fueron perdonados por Enrique IV y repuestos en el dominio de sus posesiones, a los pocos días de subir al trono.

<sup>18</sup> op. cit. p. 106.

Paredes, uno, perdonado por Enrique IV, por lo que pudo dejar el exilio, y otro, liberado de la prisión que sufría y de la que no era Enrique el responsable.

Además, la acción emprendida no era una protesta baladí, sino que se trataba, nada más y nada menos, que de prender al rey. Por último, si analizamos el motivo –al menos el relatado por CASTILLO-, no entrañaba una trascendencia evidente.

Realmente el número de problemas que en este tiempo se fueron acumulando, sobrepasan con mucho el hecho, casi anecdótico, que el cronista nos refiere como detonante del acontecimiento referido. Así, los gastos de guerra eran cuantiosos, teniendo en cuenta además que debían aportarse durante tres años; debiéndose sumar a ellos los producidos como consecuencia de la boda del rey.

En Córdoba van a tener lugar tres acontecimientos relevantes. Fue el lugar convenido para la concentración de las tropas para la campaña emprendida contra los moros granadinos; Enrique IV celebró en esta ciudad su segundo matrimonio y se convirtió en sede de las Cortes de la nueva monarquía.

En estas Cortes, los procuradores se quejaron del uso abusivo que hacía el rey de su poder real absoluto, mostrándose además descontentos de los excesivos gastos para una guerra de resultados inciertos y, para unos esponsales reales de los que se había hecho una propaganda muy negativa. Si se une a todo esto la difamación que acusaba a Enrique IV de restringir las libertades, atentar contra las costumbres y favorecer a los infieles, estamos ante a un excelente caldo de cultivo que favoreció que nobles ambiciosos y cargados de rencor, pretendieran apoderarse del rey y someter la gobernabilidad del reino a un consejo de nobles, que la ejercerían en su nombre.

El otro acontecimiento importante casi coincidente con el inicio de la guerra de Granada es el segundo casamiento de don Enrique.

Precisamente concluíamos la segunda etapa de la biografía del rey, con los prolegómenos de su proyecto matrimonial, interrumpido por el fallecimiento de Juan II, al quedar sin efecto las capitulaciones del 20 de diciembre de 1453. Sin embargo, el tema no dejó de seguir teniendo la máxima prioridad para el ya rey Enrique IV, que, antes de haber transcurrido un mes de su subida al trono, envió a Portugal a uno de sus capellanes con poderes para que en sintonía con los portugueses, redactasen nuevas capitulaciones para su matrimonio con doña Juana.

El interés de Enrique IV y, sobre todo, las prisas que tenía por materializar definitivamente su segundo casamiento, sigue resultando difícil de entender, teniendo

en cuenta las condiciones existentes en el momento y las circunstancias que rodeaban al acontecimiento.

Se trataba de un matrimonio sobre el que gravitaba la disfunción eréctil que padecía Enrique y la dudosa legalidad de la nulidad solicitada. Se producía en plenas hostilidades con los musulmanes granadinos que implicaban un nuevo frente de tensiones y, sobre todo, una importante fuente de gastos. Por si fuera poco era una boda no entendida por casi nadie y de la que casi nada se había informado. La sucesión a la corona estaba garantizada mediante un heredero. ¿Por qué y para qué tanta prisa?

Posiblemente el único interés político que podía tener el enlace ansiadamente buscado, era el de normalizar las relaciones con Portugal, que se habían deteriorado como consecuencia de las incursiones que los navegantes andaluces realizaban en el litoral africano occidental, que los portugueses consideraban como zona exclusiva de su actividad comercial. Salvo por esto, es difícil conocer cual era el motivo de la alta prioridad dada por el rey a este segundo matrimonio.

El nuevo acuerdo matrimonial se concluye el 22 de enero de 1455. Los gastos que debía afrontar la corona castellana para este enlace eran los siguientes: la dote de 100.000 florines de oro, 20.000 florines más en concepto de arras, y una renta anual de millón y medio de maravedís<sup>19</sup>. Lo que justifica claramente que se pueda hablar de dispendio económico.

Teniendo en cuenta que en esta primera redacción de las capitulaciones no se mencionaba la ejecución de la nulidad del anterior matrimonio, en la confirmación de las mismas por parte de Enrique IV, el 25 de febrero de 1455, se hace constar que se encontraba tramitándose.

La reina de 16 años entra en Castilla por la frontera de Badajoz, trasladándose, el 20 de mayo de 1455, a Córdoba donde se celebrarán los esponsales, que CASTILLO<sup>20</sup> nos describe así: “...los desposorios fueron celebrados por don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, é pasados tres días, se celebraron las bodas”.

La versión que del acontecimiento nos transmite el cronista ALFONSO DE PALENCIA<sup>21</sup>, que por el encabezamiento del capítulo en que lo narra podemos intuir su

---

<sup>19</sup> op. cit. p. 136

<sup>20</sup> op. cit. cap. XIV. p. 108

<sup>21</sup> op. cit. cap X: “Bodas de D. Enrique, notificadas más bien que celebradas en Córdoba”. p. 75.

contenido perverso, es la siguiente: “*Celebró el arzobispo de Tours*<sup>22</sup> *la solemnidad del día de las nupcias, aunque sin contar con la dispensa apostólica...*”.

Teniendo en cuenta la llamativa diferencia entre ambas versiones en cuanto a quien actuó como celebrante, hemos consultado a mosén DIEGO DE VALERA<sup>23</sup>, quien nos dice que: “*...é luego el arzobispo embaxador les tomó las manos e los desposó,... y el día de Pasqua de cinquesma el Rey se veló con la Reyna su esposa é velólos D. Alfonso electo confirmado de la iglesia de Mondoñedo que después fue obispo de Jaén...*”. Con lo que se acentuó todavía más nuestra confusión ya que VALERA hacía intervenir a dos prelados, al arzobispo foráneo –como vimos que hacía PALENCIA- y al futuro obispo de Jaén. Para investigadores expertos en la época que estamos estudiando, como es el caso del Prof. SUAREZ,<sup>24</sup> es “imposible... discernir que parte de verdad hay”, pero considera, no obstante que, teniendo en cuenta “el protagonismo que Fonseca asume en la contratación de Guisando, hace nula cualquier intervención suya en la boda de Córdoba”.

Resulta pues difícil de aceptar la versión de CASTILLO, que permitiría posiblemente dar mayor fiabilidad a la ejecución de la dispensa, al ser precisamente el arzobispo de Sevilla uno de los comisionados por el Papa para validar la bula, pero parece que todo se queda en un intento infructuoso del cronista en dejar en buen lugar al rey. En cuanto a las otras dos versiones, a mi juicio parece más plausible la de VALERA, ya que la actuación del prelado extranjero, es legitimada a los ojos de todos mediante la participación del clérigo propio.

En el curso de veinte años de reinado que le restan por vivir al rey, son muchos los hechos que jalonan su biografía, pero teniendo en cuenta la estructura dada a nuestro estudio, hemos creído más conveniente, incluir los más relevantes, en un apartado independiente donde poder tratarlos más específicamente desde una vertiente metodológica psicológica y/o psicopatológica.

---

<sup>22</sup> El arzobispo de Tours formaba parte de una embajada enviada por el rey Carlos VII de Francia que acudía a Córdoba donde estaba desplazada la Corte.

<sup>23</sup> op. cit. cap. VII. P. 7.

<sup>24</sup> op. cit. p. 139.

### Muerte de Enrique IV.-

No hay ningún acontecimiento que destaque en torno a la muerte de don Enrique, lo más significativo es que sorprendió a todos, lo que indica que no existieron pródromos que pudieran alertar a quienes convivían mas estrechamente con el rey, y que el curso de la dolencia que le llevó a la tumba fue muy corto, escasamente de dos días.

Como enfermedades causales posibles se han barajado desde una afección renal del tipo de la litiasis o la nefritis, pasando por una litiasis hepática, e incluso una neoplasia intestinal. Para el Prof. MARAÑÓN<sup>25</sup>, el cuadro clínico caracterizado por intensos dolores intestinales, anasarca y diarreas sanguinolentas, le hacen pensar en una muerte por envenenamiento con arsénico.

Hasta poco antes del momento de su muerte mostró Enrique IV sus tendencias evitativas, buscando la soledad. El mismo día en que tuvo que quedar postrado en cama por imposibilidad física manifiesta había intentado aislarse en los bosques del Prado, recreándose con la contemplación de la naturaleza y con la única compañía de los animales salvajes. La dolencia mortal se lo impidió.

Sus horas postreras resultan de un doloroso dramatismo. El mutismo en que se sumerge postrado en el lecho de muerte no es un rechazo resentido a su entorno, sino un último y definitivo intento por desconectarse de un mundo con el que nunca sintonizó, porque ni supo descifrar las claves que le hubieran posibilitado entenderlo, ni los que le rodearon le facilitaron la más mínima ayuda. Quienes mejor le conocieron fomentaron sus debilidades sirviéndose de ellas para beneficiarse ilícitamente, y aquellos que solo juzgaron su conducta pública sin conocer su intimidad doliente lo vituperaron con excesiva crueldad. MARAÑÓN, ante los comentarios de los que se sirve PALENCIA para referir su muerte, comenta: “Es difícil que sobre ningún otro muerto caiga un responso tan feroz como el pronunciado ante el cadáver de don Enrique por este implacable capellán”.

---

<sup>25</sup> op. cit. p. 90.

## C A P Í T U L O   I I

### **ORGANIZACIÓN Y ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD CASTELLANA DE LA BAJA EDAD MEDIA**



## ORGANIZACIÓN Y ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD CASTELLANA DEL ÚLTIMO SIGLO BAJO MEDIEVAL.

### UNIDAD GEOPOLÍTICA: LA CORONA DE CASTILLA.

Con el término “*corona*” se hace referencia, desde la perspectiva en la que nos moveremos para desarrollar este apartado, a un concepto geopolítico; es decir, que cuando hablemos de lo que fue la Corona de Castilla estaremos haciendo referencia a un territorio, cuya extensión era de 385.000 Km<sup>2</sup>, constituido por los reinos de Castilla y León y los antiguos reinos de Asturias y Galicia, así como Andalucía occidental y el reino de Murcia, territorios ambos conquistados a los musulmanes por Fernando III y Alfonso X, respectivamente. Su población, que en las postrimerías del siglo XV, venía a ser de unos cuatro millones trescientos mil habitantes, lo que representaba algo más del 68 % de la población peninsular, constituía una comunidad de naturaleza común entre todos ellos<sup>1</sup>.

Generalmente se considera que la Corona de Castilla como entidad histórica tiene sus orígenes en el año 1230, fecha en la que se unifican los reinos castellano y leones, en la persona de Fernando III (unidad territorial); sin embargo, hay quienes consideran que la consolidación de la Corona de Castilla no tiene lugar hasta que se unifican las cortes de Castilla y León, en principio, totalmente separadas (unidad política).

La Corona de Castilla se convierte en la única unidad política, -con un único territorio, una unidad institucional, representada por la monarquía, una unidad de gobierno, ostentado por el rey, y un aparato legislativo, constituido por las cortes-, quedando los distintos reinos que la conforman como meras referencias históricas.

Hasta llegar a esta unidad geopolítica habían transcurrieron unos doscientos años, tiempo en el que los cambios sufridos por el primitivo reino de Asturias fueron

---

<sup>1</sup> Datos tomados de LADERO QUESADA, M.A.: “*I Los Reyes Católicos: La corona y la unidad de España*”. En: “*La corona y los pueblos americanos*”. (1989): 36-39; MARTÍN, J.L.: “*León, Castilla y Portugal*”. En: *Historia de España*. Tomo 4. Espasa-Calpe, (2004): 89-128; y BALLESTEROS-BERETTA, A.: “*La marina cántabra*”. Diputación de Santander, 1968.

sumamente importantes. Así, surge de él el reino de León, en cuyos dominios se desarrollará el condado de Castilla que en 1035 se convierte en reino.

Las relaciones entre castellanos y leoneses no fueron nada fáciles, de ahí que, la voluntad política de los reyes que pretendieron su unificación, no fuera suficiente para llegar a conseguirla. Tenemos que pensar que existían diferencias entre leoneses y castellanos lo suficientemente significativas como para que en el siglo X el condado de Castilla se independizase del reino de León. Ciertamente estas diferencias van siendo cada vez menores, lo que permite realizar ciertos ensayos de reunificación, como los efectuados por Fernando I en 1037, y por Alfonso VI en 1072. Sin embargo, no han desaparecido totalmente las diferencias, lo que unido al régimen feudal existente, que hace que los intereses personales y de clase dominen sobre los nacionales, imposibilitan la definitiva unificación. Todo lo cual da lugar a que la reconquista se estanque. La derrota sufrida por Castilla en Alarcos (1195) pone de manifiesto el peligro que la desunión representa para los reinos cristianos. Un proyecto con muchos visos de conseguir la unión entre Castilla y León, el matrimonio de Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla, fracasa estrepitosamente, aumentando aún más la conflictividad entre ambos reinos y su falta de entendimiento. El peligro representado por el poder almohade fue el estímulo que permitió que los reyes cristianos comprendiesen la importancia que entrañaba su unión en contra de los musulmanes, hasta el punto que el rey castellano consiguió que tanto del interior, como desde el exterior peninsular, junto con la ayuda del Papa, se crearan unas milicias con evidente espíritu cruzado que en las Navas de Tolosa (1212), terminarán con el dominio almohade. Esta experiencia, muy positiva, favorecerá la firma de treguas, años después, entre Alfonso IX de León y su hijo Fernando III de Castilla, lo que permite a ambos reinos avanzar ostensiblemente en su marcha reconquistadora.

A la muerte de Alfonso IX, parece que lo mismo en el terreno político que en el de las diferencias entre leoneses y castellanos se ha avanzado lo suficiente como para que, el hijo del rey leonés, Fernando III, pueda unificar ambos reinos de manera definitiva.

A partir de entonces, la Corona de Castilla sigue ensanchando su territorio, anexionándose Fernando III entre 1236 y 1248 los reinos musulmanes de Córdoba, Jaén y Sevilla. Su hijo Alfonso X conquista el reino de Murcia, con lo que los reinos peninsulares ajenos a Castilla se quedan reducidos a cuatro: Granada al sur, Portugal al oeste y Navarra y Aragón al este.

Otro elemento unificador de la corona castellana se produce a través de su consolidación como entidad lingüística, al oficializarse definitivamente el castellano como idioma, lo que tiene lugar durante el reinado de Alfonso X.

Esta unidad geopolítica que se constituye en la primera mitad del siglo XIII, la Corona de Castilla, estaba integrada por distintas comunidades históricas de rangos diferentes -desde reinos, principado y señoríos, hasta incluso una federación de ciudades como las que integraban la Hermandad de la Marina de Castilla<sup>2</sup>- que poseían niveles de autonomía, fueros propios y privilegios también distintos, todo lo cual hace muy difícil comprender desde la perspectiva actual cómo estos grupos humanos tan heterogéneos, pudieron formar una unidad tan cohesionada como fue la Corona de Castilla.

La importancia que en esto tuvo la unidad de creencias es un hecho incuestionable, así como que este universo de creencias comunes, que la memoria histórica situaba en el núcleo mismo de una unidad geopolítica de la alta edad media, el reino visigodo, le permitía a las comunidades peninsulares de los primeros siglos del bajo medievo, replantearse la necesidad de recuperar un territorio, antaño propio, ocupado por quienes entre otras muchas diferencias con ellos, poseían creencias muy dispares a las suyas.

Sólo la reconquista del territorio peninsular hispano pudo ser la fuerza de cohesión que explique, como más arriba hemos apuntado ya, la creación de las dos Coronas peninsulares: la de Castilla y la de Aragón.

---

<sup>2</sup> La constituía una federación de los principales puertos del Cantábrico, cuyo poder naval era muy sobresaliente al servicio de Castilla. Llegó a tener tal nivel de autonomía que mantuvo sus propias relaciones comerciales internacionales, e incluso llegó a sostener enfrentamientos bélicos por su cuenta con ingleses y franceses. (Ladero Quesada, M.A., op.cit. p. 37 y Ballesteros-Beretta, A.: *“La marina cántabra y Juan de la Cosa*. Santander, 1954).

## EL SISTEMA DE GOBIERNO

En los últimos años del siglo XIV se va perfilando en Castilla un sistema de gobierno que se estructura mediante tres instituciones colegiadas que se aglutinan en torno al monarca investido de *poder real absoluto*<sup>3</sup>. Tales instituciones son:

- Las Cortes.
- El Consejo Real.
- La Chancillería.

Las Cortes. - Su institucionalización no implicó en Castilla su convocatoria con una periodicidad fija, sino que se dejó en libertad al rey para que las convocase cuando y donde quisiera<sup>4</sup>. La característica más general y significativa de las Cortes era su naturaleza estamental, es decir, sus constituyentes son representantes de las clases sociales o estamentos, que en cuanto poseían una situación social, política y jurídica, se denominaban también *estados*. Estos eran fundamentalmente tres: el *Clero*, la *Nobleza* y las comunidades locales o *Estado llano*.

Aunque se denominaban cortes generales, las representaciones no lo eran; así, los nobles y los eclesiásticos se representaban a sí mismos, pero dado su número, del estamento nobiliario solo estaban los más poderosos y destacados, y del clero las altas dignidades, como arzobispos, obispos, abades y priores, y del estado llano, los representantes de las ciudades –no todas- que poseían el derecho a enviar delegados a las Cortes.

Para que fueran cortes generales era imprescindible que se agruparan todos los estados con el rey; en caso contrario, es decir, si faltaba alguno de los estamentos, no se las denominaba cortes, sino *juntas o parlamentos*.

Como hemos dicho, la particularidad o “personificación” de los estamentos nobiliario y eclesiástico les permitía estar constituidos por personajes concretos que defendían sus intereses por sí mismos en el ámbito de las cortes. El carácter más universal de las comunidades locales le hacía tener que ser representadas por los que en Castilla se llamaron *procuradores*, lo que les obligaba a dotarse de una acreditación expedida por la comunidad local que representaban y en la que se hacía constar el poder

---

<sup>3</sup> Concepto de valor eminentemente ideológico-teórico.

<sup>4</sup> Con la única salvedad de que debían ser ciudades que tuvieran tal privilegio, el que en muchas ocasiones poseían a tenor de su capacidad de poder alojar a los estamentos que acudían a ellas.

con que contaban. Esto, si bien les confería poder, limitaba su actuación a un ámbito concreto.

Las cortes, por tanto, eran un órgano consultivo que necesitaba una amplia base para adoptar sus decisiones, en definitiva un órgano colegiado, que asesoraba al rey en cuestiones políticas, económicas, etc., de gran relevancia. Sus acuerdos, como se desprende de su carácter consultivo, no eran vinculantes, correspondiendo en última instancia las decisiones al rey.

El papel político de las cortes castellanas en la Edad Media fue muy limitada, por más que su naturaleza fuera eminentemente política, lo que reducía su poder legislativo, pero precisamente por su poca operatividad política, cuando en contados casos, las cortes promulgaron algunas leyes, éstas tuvieron una mayor fuerza, aunque la capacidad legislativa real era atributo del rey<sup>5</sup>.

El Consejo Real.- Se trataba de un cuerpo consultivo que asesoraba al rey en cuestiones de gobierno. Este organismo se constituía como instrumento de participación política. Estaba formado por un número reducido de personas de los círculos más próximos al rey, es decir, personajes de la alta nobleza, del alto clero y letrados. En algunos casos pudo verse aumentado su número, en razón de que algunos de estos personajes podían asistir a sus deliberaciones en función de su dignidad<sup>6</sup>.

El Consejo Real lo formaba la elite encargada de la gobernabilidad del reino. Estaba presidido por un alto personaje –de la nobleza o el clero-. Cuando CASTILLO refiere la constitución del primer Consejo de Enrique IV<sup>7</sup>, solo menciona a sus dos figuras más significadas: el marques de Villena y el arzobispo Fonseca.

La Chancillería Real.- Era un organismo más burocrático-administrativo que político, desempeñando en él sus funciones personas con capacitación profesional del nivel de licenciados, doctores, letrados y escribanos. CASTILLO, aunque muy brevemente, menciona a algunos de los funcionarios que la componen, cuando describe la marcha del rey a Andalucía para combatir a los moros. Deja como encargados del

---

<sup>5</sup> Cuando tratemos de la figura del rey como poseedor del “*señorío mayor de la justicia*” y por tanto, la representación máxima de la justicia, tendremos ocasión de ampliar este sector de particular trascendencia.

<sup>6</sup> Quintanilla Raso, MC: “*Historiografía de una élite de poder: La nobleza castellana bajomedieval*”. *Hispania*, L/2, núm. 175 (1990). p. 734.

<sup>7</sup> Castillo, D.E.: op. cit. Cap. VII. p. 104.

gobierno del reino en su ausencia a Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo y a Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro<sup>8</sup>.

Como hemos tenido ocasión de comentar, la gobernabilidad de la sociedad castellana en la Baja Edad Media tardía se servía de tres organismos colegiados o estamentos, que tenían al rey como su máximo representante. El adecuado conocimiento de estos tres estados o clases sociales, resulta imprescindible al intentar comprender al personaje central de nuestro estudio, precisamente el rey castellano de ese último período del tardo medievo, Enrique IV. El que lleguemos a entender la configuración, las características específicas y la dinámica propia de cada uno de estos estamentos entre ellos y con el rey, nos permitirá hacernos una idea del entorno en el que Enrique IV vivió y bajo el que gobernó.

Aunque a un nivel distinto al de las tres clases mencionadas, el papel del rey como gobernante absoluto de sus reinos, requiere una consideración especial, obligándonos precisamente a tratar en primer lugar, el carácter institucional de la figura del rey.

## LA ESTRUCTURA SOCIAL

El Rey.- Era la encarnación del *poder real absoluto*, lo que se entendía como que en sus reinos no había nadie por encima de él, siendo, por otra parte, la representación de la *justicia*.

La legitimidad real se adquiría mediante el nacimiento y por designio divino, de donde emanaba el carácter sacro del monarca que le investía del sentido religioso que obligaba a sus súbditos a un trato reverencial hacia su persona, y al propio rey a cumplir escrupulosamente las prácticas cristianas. NIETO SORIA, en relación con este carácter religioso de la monarquía afirma: “la ideología política en los siglos medievales siempre está asociada con una determinada manera de entender la religión, de forma que lo ideológico parece un resultado más de las actitudes religiosas dominantes”<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> op. cit. Cap. IX, p. 105: “E mando al Presidente e Oidores de la Chancillería...”.

<sup>9</sup> Nieto Soria, J.M.: “La ideología política bajomedieval en la historiografía española”. Hispania. L/2. nº 175 (1990). P. 677.

En otro orden de cosas, pero totalmente relacionado con la figura comentada, según SUÁREZ, la principal función del soberano era “el señorío mayor de la justicia”<sup>10</sup>

Precisamente para cumplir el rey una de sus obligaciones primordiales, *la consecución y mantenimiento de la paz del reino*, debía aunar la acertada aplicación de la justicia con la estricta observancia de sus deberes religiosos<sup>11</sup>. Confluyen así, en la configuración del ideal del *buen rey* medieval, una doble imagen de la realeza: la del *rey justo* y la del *rey virtuoso*.

La encarnación de la Justicia por el soberano adquiere una doble significación: por un lado, el Rey debe cumplir y hacer cumplir la ley, y, por otro, elaborar y dictar nuevas leyes.

Las normas que con toda escrupulosidad debe cumplir el rey son en primer término, las leyes divinas, después las leyes positivas sancionadas por la tradición y promulgadas por sus antecesores y/o por él mismo.

En cuanto a su obligación de hacerlas cumplir es un derecho que le legitima como *rey justiciero* investido del poder para castigar a los infractores. El soberano tiene poder para interpretar la ley positiva, de manera tal que sobre la base del principio de *equidad*, como apunta BERMEJO, el monarca puede aplicarla “*en forma rigurosa y literal una vez o con piedad y misericordia*”;<sup>12</sup> esto trae al primer plano de nuestra consideración el controvertido juego de preferencias entre el buen rey sobre la buena ley o a la inversa, de tanto predicamento en el periodo histórico que nos ocupa. Por otra parte, en relación con la obligación de cumplir la ley, el rey podría excepcionalmente, alegando “la razón de estado”, -diríamos hoy-, no tener que cumplirla; y, en cuanto a su derecho de hacerla cumplir, valerse de “la gracia real” o del “perdón real”, para indultar a los infractores.

El poder legislativo era en la Edad Media una prerrogativa casi exclusiva del rey –ya hemos tenido ocasión de mencionar cómo el poder legislador de las Cortes era mínimo-, siendo causa, en no pocas ocasiones, del enfrentamiento entre éste y sus súbditos, lo que, siguiendo a BERMEJO<sup>13</sup>, obligó a la corona a valerse de diversos métodos para frenar el descontento que se generaba, entre los que destaca este autor

---

<sup>10</sup> Suárez, L.: “*Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*”. 2ª Edición. Ariel, 2001. p. 30.

<sup>11</sup> Resulta curioso como nuestro personaje hombre cumplidor de sus deberes religiosos, adoleció del sentido necesario para impartir adecuadamente la justicia, lo que no favoreció la paz de sus reinos.

<sup>12</sup> Bermejo, J.L.: “*Principios y apotegmas sobre la Ley y el Rey en la baja edad media castellana*”. *Hispania*. N<sup>o</sup> 129 (1975), p. 38.

<sup>13</sup> op. cit. p. 40.

como mas significativos, la elaboración de textos jurídicos que regulaban el poder legislativo, caso de las *Partidas*, o la promulgación del llamado *Fuero Real*, en el que se intentaba justificar.

En resumen, podríamos afirmar que el rey medieval adquiría la legitimidad al ser designado por Dios a través del nacimiento, siendo su principal función “el señorío mayor de la justicia” y su primera obligación la del mantenimiento de la paz en el reino.

Como tendremos ocasión de ver en los apartados de este trabajo relativos a la historiografía de “los hechos más significativos del reinado de Enrique IV” y el estudio analítico y conclusivo de “la conducta del rey frente a tales hechos”, nuestro personaje se aparta mucho del ideal del buen rey medieval, no sólo porque no se ajusta a los principios rectores ideológico-políticos bajo medievales que debiera encarnar, sino además, por poseer singularidades cuya fuerza estigmatizadora de su persona y su reinado, sirvieron para que manejadas hábilmente por sus detractores adquirieran una formidable eficacia como arma política.

La Nobleza.- En los comentarios que siguen nos vamos a centrar en la nobleza castellana que se constituye a partir de la subida al trono de los Trastámaras, para lo que resulta imprescindible seguir las líneas maestras trazadas por MOXÓ<sup>14</sup>. Según éste autor, la que él llama “nobleza nueva” se constituye como estamento social a través de la agregación de personajes procedentes de distintos estratos sociales; así, unos son miembros colaterales de la familia Trastámara, que ascendían en su estatus social al hacerlo el conde de Noreña y Trastámara, que pasaba a ser rey de Castilla con el nombre de Enrique II; otros eran nobles que estaban en pleno período de transición en su paso de la nobleza de nivel medio al alto a mediados del siglo XIV; también se constituían como integrantes suyos, la nobleza de servicio de los monarcas, formada por sus más próximos colaboradores y favoritos que mediante la gracia regia conseguían escalar los más altos peldaños de la nobleza; por último, los guerreros de fortuna, no sólo foráneos, sino también gente de los mismos reinos<sup>15</sup>.

Esta nueva nobleza cuya relación con la nobleza vieja es biológicamente inexistente, sí que va a conservar en su más pura esencia el ideario, los privilegios, el poder político, el económico, etc. de la antigua, a un nivel incluso muy superior al que éstos habían alcanzado. Quede pues claro que los matices diferenciales entre una y otra

---

<sup>14</sup> Moxó, S.: “La nobleza castellano-leonesa en la Edad Media”. *Hispania*, nº 114. (1970) ps. 5-68.

<sup>15</sup> op. cit. p. 54.



nobleza residían en su inferior rango inicial, en algunos casos incluso inexistente al comienzo y la carencia de esa línea continua de linaje que caracterizaba al noble de anteriores centurias.

Aunque al principio conservan ciertos términos clásicos, como el de *ricos-hombres*, más adelante desaparece dicha denominación; sin embargo, no deja de ser con este nombre y con el de caballeros con los que se estructuran socialmente en dos grupos básicos. Del grupo de los *ricos-hombres* irá saliendo la nobleza titulada, - como sigue describiendo MOXÓ<sup>16</sup>-, a la que se le reconocerá con carácter efectivo el señorío jurisdiccional, y de la que procederán los más altos señores de la futura nobleza.

Como condicionantes y mantenedores del alto nivel social alcanzado por esta nobleza nueva hay que destacar su poder político y económico, que llega a ser en el caso de la alta nobleza, de una cuantía inimaginable. Los cargos en el Consejo Real, los puestos más destacados de la milicia, no sólo incrementan el poder político de los nobles, al ser copartícipes con el rey de la gobernabilidad de sus reinos y del ensanchamiento de su territorio, sino que además, la desorbitada remuneración de los altos cargos que consiguen ocupar y las mercedes de los reyes, como rentas vitalicias de grandes sumas de maravedíes, o concesiones de señoríos con sus rentas e impuestos, favorecen la acumulación de riquezas de estos grupos familiares nobles.

Este poder desbordante en lo político, en lo económico y, en definitiva, en el encumbramiento social de la alta nobleza, parece no tener límites, como va a ocurrir de manera llamativa con sus riquezas, que seguirán incrementándose mediante la movilización de otras fuentes de ingresos fomentadas por ellos mismos, como la explotación agrícola y ganadera del señorío jurisdiccional, del que además reciben los impuestos de paso, renta, etc.

Todo lo cual conducirá a un inevitable deseo de conservar, consolidar y seguir ampliando los importantes logros alcanzados, lo que favorecerá la patrimonialización de sus bienes, sus cargos y su rango. La constitución del Mayorazgo como fórmula jurídica en la transmisión hereditaria de los títulos y propiedades, impide su escisión; mientras que la expansión del territorio señorial a través de nuevas concesiones regias, compras, dotes matrimoniales e incluso, anexiones conseguidas por la fuerza de las armas, amplían también desorbitadamente los límites geográficos del señorío.

---

<sup>16</sup> op. cit. p. 56

En definitiva, la alta nobleza se caracterizará, como afirma QUINTANILLA RASO<sup>17</sup>, por tres signos característicos: “Privilegios, propiedades y poder”, lo que permitirá ir incrementando cada vez más la autoridad de los señores, que incluso se encargarán ellos mismos de potenciar, uniéndose en grupos que conscientes de su fuerza y poder de presión, llevarán su osadía a extremos tales como los de desafiar a la mismísima autoridad real, a la que mantendrán en continuo jaque.

Una nota característica de la nobleza castellana fue la de las revueltas y rebeliones frente a la autoridad de sus reyes, favoreciéndose la creación de banderías con aspiraciones políticas generalmente encontradas, de las que son significativos ejemplos, las luchas intestinas de la segunda mitad del siglo XIII -bandos partidarios de Alfonso X y otros favorables a su hijo Sancho IV; las minorías de Fernando IV y Alfonso XI fueron tiempos de gran conflictividad; el levantamiento de Enrique de Trastámara contra Pedro I desencadena una cruenta guerra civil, precipitando el cambio de la dinastía con la subiendo al trono Enrique II-.

No son menos problemáticas las escisiones nobiliarias de los siglos XIV y XV, que para nosotros poseen una mayor significación, como los enfrentamientos en el reinado de Juan II, ya que en el bando contrario al de su padre milita el entonces Príncipe de Asturias, Enrique<sup>18</sup>; pues bien, esta escisión en bandos de la nobleza será la nota dominante en el reinado de nuestro personaje.

Los nobles, en el reinado de Enrique IV, se escinden en dos grupos que en el sentir de VAL VALDIVIESO<sup>19</sup>, poseen orientaciones políticas encontradas en cuanto a la naturaleza de sus fines.

Así, unos se decantan por el fortalecimiento del poder monárquico legítimo y legalmente constituido, posición que consideran que les beneficiará al verse favorecida a su través la paz de los reinos. Indudablemente esto es bueno para el rey, que ve así fortalecido su poder. También para el conjunto de sus súbditos. Pero los más beneficiados son ellos mismos, que mediante la estabilidad del reino, consiguen no sufrir las pérdidas que supone el incremento de los gastos de guerra, y además que no se deterioren las rentas obtenidas de la explotación de sus tierras. Por si fuera poco, con

---

<sup>17</sup> op. cit. p. 725

<sup>18</sup> Que a nuestro juicio, como al de muchos historiadores, comete un error imperdonable que pagará posteriormente, al sufrir en su propio reinado las revueltas de los bandos nobiliarios, que dieron al traste con la paz del reino y la continuidad de su dinastía.

<sup>19</sup> Val Valdivieso, M I. de.: “*Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV*”. *Hispania*. Nº 130, (1975): 249-293.

el agradecimiento del Soberano obtienen nuevas mercedes y una mayor corresponsabilidad en la gobernabilidad del reino.

El otro grupo nobiliario aspira a metas que en principio parecen más ambiciosas, al contar como principal justificación de su rebeldía, con el intento de conseguir la hegemonía política de la nobleza, en detrimento del poder del rey, que quedaría como símbolo de la legitimidad y la legalidad de la monarquía, pero tutelado por ellos que ejercerían la acción de gobierno de sus reinos.

Este es, por tanto, el panorama en el que desde la perspectiva del estamento nobiliario va a presidir la totalidad de la segunda mitad del reinado de Enrique IV.

El Clero.- Aunque a todos los efectos que nos interesan aquí, el estamento constituido por el clero se encuentra integrado en el nobiliario, conviene destacar, no obstante, cuales son sus similitudes y cuales sus diferencias, ya que unas y otras poseen una determinada relevancia en los acontecimientos del reinado de Enrique IV.

Comencemos por establecer conceptualmente lo que se entiende por clero o “conjunto de clérigos, así de órdenes mayores como menores, incluso los de la primera tonsura”<sup>20</sup>. Definido en estos términos podemos considerar que el estamento clerical se sitúa en una posición intermedia entre los nobles y el pueblo llano, ya que, como veremos luego, no sólo participa de las actuaciones de uno y otro estamentos, sino que está constituido y forma a su vez parte, tanto de uno como de otro. Desde la perspectiva de los dos estamentos participará el clero en los acontecimientos históricos de la sociedad bajo medieval.

Lo primero que estamos obligados a distinguir en el clero son dos grupos: el alto clero y el bajo clero; el primero en casi todo similar a la clase nobiliaria y, el otro, plenamente adscrito al pueblo llano. Sin embargo, como hemos dicho, presentan diferencias significativas con ambas clases sociales; como son: a) El celibato al que están sometidos los clérigos imposibilita la constitución del linaje hereditario y de la transmisión por esta misma vía de los cargos. El amancebamiento, tanto del alto como del bajo clero, constituye una trasgresión casi constante del derecho canónico, por parte de unos y otros. La imposibilidad de contraer el vínculo matrimonial, única forma posible de legitimar la descendencia, constituirá un importante escollo, para el alto clero, diferenciándose así de la nobleza laica.; b) los miembros del clero, desde el más

---

<sup>20</sup> *Diccionario Enciclopédico Salvat*. Tomo IV. Barcelona, 1942. p. 242.

pequeño al más alto, gozan de los mismos privilegios de la entidad a la que pertenecen, ya que el estado particular de cada uno de ellos es el mismo con relación al culto divino, que es el objeto que comparten por igual los eclesiásticos en general<sup>21</sup>; c) otra diferencia la constituye la unidad de la jerarquía, a cuya cabeza se sitúa el Papa, al que sigue una jerarquía intermedia constituida por los primados, metropolitanos, obispos, arciprestes y párrocos.

Estructuración piramidal que no es exactamente la misma que la de los cargos eclesiásticos propios del alto clero, como los de patriarcas, arzobispos, obispos, abades mitrados, abades y priores; a los que habría que añadir, además, el de maestre de las órdenes militares de caballería y otros cargos menores que guardan una estructuración jerárquica similar a la que por entonces tenía la milicia. Pero lo más importante a considerar de la unidad de jerarquía del clero reside en la obligación que tienen sus miembros de cumplir las directrices emanadas del orden establecido, lo que encierra su supeditación al romano pontífice. He aquí una peculiaridad que necesariamente tenía que condicionar más al alto que al bajo clero, a tenor de su distinto papel social, siendo, por otra parte, otro matiz diferencial entre las altas dignidades eclesiásticas y la nobleza laica.

El alto clero ocupaba los mismos cargos en la gobernabilidad del reino que el estamento nobiliario; así eran miembros del Consejo Real, de la Cancillería, de las Cortes; algunos de ellos ostentaban títulos nobiliarios; e incluso, la característica más distintiva y específica de la nobleza medieval, su pertenencia a la milicia, su capacidad para mandar cuerpos de ejércitos y el adiestramiento en el manejo de las armas podía ser compartido por el alto clero, con la misma entrega y ardor que la de los otros nobles. Ejemplos en este sentido pueden ponerse muchos, pero quede como la representación más cabal de estas actuaciones, la desplegada por el arzobispo de Toledo en la batalla de Olmedo, donde derrochó valor, resultando herido, y ejerció de líder indiscutible del bando alfonsino.

De siempre la influencia entre la iglesia y el sistema feudal fue muy estrecha, lo que originó el que ésta como sujeto de propiedad, convirtiera a quienes ostentaban la jerarquía también en señores con jurisdicción política temporal.

Pero los vínculos entre la iglesia y la caballería medieval constituían algo perfectamente consolidado desde hacía tiempo. El sentido sacralizado de la misión del

---

<sup>21</sup> op. cit. p. 242.

caballero, origen de las órdenes militares a las que hemos aludido anteriormente, cuya misión principal era la conquista y posterior salvaguarda de los santos lugares, es una buena prueba de ello. El mismo ritual caballeresco al que debía someterse el aspirante, como el de velar sus armas, estar limpio de pecados, haber realizado obras de caridad, defender a los pobres y desvalidos, al igual que el ceremonial eclesiástico-militar al ser "armado caballero", constituían fuertes vínculos entre la nobleza -cuyos miembros *revalidaban* su pertenencia a ella al ser armados caballeros- y el alto clero.

Estas eran las características de la clase social eclesiástica en el reinado de Enrique IV, de entre la que destacaba, - siendo además la que más interesa a los fines de mi trabajo- el alto clero, tan afín a la clase de los caballeros nobles.

El Pueblo llano.- Las comunidades locales, mediante el juego político de sus representantes y su imprescindible impacto sobre la economía, las costumbres y la cultura, jugó también un importante papel en los acontecimientos que marcarían con entidad propia el tiempo final de la Edad Media castellana.

La expansión nobiliaria no solo representó una fuente de conflictos con el monarca, sino que la presión de los señores locales sobre el pueblo llano, determinó frecuentes levantamientos populares que si bien, en algunos casos, se orientaron directamente hacia los señores, en muchos más se centraron en sus autoridades municipales, los recaudadores de impuestos, etc., y por extensión, los judíos y los conversos o cristianos nuevos.

Además de los conflictos interestamentales, como los de los señores feudales y los campesinos, constituyeron también una buena fuente de ellos los que acontecían dentro del mismo estamento, entre personas de distinto oficio, ocupación y/o condición, como los habidos entre agricultores y pastores, entre artesanos y mercaderes, cristianos y judíos, cristianos viejos y conversos, etc., que se vieron muy incrementados, precisamente en los momentos de más evidente desgobierno del reino, lo que al comienzo de la segunda década del reinado de Enrique IV constituyó más una regla que una excepción.

Precisamente el mismo soberano, en el curso de su lucha contra la nobleza levantisca, se sirvió de las comunidades locales para intentar contrarrestarla. Enrique IV fomentó o sufragó de manera más o menos directa, la constitución de hermandades formadas por gentes de la ciudad y del campo, que se encaminaban a reducir el poder de la nobleza. Es significativo al respecto cómo en muchas ocasiones estas hermandades

parecían dirigir preferentemente su agresividad hacia los nobles contrarios al soberano, y con mucha menor virulencia e incluso sin atacarlos a sus partidarios.

Salvo excepciones, los componentes de las hermandades fueron gentes muy heterogéneas, como campesinos, hombres de las ciudades e incluso señores de los estamentos medios o bajos de la nobleza, que en ciertos casos documentados tenían una clara vinculación con el rey o con los nobles del grupo de sus leales. Pero el origen de estos conflictos protagonizados por el pueblo, no era propiamente el de estas luchas interestamentales, sino que éstas, como ellos, obedecían, a un movimiento social de mayor profundidad y por tanto de más amplia repercusión, por lo general de carácter socioeconómico, cual era el representado por las contradicciones que tenían lugar en el seno de una sociedad en franca expansión económica y sujeta a una inflación en los precios (SUÁREZ FERNÁNDEZ).

La sociedad bajo medieval castellana aunque rígidamente jerarquizada, según el sistema de desigualdades asumida por todos los estamentos que la constituían, permitía una cierta movilidad social.

Esta movilidad es muy significativa y dinámica en el medio urbano, donde encontramos un orden que, aunque también jerarquizado, no por ello dejaba de permitir unos intercambios centrados en el ascenso social.

Así, entre los convecinos de comunidades urbanas se pueden delimitar distintos estamentos sociales, como el de los “*hidalgos*”, constituido por individuos procedentes de la nobleza de sangre, demostrada en el curso de tres generaciones.

También podía adquirirse la hidalguía por privilegio real, aunque como bien se reflejaba en el derecho consuetudinario castellano, el rey “puede hacer caballero mas no hidalgo”<sup>22</sup>, lo que no impidió el que ambos procedimientos permitieran acceder a la hidalguía.

Seguía a este estamento el de los “*caballeros*”, entre los que se distinguían los “*caballeros armados*”, generalmente armados caballeros por el rey mismo, los “*caballeros comendadores*”, pertenecientes a las Ordenes Militares de caballería y, los “*caballeros de cuantía*”, que eran aquellos ciudadanos que poseían un importante nivel de rentas –se estimaba en aquel tiempo, en unos 50.000 maravedíes- que estaban obligados a mantener caballo y armamento, para acudir en auxilio del rey o su respectivo señor en caso de ser solicitado por éste.

---

<sup>22</sup> Ladero Quesada, M.A.: “*Corona y ciudades en la Castilla del siglo XV*”. En la España medieval. V, (1986), p. 559

La movilidad e intercambio entre estos estamentos que constituían la oligarquía ciudadana era relativamente frecuente. Muchas menos posibilidades tenían en este sentido los que formaban el “común de vecinos”, salvo claro está, entre ellos mismos. Los ciudadanos de este estamento solían ser de condición “*pechera*”, es decir, obligados a pagar el “pecho” al rey, o a su correspondiente señor feudal, siendo los auténticos conformadores del “pueblo llano”. Otra característica propia del “común” era la de no tener opción, -ninguno de los de esta clase-, de ostentar cargos u oficios de gobierno en la comunidad, a lo sumo llegaron a contar con algún representante dentro del consejo local. Pero, en todo caso, la actividad de los “regidores-pecheros” estaba muy por debajo de la ejercida por los “regidores-caballeros”, lo que perjudicaba a sus representados; más aún, en ocasiones los regidores pecheros actuaban más siguiendo las directrices de los oligarcas locales, que a favor del común de los vecinos, a los que debían servir y apoyar en sus reivindicaciones. La única posibilidad de que los pecheros pudieran hacerse oír en los concejos de las ciudades fue la de constituirse en “colaciones”, de las que con el tiempo surgirán los jurados que, aunque formados por representantes del común, al terminar formando parte de la elite, vuelven a dejar de estar en sintonía con sus representados. De todas formas las colaciones más que resolver los problemas de los pecheros, sirvieron a los gobernantes, -de la corona a los concejos locales-, para que sus normas fuesen aceptadas y cumplidas por el pueblo llano.

Todo ello permite concluir que, de una u otra forma, entre los representantes del común, se pueden diferenciar en la sociedad castellana de los siglos XIV y XV, un conjunto de individuos, que se destacan claramente del resto de su grupo, y que se sirven del poder emanado de la capacidad de movilización del común, para utilizarlo en su propio beneficio. Estas élites urbanas se hacen fuertes y perpetúan integrándose en *linajes*, que les servirán además, para encauzar adecuadamente sus tensiones internas. El *linaje* posee la particularidad de englobar a un determinado número de individuos, generalmente emparentados por la sangre o las uniones matrimoniales, cuya finalidad es la de la defensa de sus intereses. Otras asociaciones como las *cofradías*, los *gremios*, etc., poseen un carácter más general, sirviendo para la defensa de los intereses de grupos más heterogéneos. Pero en definitiva, todas estas asociaciones ciudadanas tienen como único objetivo la consecución del poder.

Lo que quiero destacar con lo expuesto es cómo la mentalidad social del tiempo que nos ocupa, regida por la desigualdad y el abuso del poder, hace que el pueblo llano sea manejado lo mismo por el rey y la nobleza, que por sus propias elites locales, lo que

desde una perspectiva historiográfica pone de manifiesto el advenimiento de una nueva fuente de poder representada por la capacidad del común para asociarse y movilizarse, poder que tendrá un excepcional protagonismo tres siglos después.

Ya en los años finales de la Edad Media puede apreciarse, como tras arduos esfuerzos, el común va consiguiendo imponer a sus representantes en los concejos locales, lo que no dejó de constituir un importante motivo de conflictos entre los procuradores del común y los representantes de la oligarquía de villas y ciudades. Este estado de cosas se mantiene incluso después de las Ordenanzas Reales de 1496, corregidas al año siguiente, mediante las que se regula la participación de los procuradores del común en las actividades de los concejos<sup>23</sup>, ya que no dejan de ser vistos con desconfianza y recelo por parte de los dirigentes concejiles, entablándose una pugna entre unos y otros, respondiendo los procuradores del común al recorte de funciones que les intentan imponer los oligarcas, con nuevas pretensiones de incrementar sus actividades.

---

<sup>23</sup> VAL VALDIVIESO, M<sup>a</sup> Isabel: “*Ascenso social y lucha por el poder en las ciudades castellanas del siglo XV*”. *En la España Medieval*, 17 (1994): 173 y 174.



## PRINCIPIOS Y VALORES: LA IDEOLOGÍA POLÍTICA. LAS FORMAS Y LAS CONDUCTAS SIMBÓLICAS

Para el pensamiento medieval primitivo las leyes se entendían como emanadas directamente de la Providencia Divina. La obligación del rey residía en cumplirlas y hacerlas cumplir. Esta supeditación del rey a la ley va a sufrir profundas modificaciones en el transcurso de la Baja Edad Media, de ahí que convenga analizar el curso histórico seguido por esta evolución.

El rey además de cumplir y hacer cumplir la ley es considerado como su custodio, siendo a su vez la normativa legal, la sostenedora del propio rey. Esta interacción recíproca entre la ley y el rey es la base fundamental de la *autoritas*<sup>1</sup> de la que está investido el soberano. El problema surge cuando, como le ocurrió al hombre de la Edad Media, se plantea alzaprimar una sobre otro o viceversa. La ley es el instrumento que al legitimar al rey le permite administrar la justicia y, por ende, mantener la paz y el orden del reino. Pero la ley positiva está sujeta a un alto nivel de generalización, lo que obliga a que tenga que ser interpretada en función del caso particular al que se aplique; éste es el cometido del rey. Una muy buena ley puede no serlo tanto si -en el caso particular- no se aplica con la debida equidad. Solo el rey, en tanto sujeto, puede aplicar ese principio corrector que permitirá que la buena ley sea además justa. Visto así, el sujeto - el rey- se sitúa por encima del objeto instrumental representado por la ley. Sin embargo, precisamente por su carácter humano, el rey puede servirse de criterios subjetivos que hagan injusta su actuación como juez, en cuyo caso, la bondad del instrumento puede estar por encima de quién tiene que manejarlo. Este dilema<sup>2</sup>, que tanto interés despertó en un determinado periodo de la Edad Media, y que no llegó a dilucidarse, da paso a la figura del rey legislador, que abre un nuevo y apasionante debate cuyos contendientes fundamentales son el rey y el reino. Para el rey, los cambios socioeconómicos experimentados por una sociedad en continua evolución, le dificultan la gobernabilidad, teniendo que dotarse de nuevos instrumentos legales que le faciliten su cometido. La tarea le resultará ardua y complicada, ya que sus vasallos se

---

<sup>1</sup> La *autoridad* posee una naturaleza institucional, de ahí que su imposición se haga mediante principios normativos de obligado cumplimiento. Pero las normas que constitucionalizan a la autoridad, también sirven para limitarla.

<sup>2</sup> Muy bien expuesto y estudiado por BERMEJO, J.L. en: "*Principios y apotegmas sobre la ley y el rey en la baja edad media castellana*". *Hispania*, 129 (1975) : 31- 47.

resistirán a tales cambios, al recelar, con toda razón, de una legislación hecha con la finalidad de servir unos intereses que no son los suyos.

Como expone BERMEJO<sup>3</sup>, los métodos de los que se sirvieron los monarcas para implantar una normativa más acorde con las nuevas exigencias de los tiempos, fueron distintos. Así, por una parte, se intenta recopilar en un gran tratado, la regulación de todos los usos y costumbres del reino, lo que da lugar a las *Partidas* del rey Alfonso X, que aunque representaron un importantísimo avance en la construcción del derecho castellano, desde una perspectiva práctica resultaron de difícil aplicación. Para obviar estos inconvenientes, teniendo presente que las distintas comunidades del reino poseían fueros propios, se recopilaron en un fuero general, en el que se enriquecieron con modificaciones más acordes a las nuevas necesidades, lo que consiguió su mejor aceptación por parte de las comunidades locales. Había nacido el llamado *Fuero Real*. Otro método sutilmente adoptado fue el de las *pragmáticas* de las que se servían los reyes para crear normas a espaldas de las Cortes, lo que las hacían por una parte, no ser auténticas leyes, aunque los monarcas las considerasen como tales, y por otra, generaban el rechazo de los procuradores, todo lo cual dificultaba su legitimación y era motivo de conflictividad.

Las atribuciones que se le adscriben al rey como requisitos que justifican su poder legislador son diversas; sin embargo, la más significativa por su contundencia y por su arraigo como auténtica ideología política es la que le confería el “*poderío real absoluto*”. Esta fórmula con la que los monarcas desde Juan II encabezaron muchos de sus escritos cancillerescos, les sirvió, en un principio, como elemento impactante y propagandístico para una mejor aceptación de sus normas por sus súbditos, pero con el tiempo, se llegó a convertir en un auténtico modelo político, lo que no impidió la conflictividad a la que hemos hecho referencia en párrafos anteriores. De hecho, como afirma NIETO SORIA, “*fue el símbolo por excelencia de la dimensión conflictiva de que la monarquía Trastámara se fue tiñendo en el transcurso del siglo XV*”<sup>4</sup>.

Teniendo en cuenta precisamente esta problemática específica que va a afectar de lleno al reinado de Enrique IV, me parece imprescindible abordar, en este apartado de mi exposición, los sucesivos momentos por los que atravesó esta primitiva cláusula documental, hasta su culminación como eje central de un modelo político.

---

<sup>3</sup> op.cit. ps. 40-41.

<sup>4</sup> NIETO SORIA, J.M.: “El “poderío real absoluto” de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): La monarquía como conflicto”. *En la España Medieval*, 21 (1998): 159-228.

En la investigación efectuada por NIETO SORIA y recogida en el trabajo al que hemos aludido<sup>5</sup>, analiza este autor lo acontecido con el “*poderío real absoluto*” durante un período de 24 años, el comprendido entre las Cortes de Olmedo de 1445, convocadas por Juan II de Castilla, en las que la antigua cláusula cancilleresca adquiere su máxima pujanza, y, las cortes de Ocaña de 1469, celebradas en el quinquenio último del reinado de Enrique IV, de las que el “*poderío real absoluto*”, aunque debilitado como opción real, se sigue manteniendo como atributo de la realeza, resistiendo incluso, el desprestigio sufrido por el entonces soberano reinante, lo que permite concluir que como ideología política era, ya por entonces, algo perfectamente consolidado, como irrefutablemente quedó demostrado en el reinado siguiente de los Reyes Católicos.

Resulta curioso comprobar como en este hecho concreto, Enrique IV no fue más que un juguete de los acontecimientos, su deficiente “*potestas*”<sup>6</sup> le impidió, en todo momento, influir lo más mínimo en el mantenimiento de ese “*poderío real absoluto*” del que había quedado investido, pero también es cierto, que en nada influyó tampoco a su desaparición. Estaba situado en medio de unos grupos en conflicto que lo zarandeaban a su antojo; por un lado, el imprecisamente llamado grupo enriqueño, promonárquico y partidario del uso del “*poderío real absoluto*” como forma habitual de gobierno; por otro, el anteriormente llamado grupo alfonsino –hasta la muerte de Alfonso XII-, partidarios de limitar el “*poderío real absoluto*” a un uso restringido y excepcional, sin embargo, en ningún momento desearon su eliminación del ejercicio de la gobernabilidad. Por si fuera poco además, no podemos olvidar en este interjuego de fuerzas en conflicto, a los representantes del pueblo llano, los procuradores, que aunque enfrentados tradicionalmente con el excesivo intervencionismo de los reyes, en este caso concreto, tampoco se mostraron partidarios de su disolución, incluso cabe afirmar, que jugaron también un papel importante en su mantenimiento. En definitiva nos encontramos con un Enrique IV al que, gracias al llamado actualmente por los historiadores “*absolutismo necesario*”<sup>7</sup>, -porque beneficiaba a todos los grupos: a los nobles, en virtud del privilegio sólo en manos del rey investido de poder absoluto, del que se beneficiaban y, al pueblo, por lo que un rey absoluto les servía como defensa frente a los señores- se le investía de una “*autoritas*” –al institucionalizar como forma de gobierno el “*poderío real absoluto*”- que a mi juicio, se llegó a creer; o lo que es lo

---

<sup>5</sup> op.cit. ps. 161 y 162.

<sup>6</sup> Si definimos el “poder” como la capacidad de imponer la propia voluntad, venciendo la resistencia de personas, grupos o normas, es evidente que Enrique IV carecía por completo de él.

<sup>7</sup> op. cit. p. 163

mismo, que para Enrique IV su “*poderío real absoluto*”, era algo que había recibido directamente de la divinidad unido a su condición de rey. Esta afirmación creemos poderla sustentar en distintas actuaciones del monarca, perfectamente referidas por los cronistas. Tal es el caso, por ejemplo, de la carta que Enrique IV dirige al papa Paulo II notificándole la rebelión nobiliaria plasmada ostensiblemente en su deposición en Ávila, y en la que le solicitaba su apoyo sustentándolo en su condición de ungido por Dios.

Las estrechas relaciones existentes entre las tendencias absolutistas de la monarquía castellana de finales de la Baja Edad Media y los principios teológicos que sustentaban la figura del rey, son muy evidentes. Como afirma NIETO SORIA<sup>8</sup>, en las actas de las Cortes de Olmedo (1445) aparecen estrechamente unidos, el “rey como ungido y vicario de Dios” y “la posición del monarca por encima de las leyes”. Lo que es tanto como afirmar que, si el rey ha sido ungido y elegido por Dios como representante suyo ante sus súbditos, su poderío absoluto sobre el reino es un hecho incontestable.

La consolidación, dentro de la ideología política de la corona de Castilla de finales de la Baja Edad Media, del “*poderío real absoluto*”, es sostenida por todos los historiadores, sin detrimento de que, precisamente durante el reinado de Enrique IV, no experimentase significativas modificaciones, lo que indudablemente nos obliga a seguir ahondando sobre lo acontecido a tal concepción política y las razones que pudieron justificar los cambios que experimentó.

Lo mismo durante el reinado de Juan II que el de su hijo y sucesor, se hacen eco los historiadores, de la resistencia que en las Cortes manifestaban los procuradores de las ciudades, frente al absolutismo regio, resaltándose, muy particularmente, el tira y daca que mantenían éstos con el rey. Los procuradores hacían gala de sus reivindicaciones mediante las que pretendían limitar el poder real, por un lado, y por otro, el rey, sin rechazarlas abiertamente<sup>9</sup>, se servía de fórmulas retóricas que las invalidaban total o parcialmente. De esta forma, todo se reducía a la *catarsis* de los procuradores, seguida de la *gratificación* que el rey les transmitía mediante la aparente aceptación de sus posiciones, lo que permitía contentar a ambas partes sin modificar para nada el modelo político representado por el “*poderío real absoluto*”.

Conocemos hoy la necesidad que, en ciertos momentos, tenían las ciudades de oponer el poder absoluto del rey, al de los señores que las oprimían, lo que les hacía

---

<sup>8</sup> op.cit. p.176

<sup>9</sup> Lo que en el caso concreto de Enrique IV, resulta ser lo propio de su personalidad evitativa.

adoptar actitudes contradictorias –combatiéndolo unas veces, y valiéndose de él en otras-. Razones también de orden práctico, eran igualmente las que hacían que la nobleza tampoco rechazase el “*poderío real absoluto*”.

Pero este estado de la cuestión se va a modificar en los últimos años del reinado de Enrique IV. En las cortes de Ocaña de 1469, el absolutismo del poder regio, sin llegar a desaparecer, va a verse sometido a limitaciones. Aunque son los procuradores de las ciudades, los que en estas cortes presentan una propuesta bien sistematizada, como alternativa al modelo monárquico existente, son, sin embargo, los nobles quienes llegan a imponer su voluntad al rey en relación con ciertas limitaciones de su poder.

Fue de esta forma como se desarrollaron los acontecimientos. Los procuradores presentaron un programa político que, sin cuestionar los principios básicos de la monarquía, sí que se oponían a una gobernabilidad desde la perspectiva del poder absoluto del rey, quedando éste limitado al fiel respeto de la ley. Pero con todo, las ciudades no propugnaban la abolición del “*poderío real absoluto*”, sino que más bien lo que criticaban era la deficiente gestión de ciertas instituciones como el Consejo Real, la Audiencia Real, etc., prácticamente inoperante desde la guerra civil. Sus reivindicaciones eran muy generales y relacionadas con el saneamiento institucional y el bienestar colectivo. Días antes de la celebración de cortes en Ocaña, el rey con los nobles y prelados más representativos del momento suscribían un acuerdo por el que se comprometían éstos a participar con el rey en la consecución de la paz del reino, a cambio de lo cual el soberano les concedía determinadas mercedes. Precisamente este compromiso de la nobleza con el rey, entraba claramente en conflicto con el proyecto político que en las cortes de Ocaña se había establecido, ya que, además de concederse mercedes y privilegios a la nobleza mediante el ejercicio del poder real absoluto, se incrementaba notablemente la influencia política de ciertos personajes.

Las condiciones que propiciaron el que en las cortes de Ocaña las ciudades planteasen con tanta decisión y claridad sus reivindicaciones en contra del absolutismo regio, hay que analizarlas desde una doble vertiente: por un lado, como consecuencia de la debilidad en que se encontraba la institución monárquica en aquellos momentos, y, por otro, en el apoyo que las “hermandades” habían prestado al rey en su confrontación con la nobleza rebelde, lo que hacía que las ciudades sintiesen que por tener moralmente ciertos derechos, se les debían reconocer algunas de sus reivindicaciones por el rey. En cuanto a las que tuvo la nobleza para limitar de forma mucho más efectiva el poder absoluto del rey, hay que aducir, además de la delicadísima situación política por la que

pasaba Enrique IV, su debilidad de carácter, que siempre le impidió ejercer su cometido como rey conforme a criterios personales, de ahí sus cambiantes decisiones, hijas más de los deseos de otros que de los suyos propios.

A mi juicio, Enrique IV al igual que su padre Juan II, encarnaron un “*poderío real absoluto*”, que cuando lo ejercieron en actos de gobierno, más que ser indicativo de la fortaleza del monarca, lo que nos señala es precisamente su debilidad, la mayoría de las veces porque tras ellos estaba la voluntad de otros, o su incompetencia personal psicológica, representada en el caso de Juan II por su personalidad narcisista y dependiente, y en el de Enrique IV, por su trastorno evitativo de la personalidad.

Las mercedes reales fueron muy prodigadas por Enrique IV gracias al ejercicio de su poder real absoluto, siendo en muchos casos, más motivo de debilitamiento de su poder que acrecentamiento del mismo, -como hemos apuntado antes-, ya que en ocasiones se trataba de entregas de grandes sumas procedentes del tesoro real, o señoríos de realengo que se concedían más para ganar voluntades que para pagar servicios, de manera tal que como ocurrió con el conde de Alba<sup>10</sup>, o el almirante Fadrique Enriquez, o el arzobispo de Toledo<sup>11</sup>, una vez recibida la merced, le traicionaron pasándose al bando de sus enemigos. Enrique IV fue incapaz de usar el poder de que estaba investido en beneficio propio de manera efectiva, aunque siempre que lo hizo pretendió ser mejor servido por el beneficiario de la merced, como cuando promueve a maestre de Santiago al conde de Ledesma<sup>12</sup>, por ejemplo. Por otra parte, aunque el rey, en virtud de su poderío absoluto, podía también libremente y en cualquier momento recuperar la merced concedida, pocas veces se valió de ello, y en los casos que lo hizo, careció de eficacia tal medida.

Otro atributo de la “*gracia real*” junto con el de la “*merced*”, es el del “*perdón real*” que representaba un instrumento fundamental del poderío absoluto del rey, al poder entrar en conflicto la concesión del perdón, con la aplicación de la ley, e incluso, con el principio de equidad, aunque en ocasiones, pudiera ser esgrimido éste como fundamento legitimador del acto de concesión del perdón; en definitiva su aplicación hacia patente la primacía del rey sobre la ley, lo que constituía la más genuina representación de su “*poderío real absoluto*”.

---

<sup>10</sup> Enríquez del Castillo, D.: “*Crónica del rey don Enrique el cuarto*”. B.A.E. Tomo III (1956). Cap. XCII, p. 162 y cap. XCIX, p. 166.

<sup>11</sup> op. cit. cap. LXXIII, p. 142.

<sup>12</sup> op. cit. cap. LXI, p. 134.

Al “perdón *real*” se alude en las *Partidas*”,<sup>13</sup> en las que se le adscribe una triple dimensión constituida por: a) como una acción de misericordia, lo que se relaciona estrechamente con la piedad religiosa del monarca; b) como la concesión de una merced, generalmente como compensación por servicios prestados; y, c) como gracia real, entendida como potestad del rey para libremente concederlo.

Una particular trascendencia es la que adquiere el “*perdón real*” como instrumento político. Así poseen esta connotación muchos de los perdones colectivos otorgados por Enrique IV, a ciudades que le habían sido hostiles, o el que casi al inicio de su reinado otorga a “*don Fernán Dalvarez de Toledo, conde de Alva e a don Diego Manrique, conde de Treviño, que tengo presos, y he tenido de algún tiempo acá; a los cuales desde agora suelto é pongo en su libertad; é mando que le sean tornadas sus tierras sin dilación alguna*”<sup>14</sup>.

En el “*perdón real*” de matiz político intervienen unos intereses que poco tienen que ver con la misericordia, con la merced o con la gracia real, sino más bien con las circunstancias socio-políticas del momento, cuya interpretación y consecuente manipulación, más que hacerla el propio rey, quienes la asumían eran los de su Consejo o el favorito de turno –en el caso de Juan II, el condestable don Álvaro de Luna, y en el de Enrique IV, el omnipresente marqués de Villena- quién mirando más por sus intereses que por los del reino, se valieron del poder absoluto de ambos monarcas, para su uso como arma política. Así pues, un instrumento al servicio del poder real, se volvió, en numerosas ocasiones, en contra del rey, siendo a veces, motivo de escándalo, de repulsa o de burla hacia su persona.

Enrique IV fue muy pródigo en perdonar y, cuando lo hizo por propia voluntad, la mayoría de las veces no primó el interés político, sino su profunda inseguridad en sí mismo o, por qué no, su piedad y misericordia, pero la mayoría de las veces resultó ser un recurso contraproducente, que incrementó la conflictividad que pretendía resolver.

---

<sup>13</sup> Nieto Soria. Op.cit. p204 (Nota a pié de página 157).

<sup>14</sup> Diego Enriquez del Castillo.: op.cit. cap. II, p. 102.

## FORMAS Y CONDUCTAS SIMBÓLICAS.-

Antes de entrar en su descripción y análisis, conviene, recapitulando sobre todo lo que hemos expuesto, matizar una serie de cuestiones básicas, que nos permitirán comprender mejor su significado y su razón de ser.

La cuestión fundamental que subyace en toda ideología política es el *poder*, cuyo ejercicio necesariamente generará determinados tipos de comportamientos, que de alguna manera deberán ser justificados.

Desde la perspectiva que nos ofrece un pensamiento como el del medievo, regido en todas sus posibles facetas por la religión, es evidente que el poder tiene que estar impregnado en toda su extensión por connotaciones teocráticas: Dios todopoderoso, es la fuente y el fin último del *poder*, que puede ejercer directamente, o bien, delegarlo en algún representante suyo, que estaría obligado a responder de su ejercicio ante Él.

La representación mental que todos los hombres de la Edad Media tenían del poder, estaba construida sobre el *valor* intrínseco de éste, es decir, su origen divino.

El hombre designado por Dios como delegado suyo en la tierra estaba obligado a establecer una forma bifronte de relación; por una parte, la mantenida con la fuente del poder, de total obediencia-sumisión y, por otra, la ejercida sobre sus congéneres sometidos a su poder, la del mando. Del equilibrado ejercicio de cada una va a depender su legitimación –legitimidad de ejercicio-, que propiciará la ayuda divina y la sumisión de aquellos sobre quienes se manda.

Junto a este tipo de legitimidad existe la que se adquiere directamente mediante el nacimiento -legitimidad de nacimiento-, que a todos los efectos es la primordial, desde el punto de vista de la mentalidad que estamos siguiendo, pues señala desde el inicio de su vida, al elegido para ejercer el poder. En torno a ella se van a estructurar un sin número de formas simbólicas –símbolos de poder-, así como complejas conductas ceremoniales –ritos de poder-.

La legitimidad de ejercicio, no deja, sin embargo, de tener su importancia, pudiendo ser, en ocasiones excepcionales, causa de la pérdida del poder, obligándose por ello quién lo ostenta a tener que demostrarlo, para lo que se ponen en marcha expresivas imágenes simbólicas fuentes de la propaganda del poder, cuya finalidad, como la de los símbolos y ritos de poder, no es más que la de su perpetuación.



El poder piramidalmente jerarquizado del medievo tenía en su cúspide al rey, al que seguía el alto clero, los grandes señores de la nobleza y la nobleza restante. Los símbolos, ritos y propaganda del poder a los que vamos a aludir aquí de manera preferente serán los del poder monárquico, haciendo solo algunas incursiones fugaces en relación con los del poder señorial, ya que estos son consecuencia de las relaciones monarquía-nobleza. De todas formas dada la extensa bibliografía existente sobre esta cuestión, nos referiremos a ella de la manera más sucinta posible.

A propósito con los comentarios que seguirán, contamos con un hecho histórico acaecido a nuestro personaje de estudio, Enrique IV, que podemos considerar el auténtico prototipo de cómo el rito, los símbolos del poder y la propaganda, van a ser utilizados con fines totalmente contrarios para los que se crearon, me estoy refiriendo a la *farsa de Ávila*<sup>15</sup>, acontecimiento en el que se aúnan al ritual, -en este caso de destronamiento-, cargado de simbolismo, -el rey está representado por un muñeco-, la exhibición de todos los atributos del poder real, -de los que se despoja al muñeco-, y la propaganda, en forma de publicidad deslegitimadora del poder por ejercicio indebido -sentencia de destronamiento-.

Todo el acto es una representación publicitaria y grotesca, cargada de simbolismo; así, se busca un lugar adecuado, -un llano espacioso cercano a los muros de Ávila-, se prepara un escenario, -un cadalso a manera de edificio de madera abierto en derredor-, en el que se coloca una representación del trono y del rey revestido de sus atributos reales. Como oficiantes intervienen: el arzobispo de Toledo -que despoja al muñeco de la *corona*, símbolo de la dignidad real-, el conde de Plasencia -que le quita la *espada*, signo que representaba la justicia-, el conde de Benavente que le despoja del *cetro*, signo de la gobernabilidad del reino, y Diego López de Zúñiga, que de un puntapié derriba la silla -el *trono*- en la que se sentaba el muñeco, como manifiesta acción de destronamiento. Después suben al cadalso al príncipe Alfonso, al que revisten con aquellas insignias y le prestan acatamiento<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> PALENCIA, A.: op. cit. cap. VIII. ps. 167 y 168. y ENRIQUEZ DEL CASTILLO, D.: op. cit. cap. LXXIV. p. 144 y 145.

<sup>16</sup> Mediante el mismo acto grotesco, se destrona a un rey y se entroniza a otro, lo que en definitiva perjudica a la monarquía. Se trata de un hecho del que se desprende que el poder en Castilla estaba en manos de personajes sin escrúpulos, que conociendo la incapacidad de un rey, se servían de esta debilidad en beneficio exclusivo de sus intereses personales. Más que la seguridad en ellos mismos y en su poder, con este acto de depredación oportunista lo que reflejan sus ejecutores es esa falta de escrúpulos. Los epítetos con los que los califica CASTILLO se adecuan perfectamente a sus personas y a sus acciones.

Vamos a delimitar, dentro del conjunto de formas y conductas simbólicas con las que se inviste a la ideología política para justificar sus actuaciones, tres grupos de expresiones simbólicas:

- a) Los símbolos y signos de poder (la corona, el cetro, la espada, el pendón, los blasones y el sello).
- b) Ritos de poder (ceremonia para armar caballeros, ritual de la coronación, pleito-homenajes y juramentos y, rituales funerarios).
- c) Propaganda del poder (discursos recogidos por los cronistas, poemas épicos, retratos, estatuas alegóricas, inscripciones en iglesias y edificios públicos, sepulcros, actividades de mecenazgo, etc.).

### **Representaciones heráldicas y *mystères*.-**

La corona: Es el símbolo de la dignidad real, siendo un signo de gloria y santidad. En la corona flordelisada solían confluír dos símbolos de Cristo: La Cruz y la flor de lis, esta última, en referencia a un texto de Isaías en el que se profetiza que *“brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago sobre el que reposará el espíritu de Yavé”* (el retoño o flor de lirio simbolizan a Cristo en el Antiguo Testamento).

El cetro: Es el símbolo del mando mediante el que se ejerce la gobernabilidad del reino.

La espada: Es el símbolo de la justicia que el rey ejerce sobre sus súbditos. El simbolismo de la espada o estoque de armas es de una extraordinaria riqueza expresiva, siendo manejado en las ceremonias de forma activa; así, mientras que la corona y el cetro se portan o se exponen pasivamente, la espada se manejará por un oficiante determinado activamente, adoptándose con ella determinadas posiciones rituales con significados distintos: La espada es presentada al rey, en las ceremonias de transmisión de poderes, sostenida por la punta y con la empuñadura en alto, lo que viene a representar que la justicia está en manos de Dios. Cuando el rey la porta la asirá por el pomo blandiéndola con la punta hacia el cielo, lo que representa que su portador asume plenamente su misión. Cuando la punta de la espada se dirige a la tierra, se está indicando que el rey ha cumplido con su deber<sup>17</sup>. Además de este lenguaje simbólico, la

---

<sup>17</sup> RUÍZ GARCÍA, E.: “Aspectos representativos en el ceremonial de unas exequias reales (a. 1504-1516).” *En la España medieval*, 26 (2003). ps. 263-294. Nota a pie de página, núm. 37. p. 282

espada poseía connotaciones especiales dada su conformación, evocando su empuñadura la Cruz de Cristo, desde donde se transmitía la dignidad real al soberano.

Estos signos de poder, que en las ceremonias inspiradas en el ritual francés, se conocían como *misterios*, lo que hacía clara referencia a su carácter sagrado, se completaban, en ciertas ceremonias solemnes, con otros objetos igualmente cargados de una rica simbología como los palafrenes, los yelmos, las cimbras timbradas, los escudos de guerra y de justa, etc., que adquirirían, por analogía con los ornamentos litúrgicos con que se revestían los sacerdotes, un simbolismo sagrado, de ahí, la significación especial que adquiriría un ritual profano como era la investidura de caballero.

Independientemente de estos signos fundamentales de representación del poder, hay que considerar la rica simbología de la heráldica representada por las cotas de armas, las enseñas y los escudos, que permitían conocer el linaje y hacer saber a todo el mundo el poder de quien representaban.

Los pendones y banderas poseían formas y tamaños variados, dependiendo del grado de representación que ostentaban. Según su rango se denominaban: Gran estandarte, guión, corneta –que era una pieza rectangular-, y, pendón, de extremo en punta. Las banderas eran desde la cuadrada de armas plenas, que constituía una enseña de soberanía, y las de cuartos, propias del linaje del soberano.<sup>18</sup>

### **Ceremonias y rituales de poder.-**

Llama la atención la carencia, como manifestaciones de poder, en el ámbito de la monarquía Trastámara, de un ceremonial suficientemente elaborado que sirviera para realzarla y favorecer su consolidación entre sus súbditos, máxime cuando los sucesivos monarcas que dio a la corona castellana esta dinastía se sirvieron de los mismos principios ideológico-religiosos que sus homónimos europeos, que sí contaban con un rico ritual en el que solían enmarcar los más importantes acontecimientos regios, como la coronación, los ritos funerarios, etc.

Como antecedentes de esta aparente desritualización sufrida por la monarquía castellana, tenemos que remontarnos al siglo XIII, en cuya segunda mitad parece que se consolida el principio fundamental del ideario monárquico castellano, representado por

---

<sup>18</sup> Los cuatro cuartos estaban representados por escudos ordenados según la línea masculina: el cuarto superior derecho para el abuelo paterno, el izquierdo para el abuelo materno, el cuarto inferior derecho para la abuela paterna, y el inferior izquierdo para la abuela materna.

el origen divino de la realeza, cuyos antecedentes se remontaban a su vez, a Fernando I, que fue el rey de Castilla que comenzó a titularse “*rey por la gracia de Dios*”.

Esta vinculación de la realeza con Dios es común para el conjunto de las monarquías occidentales, que de alguna forma la ritualizaban mediante solemnes ceremonias como la de la coronación, en la que la unción del rey mediante un ritual litúrgico efectuado por la jerarquía eclesiástica actuaba como nexo de unión entre Dios y el rey, siendo a su través como se producía la sacralización de la persona del monarca.

En Castilla la unción no formaba parte del ritual -aunque hubiera existido en época visigoda- habiendo sido sustituida por juros y pleito-homenajes ante representantes de la Iglesia. La ideología política se sustentaba sobre el principio de que las relaciones entre Dios y el monarca eran directas, no necesitando ningún tipo de intermediación para su establecimiento.

Como afirma NIETO SORIA<sup>19</sup>, aunque las monarquías medievales occidentales no pudieron desarrollar nunca una sacralidad autónoma, sí que desarrollaron formas parciales de sacralidad. PALACIOS<sup>20</sup>, distingue entre una sacralidad plena y una sacralidad difusa, que sería la forma más próxima al tipo de sacralidad que estamos comentando en relación con la monarquía castellana, la que permitiría al poder político contar con todos los beneficios de lo sagrado, pero sin depender directamente del poder eclesiástico al carecer éste del carácter mediador que poseía en otras monarquías.

Parece ser que este tipo de pensamiento político era el sostenido en la Castilla de mediados del siglo XIII, siendo el que pudo haber inspirado en parte la actividad legisladora de Alfonso X, en cuyos textos legales se apunta a una equiparación entre la “corte celestial y la corte regia”, sustituyéndose el modelo *crístocéntrico* (el rey vicario de Cristo), por el modelo *teocéntrico* (el rey vicario de Dios)<sup>21</sup>. Es así como el rey adquiere su sacralidad de Dios directamente, pudiendo prescindir de ciertos ritos eclesiástico-litúrgicos, como el de la unción ceremonial, que de alguna forma favorecía un cierto grado de sometimiento del poder real al de la Iglesia. Posiblemente fueran estas ideas políticas las que sustentaban, el hecho de que en el ritual castellano de asumir el poder se prescindiese de la unción ritual, hipótesis sostenida por NIETO SORIA<sup>22</sup> a la que nos adherimos.

---

<sup>19</sup> NIETO SORIA, J.M.: “Origen divino, espíritu laico y poder real en la Castilla del siglo XIII”. *Anuario de Estudios Medievales*, 27/1 (1997): 43-101.

<sup>20</sup> Citado por NIETO SORIA, J.M., op. cit., nota pie de página núm. 23. p. 52.

<sup>21</sup> op. cit. p. 73.

<sup>22</sup> op. cit., p. 79.

El carácter sacro del monarca confería a éste su condición de señor mayor de la justicia, mantenedor del bien común y otras atribuciones, que cuando eran ejercidas por el rey obligaban a su total acatamiento, so pena de sacrilegio.

Un privilegio del soberano, propio de su sacralidad, estaba representado por su poder taumatúrgico, como el que tenían los reyes de Francia curando enfermedades mediante la imposición de manos, ritual que tampoco se observa que forme parte del ceremonial de los monarcas castellanos, lo que no quiere decir que no se le reconociese de alguna manera como atributo de sus reyes. Volvemos a encontrarnos, en este caso, nuevamente con ese carácter difuso adscrito a la sacralidad, es decir, que aunque no se negaba como prerrogativa real, tampoco se la dotaba de algún tipo de parafernalia simbólica. Sin embargo, dentro de las monarquías hispánicas, en concreto la aragonesa, se llegó a considerar como una mano taumatúrgica a la del fallecido (23/09/1461) príncipe de Viana.<sup>23</sup>

La subida al trono de los reyes es un acontecimiento de la máxima relevancia para el sistema monárquico, siendo el acto de la coronación con su ritual cargado de simbolismo y su fuerza plástica, su más genuina forma de expresión. Por todo ello el ceremonial que suele acompañarla es de gran solemnidad y magnificencia. Sorprende pues, que la subida al trono de los reyes castellanos –a partir de Juan I- se desarrolle dentro de la más extrema austeridad.

Clara muestra de lo que decimos son los sucintos relatos que nos han transmitido los cronistas respecto a estos acontecimientos. Concretamente, sobre la subida al trono de Enrique IV hemos consultado las crónicas de VALERA, CASTILLO y PALENCIA, por ver si hacían mención a algún tipo de ceremonial al respecto, encontrándonos con que PALENCIA prescinde de todo comentario, CASTILLO resulta de una gran parquedad, refiriendo que muerto don Juan II en Valladolid, los Grandes del reino que estaban en la Corte, alzaron por rey al príncipe don Enrique. Algo más explícito resulta mosén Diego de VALERA que nos relata que el mismo día en que fueron depositados en el monasterio de San Pablo los restos mortales de Juan II, todos los Grandes que estaban en la Corte, acudieron a besar la mano de su soberano, “(...) y le hicieron homenaje según la costumbre é forma de España”. Después el rey, acompañado por los Grandes, cabalgó por la villa –se supone que en solemne procesión-, ostentando su pendón real y escoltado por todos los reyes de armas y trompetas que había en la Corte.

---

<sup>23</sup> BERTELLI, S.: “Discurso sobre fragmentos anatómicos reales”. En la España Medieval. 22: 9-36. (1999). p.23.

Uno de estos reyes de armas vistiendo su cota de armas –supongo que de armas plenas-, clamaba en alta voz: “*Castilla, Castilla, por don Enrique*”. Así recorrieron toda la villa de Valladolid, volviendo nuevamente a palacio, donde iniciaron el luto por el rey muerto, vistiéndose según la costumbre de sarga, que llevaron durante los nueve días que duraron las exequias del fallecido. Con posterioridad, y en días sucesivos, fueron acudiendo a la Corte, la mayoría de la nobleza y el clero que besaban la mano del rey y le prestaban el homenaje acostumbrado. Los nobles que por motivos justificados no pudieron acudir a la Corte, enviaron a sus procuradores. Y no hay más referencias a este trascendental momento.

Ya hemos visto cómo la unción del rey desaparece como ritual de poder entre los soberanos de Castilla por razones políticas. Pero además, comprobamos también que, el ceremonial de la coronación que tanto relieve había adquirido en las monarquías francesas e inglesa, carece de esa importancia en la corte castellana, prescindiéndose de él en los reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV.

¿A qué se debe esta singular posición de la Castilla de los últimos Trastámaras? Indaguemos sobre las fuentes historiográficas de este tema, aunque solo sea muy sucintamente.

En el conjunto de los reinos hispánicos existía una tradición centenaria sobre la unción y coronación de sus reyes, cuyos orígenes se remontaban a los visigodos. Es en éstos en los que se inspiran los reyes asturianos en sus ceremonias de acceso al trono; así, fueron ungidos y coronados, Alfonso II (791-842), Alfonso III (866-910), Ordoño II (914-924), lo mismo que Ordoño III, Ramiro III, Bermudo II, etc. Siguen esta misma práctica los reyes de León y más tarde los castellano-leoneses, hasta Juan I Trastámara que se autocoronó –lo que era una práctica habitual en Castilla desde la primera mitad del siglo XIV-; sus sucesores, como ya hemos dicho, prescinden de las ceremonias de la coronación.

Esta tradición también se aprecia en el vecino reino de Aragón, aunque se inicia más tardíamente que en Castilla y, sin embargo, en el ámbito de la Corona de Aragón comenzó antes su declive que en Castilla. Sabemos que Pedro II infeuda su reino al pontífice Inocencio III que le corona y unge en Roma en 1204, con lo que supedita sus reinos a la Santa Sede. Cuando su hijo Jaime I acude también a Roma para ser coronado por el papa, se le exigen pagos atrasados no satisfechos como condición previa, a lo que el rey no accede, decidiendo prescindir de la coronación. Las ceremonias y ritos de la coronación las reanuda Pedro III (1276) pero en su propio reino, suprimiendo la

infeudación con Roma. Alfonso III reivindica sus derechos al reino sin consentimiento papal. A partir de Alfonso IV los reyes de Aragón se coronan ellos mismos, con lo que pretenden hacer constar con total claridad su independencia del poder eclesiástico. Este gesto de autocoronarse lo siguen sus sucesores; así, Pedro IV además de coronarse a sí mismo se hace directamente con los atributos reales durante la ceremonia de su coronación, dejando las funciones del prelado que actuaba en la ceremonia reducidas a casi su sola presencia. Estas muestras de independencia del poder eclesiástico no impiden que Pedro, conocido con el nombre de “El Ceremonioso”, estableciera en sus “Ordenaciones” todo un protocolo amplísimo sobre estas ceremonias.<sup>23</sup>

Conviene hacer constar aquí que estas solemnidades y ritos de la coronación dejan de celebrarse al ocupar el trono de Aragón por sentencia de los compromisarios de Caspe, Fernando I, último rey de la Corona de Aragón que se somete a las ceremonias de la coronación. Lo que no deja de guardar un cierto paralelismo con lo que ocurre en Castilla, cuyo último rey que se autocorona es, como hemos dicho, Juan I, padre de Fernando de Antequera (I de Aragón) y padre también del rey Enrique III que le sucede en Castilla y que como también hemos referido no se corona.

Pareciera que en Castilla la liturgia de la coronación con todo su ritual, careciera de importancia para la transmisión del poder, habiendo conseguido sus soberanos prescindir de su concurso para el reconocimiento de su origen divino, basamento de su poderío real absoluto. Esta aparente secularización, que parece que confiere un alto grado de independencia a la monarquía castellana respecto a la Iglesia, no deja de seguir siendo algo tan difuso como lo era la propia sacralidad, lo que obliga a que nos preguntemos, ¿cuál es su influencia sobre el poder monárquico?. Vista desde la perspectiva del reinado de Enrique IV es perjudicial, pero ¿lo es para el poder monárquico en general?

Teniendo en cuenta que en Castilla el reconocimiento del rey por las Cortes -y sobre todo, por el clero y la nobleza- implicaba su proclamación, pudiendo además -sin

---

<sup>23</sup> Algunos de cuyos momentos resumimos aquí: El día anterior al ritual propiamente dicho se hacía una cabalgada que partiendo del palacio de la Aljafería recorría las calles de la ciudad hasta la Seo. La comitiva la formaban todos los estamentos de los reinos de la Corona de Aragón ordenados según su rango y dignidad. El rey cabalgaba en último lugar, siendo aclamado por el pueblo. Ya en ámbito sagrado velaba sus armas durante la noche. Al día siguiente durante la solemne misa pontifical, tenía lugar la unción por el prelado oficiante, recibiendo después las insignias de la realeza, que en el caso de los reyes de Aragón, eran las insignias imperiales concedidas por Inocencio III al rey Pedro II. Terminado el ceremonial y la liturgia, la comitiva real volvía a la Aljafería, siguiendo el orden indicado, figurando el rey al final pero portando su corona. Las celebraciones seguían con un banquete en el que el rey ocupaba una posición elevada y separada de los restantes comensales.

que fuera imprescindible-, ser aclamado por el pueblo –recuérdese la cabalgada procesional del rey por la villa, recogida en el ceremonial aragonés, y referida por el cronista VALERA en su crónica de Enrique IV-, bastando con esto para que accediera al trono. Bien mirado, la independencia conseguida en relación con los poderes eclesiásticos, al prescindir del ritual de la unción y de la coronación, dejaba al monarca en manos de otro poder, el nobiliario. En el caso de un monarca fuerte y enérgico y dotado de suficiente sagacidad política, el poder nobiliario podía quedar bajo su control, neutralizándose así el desequilibrio de fuerzas entre poder monárquico-poder nobiliario, a que el laicismo de la ideología política de los monarcas castellanos había conducido, escorándolo claramente a favor de la nobleza. Pero Enrique IV carecía de tales capacidades, teniendo además en su contra a una nobleza que como la castellana, poseía un amplio historial de rebeldía frente a los monarcas que le habían precedido.

Si se me permite la licencia de comparar, a la luz de lo expuesto, el reinado de Enrique IV con una liza en la que los contendientes son: Una nobleza rebelde, ávida de poder y de riquezas, y con la capacidad de “proclamar” al soberano, por un lado, y, por otro, un rey, psíquicamente incapaz en lo personal, y en lo público, dotado de una “difusa” sacralidad. No es difícil determinar quién será el perdedor y, sin embargo, ese espíritu laico que a primera vista parece privar a la monarquía de ciertos símbolos de poder, que la perjudican, a la larga favorecerá su consolidación y su poder. El proyecto político de los monarcas castellanos que con los Trastámaras adquiere su máxima expresión, era un buen proyecto, solo que necesitaba contar con hombres capaces de saber ejecutarlo en cada uno de los sucesivos momentos de su desarrollo, Enrique fue capaz de sostenerlo como idea<sup>24</sup>, pero desbordado por los acontecimiento que le tocó vivir, no supo hacerles frente y fracasó. Sin embargo, pasó el testigo a quienes le sucedieron, que supieron imprimir al aparentemente destrozado poder monárquico que heredaban, el dinamismo necesario que condujo a su máximo engrandecimiento.

---

<sup>24</sup> Según SUÁREZ, “*Cuando se libraba de sus consejeros, Enrique IV sabía mostrarse tan coherente con la línea de sus antecesores como lo serían, después de él, los Reyes Católicos*” (“Enrique IV de Castilla”. Ariel. 2001. p. 467.).



Un ritual en el que las diferencias respecto al ceremonial desplegado para llevarlo a cabo, eran también muy manifiestas, si las comparamos como se desarrollaban en Castilla y como en otros reinos occidentales, eran los ritos funerarios de los monarcas.

Contamos con una importante aportación de RUIZ GARCÍA, ya citada anteriormente, en la que se recogen las exequias reales de un príncipe heredero y tres monarcas castellanos: El príncipe Juan (1497), Isabel la Católica (1504), Felipe el Hermoso (1507) y Fernando el Católico (1516), realizadas en tierras flamencas, que podemos comparar con las honras fúnebres de los mismos personajes efectuadas en el reino de Castilla, para lo que contamos con la aportación de CABRERA SÁNCHEZ<sup>25</sup>.

El ceremonial borgoñón de los ritos funerarios estaba sometido a un rico y riguroso protocolo, que vamos a intentar esquematizar aquí. Esencialmente consistía en un cortejo procesional que desde la residencia del personaje responsable de presidir las exequias, se dirigía al templo en el que se efectuaban. El recinto sagrado elegido se adecuaba al sentimiento de duelo general, revistiéndose sus paredes con telas negras en las que se insertaban repetitivamente, los escudos de armas del difunto. En la nave central se construía un catafalco alto y de amplias dimensiones. En este escenario se desarrollaban las honras fúnebres que duraban dos días. En el primero, los actos litúrgicos dominaban la escena, estando reservado al segundo la actividad más propiamente política.

En las exequias por la reina Isabel, que se celebraron en la catedral de Santa Gúdula de Bruselas, el núcleo del cortejo fúnebre quedó formado por tres caballeros del Toisón, diecisiete oficiales de armas, varios reyes de armas con cotas con las armas de los reinos de la corona de Castilla, algunos altos cortesanos de la nobleza, el primer rey de armas al que denominaban *Toisón de oro*, que actuaba como maestro de ceremonias, una guardia de honor formada por arqueros de riguroso luto y los deudos directos de la soberana, Felipe el Hermoso y doña Juana. Una característica singular de la comitiva fúnebre era un palafrén con silla en la que se situaba una corona real. Terminados los actos litúrgicos el cortejo fúnebre abandonó en igual orden la catedral dirigiéndose al palacio archiducal. Al día siguiente se formó nuevamente, procesionando hasta la catedral donde tuvieron lugar los actos políticos de exaltación y de transmisión del poder.

---

<sup>25</sup> CABRERA SÁNCHEZ, M.: "Funerales regios en la Castilla bajomedieval". Acta histórica et archeológica mediaevalia, 22 (2001): 537-564.

En las exequias de Felipe el Hermoso, la comitiva adoptó una mayor complejidad, distribuyéndose en cuatro secciones u órdenes. La primera, constituida por el clero; la segunda, por las autoridades civiles; la tercera, por los *mystèris* portados por distintos reyes de armas y caballeros y, finalmente, la cuarta, en la que figuraba el archiduque Carlos montado sobre un pequeño caballo con su séquito y una compañía de arqueros. En la comitiva figuraba también un corcel con silla de justa. Los símbolos de poder, cuyos portadores formaban el tercer grupo descrito eran: la espada envainada en una funda de terciopelo negro, el yelmo y el escudo con divisa del Toisón de oro, así como los escudos de armas y los cuatro cuartos en las cotas de otros tantos reyes de armas. También el segundo día se produjo la transmisión de poder y las restantes ceremonias de exaltación monárquica.

En las honras fúnebres de Fernando el Católico, también celebradas en Santa Gúdula de Bruselas, se constituyó un cortejo igualmente formado por cuatro grupos, pero se introdujo una novedad al añadirse al tercer grupo un carro triunfal con gran profusión de ornamentos alegóricos y cargados de simbolismo tendentes a resaltar el poder del fallecido. También en este caso, en el curso del segundo día fue proclamado heredero el archiduque Carlos, que años antes ya había recibido el poder tras las exequias de su padre Felipe El Hermoso.

Mediante esta somera exposición solo hemos querido resaltar el boato y la suntuosidad con que se celebraban estos actos en la corte borgoñona, para intentar compararlos con la austera sobriedad con que se revestían en la corte y reinos de Castilla.

Así, en el reino hispánico el tiempo de duración de las exequias era similar, dos días, que se dedicaban exclusivamente a los aspectos litúrgicos, siendo la celebración fundamental la misa solemne oficiada por el alma del difunto que se tenía lugar el segundo día. Los asistentes se constituían en procesión que desfilaba desde el consistorio hasta el templo elegido, presididos por el representante más significado de la elite de la villa donde se desarrollaban los funerales.

En las honras fúnebres de Juan II, celebradas en el patio de los naranjos de la catedral de Sevilla, se instaló en dicho lugar, que quedó cubierto por toldos negros, el túmulo funerario, situándose en su cabecera una corona y a los pies un estoque de armas. Similar ornamentación ostentó la catedral de Ávila con motivo de las honras

fúnebres de don Enrique IV. En el curso de las ceremonias se usaban escudos que se quebraban en honor del fallecido.

Con todo, la majestuosidad de los actos borgoñones no era la tónica dominante de las exequias reales castellanas, que estaban presididas por la austeridad y el recogimiento y centradas en la liturgia tendente a satisfacer las necesidades espirituales del alma del difunto.

### **Propaganda del poder.-**

Tanto los símbolos y signos, como los ritos de poder son, en definitiva, estructuras formales de la propaganda entendida en un doble sentido.

Como manera ingenua de dar a conocer la existencia de algo potencialmente útil para quienes son informados. De ahí, que resulte imprescindible a la propaganda que, aquello que se desea transmitir se perciba adecuadamente por sus receptores, debiendo adoptar formas de expresión comprensibles para éstos y, además, conseguir que genere sintonía entre ellos.

El otro sentido de la propaganda se sustenta en la consecución de un fin concreto, generalmente, centrado en la manipulación interesada del o los otros. Es así como vamos a entender la “propaganda del poder”, cuyos vehículos de expresión adoptarán las más diversas formas, dependiendo de lo que se pretenda conseguir y de a quienes se dirige.

Resulta significativo que un poder monárquico más racionalista que el de siglos anteriores y necesitado del apoyo de las ciudades, sustituyese ciertas ceremonias de poder, que hasta entonces se habían desarrollado en ámbitos y círculos restringidos, por otras de mayor difusión propagandística. Es así como los *torneos* conmemorativos, donde la grandeza de los señores y del rey se proyectaba al pueblo con manifiesta espectacularidad, se convirtieran en vehículos idóneos de la propaganda del poder.

Una particular importancia en este sentido poseían las *entradas reales* en las ciudades formando comitivas que, a imitación de las procesiones religiosas, se desplazaban por las calles de la villa en medio de la admiración popular. Era un momento idóneo para que los signos y símbolos de poder –corona, cetro, espada, escudos, pendones, etc.- ejerciesen su mayor poder propagandístico.

En este mismo ámbito de la propaganda podemos incluir las *exequias reales*, a las que hemos dedicado unos comentarios un poco más arriba, y en las que si queremos destacar aquí, la amplia participación que tenía la población en lo tocante a guardar un riguroso luto por el monarca fallecido, decretándose por las autoridades de las ciudades

unos días de luto en los que descendían las actividades de la población, sobre todo, las de carácter festivo, que eran suspendidas, y estaban obligados los vecinos a vestir de una manera especial y a acudir a las honras fúnebres que se celebrasen, bajo penas nada insignificantes, como multas cuantiosas e incluso encarcelamiento durante un mes. En este caso se pretendía inculcar en la población el deber reverencial que tenían para con su soberano.

Unos medios de propaganda por excelencia eran las manifestaciones semánticas, representadas por los discursos puestos en labios de los monarcas por los cronistas, con motivo de inicio o cierre de Cortes, recepciones por visitas regias o entrega de cartas credenciales por embajadores extranjeros, etc. Las mismas crónicas oficiales redactadas por escribanos al servicio remunerado de los monarcas eran excelentes vehículos de propaganda, lo mismo que los poemas y canciones de los juglares que al acrecentar la fama de sus héroes fomentaban el cultivo de unos valores de un altísimo interés para el poder bajomedieval.

Como mi propósito en este trabajo no es el de describir todos los medios de propaganda que tanta relevancia tuvieron en el medievo, lo que han realizado magníficamente prestigiosos historiadores,<sup>26</sup> sino solo recogerlos como marco de referencia en el que encajar y desde el que explicarme mejor, las circunstancias que propiciaron la conducta del personaje que estudiamos, voy a dar por concluido este apartado, pero no sin antes referir un aspecto de la propaganda representada por las manifestaciones artísticas, que en el caso de nuestro protagonista se menciona por algunos como méritos suyos. Me refiero al mecenazgo de Enrique IV para con ciertas órdenes religiosas y, sobre todo, a la construcción y embellecimiento del monasterio jerónimo de El Parral, inicialmente concebido para albergar su sepulcro y a su mayor gloria, o el embellecimiento constante de las construcciones segovianas realizadas por este monarca durante todo su reinado. Los ejemplos de suntuosos enterramientos de los monarcas Trastámaras, son una buena muestra de propaganda regia.

---

<sup>26</sup> Ver la obra dirigida por NIETO SORIA: *“Orígenes de la monarquía hispánica: Propaganda y Legitimación”*, 1999.

## **FORMAS RESIDUALES DE PENSAMIENTO MÁGICO-MÍTICO. MAGIA Y HECHICERÍA EN LA BAJA EDAD MEDIA.-**

En general, la mayoría de las personas poseen una imagen de la Edad Media europea edificada en torno a sus aspectos más dramáticos y peor conocidos, de ahí que se la considere como una época de oscuridad, un periodo de la Historia caracterizado por lo tenebroso. Las pandemias -de efectos devastadores entre las gentes del medievo- las hambrunas -de no mejor memoria- las continuas guerras y, el recrudecimiento de la magia en su doble dimensión social, la brujería y la hechicería, son dignos exponentes de una imagen tan negativa que, sin embargo, no hace justicia a la verdad histórica.

El pensamiento humano se ha adecuado siempre a aquellas visiones del mundo que en cada momento histórico han regido los destinos de la humanidad. Es indudable pues que los acontecimientos referidos tuvieron efectos decisivos sobre la idea que de sí mismo y de su entorno se hizo el hombre medieval, fundamento de la estructura y organización de la sociedad en la que vivió. Fiel reflejo de ello fue su influencia en la música, la literatura, la pintura, el folclore, e incluso, la ideología política; en definitiva, en todo el ámbito cultural de la Edad Media.

Como ya hemos tenido ocasión de referirnos a los aspectos relativos a la organización y estructura sociales, así como a las ideologías que las sustentaron, vamos a dirigir nuestra atención ahora a otro de los ámbitos culturales de la Baja Edad Media, cuyo substrato básico estaba constituido por formas de pensar y de sentir impregnadas de contenidos mágico-míticos.

El interés por dedicar un apartado de este trabajo a unos aspectos historiográficos que pueden parecer, a primera vista, ajenos a nuestros objetivos, obedece –como ya tuvimos ocasión de comentar en la introducción- a que nos permiten comprender determinados comportamientos de Enrique IV, que en las etapas iniciales del estudio habíamos interpretado erróneamente.

Analizaremos las peculiaridades de esta forma de pensamiento, considerando, primeramente, algunos aspectos generales del mismo; después, las dos dimensiones de la magia más características en la época –la hechicería y la brujería- y, terminaremos viendo las repercusiones que sobre ciertos comportamientos del rey castellano tuvieron las formas de pensar y de sentir de su ámbito cultural.

### **Aspectos psico-antropológicos del pensamiento mágico-mítico.-**

Para el hombre mítico el espacio exterior no estaba constituido por objetos inertes e inanimados, sino por "sujetos". Todo lo que existía en torno a él poseía vida individual y propia. De ahí que, la relación que establecía el hombre primitivo con los elementos constitutivos de su mundo, no fuera una relación impersonal, sino completamente personal. Se establecía entre él y su entorno, una auténtica relación *yo-tú*.

Mientras que en la relación *sujeto-objeto*, las características o cualidades del objeto se consiguen activamente por el sujeto mediante la manipulación del objeto, en la relación *yo-tú* las cualidades del tu le son reveladas al yo directamente y de forma pasiva, no necesita ser manipulado. Pero el yo no solo comprende al tu, sino que llega a experimentarlo emocionalmente.

El hombre mítico no necesitaba explicarse el por qué de los fenómenos, de ahí que no teorizase sobre los mismos, sencillamente éstos se le revelaban en su relación con ellos. El hombre científico, por el contrario, se enfrenta a objetos con los que mantiene una relación impersonal y a los que somete a manipulación, teorizando además sobre sus cualidades y estableciendo leyes universales que los rigen. La investigación científica es emocionalmente neutral. El yo no experimenta emocionalmente al ello (los objetos, las cosas) lo contrario, como veíamos, que acontecía en la actividad del hombre mítico.

De lo expuesto hasta ahora se desprende que, el hombre mítico se relaciona con su mundo mediante vínculos afectivos. Su conocimiento del mundo, o más concretamente, las imágenes y representaciones mentales que conformaban su idea del mundo, representaban para él no un producto autónomo de la actividad de su pensamiento, sino un mero residuo de *lo dado*. El otro o los otros integrantes de su entorno, se le *revelan* desde sus individualidades propias, permitiéndole así captar intuitivamente sus cualidades. Es por esta razón por la que, para el hombre mítico, su entorno tiene un sentido trascendente, se trata de un *comundo*, de un mundo compartido, en el que se encuentra con las cosas que poseen un valor en sí mismas, en virtud del cual le es permitido participar *vitalmente* con ellas.

No se piense que el hombre creador de mitos proyectaba sobre los objetos de su mundo su propia energía vital; en absoluto, se trataba de una antropomorfización -en el

sentido de una “*ex analogía hominis*”, como pretendió la teoría del animatismo- de los objetos integrantes de su espacio exterior; muy al contrario, para el hombre mítico sus cualidades también las tienen “per se” las cosas, de ahí que pueda sintonizar directamente con ellas. Precisamente esta comunión directa con los objetos, le revela algo fundamental sobre lo que construye su idea del mundo y de sí mismo.

El mundo se convierte así en una *esencia* única -*el mana*, de tantas culturas primitivas- que se le manifiesta a través de diferentes formas, una de las cuales es él mismo. Su religación con las cosas es algo establecido de antemano, y no un mero acto de pensamiento autónomo y voluntario. LANDMANN<sup>1</sup> lo expresa de la siguiente forma: “*el pensamiento de un fundamento único general del ser, que es el sustrato que une a todos los seres particulares y del cual la individualidad es solamente una manifestación engañosa*”, representa más que una idea un sentimiento que constituye el basamento de toda una concepción filosófica primitiva.

Tras lo dicho, pudiera parecer que el hombre mítico elabora una imagen abstracta de su entorno y, sin embargo, nada resulta menos cierto ya que, esa totalidad orgánicamente estructurada que desde la perspectiva del pensamiento empírico puede parecer una abstracción, se concretiza en algo tan tangible como es un ser o una cosa. Ese todo es aprehendido por el pensamiento mítico bajo la forma, por ejemplo, de un cuerpo humano. Como relata CASSIRER<sup>2</sup>, en el *Rigveda* se describe como el mundo salió del cuerpo de *Perusha*, y de sus distintos órganos surgieron las individualidades que constituyen el mundo. Lo que pudiera parecer aquí una representación mental concreta, la imagen de *Perusha*, conformadora de una idea abstracta, el mundo concebido como *esencia* única, no es ni una representación, ni una idea, sino la cosa misma. No se trata de una idea porque “el pensamiento mitopoyético carece de la categoría de lo ideal”<sup>3</sup>, y tampoco se trata de una imagen, puesto que para este pensamiento no hay diferencia entre imágenes y cosas; de lo que cabe concluir que *Perusha* es el mundo mismo y no una representación simbólica de éste.

---

<sup>1</sup> Landmann, M.: “*Antropología filosófica*”. Ed. Hispanoamericana. México, 1961.

<sup>2</sup> Cassirer, E.: “*Filosofía de las formas simbólicas*”. T. II. Fondo de Cultura Económica. México, 1972. p.124.

<sup>3</sup> Cassirer, E.: op. cit. p. 63

Como se desprende de lo expuesto, el principio vital del mito no es estático sino dinámico, de ahí que solo pueda ser descrito “en términos de acción”,<sup>4</sup> o precisando un poco más, de interacción.

Muchos de los componentes del pensamiento mítico constituyen intentos de explicación de hechos, allí donde fallaba el conocimiento; así, el hombre primitivo suple con descripciones míticas sus déficit de conocimientos, siendo tales descripciones más que ideas, sentimientos. De hecho la percepción mítica procede directamente de la experiencia fisiognómica, es decir, de las cualidades afectivas.

Profundicemos un poco más en la llamada percepción mítica, desde la perspectiva que nos da el proceso perceptivo propiamente dicho.

A nadie se le escapa que los objetos del mundo exterior no penetran en la conciencia de una manera pasiva, requiriendo la movilización activa de ésta y de ciertas funciones afines, como por ejemplo, la atención; en definitiva, es la conciencia la que sintetiza y organiza las impresiones sensibles (sensaciones) construyendo la imagen del objeto o representación mental del mismo (proceso de objetivación). Este proceso es consustancial con toda actividad de pensamiento siendo un principio universal del modo de operar la mente humana. La imagen actual (científica) de nuestro entorno se ha edificado en virtud de este proceso.

Si se tiene en cuenta que el pensamiento mitopoyético tiene el mismo origen que el científico-teórico ¿Cómo explicarnos entonces las radicales diferencias cualitativas entre uno y otro?

Evidentemente tiene que postularse un cambio en la dirección del proceso de objetivación. Así, cuando el hombre se enfrenta con las cosas, con los objetos de su mundo exterior, lo primero que experimenta es un sentimiento, sustrato de las llamadas “cualidades fisiognómicas”, que son la base de la “experiencia fisiognómica”. Tras esta primaria captación de la realidad, la conciencia aprehende percepciones sensibles que son la base de “cualidades perceptivas”, conformadoras de una nueva experiencia, la “experiencia perceptiva”, mediante la que captamos los fenómenos individuales. Por último, el proceso culmina mediante la puesta en marcha de un tercer estadio en el que llegamos a captar como las individualidades que conforman nuestro entorno están regidas por leyes universales. Es así como la primitiva experiencia fisiognómica y la posteriormente elaborada experiencia perceptiva, se ven trascendidas por la

---

<sup>4</sup> Cassirer, E.: op. cit. p. 123.



conceptualización científica. Un ejemplo sencillo puede facilitarnos la comprensión de los estadios del proceso de objetivación. Imaginemos que percibimos un color, lo primero que experimentamos son sensaciones de matiz agradable, desagradable, repulsivo, irritante, etc., en definitiva, cualidades fisiognómicas, base de la que hemos llamado experiencia fisiognómica, que consideramos adscrita al campo de los sentimientos<sup>5</sup>. Después somos capaces de individualizar el color diferenciándolo de otros colores mediante la captación de una serie de cualidades sensibles que constituirán la base de la que he llamado experiencia perceptiva. En un tercer momento puedo incluso llegar a explicarme el por qué de esas diferencias en virtud de distintas longitudes de onda de la luz, lo que me permite asignarle al color un lugar en el espectro de colores (concepto empírico-científico).

El pensamiento mítico se queda en los primeros estadios con lo que su experiencia se centra exclusivamente en lo “dado” de forma inmediata a la conciencia. Como dice CASSIRER<sup>6</sup> *“el mito se atiene exclusivamente a la presencia de su objeto, a la intensidad con que en un determinado instante impresiona a la conciencia y se apodera de ella”*.

Es precisamente este carácter fundamental del pensamiento mítopoyético, esta peculiar perspectiva del proceso de objetivación, la que lo diferencia radicalmente del pensamiento empírico-científico.

Para el hombre creador de mitos no existirán diferencias entre la percepción real y su “representación”; así, las representaciones oníricas resultan para él tan reales como las imágenes objetivas percibidas en estado de vigilia.

Toda la actividad mítica se encuentra regulada por el carácter *cosificante* de esta peculiar forma de pensamiento, que al carecer de la categoría de lo ideal, confunde el símbolo con la cosa simbolizada. Los ritos míticos no son una representación de un acontecimiento pasado, sino el acontecimiento mismo. Igualmente, el nombre de un individuo no solo sirve para designarle y reconocerle, sino que se funde con la personalidad constituyendo una unidad indivisible.

Lo mismo el pensamiento empírico-científico que el mítico manejan la categoría de causalidad, pero mientras que el primero concibe la causalidad como algo impersonal y sujeta a leyes universales, el mítico la considera como personal y sujeta a acontecimientos individuales.

---

<sup>5</sup> Los sentimientos suelen definirse como “estados pasivos del yo de matiz agradable o desagradable”.

<sup>6</sup> op. cit., p. 59

Para entender mejor esta diferencia radical sírvanos recordar la peculiar relación que establece el hombre mítico con su mundo (relación yo-tu), distinta por completo a la del hombre científico (relación yo-ello). Sobre tal base, la pregunta causal es enunciada por el científico como un *¿cómo?* Mientras que el hombre mítico la formula mediante un *¿quién?* Es así como para el pensamiento mitopoyético la lluvia no está determinada por causas atmosféricas completamente impersonales, sino que se debe a la llegada del gran pájaro. La muerte no es un hecho natural, sino la manifestación de una *voluntad* hostil.

Para el mito, además, toda simultaneidad espacio-temporal entre fenómenos, acontecimientos o cosas, es considerada como una relación de causa efecto, siendo esta la razón, como refiere CASSIRER<sup>7</sup>, por la que para el hombre mítico *"los animales que aparecen en una determinada estación del año son quienes traen y crean dicha estación"*. En tanto las categorías espacio y tiempo son concebidas por el pensamiento empírico científico como cuantitativas y abstractas, para el mítico representan entidades cualitativas y concretas.

El pensamiento mitopoyético considera la existencia de dos regiones en el espacio; regiones, por otra parte, que poseen un carácter particular y genuino. Una resulta inaccesible al hombre, pues constituye la región de lo sagrado, la otra es de total acceso para él, configurando el espacio profano. Desde esta perspectiva el carácter concreto del espacio resulta evidente; pero también resulta manifiesto su carácter cualitativo, al mantener el pensamiento mítico que ambos espacios poseen vida propia. *"Toda determinación espacial, como dice CASSIRER, adquiere un determinado carácter divino o demoníaco, amigo o enemigo, sagrado o profano. El oriente como origen de la luz, también es la fuente y origen de la vida; el occidente, como la región en la que el sol se pone, está rodeada por todos los horrores de la muerte"*.<sup>8</sup>

El tiempo para el pensamiento primitivo no está constituido por una sucesión uniforme de intervalos convencionalmente admitidos, sino que los intervalos de tiempo quedan "personificados" mediante figuras de dioses o seres infernales a los que se le dispensa cultos religiosos, por ejemplo, el culto a las estaciones, a los meses del año, a los días, etc.; buena prueba del carácter concreto que asigna el hombre mítico a las distintas subdivisiones del tiempo. Además, *"(...) a cada uno de ellos corresponde el*

---

<sup>7</sup> op. cit., p. 71.

<sup>8</sup> op. cit., p. 133.

*contenido intensivo que los hace semejantes o desemejantes, coincidentes o antitéticos, amigables u hostiles, entre sí*<sup>9</sup>.

Analicemos por último, tres importantes categorías de las que la visión mítica nos da una particularísima interpretación.

La “categoría de cantidad” que nos aporta el mito, no está regida por la búsqueda de enlaces entre elementos claramente diferenciados, sino que se sustenta en fundir los enlaces en una unidad *cósica*. El principio de la *"pars pro toto"*, para el que entre el todo y las partes que lo constituyen no existe una clara demarcación, resulta muy significativo. La parte no es una mera representación del todo, sino que es el todo.

Otra categoría mítica, la de “propiedad”, también puede servirnos como elemento diferencial entre una y otra forma de pensamiento. Así, mientras la visión científica considera que los objetos son diferentes e independientes de cada uno de sus atributos en particular, e incluso de la totalidad de los mismos, siendo éstos, no piezas *cósicas* reales del objeto, sino cualidades del objeto; para la concepción mítica *"el atributo no es tanto una determinación "de" la cosa sino mas bien expresa y engloba la totalidad de la cosa (...)"*<sup>10</sup>

Por último, vamos a referirnos a la “categoría de semejanza”. El mito interpreta que cualquier igualdad o semejanza percibida entre cosas diferentes, son la expresión de su identidad de "esencias"; hasta tal punto que, si por cualquier circunstancia se da algo semejante a una cosa, la cosa misma está representada como un todo.

Mediante estas puntualizaciones constructivo-genéticas sobre el pensamiento mito-mágico, hemos pretendido dotarnos de un mínimo glosario con el que abordar un tema tan controvertido como el representado por sus dos dimensiones sociales más significativas en la Baja Edad Media: la brujería y la hechicería.

---

<sup>9</sup> op. cit., p. 145.

<sup>10</sup> Cassirer, E.: op. cit., p. 95.

### **Pensamiento mágico mítico en la Baja Edad Media: Hechicería y brujería.-**

El pensamiento mágico campeó a sus anchas durante toda la Edad Media. Contribuyeron a ello, el auge alcanzado por las religiones germánicas en los primeros siglos alto-medievales y la persistencia de un pensamiento de fuerte contenido animista. En esta misma línea de actuación debemos situar al creciente desarrollo experimentado por otras creencias y ritos sagrados pre-romanos que hicieron rebrotar con inusitado impulso las ideas y los actos supersticiosos primitivos.

El mundo natural tenía para el hombre de la Edad Media una significación mágica. Los objetos que poblaban su entorno poseían para él vida propia, siendo portadores de un alma o *mana* que los dotaba de poderes sobrenaturales<sup>11</sup>. Dado que estos poderes pueden ser benéficos o maléficos para las propiedades, e incluso para la vida de los hombres, se hace imprescindible conseguir poner de su parte a la naturaleza. Con este fin se realizan rituales mágicos dirigidos, en unos casos, a contener la furia de las fuerzas naturales y, en otros, a propiciar convenientemente sus acciones beneficiosas.

Es así, como las prácticas supersticiosas se van a ir integrando progresivamente en la vida cotidiana de las gentes del medievo mezclándose con las actividades cristianas piadosas, resultando, con frecuencia, muy difícil delimitar lo propiamente religioso de lo mágico.

La concepción que de su mundo se hizo el hombre de la Edad Media dependió, primeramente, de la imagen del mundo sensitivo-espacial<sup>12</sup> que adquirió. Y, si, como sabemos, no todo lo que nos rodea del mundo espacial actúa sobre nosotros, y de lo que nos estimula de ese mundo circundante, tampoco es captado todo por nuestra conciencia, la idea que los seres humanos nos hacemos del mundo es muy limitada en cuanto a la auténtica realidad del mundo. Se trata de una *“imagen del mundo vivida de una forma inmediatamente presente”*<sup>13</sup> constituida por fuerzas físicas y químicas que nos estimulan pero que no concienciamos, y aquellas otras de las que tenemos conciencia. Esta es nuestra percepción del mundo; en definitiva, lo que podemos llamar un mundo humano. Pero, como afirma JASPERS, *“(…) detrás de lo vivido inmediatamente”* pueden hacerse concientes recuerdos pasados y conocimientos

---

<sup>11</sup> Barros, C.: *“La humanización de la naturaleza en la Edad Media”*. Edad Media. Revista de Historia 2, (1999): 169-193.

<sup>12</sup> JASPERS, K.: *“Psicología de las concepciones del mundo”*. Ed. Gredos. Madrid, (1967): p. 208.

<sup>13</sup> op. cit., p. 209.

adquiridos por el hombre que, aunque no perceptibles por nadie, se manifiestan como existentes. Se da así un gran impulso respecto a la ampliación de la imagen del mundo humano. Como claro exponente de esta ampliación podemos considerar, siguiendo a JASPERS, “*la imagen cósmica del mundo*”, que nos permite aislar dos tipos diferentes: Una, la de un universo finito, delimitado y ordenado, propia de la cosmovisión del hombre del Medievo, y otra, la de un cosmos infinito, como infinitos son también los mundos que lo constituyen, de la que empezó a tener conciencia el hombre del Renacimiento.

Esta última, es una imagen del mundo obtenida indirectamente mediante la experimentación y/o el cálculo matemático, en definitiva, una concepción empírico-científica, mientras que la de la cosmovisión finita, se construye a través de intuiciones; en ella la ley causal cede su puesto a la actitud sensitivo-intuible<sup>14</sup>, realizándose la captación del mundo directamente mediante la intuición inmediata.

Pero puede considerarse -en la escala evolutiva que culminará en el pensamiento abstracto (universo ilimitado)- un nivel más bajo que el sustentado sobre intuiciones (universo finito), el de las concepciones míticas del mundo, en el que la imagen del mundo se estructura en torno a vivencias expresadas mediante analogías y simbolismos.

Estas dos últimas concepciones del mundo –la intuitiva y la mítica- se daban en el hombre de la Edad Media: una protocientífica, aunque lógica y, otra, claramente precientífica o paleológica; responsable ésta del pensamiento mágico-mítico y, la otra incapacitada para rebatirlo mediante argumentos adecuados.

Es así como el pensamiento medieval se impregna de animismo favoreciendo su permeabilidad a todo tipo de prácticas supersticiosas provenientes de las antiguas religiones.

Pero nuestro interés se dirige, principalmente, a intentar analizar las relaciones existentes entre las concepciones del mundo vigentes en el medievo y la magia, la brujería y las prácticas supersticiosas de tan destacado auge en esta época histórica.

La magia se sustenta sobre una serie de principios y leyes fundamentadas en fuerzas sobrenaturales. Así, la concepción geocéntrica del mundo guarda una estrecha relación con un universo homocéntrico, en el que el microcosmos humano es la síntesis del orden universal. De ahí que las relaciones del hombre con su mundo se enmarquen dentro del concepto de “simpatía universal”; el conocimiento del cosmos permite el

---

<sup>14</sup> op.,cit. p. 216

conocimiento del hombre y el de éste el conocimiento de aquél, estando ambos sometidos a las mismas leyes inmutables.

La concepción limitada del mundo favoreció la instauración de una *magia natural* cuya finalidad era el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, para mediante su ayuda beneficiar a la humanidad y además, incrementar el conocimiento y el saber humanos. Esta magia conocida como *teúrgia*, *magia blanca o magia culta*, debe distinguirse de la *magia ceremonial*, *magia negra o magia iletrada*, sustentada en la concepción mítica del mundo. La primera nos transmite la figura del mago como la de un ser con mucha sabiduría y poder pero de carácter benéfico, mientras que la magia ceremonial cargada de fórmulas mágicas y de rituales, se pone al servicio y se sirve de las fuerzas demoníacas para ejercer una actividad preferentemente maléfica.

Conviene analizar el curso seguido por estas formas de magia a lo largo de la Edad Media. Según CARDINI<sup>15</sup> entre los siglos XI y XIV se va a producir un eclipse, primero, seguido de un renacimiento y una ulterior expansión de la magia. La vieja magia refugiada preferentemente en los ambientes rurales donde era más fácil mantener las tradiciones, comenzó a perder fuerzas a raíz de la tala de bosques y de la pérdida de la estabilidad de estas comunidades al desplazarse a las ciudades. Los viejos ritos campestres vinculados a lugares concretos –lagunas, fuentes, zonas boscosas, etc.- fueron perdiendo su antigua vigencia, aunque no por eso desaparecieron completamente, perviviendo como un residuo de supersticiones populares. Esta decadencia de la magia rural no se correspondía para nada con lo acontecido a la “magia culta” que, arropada con el manto del cientifismo de la astrología, la alquimia y la medicina del cambio de milenio, renacía con renovada pujanza. La creación entre los siglos XI y XII de importantes centros universitarios, los intercambios culturales con Oriente mediante las cruzadas, la traducción del árabe al latín de los autores griegos, las aportaciones que desde la Península Ibérica –en pleno proceso de actividad reconquistadora- se hacía a la cultura occidental europea, contribuyó a un auge cultural en los siglos XII y XIII, en el que la visión homocéntrica del mundo seguía rigiendo el pensamiento del occidente europeo.

Esta magia natural comenzó a degenerar hacia prácticas de hechicería, en un breve periodo de tiempo, favoreciéndose la necromancia con el fin de perjudicar al contrario, valiéndose de conjuros mágico-demonológicos, etc.; en definitiva, adoptando

---

<sup>15</sup> CARDINI, F.: “*Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*”. Península. Barcelona, (1999): 32-52.

la magia sus más tenebrosos atributos ceremoniales. Este auge de lo demoníaco preparaba el terreno, en los finales del siglo XIV, de la “caza de brujas” que tendría un amplio desarrollo durante el siglo XV, perdurando durante dos siglos más.

Aunque la brujería es un asunto distinto al de la magia –tanto la ceremonial como la natural- no dejan de tener con ella ciertos puntos de confluencia. Ciertamente la brujería carece del fondo ideológico de la magia. Si de alguna manera tenemos que perfilar su concepto diríamos que lo fundamental de lo brujesco es el supuesto poder de determinadas personas para hacer el mal. El poder de la bruja/o es un poder innato, del que en ocasiones, no es consciente su portadora. Al ejercer su poder, la bruja no necesita de acciones físicas observables.

Otra figura adscrita al ámbito mágico-brujesco es la del hechicero/a, cuya proximidad al mundo de la magia es mayor que el que posee la brujería. Las prácticas de hechicería se aprenden. El hechicero se vale de fórmulas mágicas, debiendo realizar un ritual complejo. El objetivo del hechicero es siempre el de hacer daño. Resulta pues, la hechicería una práctica afín a la magia ceremonial, tanto por la naturaleza de sus fines como por su intrincado ceremonial práctico.

La persecución de la brujería y de manera especial, la hechicería, obedece a razones que intentaremos exponer seguidamente.

A partir del siglo XIII la actitud de la Iglesia frente a los ritos y prácticas mágico-brujescos se fue haciendo cada vez más combativa. En parte, por el carácter inconformista y reivindicativo<sup>16</sup> que entrañaban estas acciones manejadas, habitualmente, por “marginados”; también, por la cada vez más frecuente integración dentro de lo brujesco de concepciones y creencias demonolátricas. Además, como apunta CARDINI<sup>17</sup> se tiene constancia que a partir de mediados del siglo XIII la herejía comenzó a mezclarse con las prácticas brujescas y de hechicerías entre las comunidades rurales del occidente europeo, en las que se revitalizaron los antiguos cultos a lugares y deidades, que como ya dijimos, no habían sido eliminados totalmente.

El vasallaje al diablo practicado por estos marginados sociales –brujos y hechiceros- constituía un ritual manifiestamente herético que adoptaba las características y peculiaridades del *homenaje* feudal<sup>18</sup> acto supremo de entrega incondicional de un hombre a un amo y señor. Implicaba abjurar de Dios por parte de

---

<sup>16</sup> CARDINI, P.: op. cit., ps. 76 y 77.

<sup>17</sup> op. cit., ps. 78 y 79.

<sup>18</sup> BLOCH, M.: “*La sociedad feudal*”. Editorial Hispano Americana. México, (1958): 167-174

los iniciados que cometían de esta forma apostasía, y adorar a su nuevo dueño, el demonio, lo que constituía un pecado de idolatría.

La maldad intrínseca a todo lo brujesco unida a los rituales manifiestamente anticristianos practicados por hechiceros y brujos, condujo a que fueran considerados enemigos declarados de las comunidades cristianas a las que perjudicaban con sus conjuros y hechizos, o indirectamente, propiciando la ira de Dios que, ofendido impunemente, los hacía a todos acreedores de su castigo.

Estas actitudes frente a la magia ceremonial y sus adeptos –frutos del miedo supersticioso de la sociedad tardomedieval- se vieron reforzadas por las hambrunas debidas a la carestía de los alimentos. Situación socioeconómica que se extendería por todo el siglo XIV y cuyo origen estaba en las crisis climatológicas<sup>2</sup> que se fueron sucediendo desde principios de siglo, y que se interpretaron como maleficios inducidos por la hechicería brujeril, o castigo divino frente a las ofensas de estas criaturas diabólicas. De igual modo se interpretaron los frecuentes conflictos bélicos y, sobre todo, la “peste negra”. Para el hombre de los dos últimos siglos bajo medievales estas situaciones extremas se vivieron de manera apocalíptica: el hambre, la guerra, la peste y la muerte, cabalgaban a sus anchas ocasionando terribles desgracias como la infringida a la demografía del occidente europeo de la época, cuya población se redujo en torno al cincuenta por ciento.

La sociedad medieval aterrada, clamaba al cielo mediante rogativas y ceremonias que eran una cristianización de prácticas mágicas ancestrales<sup>20</sup>; se refugiaba bajo el manto de la Iglesia como su intercesora ante Dios y con poder para conjurar a los demonios. La angustia y la culpa favorecieron la movilización de actitudes xenófobas tendentes a conseguir una mayor cohesión social como defensa colectiva. La búsqueda de responsables que cargando con la culpa del pueblo cristiano les exonerasen de ella y les liberasen de la angustia condujo a meter dentro del marco de lo brujesco a los herejes y a los judíos. Según CARDINI, “(...) *en la iconografía los rasgos exteriores del judío y del diablo tendían a [hacerse] coincidir, otro tanto ocurría con el cariz del judío y del brujo*”<sup>21</sup>.

El pensamiento medieval limitado por su fuerte contenido mítico-mágico, estaba poco capacitado para relacionar causas y fines, lo que hacía que las gentes del medievo

---

<sup>2</sup> CARDINI, F.: op. cit., p. 88.

<sup>20</sup> BARROS, C.: op. cit., p. 182.

<sup>21</sup> op. cit., p. 89.



actuasen con frecuencia paradójicamente; así, por un lado movilizaban fuerzas tendentes a reprimir la magia brujesca –inicio de la “caza de brujas”- y, por otro, intentaban conseguir aplacar la ira de Dios mediante oraciones y rogativas que encubrían antiguas supersticiones. Igualmente, acudían a la práctica de actividades propias de la magia natural para conseguir que los elementos de la naturaleza les fueran propicios.

La persistencia del pensamiento mágico-mítico en los últimos siglos de la Baja Edad Media no puede quedar más claramente expresada: se cree y se teme el poder de las hechiceras y las brujas, razón por la que se las persigue; se cree en múltiples prácticas supersticiosas y se prodigan las actividades mágicas naturalistas.

Sin entrar en más consideraciones, innecesarias para los fines de este trabajo, creemos que debe destacarse la persecución de la magia iletrada por parte de la Iglesia y el poder secular, frente a la permisividad de supersticiones mantenidas por el pueblo y la práctica de la magia culta efectuado por la nobleza y el alto clero, durante el siglo XV; todo lo cual habla a favor de que grandes retazos de pensamiento mágico-mítico coactuaban con el pensamiento lógico-racional en el hombre medieval, dando forma a su idea de mundo y de sí mismo. Su pensar y su sentir tenían que estar, necesariamente, supeditados a esta eventualidad común al desarrollo evolutivo humano.

En la Castilla de Enrique IV, como en el resto del mundo cristiano occidental europeo, estos eran los más importantes ingredientes de su cultura<sup>22</sup>, siendo por ello los responsables, en un alto porcentaje, del comportamiento de quienes vivieron bajo su influencia. En este sentido el monarca castellano es un claro exponente de su momento histórico, pudiendo ser comprendidos algunos de sus comportamientos en base al aprendizaje efectuado en el seno de su cultura.

---

<sup>22</sup> BUENO, G.: “*Cultura*”. *El Basilisco*. 1ª Época, 4, (1978): 64-67.

### **Influencia sobre Enrique IV del pensar mágico-mítico propio de su ambiente cultural.-**

El ambiente cultural en el que nació, se educó y vivió el rey castellano estaba estructurado en torno a esa imagen del mundo –referida anteriormente- en la que predominaba la inmediatez de un cosmos limitado, junto a la experiencia vivida (vivencia) del engranaje mismo de su funcionalidad. El hombre medieval –como también hemos tenido ocasión de comentar- *empatizaba* con su mundo natural, encontrando en él relaciones y analogías múltiples. Para los contemporáneos de Enrique IV y para él mismo, en la naturaleza todo estaba íntimamente emparentado; por eso, el destino de los hombres estaba escrito en las estrellas, por eso también, las analogías formales existentes entre algunas cosas las hacían estar dotadas de los mismos atributos; la parte equivalía al todo y las relaciones de contigüidad eran la base causal de muchos acontecimientos naturales.

Se trataba de una forma poco evolucionada, pero absolutamente natural de sentir y de pensar, que sustentaba un comportamiento difícilmente justificable desde la perspectiva del pensamiento lógico-racional.

El pensamiento mágico, revestido de ese oropel de cientifismo de la Astrología y la Alquimia, y apoyado por eminentes teólogos, invadía impunemente amplios sectores del poder político, económico y religioso de la época.

La más alta instancia cultural del momento, la Iglesia Católica, contaba entre sus más conspicuos representantes con aprendices de magos y firmes adeptos de la magia natural, que en manos de algunos de estos altos dignatarios eclesiásticos se impregnó de ceremoniales afines a lo brujesco.

Un claro exponente de esta ambientación sociocultural mágico-mítica lo encontramos en la misma corte castellana, donde el propio rey Juan II se dirige al más sabio de sus asesores y obispo de Ávila, Alfonso de Madrigal, “El Tostado” (1400/1410-1455), para que tras consultar a los astros le haga el horóscopo de su recién nacido hijo Alfonso. El relato que de este acontecimiento nos transmite PALENCIA, es de un extraordinario valor documental y manifiestamente significativo para comprender los argumentos que estamos esgrimiendo aquí. Literalmente nos dice el cronista: “*A este sujeto, por sobrenombre el “Tostado”, de vastísima erudición y muy conocedor de la ciencia astrológica, consulta el Rey el destino de su hijo D. Alfonso, y supo que los astros amenazaban la vida del Infante antes de cumplir los 15 años; pero que, si por*

*favor del Todopoderoso, escapaba libre de aquel plazo, sería el Príncipe más feliz de su siglo*”<sup>23</sup>.

“Atemorizado, –nos dice MORALES MUÑIZ- *Juan II se consagró al cuidado de aquel hijo pero la muerte truncó sus planes*”<sup>24</sup>. De donde cabría deducirse que Juan II creyó con absoluta firmeza el presagio de su sabio astrólogo -que por cierto, se ajustó con sorprendente precisión al destino real del infortunado príncipe- señal inequívoca de su pensar y sentir mítico-mágico.

Como señala LLOSA SANZ<sup>25</sup>, citando a ALVAREZ LÓPEZ<sup>26</sup>, en la corte de Juan II las prácticas adivinatorias basadas en los astros eran algo muy común, así como las restantes formas de magia, lo que originaba frecuentes controversias entre partidarios acérrimos y detractores –posiblemente más temerosos del poder de la magia, que incrédulos-. Por eso Juan II para discernir entre qué prácticas mágicas debían ser consideradas legítimas y cuáles no, encargó al obispo de Cuenca, fray Lope Barrientos, un tratado sobre la magia para poder juzgar adecuadamente los muchos casos de este tipo de prácticas que debían de producirse.

Un personaje tan representativo como el condestable Álvaro de Luna consultaba su futuro a un reconocido hechicero, al que protegía, el judío Ben-Samuel, quién mediante la *quiromancia*, le predijo su fatal destino con sorprendente precisión (ÁLVAREZ LÓPEZ)<sup>27</sup>.

Que decir del noble señor de la casa de Trastámara, nieto bastardo de Enrique II, Enrique de Villena (1384-1434), cuya semblanza es recogida por PÉREZ DE GUZMAN<sup>28</sup>, para quien era “*inábile e inapto*” para las actividades caballerescas y políticas propias de su condición nobiliaria, “(...) *E por esto fue avido en pequeña reputación de los reyes de su tiempo, e en poca reverencia de los cavalleros*”, pero, sobre todo, “(...) *E porque entre las otras ciencias e artes se dio mucho a la astrología, algunos burlando dizían d’él que sabía mucho en el çielo e poco en la tierra.*” Es conocido este personaje por sus prácticas brujescas, que hicieron que Juan II encargase al obispo Barrientos la destrucción de la biblioteca del de Villena por el fuego.

---

<sup>23</sup> op. cit., p. 54.

<sup>24</sup> MORALES MUÑIZ, D-C.: “*Alfonso de Ávila, rey de Castilla*”. Ávila, (1988): 16.

<sup>25</sup> LLOSA SANZ, A.: “*Presencia y función de los magos en la novela histórica romántica española*”. Hipertexto, 4 (2006): 115

<sup>26</sup> ALVAREZ LÓPEZ, F.: “*Arte mágica y hechicería medieval. Tres tratados de magia en la corte de Juan II*. Valladolid, 2000.

<sup>27</sup> Citado por LLOSA SANZ, op. cit., ps. 119-120

<sup>28</sup> PÉREZ DE GUZMÁN, F.: “*Generaciones y semblanzas*”. Cátedra. Madrid, (1998): 150-152.

Este era el ambiente de la corte en la que nació y se crió Enrique IV. Indudablemente su influencia sobre el futuro rey de Castilla no puede cuestionarse, máxime cuando sus más directos partidarios y enemigos compartían creencias similares sirviéndose de ellas, en muchos casos, para incrementar su poder político y económico.

Según escribe en su *Tractado de adivinança* Lope de Barrientos, la adivinanza es algo condenable por usurpar la sabiduría que solo a Dios pertenece, pero la adivinación basada en la interpretación astrológica, es reconocida como la ciencia del momento, perfectamente lícita (ÁLVAREZ LÓPEZ)<sup>29</sup>. Estamos ante un fiel reflejo de la aceptación y práctica de la magia natural y el rechazo y la persecución de la magia ceremonial, disparidad a la que hicimos referencia con anterioridad y que con total seguridad compartía Enrique IV con su preceptor.

Un contemporáneo del rey, miembro de su Consejo y figura destacada del alto clero castellano, el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca el Viejo, fue por ambición de poder político y económico un apasionado de la magia, de la que intentó servirse para satisfacer su inagotable deseo de poder y de riquezas. Según FRANCO SILVA, “(...) Fonseca fue un aficionado compulsivo, y más allá de lo razonable, a la compañía y tratos con hechiceros, alquimistas, adivinos y otras gentes por el estilo (...)”, lo que le permite al referido autor calificarlo además de, “(...) un ambicioso, intrigante y mezquino personaje, [como] una más de esas pintorescas y excéntricas individualidades de ese siglo tan cargado de ellas como lo fue el XV”<sup>30</sup>. Esta afición, excelentemente calificada por FRANCO SILVA, como compulsiva<sup>31</sup>, se presenta por el procurador de Enrique IV ante el pontífice Paulo II, como uno de los cargo aducidos por el rey para que el papa desposeyera al arzobispo Fonseca de su alta dignidad. Esta referencia, que tomamos de FRANCO SILVA<sup>32</sup>, se debe a PALENCIA, que como último cargo aducido por Enrique IV contra Fonseca lo culpa de haber “(...) mantenido siempre a su lado agoreros, dando oídos a sus palabras y créditos a sus presagios”<sup>33</sup>.

---

<sup>29</sup> Citado por LLOSA SANZ, A.: op. cit., p. 121

<sup>30</sup> FRANCO SILVA, A.: “El arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca el Viejo. Notas sobre su vida”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*. T. CXCVI. Cuaderno I. (1999): 44.

<sup>31</sup> Las compulsiones son rasgo propio de las personalidades anancásticas (obsesivas), de la que Fonseca nos aporta evidencias en el curso de su vida, pero ,sobre todo, mediante la minuciosidad de su testamento, en el que, como también apunta FRANCO SILVA, “El testado no quiere dejar nada al azar (...)” (op.cit., p.67).

<sup>32</sup> op. cit., p. 58.

<sup>33</sup> PALENCIA, A.: op. cit. p. 155.

Míresele por donde se le mire, el arzobispo Fonseca era un claro exponente de la importancia que se le concedía a la magia, y lo que se esperaba de su práctica, por parte de las más relevantes figuras del alto clero castellano.

Otro personaje del que también poseemos abundantes referencias respecto a su desmedido interés por la magia es, igual que el anterior, arzobispo; en su caso, de la sede primada de Toledo, e intrigante político. El primero en referir las aficiones brujescas de Alfonso Carrillo es FERNANDO DEL PULGAR en *Claros varones de Castilla*<sup>34</sup>, del que se hace eco LUCAS-DUBRETÓN, al que seguiremos en el desarrollo de los comentarios que sobre Carrillo vamos a hacer ahora nosotros.

Con el sugerente título de “*El mago arzobispo*”<sup>35</sup>, LUCAS-DUBRETÓN escribe el capítulo IV de su libro “*El rey huraño*”. Dedicar las veintitrés páginas del referido capítulo al prelado Carrillo del que dice que, “(...) *tiene una pasión secreta, por la cual derrocha sin contar, se endeuda y, en definitiva, muere miserable; busca la piedra filosofal, se da a la magia, a la astrología, a las ciencias malditas*”<sup>36</sup>. En efecto, el arzobispo de Toledo es un significativo bastión de las relaciones entre el alto clero y las prácticas mágicas durante el siglo XV; se sirve de la adivinación astrológica para la preparación de sus estrategias políticas y de la alquimia para incrementar su poder económico. El resultado de estas prácticas, parece ser casi lo menos importante, lo fundamental es la directriz que impone a su conducta el desmesurado componente mágico-mítico que rige su pensar y su sentir.

El interés que para nosotros posee el texto dedicado por LUCAS-DUBRETÓN a nuestro singular arzobispo es, precisamente, lo bien que enmarca este autor el pensar *paleológico* del prelado, en un hecho histórico del reinado de Enrique IV, cuya relevancia nos ha fascinado desde el inicio de nuestro estudio.

Siempre hemos sostenido que la *farsa de Ávila* nunca se hubiera producido fuera del transfondo cultural en el que tuvo lugar. Parece que DUBLETÓN partió de una idea de características similares. Según el autor francés la que califica de “ceremonia extraña”, fue inventada por dos hombres: uno eminentemente práctico, amoral y descreído<sup>37</sup>, “*el otro, mágico y arzobispo. En el acto de Ávila, afirma LUCAS-DUBRETÓN, dos cosas aparecen: el teatro y la magia*”.

---

<sup>34</sup> El Parnasillo. Simancas Ediciones. Palencia, (2005): 67.

<sup>35</sup> LUCAS-DUBRETÓN, J.: “*El rey huraño. Enrique IV de Castilla y su época*”. Morata. Madrid, (1945): 124 –147.

<sup>36</sup> op. cit., p. 140

<sup>37</sup> Lo de amoral y descreído son expresiones nuestras, no de Lucas-Dubretón.

Es el contenido mágico del destronamiento de Enrique IV lo que nos interesa resaltar aquí, por lo que comporta en cuanto forma de pensar y de sentir de una época. Aunque el máximo valedor del pensamiento mágico-mítico en el acto de Ávila fuera el arzobispo Carrillo -quién para LUCAS-DUBRETÓN, “(...) *no ofició en nombre de Cristo, sino en el nombre de Aêshma*”<sup>38</sup> (Asmodeo)- lo que nos interesa de la tesis del autor francés –concordante por completo con la nuestra- es el papel que en todo momento asigna a las estructuras que sustentan al pensamiento *paleológico*, en las distintas actuaciones que realizan tanto Carrillo, como los restantes nobles que intervienen en la farsa. El privar a la efigie del rey de los distintos símbolos de poder, es lo mismo que privar al mismísimo Enrique IV del poder regio. Lo mismo que cuando derriban a patadas la estatua del rey, “(...) *no es la estatua del rey, es el rey mismo el que es pateado*”; afirma con toda razón LUCAS-DUBRETÓN; aludiendo claramente a esa cualidad del pensamiento mágico-mítico según la cual el símbolo es lo mismo que la persona simbolizada.

Tras lo expuesto, difícilmente podría sostenerse ahora, que ciertas conducta de Enrique IV de evidentes raíces paleológicas, se debieron a mecanismos regresivos psicológicos. El rey castellano, al igual que muchos contemporáneos suyos actuaron siguiendo los patrones que les imponía su ambiente cultural.

---

<sup>38</sup> op. cit., p. 144.

S E G U N D A   P A R T E

FUNDAMENTOS  
PSICOLÓGICOS  
Y  
PSICOPATOLÓGICOS

C A P Í T U L O    I I I

B A S E S   P S I C O L Ó G I C A S  
D E   L A  
P E R S O N A L I D A D



## **PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS.-**

### LA PERSONALIDAD: CONSIDERACIONES SOBRE SU DESARROLLO:

La maduración de la personalidad implica la sucesiva superación de una serie de niveles de madurez en un periodo de tiempo y a un determinado ritmo de maduración (Desarrollo).

El desarrollo de la personalidad comprende dos mecanismos: La maduración propiamente dicha –proceso de dentro a fuera-, que se encuentra en la esfera de lo disposicional y, el aprendizaje, que pertenece al sector de lo medio ambiental.

El desarrollo de la personalidad se nos presenta como un proceso de diferenciación, que en los inicios de la vida afectiva se rige por principios elementales de placer-displacer, pero que en el curso del desarrollo va a ir sufriendo cambios profundos hasta transformarse en un complejo y rico mundo afectivo.

La diferenciación suele acompañarse de otro importante proceso, el de la especialización, por el que ciertas funciones psíquicas verán incrementada su importancia sobre otras muchas en razón de una mejor adaptación al medio ambiente; así, ciertas actividades profesionales hacen intervenir más a unas funciones psíquicas que a otras, por ejemplo, mayor desarrollo de la inteligencia o de la memoria, o de la afectividad, etc.; incluso dentro de una misma función psíquica, pueden destacar más unos atributos de la misma que otros; es el caso de un intelectual con una inteligencia abstracta brillante y una deficiente inteligencia práctica. Esta digamos superespecialización puede tener sus ventajas, pero no deja de carecer de inconvenientes cuando se la contempla desde la perspectiva del desarrollo global de la personalidad. Con cuanta frecuencia vemos hoy adolescentes cuyas funciones psíquicas están sometidas a grandes disarmonías madurativas, poseyendo frente a una muy buena capacidad intelectual, una evidente inmadurez afectivo-emocional, lo que los convierte en sujetos inadaptados si no en futuros enfermos psíquicos, portadores de desarrollos anormales de la personalidad.

Otro importante proceso implicado en el desarrollo de la personalidad es el de la integración progresiva de las funciones psíquicas a medida que van madurando. Se trata de un proceso de complejidad creciente que juega un importante papel en el proceso

madurativo general de la personalidad y al que hemos de referirnos al comentar el proceso de la *regresión teleológica* de ARIETI.

Además en el curso del desarrollo de la personalidad, las distintas funciones psíquicas a medida que van consiguiendo su nivel óptimo van a ir subordinándose progresivamente a una unidad central rectora, que actúa como centro unificador de las vivencias y de la acción representadas por el *yo* y el *sí mismo*.

Estructurada así la personalidad siguiendo un plan constructivo, puede decirse que se ha completado el proceso de maduración.

El problema reside ahora en la difícil determinación de la maduración psicológica –ya hemos mencionado la asincronía en el proceso madurativo de las funciones psíquicas- en la que influye decisivamente el medio ambiente, como seguidamente veremos.

Completado el proceso de maduración de dentro a fuera, regido por lo disposicional, se va a poner en marcha el segundo mecanismo implicado en el desarrollo de la personalidad, constituido por el aprendizaje sociocultural, que ejerce su influencia en el curso del desarrollo induciendo variedades y modificaciones de una enorme importancia en la culminación del proceso madurativo. Hay que tener en cuenta que la constitución hereditaria no transmite cualidades psíquicas desarrolladas, sino disposiciones para determinar las cualidades.

Pero el medio ambiente del hombre no se ajusta a lo que podemos considerar como tal para el resto de los seres vivos, ya que el propio hombre es, en última instancia, el ser activo que crea su propio medio ambiente; VON UEXKÜLL lo definía como “*la totalidad de condiciones que aseguran a un ser viviente el conservarse de acuerdo con su organización específica*”. Al tratarse de una magnitud variable, tanto para el conjunto de los seres humanos con diferentes ambientes sociales y culturales, como para cada uno de los individuos humanos –en función de sus distinto grado de desarrollo y nivel de maduración alcanzado- resulta difícilmente aprehensible, no pudiéndose establecer un límite preciso entre la disposición y el medio ambiente.

El desarrollo de la personalidad implica una disposición expuesta en todo momento a las influencias del ambiente, frente a las que “reacciona, cambia al reaccionar, reacciona otra vez ante nuevas influencias externas y, así, indefinidamente, de forma que, lo originariamente dado por el contexto genético se modifica sin cesar”, debido a múltiples variables exógenas.

El desarrollo de la personalidad es un proceso creador en el que el hombre se hace continuamente a sí mismo, modificándose su disposición hereditaria por el influjo del medio ambiente de creación humana que, a su vez, se ve modificado por el plan disposicional preestablecido genéticamente. En la disposición está representado el medio ambiente; así como el medio ambiente humano es un fiel reflejo de la disposición genética del hombre.

En el curso del desarrollo de la personalidad se dan, sin embargo, disposiciones poco influenciadas por el medio ambiente *-disposiciones estables-* y, otras, que van a desarrollarse de forma distinta al plan establecido disposicionalmente por la influencia del medio ambiente *-disposiciones inestables-*.

Entre las disposiciones estables hay que considerar a aquellas que resultan imprescindibles desde el mismo momento del nacimiento para la conservación del individuo o de la especie, de ahí precisamente su estabilidad frente al medio. De entre ellas cabría destacar a la *motilidad* y la *actividad sensorial*, como formas operantes de comportamiento inmediato tras el nacimiento. También la *vitalidad*<sup>1</sup> y el *temperamento*, bajo la forma de impulsos débiles o fuertes; reacciones rápidas o lentas; mayor o menor expresividad comunicativa de los sentimientos; etc.; rasgos todos ellos tempranamente observables en los niños pequeños.

Frente a éstas, son disposiciones inestables fuertemente influidas por el medio ambiente, las facultades intelectuales, cuyo desarrollo va a depender de la estimulación sociocultural<sup>2</sup>, y de la especialización profesional, los llamados *talentos* especiales para las artes, las ciencias, etc., constituyen una buena muestra de tales disposiciones.

Como acertadamente afirma REMPLEIN<sup>3</sup> “*las capas psíquicas más profundas – para mí, los estratos psíquicos más somatotropizados, próximos a la constitución genética-, son más estables al medio ambiente; las superiores son, en cambio, mucho más inestables*”; entre estas últimas REMPLEIN incluye al carácter.

Se impone ahora la consideración de las posibles fases y los distintos ritmos en la maduración de la personalidad, ya que, la consecución de un nivel absoluto de madurez es una pretensión manifiestamente utópica.

---

<sup>1</sup> En el concepto de Max Scheler de “sentimientos vitales” o de Stendal “como la costura entre el alma y el cuerpo”

<sup>2</sup> Las seudooligofrenias son deficiencias intelectuales de intensidad media o alta, determinadas por la falta de estímulos culturales, en sujetos con una dotación disposicional de la inteligencia totalmente normal al nacer.

<sup>3</sup> Remphein, H.: “Tratado de Psicología Evolutiva”. Editorial Labor. Barcelona, 1965.

El proceso de maduración es un proceso claramente asíncrono, de manera tal que en un determinado momento hay estructuras que pueden considerarse maduras, otras en distintas fases madurativas y, otras que aún no han iniciado su maduración. Esta falta de sincronismo se da tanto en la maduración de la constitución somática, como entre la maduración somática y la psíquica –lo que es muy significativo en la pubertad y la adolescencia-, como entre las distintas funciones psíquicas, lo que está estrechamente vinculado al grado de madurez de la personalidad alcanzado.

En el niño pequeño la asincronía entre la madurez biológica y psicológica es muy poco manifiesta. Hay que tener en cuenta que el niño pequeño posee una conducta elemental, muy primaria, podríamos decir, que es una conducta de supervivencia adaptativa. Esta conducta está claramente entroncada con la propia maduración biológica, estando representada por la *motilidad*, la *actividad sensorial*, la *vitalidad*, etc.; es decir, por disposiciones estables a las influencias del medio. Las manifestaciones psíquicas consecuencias de la movilización de estas disposiciones estables, constituyen una etapa en el desarrollo infantil a la que REMPLEIN denominaba de “latencia”, y comprendía gran parte de la “niñez temprana”.

La *gemiparidad* es la primera aparición, en el curso del desarrollo de la personalidad, de actividades de adaptación a medida que han conseguido un grado aceptable de maduración; un ejemplo de ella la tenemos en la pubertad, en la que frente a la aparición de la menarquia en las niñas y la primera eyaculación en los varones, se instauran comportamientos adaptativos cada vez más autónomos. Precisamente a partir de la pubertad se va a desplegar la “maduración propiamente dicha”, generalmente discontinua y manifiestamente asíncrona. Así, el púber puede tener un desarrollo sexual totalmente maduro y apto para la función generatriz, mientras que posee aún un deficiente nivel de maduración psicológica<sup>4</sup>.

Una tercera fase del proceso madurativo sería para REMPLEIN la “ordenación” de las funciones maduras en el conjunto de la personalidad, ya comentada, y una cuarta la “integración”, que dará lugar al *yo* y al *sí mismo* definitivos, también mencionada más arriba.

Las relaciones existentes entre disposición y medio ambiente, nos sitúa en el entorno de la “teoría de la convergencia” de STERN, ya que el desarrollo psíquico es el

---

<sup>4</sup> En nuestra sociedad parece que se ha prolongado notablemente la adolescencia, que en algunos casos se alarga comprendiendo etapas propias de la juventud media o incluso tardía, lo que se debe al largo periodo de aprendizaje sociocultural al que están abocados nuestros adolescentes y jóvenes.

resultado de la convergencia entre la “maduración”, representada por la disposición genética y al “aprendizaje” debido al medio sociocultura.

### CONCEPTO DE TRASTORNO DE LA PERSONALIDAD:

La búsqueda del fondo causal responsable de las anomalías de la personalidad, originó siempre una amplia controversia en la que, inicialmente, la disposición constitucional era la estrella central del problema. Más tarde fue dándosele cada vez mayor importancia al medio vivencial, como copartícipe en su génesis.

Para KRAEPELIN y KRETSCHEMER las personalidades anormales estaban fuertemente entroncadas con las psicosis, lo que reforzaba la importancia de la constitución disposicional como basamento etiológico de ambas. Observaciones clínicas posteriores han puesto de manifiesto que, casi nunca, una personalidad anormal traspasaba el ámbito de lo psicótico.

Aunque KRETSCHEMER consideraba al esquizoide como el preludio de los rasgos psíquicos que más tarde conformarían la clínica de la esquizofrenia procesal, KRAFT separa de la esquizoídia esquizofrénica de KRETSCHEMER, una forma de personalidad esquizoide familiar desligada de la esquizofrenia. Esta anomalía de la personalidad propia del ámbito familiar parecía obedecer a una causalidad dual: hereditaria y convivencial.

Cada vez se revalorizaban más estos motivos vivenciales como responsables de los trastornos de la personalidad, lo que condujo a que, si los autores clásicos -mediante lo disposicional- los entroncaban con las psicosis, ahora, merced al valor etiológico adquirido por lo ambiental, los trastornos de la personalidad se aproximaban al concepto de neurosis. De hecho unos y otras no dejan de ser desarrollos anormales de la personalidad, con la única salvedad que el componente disposicional predomina en los trastornos de la personalidad, mientras que en las neurosis la relevancia mayor se centra en lo vivencial, pero ambos factores están siempre presentes en unos y otras.

Esta doble acción causal suele ser la base de ambos desarrollos anormales, lo que no tiene que sorprendernos si tenemos en cuenta que la personalidad constituye los cimientos, lo mismo de los trastorno de la personalidad que de las neurosis y, que la personalidad, como hemos puntualizado más arriba, se desarrolla y madura mediante el interjuego de la disposición congénita y las motivaciones ambientales.

Un paso más se lo debemos a SCHNEIDER, quién en relación con la disposición como potencialidad para el despliegue de los rasgos de la personalidad, considera que esta disposición no tiene por qué ser concebida exclusivamente como hereditaria, sino que en su conformación influyen también factores exógenos prenatales que actúan sobre el feto en el útero materno; además de otros condicionantes tempranos postnatales<sup>5</sup>. De esta forma lo ambiental gana enteros sobre lo genético lo mismo en el desarrollo normal de la personalidad, como en los desarrollos anómalos de la misma.

### PERTURBACIONES EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD:

Puesto que el desarrollo de la personalidad es un proceso dinámico y progresivo, y las influencias del medio ambiente son decisivas en su determinación, la posibilidad de que desde esta instancia, circunstancias nocivas ambientales lo alteren, no deja de ser una hipótesis plausible. De hecho, condiciones ambientales desfavorables pueden ser las responsables de la puesta en marcha de un proceso como el de la *regresión*, por el que se produce un retroceso a estadios anteriores del desarrollo que habían sido superados por el sujeto. El trastorno de la personalidad –inmadurez- se expresa en este caso, mediante la adopción de conductas discordantes con el momento histórico-vital del individuo.

Cabe también la posibilidad de que las condiciones nocivas apuntadas den lugar a la detención del desarrollo en un estadio intermedio en su progresión hacia la maduración, este proceso conocido como *fijación* conduce a formas de vivenciar y de comportamiento que debían de haber sido superadas, pero que no lo han sido. La expresión adoptada por la personalidad inmadura es en este caso la del *infantilismo o juvenilísimo*.

Cuando MILLON<sup>6</sup> estudia los por él llamados *trastornos de la personalidad descompensada*, describe para los mismos tres características clínicas esenciales: a) La inmadurez evolutiva e invalidez social; b) la desorganización cognitiva y c) los sentimientos de separación. De estos tres aspectos conviene que analicemos el concepto de inmadurez evolutiva, por las similitudes que entraña con los procesos de regresión y fijación.

---

<sup>5</sup> Recordemos lo ya referido en relación a las disposiciones estables tales como la “motilidad”, la actividad sensorial”, la “vitalidad”, etc.

<sup>6</sup> Millon, T.: “Trastornos de la personalidad. Más allá del DSM IV”. Ed. Masson, 1998. ps. 759 y siguientes.

Tal y como lo plantea MILLON, el patrón de personalidad descompensada no es el estadio terminal del curso evolutivo de un trastorno por déficit de cohesión estructural, -como podría pensarse cuando delimita el autor las personalidades *esquizotípica* descompensada, *límite* descompensada y *paranoide* descompensada- sino una anomalía grave de la personalidad de carácter independiente, a la que llama "patrón terminal", y en la que la incompetencia social como déficit de las habilidades sociales, es muy manifiesta remontándose a estadios temprano del desarrollo de la personalidad. Estas relevantes deficiencias se gestan mediante dos mecanismos, los que MILLON llama inmadurez evolutiva e invalidez social.

Según este autor el proceso de inmadurez evolutiva puede ser adecuadamente explicado mediante el proceso de la "fijación". Así, la falta de maduración de las habilidades sociales en la infancia, estaría producida por la fijación de una determinada etapa del desarrollo de la personalidad, perpetuándose durante toda la vida el comportamiento inmaduro de las edades tempranas. Cuando nuevas exigencias exteriores obligan al individuo a extremar su adaptación, sus habilidades inmaduras fracasan, lo que a medida que pasa el tiempo se hace más ostensible, teniendo lugar una fuerte disparidad entre sus competencias-habilidades y las exigencias medio ambientales.

En otras ocasiones se pone en marcha el proceso de "regresión" que conduce a la descompensación. MILLON plantea un posible tercer mecanismo en función del cual las estrategias maduras conseguidas en el curso del desarrollo normal de la personalidad, pueden desintegrarse bajo presión, sin necesidad de tener que regresar, dando lugar a comportamientos inmaduros.<sup>7</sup>

Puede acontecer también que las etapas de "diferenciación" y "estructuración", de las que hemos hablado al tratar del desarrollo de la personalidad, no lleguen a alcanzar el grado requerido de maduración, con lo que el psiquismo estará regido preferentemente por dinamismos primitivos, tales como los impulsos, los principios afectivos elementales (placer-displacer), etc., indicando una deficiente subordinación de la vida psíquica al yo, en definitiva, una manifiesta desestructuración del psiquismo, que permitirá la puesta en escena de un comportamiento poco evolucionado, o lo que es lo mismo, una primitivización de la personalidad que se expresará, en el comportamiento del individuo y mediante formas de pensamiento paleológico.

---

<sup>7</sup> Parece que se está refiriendo Millon a la "primitivización" de la personalidad que seguidamente comentaremos.

Por último, cuando por circunstancias medio ambientales, el proceso de integración progresiva que debe favorecer la inclusión de las nuevas experiencias e impresiones en el "todo" vivencial del sujeto no es capaz de integrar algunas de ellas, la o las vivencias sustraídas a su inclusión en el "todo", es decir, las no integradas en la conciencia, se estructurarán como un "complejo" que desde el inconsciente distorsionarán la vida psíquica del individuo.

Los mecanismos determinantes de inmadurez a los que nos hemos referido, son los que desde sus comienzos el Psicoanálisis consideró como responsables de los desarrollos anormales de la personalidad o neurosis. Esto no impide, sin embargo, que también se considere en la actualidad, la existencia de trastornos de la personalidad en cuya génesis estén presentes estos mismos mecanismos, como ocurre con el Trastorno Histriónico y el Narcisista de la personalidad, incluidos en el grupo B de la clasificación de estos trastorno del DSM-IV-TR<sup>8</sup>, e igualmente con los Trastornos por Dependencia y Obsesivo Compulsivo, del grupo C de la misma clasificación internacional.

& & & & & &

El concepto de inmadurez referido a la personalidad obliga a que tengamos que detenernos algo más en sus características definidoras. Ocurre con él lo mismo que con el término anormalidad. Uno y otro tienen que definirse, bien según la norma basada en el término medio -norma estadística- o bien en la regida por principios de valor. La norma de valor resulta marcadamente subjetiva y frecuentemente cambiante, lo que la hace poco operativa como única regla definidora, poseyendo por ello un bajo interés científico. No obstante, lo mismo el concepto de anormalidad como el de inmadurez basados en la norma estadística se ven invariablemente sometidos a ciertos juicios de valor que los contaminan igualmente de subjetivismo.

A las objeciones expuestas para la delimitación conceptual de anormalidad e inmadurez de la personalidad hay que añadir que, la aplicación de la norma estadística implica la cuantificación del objeto sometido a sus principios y, el psiquismo es

---

<sup>8</sup> "Manual Diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Texto revisado". Ed. Masson. Barcelona, 2002.



difícilmente cuantificable. No obstante, resulta interesante y práctico adoptar el criterio seguido por K. SCHNEIDER, quién utiliza la norma estadística como mera idea directriz para el establecimiento del concepto de anormalidad de la personalidad, y no como un valor absoluto. Esto le permite definir a las personalidades anormales como *"variaciones, desviaciones, de un campo medio, imaginado por nosotros"*. De ahí que lo primero a convenir es a qué vamos a llamar "normal" y "maduro", para a partir de ello, sentar las bases de lo que consideraremos como "anormal" e "inmaduro".

En otro orden de cosas, siendo el desarrollo de la personalidad un proceso progresivo, para establecer el concepto de inmadurez hay que tener en cuenta otros parámetros -biológicos y socioculturales- como son: la edad, el sexo, el nivel socioeconómico, la estructura social, el ambiente cultural, etc., que inevitablemente introducirán variaciones en el concepto de inmadurez o anormalidad; así, los resultados de la evaluación de la personalidad a una temprana edad son distintos de los obtenidos en el mismo sujeto a una edad superior. De la misma forma, el papel masculino o femenino obliga a las personas a servirse de mecanismos adaptativos distintos. El nivel socioeconómico nos dará grados de inmadurez o anormalidad que pueden ser modificados introduciendo variaciones en las poblaciones estudiadas; por ejemplo, favoreciendo en ciertos sectores deprimidos de la población, el aprendizaje de habilidades o incrementando el poder adquisitivo de los individuos. Lo mismo se consigue generando cambios en el ambiente cultural y en la estructura social de las poblaciones.

C A P Í T U L O   I V

LOS TRASTORNOS

DE LA

PERSONALIDAD

## PRINCIPIOS Y BASES PSICOPATOLÓGICAS.-

Van a ser dos los cuadros clínicos psiquiátricos a los que vamos a referirnos de manera exclusiva en este apartado de nuestra investigación. La razón para ello se sustenta precisamente en las hipótesis que hemos formulado, y que pretendemos confirmar mediante este estudio.

Como se recordará, se trata de unas hipótesis empíricas, es decir, basadas en la observación atenta y rigurosa de los acontecimientos vividos por el rey, y de sus reacciones frente a los mismos, según la descripción de los cronistas.

Precisamente la perplejidad a que ciertas reacciones del rey nos han conducido, perplejidad que también experimentaron los mismos cronistas contemporáneos de Enrique IV, nos obliga a intentar encontrar las causas o motivaciones que, desde la perspectiva de los conocimientos psicológico-psiquiátricos actuales, puedan explicarnos unos comportamientos que fueron tan ajenos a la razón y al buen hacer cuando tuvieron lugar.

No son de recibo las explicaciones que los cronistas y otros muchos contemporáneos del rey nos dan sobre tales actuaciones. Es inaceptable, como hace PALENCIA, achacarlo todo a una especie de "maldad congénita" de Enrique IV; tampoco es posible interpretar su conducta como debida a una también "innata bondad" del rey, como hace ENRIQUEZ DEL CASTILLO, o considerar que era como una especie de prueba divina, cosa que también insinúa este autor; y, mucho menos entender su comportamiento, como efecto de un hechizamiento, opinión muy extendida entre las clases populares y no tan populares de sus coetáneos.

A grandes rasgos los comportamientos del rey pueden ser enmarcados dentro del epígrafe general de los trastornos de la conducta de origen psicopatológico.

En un intento por delimitar los cuadros psiquiátricos responsables de dichos trastornos conductuales hemos partido de la consideración de dos funciones psíquicas: el pensamiento y la afectividad de Enrique IV. A su vez, ambas funciones se han analizado desde una doble perspectiva; subjetiva, una, partiendo de los presupuestos formales sobre los que el *pensador* sustenta su actividad reflexiva y, objetiva, la otra, indagando en los contenidos concretos de su pensamiento, expresados mediante los dichos o hechos que nos han transmitido los cronistas<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Somos conscientes de que muchos de los discursos que, sobre todo Castillo, pone en boca del Rey, son meros recursos literarios, sin embargo, no dejan de sintetizar la actitud mental del Rey en ese momento.

Otra función psíquica analizada ha sido la afectividad, sagazmente descrita tanto por PALENCIA como por ENRIQUEZ DEL CASTILLO.

Todo lo cual nos ha permitido establecer un patrón general de comportamiento social para Enrique IV, cuya afinidad con ciertos trastornos de la personalidad es particularmente significativa, por una parte, y por otra, aislar síntomas propios de las alteraciones del estado de ánimo de matiz claramente depresivo.

Otra razón sobre la que también se sustenta el que nuestro estudio psicopatológico del monarca castellano se circunscriba a dos entidades clínicas concretas, parte, igualmente que la comentada, del segundo aspecto de nuestras hipótesis, es decir, el de su base bibliográfica.

Hemos contado con dos fuentes bibliográficas de un particularísimo interés en nuestro estudio. Se trata de dos grandes estudiosos del reinado de Enrique IV: uno es un médico, el Prof. Gregorio Marañón; el otro, un eminente medievalista, el Prof. Luís Suárez. En sendos trabajos, uno y otro se refieren al posible trastorno padecido por el soberano. Concretamente MARAÑÓN en su "Ensayo biológico sobre Enrique IV, en la pág. 92, dice textualmente lo siguiente: *Podemos pues, afirmar que la historia que hemos oído corresponde a un degenerado, esquizoide, con impotencia relativa, engendrada sobre condiciones orgánicas y exacerbada por influjos psicológicos (...)*". El mismo autor en las págs.101 y 102 de la misma obra afirma también: *"En cuanto a la psicología esquizoide, los psiquiatras recientes y particularmente Kretschmer, anotan la frecuencia con que se combina precisamente en esta peculiar morfología eunucoide"*. Por su parte, SUÁREZ en su libro "Enrique IV de Castilla", dice en la pág. 129, *"La ciclotimia le impedía mantener una línea recta en sus actuaciones"*. También SUAREZ en su libro, en la pág. 303, afirma: *"En uno de los cambios cíclicos propios de su carácter (...)"*

Como se desprende de lo escrito por uno y otro autor, para MARAÑÓN, el padecimiento de Enrique IV era un trastorno de la personalidad que adscribe al trastorno esquizoide, y para SUAREZ lo que padeció el rey fue una ciclotimia, es decir, una alteración crónica del estado de ánimo con oscilaciones hiper e hipotímicas.

## TRASTORNO ESQUIZOIDE “VERSUS” TRASTORNO EVITATIVO DE LA PERSONALIDAD.-

En el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-IV-TR)<sup>10</sup> se define el trastorno de la personalidad en general, como: “*Un patrón permanente e inflexible de experiencia interna y de comportamiento que se aparta acusadamente de las expectativas de la cultura del sujeto, tiene su inicio en la adolescencia o principio de la edad adulta, es estable a lo largo del tiempo y comporta malestar o perjuicio para el sujeto*”.

Según este mismo glosario psiquiátrico el trastorno esquizoide de la personalidad se caracterizaría por ser: “*Un patrón general de distanciamiento de las relaciones sociales y de restricción de la expresión emocional en el plano interpersonal...*”<sup>11</sup>

Como se aprecia en la definición del trastorno esquizoide, el patrón que lo define y permite su delimitación de otros trastornos de la personalidad es la “*asociabilidad*”. Este rasgo permanente e inflexible que hace que estos sujetos sean reservados, introvertidos y con una fuerte tendencia al aislamiento, lo comparte el trastorno esquizoide con el llamado trastorno evitativo de la personalidad, resultando así, como afirma MILLON<sup>12</sup>, que estamos frente a dos variantes del “patrón asocial”. Sin embargo, existen entre una y otra entidad diagnóstica diferencias a las que necesariamente hemos de referirnos, ya que son la base sobre la que creemos que se puede sustentar, que la personalidad de Enrique IV poseía muchos más rasgos de la personalidad evitativa que de la esquizoide.

Aunque fue E. BLEULER<sup>13</sup> quién introdujo el término *esquizoide* en el ámbito psiquiátrico, a principio de la segunda década del siglo XX, y JUNG<sup>14</sup> el que sintetizó mediante su concepto de *introversión* sus rasgos definidores fundamentales fue, sin embargo, KRETSCHMER<sup>15</sup>, el que describe y define con la mayor precisión el llamado por él *temperamento esquizoide*, estructura de personalidad afín a las psicosis

---

<sup>10</sup> DSM-IV-TR. Editorial Masson. Barcelona. 2002. ps. 769-770.

<sup>11</sup> DSM-IV-TR, ps. 778-779.

<sup>12</sup> Millon, T.: “*Trastornos de la personalidad. Más allá del DSM-IV*”. Ed. Masson. Barcelona, 1998. p. 229.

<sup>13</sup> Bleuler, E.: “*Textbook of psychiatry*”. Macmillan. New York, 1924.

<sup>14</sup> Jung, C.G.: “*Teoría del psicoanálisis*”. Plaza y Janes. Barcelona, 1962.

<sup>15</sup> Kretschmer, E.: “*Constitución y carácter*”. Ed. Labor. Barcelona. 1961. ps. 213-239.

esquizofrénicas, de las que lo delimita, así como también lo hace en relación al temperamento normal esquizotímico.

Precisamente KRETSCHMER<sup>16</sup>, establece ya dos importantes variantes de la personalidad esquizoide: La *hiperestésica* y la *anestésica*, a las que aunque no sabe si difieren entre sí, solo gradualmente, o en el orden cualitativo, si que asigna a cada una de ellas tres variedades temperamentales; así, los *anestésicos* serían sujetos apáticos, fríos y despreocupados, mientras que los *hiperestésicos* serían susceptibles, emotivos e irascibles.

Más próximo a nosotros en el tiempo, ARIETI, desde una perspectiva psicodinámica nos dice: *“El ser que tiene una personalidad esquizoide se muestra apartado, separado, menos emotivo que una persona corriente, menos interesado y menos comprometido. En realidad, en un plano inconsciente, el esquizoide es muy sensible, pero ha aprendido a esquivar la ansiedad por dos medios: primero, mediante el distanciamiento físico de situaciones capaces de despertar ansiedad, y segundo, reprimiendo emociones.”*<sup>17</sup> Esta descripción que nos hace ARIETI, está más en sintonía con la variante hiperestésica de KRETSCHMER que con la anestésica.

Para MILLON el esquizoide anestésico de KRETSCHMER “presenta una incapacidad fundamental para sentir el afecto”, es decir, carece de la más elemental capacidad de empatía, de ahí su patrón asocial representado por su extremo aislamiento interpersonal que no está promovido activamente por él, sino que está determinado por un defecto intrínseco a su disposición genética (sería la variante pasiva de la personalidad esquizoide). Mientras que, también para este mismo autor, el esquizoide hiperestésico de KRETSCHMER, lo mismo que el esquizoide descrito por ARIETI o el psicópata *inseguro de sí mismo* de K. SCHNEIDER,<sup>18</sup> constituyen la variante activa del trastorno esquizoide, ya que su aislamiento social no es intrínseco a su trastorno, sino que lo adopta el individuo activamente ante el temor de ser humillado y rechazado. Se trata pues de una defensa activa frente a su inseguridad, de ahí que su patrón de experiencia interna y de conducta no sea el “asocial”, sino como afirma MILLON, el “patrón de repliegue”.

Resumiendo, mientras que el esquizoide pasivo posee una disposición genética que condiciona su “anestesia afectiva” y por ende, su aislamiento social, el esquizoide

---

<sup>16</sup> Op. Cit. ps. 226 y 227.

<sup>17</sup> Arieti, S.: *“Interpretación de la esquizofrenia”*. Ed. Labor. Barcelona, (1965): 50.

<sup>18</sup> Schneider, K.: *“Las personalidades psicopáticas”*. Ediciones Morata .Madrid. (1971): 122.

activo, con una sensibilidad y necesidad afectiva altas, pero también con una alta inseguridad en sí mismo, debe su falta de comunicación social, en definitiva, su aislamiento, a condicionantes medio ambientales, es decir, que su patrón comportamental está determinado por el aprendizaje.

Para MILLON existen suficientes razones como para independizar del trastorno esquizoide de la personalidad al por él llamado *trastorno evitativo de la personalidad*.

A mi juicio el trastorno de la personalidad de Enrique IV, no fue un trastorno esquizoide, como aparentemente su conducta podía hacer pensar, sino un trastorno evitativo de la personalidad, cuyas características tanto etiológicas como clínica explican mejor que el trastorno esquizoide sus anómalas reacciones personales frente a los acontecimientos que le tocó vivir.

A poco que comparemos los rasgos que describe MILLON como constitutivos del patrón del trastorno evitativo con las características de la personalidad de Enrique IV, vemos sus enormes similitudes. Así, la *disarmonía afectiva*, expresada como emociones confusas y conflictivas; o las *interferencias cognitivas* en forma de pensamientos disruptivos; o la *autoimagen alienada* cargada de sentimientos de baja autoestima, y, por último, la *desconfianza interpersonal*, cargada de ansiedad anticipatoria y de temor a la humillación y la traición, son rasgos casi constantes en la mayoría de las actuaciones del rey.

C A P Í T U L O V

LOS TRASTORNOS

DEL

ESTADO DE ÁNIMO



## LOS TRASTORNOS DEL ESTADO DE ÁNIMO.-

Con esta denominación se consignan en el DSM-IV a todos los trastornos del humor o también llamados trastornos afectivos. Este abigarrado conjunto de síndromes clínicos, se clasificaron clásicamente, según su etiología, en cuatro formas distintas: a) depresiones somatógenas; b) depresiones endógenas; c) depresiones neuróticas y, d) depresiones reactivas.

Las depresiones endógenas según su evolución podían adoptar dos tipos de expresión clínica: Como depresiones cuyos episodios se repetían intermitentemente, denominándoseles depresiones monopulares, y como alternancias de fases depresivas y maníacas, por lo que se las ha denominado depresiones bipolares.

Descartando ya a las depresiones somatógenas como posible padecimiento de Enrique IV, ya que éstas están determinadas por enfermedades médicas o neurológicas que no tenemos constancia que padeciese el rey, nuestro diagnóstico diferencial se centrará en el estudio de las otras tres formas clínicas mencionadas.

Las depresiones reactivas constituirían un grupo de trastornos afectivos que para muchos autores no conforman una auténtica realidad clínica, de ahí que las consideren como meros constructos teóricos sin más interés que el puramente clasificatorio. Por definición serían “reacciones depresivas” a acontecimientos medio ambientales tristes; es decir, reacciones vivenciales comunes que comprenderían desde la tristeza normal, como reacción frente a hechos tristes, hasta el duelo patológico que, en la mayoría de los casos no son reacciones puras, sino que se deben a la puesta en la escena clínica de disposiciones depresivas preexistentes en el individuo, desencadenadas por la pérdida del objeto amado (fallecimiento de un ser querido, por ejemplo). Si en unos casos la reacción de tristeza es una respuesta normal de todos los seres humanos y, en otros, la tristeza no es una auténtica reacción, el concepto está verdaderamente vacío de todo contenido, careciendo de auténtico interés clínico.

Nos quedamos, pues, con sólo dos formas clínicas sobre las que hacer el diagnóstico diferencial, en cuanto a su posible participación como causa de los cuadros depresivos padecidos por el monarca castellano, y referidos por los cronistas mediante acertadas y sutiles descripciones.

Estamos pues, enfrentados a un dilema que se remonta casi a los inicios de las clasificaciones psiquiátricas de los trastornos del humor, y que sigue coleando aún en la actualidad: el de diferenciar los trastornos depresivos endógenos de los neuróticos.

En este dilema no caben los reduccionismos, ya que el introducir a la personalidad como posible inductora o generadora de depresión, como se sobreentiende que ocurre en las depresiones neuróticas, complica extraordinariamente las posibles hipótesis empíricas sobre estos tipos de depresiones.

Así, por una parte se considera que en las depresiones neuróticas las alteraciones de la personalidad son las responsables de su eclosión clínica; pero a renglón seguido se apunta también, que la personalidad premórbida es un ingrediente fundamental en la determinación de los síntomas clínicos de las depresiones endógenas. Con lo que el valor del trastorno de la personalidad en las neuróticas y el de la personalidad premórbida en las endógenas, le hace, en unas y otras, adquirir un protagonismo a la personalidad en su etiología que debemos aclarar suficientemente, para poder delimitar ambos cuadros clínicos.

La búsqueda de los rasgos estructurales de una posible personalidad predepresiva se remonta a la época hipocrática y se ha extendido hasta mediados del siglo XX, con aportaciones tan enjundiosas como las realizadas por K. SCHNEIDER<sup>19</sup> y TELLENBACH<sup>20</sup>, quienes, sobre todo, el último, delimitan con gran precisión los rasgos de la personalidad de los pacientes depresivos.

Con anterioridad KRAEPELIN había descrito cuatro tipos temperamentales: “el depresivo”, “el maniaco”, “el irascible” y “el ciclotímico”, como predisposiciones a su psicosis maniaco-depresiva, e incluso llegó a considerarlos como formas clínicas atenuadas de estas psicosis.

El término “ciclotimia”, al que necesariamente hemos de referirnos dentro de este marco afectivo, además de ser un punto de controversia sobre lo apuntado por SUÁREZ en relación con la enfermedad sufrida por Enrique IV; fue acuñado por HECKER en 1877 basándose en las ideas de su maestro KALBAUM, que llegó a distinguir, en 1882, netas diferencias entre el trastorno bipolar típico y los que denominaba “trastornos parciales del espíritu”, la “ciclotimia” de Hecker y la “distimia.

Como ya hemos dicho, KRAEPELIN mantuvo el término “ciclotimia” como disposición temperamental previa a la psicosis maniaco-depresiva.

KRETSCHMER en su biotipología incluye el temperamento ciclotímico y la constitución pícnica, como el extremo normal de un *continuum* cuyo extremo

---

<sup>19</sup> Schneider, Kurt.: “*Patopsicología clínica*”. Ed. Paz Montalvo. Madrid. 1962

<sup>20</sup> Tellenbach, H.: “*Importancia de la situación predepresiva para la transformación endógena de la depresión*”. *Actas Luso-españolas de Neurol. y Psiq.*, 26, (1967): 309-321.

patológico era la enfermedad maníaco-depresiva, siendo el puente de unión entre uno y otra la personalidad anormal “cicloide”.

KURT SCHNEIDER incluye en su clasificación de las psicopatías –término sustituido en la actualidad por el de trastornos de la personalidad- dos formas afectivas, representadas por los psicópatas hipertímicos y los psicópatas depresivos.

LEONHARD en 1975, con su concepto de “psicosis cicloides”, además de alzar el carácter bipolar de ciertas patologías psiquiátricas, incorpora los dos tipos temperamentales ya descritos al espectro afectivo como formas subclínicas de enfermedad; lo que unido al concepto de TELLENBACH de personalidad pre-depresiva, permitió consolidar un concepto de notable importancia en la actualidad: el de vulnerabilidad para los trastornos afectivos.

La personalidad pre-depresiva predispone para padecer una depresión, lo que no descarta el que personalidades anormales afines al espectro afectivo, puedan ser consideradas como verdaderas depresiones mitigadas o subclínicas.

Como puede apreciarse, en las formas depresivas endógenas, ya sean unipolares, es decir, que solo se expresan clínicamente como depresiones; o bipolares, o sea, con fases depresivas y maníacas; el papel jugado por las alteraciones de la personalidad es de primordial importancia, lo que complica extraordinariamente su delimitación de las depresiones neuróticas, en las que su etiología está constituida por un trastorno de la personalidad. En ambas las alteraciones de la personalidad son relevantes, de ahí el dilema conceptual y delimitatorio.

Sin embargo, nuevas investigaciones han permitido despejar gran parte de las interrogantes planteadas.

Concretamente, AKISKAL llega a encontrar en pacientes diagnosticados de depresión neurótica, múltiples problemas caracteriales de origen medioambientales, responsables directos de su depresión, como acontecimientos traumáticos infantiles, experiencias estresantes en el curso de su desarrollo, etc., lo que las diferenciaba de los depresivos endógenos típicos y las formas depresivas subclínicas, cuyas personalidades premórbidas poseían una carga disposicional genética, por una parte, y por otra, los rasgos premórbidos predisponían precipitando la enfermedad, pero no eran, como en el caso de las depresiones caracteriales de AKISKAL, los únicos responsables de su eclosión clínica.

Otra aportación también debida a los estudios de AKISKAL, fue la de poner de manifiesto que el término “neurótico” no expresaba con la debida precisión, los rasgos

característicos de los trastornos caracteriales que eran el origen de las llamadas depresiones neuróticas, por lo que propugnó su abolición, sustituyéndolo por el de “*distimias*”, con el que hoy en día se las conoce en las nuevas clasificaciones.

De esta forma parecía que se explicaba mejor el papel jugado por la personalidad y sus trastornos, en la etiología de las depresiones, de manera tal que, en las depresiones endógenas –mono y bipolares- la disposición temperamental genotípica, obraba, en unos casos, como predisposición a padecer la enfermedad, y en otros, adoptaba la forma de un cuadro clínico afectivo atenuado –forma subsindrómica-; mientras que en las “*distimias*”, las alteraciones caracteriológicas medioambientales, eran las responsables directas de su sintomatología clínica.

También las investigaciones de TYRER pusieron de manifiesto la alta comorbilidad entre *distimia* y trastorno de la personalidad, siendo la *distimia* secundaria a dichos trastornos.

Por último, WINOKUR en 1997 introduce un nuevo concepto el de “*depresión asociada a inestabilidad emocional*” que aún permitía delimitar mejor a las *distimias* de las formas afectivas endógenas.

Si observamos ahora cuales son los rasgos clínicos que caracterizan a las “*distimias*” o “*depresiones caracteriales*” de Akiskal o “*depresiones asociadas a inestabilidad emocional*” de Winokur, vemos que son los siguientes: a) su carácter crónico; b) sus síntomas de leve o mediana intensidad; c) su comienzo insidioso o tardío; d) la fácil detección de trastornos caracteriales o trastornos de la personalidad, y, e) quienes la sufren están sometidos de forma continuada a estrés ambiental demostrable.

Si comparamos estos datos clínicos definidores de las “*distimias*”, con ciertas peculiaridades de Enrique IV, como su constante ensimismamiento y humor deprimido, lo que no le impide desarrollar sus funciones aunque sea de forma poco hábil, su tendencia al aislamiento asumido activamente como defensa al fracaso, su introversión y el estar hostigado de manera continuada por su ambiente, vemos que resultan coincidentes. Salvo en una ocasión concreta, admirablemente referida tanto por PALENCIA como por CASTILLO, parece que el rey experimenta un cuadro depresivo franco; tal ocurre precisamente, tras la ocupación de la ciudad de Segovia por los partidarios de Alfonso. De las descripciones de ambos cronistas puede deducirse el

episodio depresivo mayor<sup>21</sup> experimentado por Enrique IV. ¿Contradice este diagnóstico, el previamente establecido en el que hemos admitido que el trastorno afectivo que sufría el Rey era una distimia? En absoluto. Veámoslo. En 1981, dos norteamericanos, KELLER y SHAPIRO, constataron que un gran número de enfermos diagnosticados de depresión mayor (MD), habían sufrido previamente un cuadro dítimico, lo que les llevó a delimitar una nueva forma clínica del espectro afectivo a la que llamaron "depresión doble". El episodio de depresión mayor sufrido por Enrique IV, previamente afecto de una distimia, se enmarca perfectamente dentro de estas formas dobles de depresión, lo que no invalida nuestro diagnóstico fundamental, primeramente establecido; pero además, tampoco permite concluir que el padecimiento del rey fuera una depresión endógena mono o bipolar.

En relación con el trastorno bipolar parece que queda definitivamente descartada la forma bipolar I, pero pueden quedar dudas en relación con la forma bipolar II, al haber podido pasar desapercibido, por su leve sintomatología, el episodio hipomaniaco, con lo que solo sería significativa la depresión. Otro diagnóstico posible podría ser el de ciclotimia<sup>22</sup> -como afirma SUÁREZ-. Sin embargo, en la psicopatología presentada por Enrique IV, en ningún momento se pueden apreciar atisbos de estados hipomaniacos. Lo que describen los cronistas son comportamientos que denotan dependencia y sumisión frente a sus favoritos, -sobre todo Juan Pacheco, que lo maneja a su antojo, siendo quien en todo momento toma las decisiones de gobierno-; baja autoestima, inseguridad en sí mismo, etc., es decir, alteraciones caracteriales propias de su trastorno evitativo de la personalidad, basamento patológico sobre el que se sustenta su distimia (trastorno depresivo secundario).

Mucho más alejadas aún se encuentran otras patologías psiquiátricas que también le fueron achacadas a Enrique IV, así, se le adjudica el diagnóstico de esquizofrenia, por parte de algunos<sup>23</sup>.

Analicemos este último aspecto. La personalidad esquizoide, que MARAÑÓN entendía que era el trastorno psiquiátrico padecido por el rey, posee una gran afinidad clínica con las psicosis esquizofrénicas, por lo que vincular esta patología a los

---

<sup>21</sup> La depresión mayor es una forma depresiva grave, de irrupción brusca, incapacitante mientras dura el episodio, que con frecuencia está determinada por una depresión endógena monopolar o es la expresión de una fase depresiva de un trastorno bipolar, aunque no constituye un diagnóstico en sí misma, es decir, no es una categoría del eje I, sino solo una dimensión del espectro afectivo.

<sup>22</sup> La ciclotimia se caracteriza por numerosos periodos de síntomas hipomaniacos y numerosos periodos de síntomas depresivos leves o moderados.

<sup>23</sup> Martín, J.L., en su reciente libro "*Enrique IV*", ed. Nerea, 2003. En el apartado "Notas", p. 340 afirma que Botella Llusá parece que habla de que padecía una esquizofrenia.

padecimientos de Enrique IV, podría tener una cierta justificación. Pero según creemos haber podido demostrar, el trastorno de personalidad del rey era un trastorno evitativo mucho más alejado del espectro esquizofrénico. También podrían interpretarse como delirantes ciertos comportamientos del rey que hemos considerado pueden sustentarse sobre formas de pensamiento *paleológico*; pero no es así, si consideramos que el proceso regresivo del que habla ARIETI, *-regresión teleológica-*, puede ser explicado mediante la movilización de defensas neuróticas tendentes a paliar la angustia. Estas defensas, en el caso de nuestro personaje, se verían favorecidas desde una perspectiva formal, por el fuerte predominio del pensamiento mitopoyético, en la sociedad medieval.

T E R C E R A   P A R T E

H I P Ó T E S I S

Y

O B J E T I V O S

## HIPÓTESIS PLANTEADAS.-

- Don Enrique IV de Castilla sufrió un *trastorno de la personalidad*, que influyó notablemente en su conducta personal. En relación consigo mismo y en su comunicación interpersonal con su entorno más íntimo. También condicionó sus decisiones como rey.
- Este trastorno disposicional adoptó una expresión fenotípica notablemente condicionada por factores medioambientales.
- La tipología temperamental y caracterológica de Enrique IV permite poder llegar a establecer el diagnóstico de un trastorno de la personalidad específico en el que predominaba el retraimiento social, explicable mediante el llamado “*patrón de repliegue*” de MILLÓN, propio del *trastorno de la personalidad evitativa*.
- Como trastorno comórbido con el de personalidad sufrió un *trastorno distímico*, que en algún momento pudo complicarse con un *episodio depresivo mayor*, adoptando la expresión clínica de las llamadas *depresiones dobles*.



## O B J E T I V O S

## OBJETIVOS.-

Para la confirmación de las hipótesis formuladas nos marcamos los siguientes objetivos:

El primer paso que teníamos que dar era la evaluación de la personalidad de Enrique IV, que nos permitiría elaborar un perfil concreto de la misma.

Para realizar adecuadamente esta tarea estábamos obligados -teniendo en cuenta que no contábamos con el sujeto del estudio- a dotarnos del mayor número posible de datos biográficos de nuestro personaje con los que confeccionar su psicobiografía.

Esta labor la efectuamos gracias a la lectura de las crónicas de Diego Enríquez del Castillo y Alonso de Palencia henchidas de datos muy valiosos para el desarrollo de nuestro cometido.

Una vez confeccionada la *psicobiografía de Enrique IV* –que comprende todo nuestro capítulo I- nos servimos de ella, de las descripciones biopsicotipológicas que también encontramos en las referidas crónicas, y en la obra *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pulgar, para establecer el *perfil de personalidad del monarca* –cuadro adjunto al texto del capítulo VII- conforme a los fundamentos y bases psicológicas que hemos desarrollado en nuestro capítulo III.

Cubiertos así nuestros dos primeros objetivos, el siguiente paso consistió en analizar las posibles interacciones entre una personalidad dotada de tales características y el contexto sociocultural en el que debió desplegar sus capacidades adaptativas. Para lo cual estábamos obligados a conocer, lo mejor posible, el *contexto sociocultural en el que vivió Enrique IV*.

Las fuentes historiográficas de las que nos servimos para la realización de esta nueva tarea fueron consignadas expresamente en la introducción, lo que nos exime de volver a mencionarlas. Sin embargo, conviene hacer aquí una importante puntualización en relación con todas las manejadas.

Como se desprende de lo dicho hasta ahora, para la consecución de estos tres primeros objetivos nos servimos de dos tipos de fuentes. Unas psicológicas, constituidas por aquellas teorías científicas actuales que estimamos de interés, y, otras, historiográficas –cronísticas y bibliográficas-. Precisamente es la doble naturaleza de estas últimas la que hace necesario realizar alguna puntualización que juzgamos de interés. Así, las crónicas son narraciones de hechos interpretados, en muchos casos, por

el autor que nos los transmite; poseen un “cuantum” de subjetividad importante –como ocurre con muchos testimonios y con casi todos los relatos-. Mientras que las fuentes bibliográficas se nutren de estudios historiográficos rigurosos elaborados científicamente, es decir, que sus resultados han sido verificados y validados mediante el método histórico que los dota de la máxima validez y objetividad.

Lo apuntado nos llevó a hacernos la siguiente reflexión. Si queríamos dotar de suficiente calidad científica a nuestro estudio era imprescindible intentar, de algún modo, verificar la objetividad de nuestras fuentes cronísticas, para lo que seguimos dos procedimientos.

Comparamos -aquellos hechos históricos de mayor interés para nuestro estudio referidos por CASTILLO y PALENCIA- entre ellos, y con otras narraciones en las que también se consignaban, como *Memorias de diversas hazañas* de mosén DIEGO DE VALERA y la referida obra de FERNANDO DEL PULGAR. Esto nos permitió comprobar el grado de concordancia o discordancia entre ellos. Fue así como pudimos ver que quienes más discrepaban, respecto a los hechos relatados, eran los dos cronistas de mayor significación para nuestro estudio –CASTILLO y PALENCIA-.

Las discrepancias consistían, fundamentalmente, en la distinta interpretación que cada uno daba al hecho histórico narrado. Esas diferencias interautores, además de poner en cuestión la objetividad de sus narraciones, nos transmitían una imagen del personaje objeto de nuestro estudio carente de la más elemental homogeneidad.

Se hacía necesario contar con otro medio de verificación. Teniendo en cuenta que el subjetivismo era la base de las discrepancias, resultaba conveniente poseer un cierto grado de conocimiento del mundo personal de cada autor. Con esta finalidad nos impusimos un nuevo objetivo: la confección de las *biografías de Diego Enríquez del Castillo y Alfonso de Palencia* que hemos incluido en el Anexo de la tesis.

Del interjuego entre la personalidad de Enrique IV y el medio socio-cultural en que vivió surgen sus particularidades comportamentales que, como reacciones personales del monarca hemos sometido a evaluación psicopatológica.

También, para conocer la conducta del rey nos valimos de las descripciones y observaciones recogidas en las fuentes cronísticas y en la bibliografía historiográfica referidas. Para su evaluación nos servimos de los conocimientos psicopatológicos y psiquiátricos de mayor predicamento en la actualidad.

De esta forma abordamos otro de los objetivos de este estudio, la confección de la *historia clínica patopsicobiográfica*, que se consigna en nuestro capítulo VII.

Este valiosísimo instrumento –imprescindible para el estudio emprendido- nos permitió delimitar distintos *tipos* de reacciones del rey –de la personalidad, primitivas y afectivas-. Enjuiciar la importancia que en su determinación tenían factores etiopatogénicos diversos –la disposición hereditaria, el ambiente y la psicodinamia- y, por último, la evaluación y el análisis psicopatológico, que nos permitió comprender la anormalidad de la conducta de Enrique IV, en unos casos y, en otros, explicar su patología psiquiátrica.

Resumiendo, podemos decir que nuestros objetivos estuvieron dirigidos en todo momento, a dotarnos de aquellos “instrumentos” con los que poder confirmar o disconfirmar las hipótesis planteadas.

Relación de los OBJETIVOS comentados:

- Confección de la *psicobiografía de Enrique IV*.
- Establecimiento del *perfil de la personalidad del monarca*.
- Delimitación del *contexto socio-cultural en que vivió*.
- Elaboración de la *historia clínica del rey*.

Estos, como objetivos principales y,

- la realización de las *biografías de Diego Enríquez del Castillo y de Alfonso de Palencia*, como objetivos secundarios de nuestro trabajo.

## **C U A R T A   P A R T E**

### **M A T E R I A L   D E L   E S T U D I O**

## C A P Í T U L O VI

# HECHOS HISTÓRICOS MÁS SIGNIFICATIVOS DEL REINADO

## **EL MANIFIESTO DE BURGOS (28.09.1464).-**

Después de tres intentos de prender al rey y a sus colaboradores en el gobierno<sup>3</sup>, promovidos por Juan Pacheco, la rebelión de la nobleza adquiría proporciones insospechadas, buscando los sediciosos, a toda costa, un cambio radical en el gobierno del rey. No es necesario recalcar que, el principal instigador de todo esto era el marqués de Villena, apoyado por el maestre de Calatrava y el arzobispo de Toledo.

Enrique IV había sustituido en su consejo al marqués por el conde de Ledesma, lo que resultaba inasumible por parte de Pacheco. Pero el precipitante del cúmulo de acontecimientos que seguidamente relataremos fue la propuesta hecha por el rey a favor de Beltrán de la Cueva, para que fuese nombrado maestre de Santiago. De las razones que tuvo para ello, ya trataremos en otro lugar más adelante, pero lo que nos interesa resaltar ahora es el curso de los hechos que condujeron al manifiesto del 28 de Septiembre de 1464.

Existen unos antecedentes que importa mucho tener en cuenta ahora, entre ellos la confederación establecida entre el arzobispo de Toledo, Pedro Girón y Juan Pacheco, que se plasma en un manifiesto fechado el 16 de Mayo de 1464<sup>4</sup>, con la que se pretende garantizar la seguridad de los infantes Alfonso e Isabel, a los que se consideraba privados de libertad y en manos de quienes podían perjudicarles, o promover actuaciones en relación con ellos –como enlaces matrimoniales-, que no fueran conforme a las costumbres del reino. Por supuesto los infantes pasarían a estar bajo la custodia de los tres confederados y sus partidarios. A estas críticas altaneras y desconsideradas con la persona del rey y sus consejeros, se asociaban otras relativas a la política monetaria del monarca, insinuándose además, cada vez menos veladamente, la ilegitimidad de la princesa Juana, cuyo nombramiento como sucesora privaba de sus derechos a los legítimos sucesores, que para los nobles eran los infantes hermanos del rey.

Frente a todo esto no deja de sorprendernos las medidas tomadas por Enrique IV, que se plasman en la cédula que emite el 4 de Septiembre de 1464<sup>3</sup> por la que declara sucesor de la corona a su hermano Alfonso, instando a los tres estados –grandes, prelados y procuradores de las ciudades-, que le juren como tal y “contribuyan a su

---

<sup>3</sup> ENRIQUEZ DEL CASTILLO, D.: op.cit. Cap. LX, p. 134; Cap. LXII, p. 135 y Cap. LXIII, p. 136.

<sup>4</sup> Colección Diplomática de la Crónica de D. Enrique IV. N° XCII, ps. 302-304

<sup>3</sup> op. cit. Núm. XCVI. p. 326.

casamiento con la princesa Juana”. Con este paso, -impuesto por los nobles- del que no se sabe bien si fue una decisión exclusivamente tomada por el rey, o sugerida por los de su Consejo, lo que se consigue es que las dudas que se venían vertiendo sobre la legitimidad de la princesa Juana se vieran incrementadas, no salvaguardándose, por otra parte, como opinan algunos<sup>4</sup>, los derechos de Juana como princesa heredera, que a lo sumo, llegado el caso, podría ser reina consorte. En esta cédula dada en Cabezón el 4 de Septiembre de 1464, en manera alguna el casamiento entre Juana y su tío Alfonso era una condición relevante, ni para que Alfonso ostentase el título de príncipe heredero, ni para que a la muerte de Enrique IV fuera rey de Castilla, por lo que en definitiva no era más que una fórmula de compromiso que no podía convencer ni engañar a nadie<sup>5</sup>, no sirviendo tampoco, para encubrir su inaceptable conducta como padre y, mucho menos, para impedir su deshonor como marido.

El Consejo Real constituido entre otros por Beltrán de la Cueva y el obispo de Calahorra, se vio reforzado con la entrada en el mismo del obispo de Cuenca, Lope de Barrientos. Los consejeros, teniendo en cuenta el cariz que tomaban los acontecimientos, decidieron, asesorados por Barrientos, pedir a las ciudades que constituyesen hermandades de hombres armados que estuvieran al servicio del rey. Con esta finalidad y la solicitud también de que enviasen sus procuradores para una reunión con él y sus partidarios, les escribe Enrique IV el 21 de Septiembre de 1464 una carta, en la que además, enjuicia la conducta de los grandes desde el inicio de su reinado hasta entonces haciéndoles partícipes de sus desavenencias.

Atento siempre a todo lo que acontecía en su entorno, el marqués de Villena convoca para el 28 de septiembre en Burgos, a todos los nobles de su facción, invitando también a participar en dicha asamblea a los procuradores ciudadanos, ya que al igual que el rey y su consejo deseaba conseguir el unánime consentimiento de los tres estamentos del reino. Con ello pretendían la legalización y legitimación de todos sus alegatos y quejas, lo que en el caso de los rebeldes era condición imprescindible y en el del rey y su consejo un importante requisito para mantener leales a su causa a las ciudades.

---

<sup>4</sup> MARTIN, J.L.: “Enrique IV”. Ed. Nerea, 2003. p. 151.

<sup>5</sup> Su transcripción literal era: “...et asimismo es mi merced e voluntad que luego juramente con esto los dichos Grandes e Perlados e Ricos-omes e caballeros, destos mis regnos et Procuradores de las cibdades e villas e logares dellos juren et prometan de trabajar et procurar que el dicho Principe don Alfonso, mi hermano, casará con la Princesa dña. Juana, et que publica nin secretamente non seran ni procuraran en que case con otra, nin ella con otro...” (op.cit. p. 327).



El manifiesto que tras esa reunión elaboran los nobles rebeldes dirigidos por el marqués de Villena, es el que se conoce como “*manifiesto de Burgos*”<sup>6</sup>, tanto por haber sido redactado en esta ciudad, como porque el estamento de representación ciudadana sólo estaba formado por los procuradores de la ciudad de Burgos, aunque pueda parecer por su redacción que ésta representación fuera más amplia, no siendo, como acabamos de decir, de ninguna manera cierto. Buena prueba de ello es la prisa que se dan los nobles rebeldes en hacer partícipe a las ciudades y villas del reino de lo tratado y elevado al rey en el manifiesto de Burgos, mediante una circular<sup>7</sup> de fecha imprecisa, ya que no se lee o no se consigna en dicho documento este dato. Copia del manifiesto se envió también a los procuradores que, en nombre de los nobles rebeldes, se encontraban en Roma presentando sus reivindicaciones al Papa. Precisamente PALENCIA formaba parte de esa legación, siendo de su crónica de la que tomamos lo referido.

La característica más destacada del manifiesto del 28 de Septiembre de 1464 es la de su tono, durísimo, como ha sido calificado por el Prof. Suárez<sup>8</sup>. El escrito está plagado de descalificaciones referidas a los miembros del Consejo, pero sobre todo, de manera muy particular, al conde de Ledesma, al que consideran la causa de todos los males, al haber usurpado las funciones reales y gobernar a su antojo. Sorprende que esta crítica la hiciera el marqués de Villena, que tan reiterada y arbitrariamente se sirvió del poder real absoluto de Enrique IV en los sucesivos gobiernos que encabezó.

Sin entrar en la minuciosa pormenorización del manifiesto, que puede ser consultado fácilmente por cualquiera, conviene sin embargo, conocer el juicio que en las crónicas de CASTILLO y PALENCIA se hace del mismo, para comprender así mejor su impacto psicológico sobre el rey y la reacción de éste ante tal hecho.

La versión de ENRIQUEZ DEL CASTILLO<sup>9</sup> se inicia relatándonos su autor, como tras el último intento fallido para prender al rey y a su valido don Beltrán de la Cueva, el marqués de Villena y el maestre de Calatrava se reúnen con los condes a los que se había encargado la acción –los de Plasencia y Alba- y deciden, temiendo las represalias del rey, hacerse fuertes en la ciudad de Burgos donde el conde de Plasencia estaba en posesión de la fortaleza. Estando en la ciudad, Juan Pacheco, cuyas acciones contra Enrique IV no habían hecho más que empezar, puso a prueba su astucia. Convocó al mayor número de sus aliados nobles, pero a la vez, inició una activa

---

<sup>6</sup> Colección Diplomática de la Crónica de D. Enrique IV. Núm. XCVII. Ps. 327-334.

<sup>7</sup> op.cit. núm. XCVIII. ps. 334-335.

<sup>8</sup> SUAREZ FERNÁNDEZ, L.: “*Enrique IV de Castilla*”. Ariel. 2001. p. 289.

<sup>9</sup> Op. cit. Cap. LXIV, ps. 137-138 y Cap. LXV, ps. 138 y 139.

campaña propagandística dirigida a los habitantes de la ciudad, en la que presentaba la persona del rey como un tirano responsable de todos los males que venía padeciendo el reino y, se presentaba a sí mismo y a sus aliados como hombres buenos que, al oponerse a la tiranía real, cumplían con un deber y servían lealmente a los intereses del común<sup>10</sup>.

Prosigue CASTILLO con su relato en el que no se menciona quienes eran los nobles y prelados que junto con *“algunos principales hombres de los cibdadanos”*, decidieron escribir una carta al rey, la que según el cronista: *“...sin dubda iba tan desmesurada con espuelas de rigor, tan fuera de todo acatamiento, sin freno de templanza, que ni á los súbditos era conveniente envialla, ni a la descendencia del rey rescebilla”*.

Previamente a sintetizar en cuatro puntos el contenido del manifiesto, CASTILLO no se priva de el juicio que le merece el marqués de Villena, al que considera que: *“avia perdido al mundo la vergüenza, é a Dios el temor, é de su anima la conciencia, pospuesta la honestidad que siquiera como grande señor fuera razón de tener sin empacho ninguno, é sin memoria de las señaladas mercedes é bienes recebidos...”*.

Como he dicho, CASTILLO considera: *“quatro muy señaladas cosas en ella –la carta- se contenían: La primera, que su Alteza en ofensa de la Religión cristiana traía consigo ordinariamente capitania de moros infieles, enemigos de la sancta fe católica, que forzaban las cristianas, é hacían otros graves insultos, sin ser pugnidos ni castigados. La segunda, que los corregimientos é oficios de la justicia eran dados a personas inhábiles, ajenas de todo merecimiento é de malas conciencias... La tercera, que avia dado el maestrazgo de Santiago a don Beltrán dela Cueva, conde de Ledesma, con grand perjuicio del Infante su hermano, á quien de derecho pertenecía como hijo del rey don Juan su padre. La quarta, que en grand perjuicio é ofensa de todos sus Reynos, é de los legítimos subcesores sus hermanos, había fecho jurar por princesa heredera a doña Juana, hija de la reyna doña Juana, su muger, sabiendo él muy bien, que aquella no era su hija, ni como legítima podía subceder, ni heredar después de sus días”*. Por tanto, que le suplicaban é amonestaban é requerían con Dios, una é muchas veces, quisiese remediar tan grandes agravios; é remediados, mandar luego jurar por Principe heredero al Infante don Alonso su hermano, y dalle el Maestradgo de

---

<sup>10</sup> Su plan estratégico le dio excelente resultado, ya que, como hemos comentado anteriormente, contó con la adhesión de los procuradores de la ciudad de Burgos.

*Sanctiago como á legitimo hijo del Rey don Juan su padre; pues que de derecho divino é humano le pertenescia”.*

Vamos a referirnos ahora, a la versión que el cronista ALFONSO DE PALENCIA<sup>11</sup> nos ha transmitido.

Según refiere, él se encontraba por entonces en Roma, defendiendo ante el Papa al arzobispo de Sevilla –Fonseca el Viejo- acusado por el rey de distintos cargos. Con gran minuciosidad recoge en su crónica los nombres de todos y cada uno de los nobles y prelados que celebraron junta en Burgos, recalcando su unánime juramentación: *“para resistir el tirano poder y los violentos excesos de don Enrique(...)”* Frente a esta exhaustiva enumeración, resulta curioso el que no haga ninguna mención a la representación ciudadana burgalesa, mostrándose también sumamente escueto en cuanto al contenido del manifiesto, cuando sería un documento que PALENCIA debió conocer muy bien, ya que como procurador en Roma, debió recibir copia del manifiesto, del que incluso nos dice en su crónica que leyó personalmente al pontífice.

Nos sigue diciendo el cronista que en el manifiesto no se había omitido nada, *“...haciéndose clara mención de la superchería a que había apelado el Rey para conseguir sucesión; citábase su perfidia y desenfrenadas costumbres; el menosprecio de la religión y el afecto a los moros; la corrupción de las leyes; la alteración del valor de la moneda; el cerrar los oídos a las quejas; la licencia que a los crímenes permitía; la disolución de la disciplina militar; la persecución de los eclesiásticos; los raptos de mujeres casadas al antojo de sus capitanes; la aprobación de los maleficios; el odio a las personas virtuosas; el crédito que a las agoreras daba; el desprecio en que tenía las reales insignias, y otras especiales culpas que difícilmente podría enumerar”.*

Tras lo expuesto se ve claramente como CASTILLO dirige epítetos negativos a los rebeldes, considerando lo presentado al rey en el manifiesto como abominable e inaceptable; mientras que PALENCIA vitupera reiteradamente la conducta del rey, del que nos dice: *“horrorizado de su manchada conciencia, resignose,...a humillar su cerviz ante los Grandes a quienes sumisamente seguía el pueblo”.*

Efectivamente, a mi juicio, más por deficiencia psíquica que por mala conciencia, el rey claudica frente a los rebeldes. CASTILLO nos acerca muy bien a lo que aconteció, después de conocer Enrique IV el manifiesto, aportándonos un testimonio muy verosímil de su actitud.

---

<sup>11</sup> Op. cit Cap. III. Ps. 156-157é

Nos relata cómo Enrique IV no reacciona como era de esperar con indignación e ira frente al contenido de la carta, refiriendo que: *“La qual rescebida e vista por él, hizo tan poco sentimiento, quanto si ninguna cosa llevara, ni fuera en derogación de su persona Real”*<sup>♦</sup>. Después de unas reflexiones cargadas de reproches y no exentas de perplejidad frente a la conducta del rey, nos sigue contando que reunió a los tres miembros más representativos de su consejo –al conde de Ledesma y ya entonces maestre de Santiago, al obispo de Calahorra, don Pedro González de Mendoza y al obispo de Cuenca, don Lópe de Barrientos, quienes conocido el texto del escrito, aconsejan al rey que castigue con las armas el atrevimiento de los nobles, a lo que el monarca se niega expresamente, siendo reprochado con duras palabras por el obispo de Cuenca cuando le dice: *“Ya he conocido, Señor, é veo que vuestra Alteza no ha gana de reinar pacíficamente, ni quedar como rey libertador; y puesto que no quiere defender su honra, ni vengar sus injurias, no esperéis reinar con gloriosa fama”*.

Ambos cronistas coinciden cuando nos siguen relatando cómo el rey aceptó el conferenciar con el marqués de Villena como representante de los nobles rebeldes, entre Cigales, a donde fueron los nobles, y Cabezón lugar al que acudió el rey.

En dicho encuentro en el que Villena se puso, en todo momento, en paridad con el rey, Enrique IV cede a todo lo que le solicita: entregarles al infante Alfonso al que nombraba su sucesor como príncipe de Asturias; que don Beltrán renunciase al maestrazgo de Santiago, y, algo sumamente importante, el nombramiento de jueces por ambas partes que emitiesen sentencia sobre todas las cuestiones pendientes.

#### COMENTARIOS E INTERPRETACIÓN DEL HECHO REFERIDO.-

Tras la claudicación en Cigales frente a la nobleza rebelde, -que permitió que el infante Alfonso pasase a estar bajo la tutela del marqués de Villena y más tarde fuera jurado por todos como heredero de la corona (30-11-1464)-, no podía quedar en mayor precariedad la posición de Enrique IV y los suyos, lo que contrastaba llamativamente con el poder adquirido por sus enemigos y, de entre ellos de manera especial, Juan Pacheco, que además de tutor del príncipe, se hacía, como administrador de su pupilo,

---

<sup>♦</sup> *“La represión de todos los sentimientos suele ser el único recurso, y eso hace que la primera impresión que producen estas personas –se refiere MILLON a las “personalidades evitativas”-, sea la de embotamiento, falta de emotividad e indiferencia, una apariencia que esconde el torbellino emocional que en realidad experimentan. (Tomado de MILLON, “Trastornos de la personalidad. Masson (1998). p.276.*

con las cuantiosas rentas del maestrazgo de Santiago, además de haber sido promovido de nuevo al lugar que tenía en la gobernabilidad del reino.

Este era el estado de cosas al que la manifiesta incapacidad psíquica de Enrique IV, había conducido al reino. Sólo desde la psicopatología se puede intentar comprender un tan abultado número de insensateces y necesidades. Bien es verdad que frente a la anormal personalidad del rey se situaba un colosal adversario, que a su inteligencia brillante y a una total falta de escrúpulos, asociaba un perfecto conocimiento de las aptitudes del monarca, lo que le permitía siempre, más que convencer, *sugestionar*, al soberano, hasta el extremo de llegar a hacer suyo el pensamiento que Pacheco le imponía, por muy en contra que estuviera de sus intereses y el de sus partidarios.

Siguiendo este planteamiento, conviene pues, ahora, dejar por un momento en suspenso el método histórico, para sirviéndonos de la comprensión psicológica y el análisis psicopatológico, intentar explicarnos las reacciones del rey.

Sabemos que el tono afectivo de una idea o pensamiento favorece las asociaciones de otra u otras ideas del mismo sentido que el afecto, dificultando las que poseen un tono afectivo de sentido contrario. Este mecanismo facilitará el que una determinada idea sea aceptada sin más, estando imposibilitada cualquier eventual crítica a la misma.

En la sugestión las ideas se transmiten, no mediante procesos intelectivos, sino vinculadas a las emociones, de ahí que se acepten como verdaderas por el solo hecho de que quienes nos las transmitan estén vinculados a nosotros por estrechos lazos afectivos y/o hayan sido introyectados como modelos de comportamiento en edades tempranas.

Toda idea posee dos componentes, uno intelectual, referido al contenido, y otro afectivo, que suele transmitirse con la idea cuando se expresa en el proceso de la comunicación. Pues bien, en la sugestión, todo el proceso comunicativo está centrado en la transmisión afectiva.

Existen cualidades afectivas de la personalidad que favorecen especialmente la sugestionabilidad; me estoy refiriendo a la *susceptibilidad* y a la *labilidad afectiva*.

Los sujetos muy susceptibles poseen un especial condicionamiento a las influencias afectivas; es decir, son más proclives que otros a experimentar, antes y más intensamente, el componente afectivo de una idea, que el contenido que se le transmite.

Las personas con labilidad afectiva poseen una especial facilidad para cambiar rápidamente de sentimientos, por ejemplo, pasar de la alegría a la tristeza sin solución de continuidad.

Con independencia de estas cualidades afectivas generales se puede estar dominado, circunstancialmente, por una vivencia afectiva intensa que modula todo el funcionamiento psíquico del individuo, es decir, la percepción, la atención, la memoria, etc.; estas vivencias afectivas reciben el nombre de *catatímicas*. Su aparición no está condicionada exclusivamente por un trastorno psíquico, sino que cualquier circunstancia dramática experimentada por una persona puede movilizar en ella vivencias catatímicas. Precisamente son estas valencias catatímicas las que hacen que la sugestionabilidad, convenientemente orientada, incremente su eficacia. Esta es la razón por la que resulta muy fácil sugestionar a alguien dominado por un fuerte sentimiento, siempre que los contenidos sugeridos se encaminen en la dirección correspondiente a su afecto.

Permítaseme un último planteamiento. Hay individuos que frente al dominio ejercido sobre ellos por otros experimentan un cierto grado de placer; se trata de una vivencia placentera cuya génesis parece remontarse a la infancia, y estar vinculada a la relación padre-hijo, en la que el hijo experimentaba complacencia frente al dominio del padre; en el caso de la mujer no es infrecuente que el sentimiento de ser dominada genere sensaciones placenteras. Estos estados son incluidos por BLEULER<sup>12</sup> dentro del apartado que dedica a la *fascinación*.

Como a nadie que haya seguido la enumeración de las cualidades afectivas que hemos hecho se le escapa, todas ellas conforman la *disarmonía afectiva*, es decir, ese conjunto de “emociones confusas y conflictivas”,<sup>13</sup> que es un rasgo propio de las personalidades evitativas.

La susceptibilidad del rey facilitaba que, a tenor de su particular dependencia del marqués, caracterizada por sentimientos encontrados de rechazo-miedo-sumisión, experimentase con más facilidad el componente afectivo de lo que el marqués le sugería (téngase en cuenta: *quién se lo decía y cómo se lo decía*), que el contenido real de lo sugerido. A su vez la labilidad afectiva modificaba de forma radical su estado de ánimo, a lo que también con habilidad sabía conducirle el tortuoso Pacheco.

Pero algo mucho más importante que estos mecanismos psicológicos era el que, la sola presencia del marqués de Villena generaba en el rey un tal torbellino emocional, que solo el bloqueo psíquico general era capaz de contrarrestar su intensa ansiedad y profundo desasosiego; desde este *transfundo catatímico*, propongo que se interprete el

---

<sup>12</sup> BLEULER, E.: “*Afectividad, sugestibilidad, paranoia*” .Ediciones Morata. Madrid, 1969. p. 129

<sup>13</sup> MILLON, T.: “*Trastornos de la personalidad. Más allá del DSM-IV*”. Masson. 1998. p. 270.

incomprensible comportamiento de Enrique IV, a tenor de cómo las sugerencias del señor de Villena, eran auténticas sugerencias para el rey.

Si se tiene en cuenta el hecho de que el marqués de Villena fue tutor de Enrique IV en su juventud, no resulta tampoco descabellado entender la actitud de éste con respecto a aquél, como de fascinación, en el más puro sentido que hemos dicho que le daba BLEULER.

## **LA SENTENCIA DE MEDINA DEL CAMPO (16-01-1465)**

La precipitación y la falta de previsión por parte del rey al elegir a sus representantes en la comisión arbitral decidida en Cigales, será la causa principal del resultado favorable obtenido por el partido nobiliario, en las conclusiones finales de la sentencia a que llegaron los compromisarios.

Disueltos los integrantes de su Consejo Real, no contaba don Enrique con partidarios incondicionales, ni podía tener el juicioso consejo de éstos para hacer unos nombramientos tan delicados y de tanta trascendencia como el momento requería.

Nombró como representantes suyos ante la comisión a Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y a Gonzalo de Saavedra, comendador de la orden de Santiago en Aragón, los que poco hicieron en su favor, ya que, uno por su condición de noble y, otro, quizás por su falta de interés, no tardaron en unirse a la facción del marqués de Villena y del conde de Plasencia, que representaban a la nobleza, lo que favoreció la parcialidad de las conclusiones finales, pues la actuación del árbitro de la comisión, fray Alfonso de Oropesa, general de la orden de san Jerónimo, debió tener muy poco relieve.

Por si con esto no fuera suficiente, el rey había designado como enlace entre los comisionados y él a su secretario y miembro de su Consejo, Alvar Gómez de Ciudad Real, partidario incondicional de Juan Pacheco.

Con independencia del contenido de la sentencia de Medina del Campo<sup>1</sup>, (extensísimo documento compuesto por ciento veintinueve capítulos dictados el 16 de enero de 1465, en la que se pone en entredicho las medidas de gobierno, sobre todo las de índole económica y de gracia, criticándose y menospreciándose directamente la conducta del rey), lo que deseo preferentemente resaltar aquí, -al ser la base fundamental de nuestro estudio- son las inadecuadas y deficientes medidas con las que Enrique IV intenta solucionar una cuestión tan delicada, y en la que se había

---

<sup>1</sup> Colección diplomática de la Crónica de don Enrique IV. num. CIX/1465.



comprometido de manera tan rotunda<sup>2</sup>, al considerarlas frutos de su nula capacidad para resolver por sí mismo cualquier asunto de gobierno.

Indudablemente Enrique IV se ve rebasado por las circunstancias del momento, hijas, a su vez, de su claudicación ante el marqués de Villena en Cigales. Debió sufrir de nuevo ese bloqueo afectivo que le impedía la más elemental capacidad de juicio, para saber distinguir entre qué le convenía hacer y de qué debía abstenerse.

Como hemos dicho, otorgó precipitadamente poderes como representantes suyos a dos delegados que, si no enemigos declarados, si que eran, al menos, indiferentes en cuanto a sus intereses y, por si fuera poco, nombró como enlace entre la comisión de jueces y la Corte al menos indicado de sus secretarios privados, más afín a los intereses de los nobles que a los suyos.

La incompetencia del rey fue aprovechada por Pacheco y su facción para conseguir una sentencia que como afirma GALÍNDEZ DE CARVAJAL<sup>3</sup>: *“así los diputados de su parte como los otros estrecharon el poderío del rey tanto, que así ningún señorío de rey le dejaron, solamente el título de rey sin libertad de mando y preeminencia”*.

Respecto a esta acertadísima afirmación de GALÍNDEZ, no podemos sustraernos en mencionar cómo en la sentencia se impedía al rey que pudiera incluso castigar, en caso de la ejecución de algún delito, a cualquiera de los nobles (capítulo 42), dejando esta decisión al arbitrio de los condes de Haro y Plasencia y de los marqueses de Villena y Santillana, y de no ser ellos, sus sucesores.

Creo que no puede cuestionarse que la jugada de Pacheco resultaba maestra, – como todas las suyas–, destacando así su talla política, lo que en nada contradice el que tengamos que considerarlo como un oportunista y desleal servidor de su rey y señor natural.

---

<sup>2</sup> En el lugar donde se recoge el mutuo compromiso entre el rey y los nobles y prelados, se dice textualmente: *“...é prometemos é seguramos a fe de caballeros que estaremos é pasaremos por ello, é ternemos é guardaremos é compliremos é esecutaremos é fâremos tener é guardar é complir é esecutar todo lo que por los dichos diputados ó por dos de ellos con dicho religioso, segund en el dicho capítulo suso incorporado se contiene, fuere visto é declarado et determinado et sentenciado en lo que a cada uno de nos incumbe tener é faser é guardar é complir: et en el caso que yo el dicho señor rey ó nos los dichos caballeros o cada uno de nos non fesiéremos guardâremos et compliêsemos lo que por los dichos diputados fuere declarado et determinado et sentenciado, en lo que á cada uno de nos incumbe facer en guardar é complir, damos todo poder é abtoridad complida á los dichos conde de Plasencia é don Pedro de Velasco juntamente para que lo puedan facer é complir é esecutar, de loq eu todo susodicho et cada cosa dello yo el dicho señor rey et nos los dichos perlados e caballeros et cada uno de nos fasemos juramento á Dios é á santa María é á esta señal de la cruz...”* (op. cit. CIX/1465. ps. 357 y 358).

<sup>3</sup> Citado por MARTÍN, J.L.: En “Enrique IV”. Nerea. (2003). p. 165.

¿En qué posición quedaba Enrique IV frente a la sentencia dictada en Medina del Campo? Como afirma SUÁREZ<sup>4</sup>, el quebrantamiento de la justicia que se le achacaba al rey en esta sentencia, era una condena por : “*falta de legitimidad en el ejercicio, (lo que) dejaba dos alternativas: la rectificación profunda o la deposición del rey*”.

Aunque en la sentencia se hacía constar su interés general por el bien del reino, la realidad que se desprende de su lectura, no es exactamente esa, al comprobarse que los verdaderamente beneficiados en ella son los Grandes del reino, quedando reducidos los restantes súbditos a meros convidados de piedra.

Estas medidas tomadas exclusivamente para satisfacer sus propios intereses por la facción nobiliaria, benefició a la larga a Enrique IV, que contó con el apoyo de las ciudades, lo que parece que le animó a adoptar algunas medidas frente a lo que se le avecinaba. Así, decidió castigar a Gonzalo de Saavedra y a Alvar Gómez de Ciudad Real, por considerarlos responsables del resultado de la sentencia, aunque no pudo cumplir sus deseos porque ambos huyeron. Pero, sobre todo, tuvo el valor de intentar recomponer su Consejo Real, llamando de nuevo a Beltrán de la Cueva, así como romper cualquier tipo de relación con la facción rebelde, revocar los juramentos hechos a su hermano Alfonso y rechazar la sentencia, que lógicamente no firmó (6-02-1465).

Así mismo, también secundaron las ciudades el llamamiento que hizo el rey a finales de febrero para que se reunieran las cortes en Salamanca, lo que se realizó a mediados de mayo.

Nos encontramos ahora, con unas decisiones, acordes con las circunstancias, que toma Enrique IV, en las que influyeron distintos hechos. El principal, para mí, que el rey no estuviera bajo la influencia de Juan Pacheco. Pero además, es importante que pudiera contar con el apoyo de villas y ciudades, y también relevante, el que siguieran a su lado ciertos incondicionales realistas como los Mendoza y con ellos, los Velascos.

Pero en definitiva, estas medidas no representaban más que la vuelta a la situación en la que se encontraba Enrique IV antes de los acuerdos de Cigales, en los que, como veremos en otras muchas ocasiones, fue *fascinado* por el marqués de Villena.

Por todo ello creo que, la reacción del rey ante la sentencia de Medina del Campo, entraría de lleno dentro del marco típico de la frustrada reacción del tímido

---

<sup>4</sup> op. cit . p. 299.

(descontrolada y breve descarga colérica seguida de temor), de la que lógicamente no va a extraer la más mínima experiencia para el futuro, volviendo una y otra vez a andar lo desandado y a la inversa.

Recapitulando podemos decir que en poco más de cinco meses –septiembre de 1464 (manifiesto de Burgos) a febrero de 1465 (sentencia de Medina del Campo)-, Enrique IV va a tomar unas trascendentales decisiones muy poco acordes con sus intereses que, no pasado mucho tiempo, constituirán un claro perjuicio para él, con las que pretendía, al parecer inducido por Pacheco, calmar a la facción de la nobleza que se manifestaba abiertamente en su contra.

Así, teniendo como negociador a Juan Pacheco quién, aunque representaba a los rebeldes, no dejaba de hacerse pasar por servidor de Enrique y asumir el papel de hombre bueno que buscaba la paz, el rey claudica, de manera aparentemente incomprensible, ante todas las exigencias de los nobles rebeldes, ¡ah!, pero, asesorado y aconsejado por el marqués de Villena. Es de esta forma como entrega al marqués a su hermano Alfonso, para su custodia; más tarde le reconoce como heredero al trono, en perjuicio de la princesa Juana, su hija; hace renunciar al maestrazgo de Santiago a Beltrán de la Cueva, a quien se lo había concedido para mejor servicio a su persona y mayor poder frente a Pacheco, y lo separa también de su consejo real pidiéndole que abandone la Corte. Además, ingenuamente se comprometía a someter a la acción arbitral de unos jueces, sus reivindicaciones a los nobles y la de estos a él, siempre con la esperanza, alentada por Pacheco, de conseguir la pacificación del reino.

El resultado obtenido de todo ello, un sucesor en manos de los rebeldes y una sentencia totalmente favorable a la nobleza hostil, en la que se imponía al rey una carta magna para la gobernabilidad, donde su cometido quedaba reducido a la mera representación, quedando el poder efectivo en manos de la nobleza. Todo lo cual resultaba por completo inasumible, lo mismo por el rey, que por los nobles enriqueños y los representantes de las ciudades, que lo apoyan en el rechazo de la sentencia.

Frente a estas desfavorables condiciones Enrique va a tomar en febrero de 1465, unas medidas mucho más acordes con la realidad que está viviendo: Rompe con los nobles rebeldes, rehace su Consejo y revoca lo decidido para el príncipe Alfonso. En definitiva, como ya hemos dicho, intenta volver a la situación en que estaba antes de los acuerdos de Cigales, lo que no evitará ya, la confrontación armada entre las partes.

La ansiada paz había quedado definitivamente deshecha por la incompetencia del rey y la desmedida ambición de la nobleza. Se condujo al reino a lo que acertadamente califica SUÁREZ<sup>5</sup> de “*descomposición del reino en sus componentes*”.

La anarquía se extendió por toda Castilla, creándose una especie de los que podíamos calificar de “minitaifas”: Cada ciudad se afanó por su exclusivo interés, entrando, inevitablemente, en conflicto con sus vecinas. Su adscripción a una u otra facción obedecía únicamente a intereses egoístas, lo que generaba una inestabilidad de cualquier compromiso o alianza.

El destronamiento de Enrique IV y la entronización del infante Alfonso en su lugar era la única salida posible para quienes, como era el caso de los alfonsinos, su rebelión contra el monarca reinante no mermaba su ideología monárquica.

---

<sup>5</sup> op. cit. p. 306.

## LA FARSA DE ÁVILA.-

Fecha: 5 de Junio de 1465

Lugar: Ávila.

Cronistas: Mosén Diego Enríquez del Castillo  
Y Alfonso de Palencia

## PROLEGÓMENOS A LA DEPOSICIÓN DEL REY.-

Es sumamente importante, para comprender todo el crítico periodo que culminará con la deposición del rey en Ávila, no olvidar el papel jugado por la nobleza en la última centuria del medievo castellano. Así, el hábito adquirido por los nobles de incrementar de manera incesante y desmedida sus riquezas, apoyado en la posesión del poder, también de manera desmedida, condujo a que, como desde antiguo venía aconteciendo entre la nobleza castellana, se generasen dos alternativas políticas que si bien poseían idearios contrapuestos, uno en pro y otro en contra del poder monárquico, su fin último era en ambas totalmente coincidentes: el engrandecimiento político y económico de la nobleza y el alto clero.

Por otra parte el poder moral del monarca en los inicios del año 1464 estaba ciertamente muy menoscabado. Aún perduraban los ecos del escándalo protagonizado por Enrique y Blanca su primera esposa, al trascender al ámbito público las cruzadas acusaciones que se hicieron sobre la impotencia que cada uno achacaba al otro y que terminó en la anulación del matrimonio. La precipitación con que se efectuó el segundo matrimonio, celebrándose antes de que la bula papal de anulación del primero obrase en poder de los contrayentes, daría pie a que se cuestionase su legitimidad, que años después sería esgrimida contra la infanta Juana llamada la Beltraneja. En definitiva, estos acontecimientos favorecieron el resquebrajamiento de los principios eticomorales y religiosos sobre los que se sustentaba la legitimidad del *buen rey medieval*.

Por si fuera poco el cuestionamiento moral al que se veía sometido Enrique IV, por esas fechas se acababa de cerrar la cuestión catalana, de la que había salido el rey muy mal parado, siendo un nuevo golpe asestado a su ya bajo prestigio.

Las condiciones generales no podían ser más propicias para que se desencadenase un nuevo enfrentamiento entre la nobleza y el monarca, lo que tuvo lugar inevitablemente, repercutiendo de manera notable sobre los diez últimos años de reinado que le quedaban a Enrique IV e incluso varios años después de su muerte.

Teniendo en cuenta el comportamiento y la forma mediante la que habían resuelto la cuestión catalana los componentes más representativos de su Consejo -el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo- el soberano empezó a desconfiar de ellos y aunque sin desposeerlos de sus cargos<sup>1</sup>, dejó de servirse de su asesoramiento en la gobernabilidad del reino. Su confianza la fue depositando en otras personas de su entorno, como el conde de Ledesma y sus parientes los Mendoza -representados por el obispo de Calahorra<sup>2</sup>-.

Lejos de servir para resolver los problemas, las medidas tomadas por el rey desencadenaron las hostilidades, produciéndose la escisión de la nobleza castellana en dos facciones contrapuestas, una la de los Mendoza, pro monárquica, y, otra la encabezada por el marqués Juan Pacheco y el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, deseosos de desprestigiar al rey pero sin pretender derrocar la institución monárquica, de la que pretendían servirse para incrementar su poder. De esta forma, debilitado y desprestigiado, Enrique IV se vería obligado a servirse nuevamente de su asesoramiento reponiéndolos en sus cargos.

El expeditivo Pacheco, con la colaboración de Carrillo y el maestre de Calatrava, comienzan a poner en práctica su plan atacando en dos frentes. Por una parte, instan al rey a que les deje a ellos la custodia de sus hermanos los infantes Isabel y Alfonso, mediante el escrito del 16 de mayo de 1464<sup>3</sup>, que ya hemos comentado, y por otra, consiguen consolidar la coalición promovida por ellos contra el monarca, mediante la adhesión de nuevos nobles; así, se ven apoyados por el almirante Fadrique, los condes de Benavente, Plasencia y Alba de Tormes, a los que algo más tarde se suman los Fonsecas.

Ante tales peticiones y la liga nobiliaria formada contra él, Enrique IV vuelve a mostrar su pobreza de carácter promoviendo la negociación. Pide a los conjurados que acudan al alcázar de Madrid para entrevistarse con ellos. La respuesta que recibe es una

---

<sup>1</sup> Se trata de un comportamiento muy habitual en el Rey y prototipo del comportamiento de los Trastornos Evitativos de la Personalidad.

<sup>2</sup> Diego Enríquez del Castillo, op. cit. p. 130

<sup>3</sup> Colección Diplomática de la Crónica de D. Enrique IV. Real Academia de la Historia. Madrid (1835-1913). XCII/1464. p. 302-304.

desabrida exigencia de garantías de seguridad, accediendo también a ella enviándoles rehenes adictos a su persona, en este caso asumen ese carácter Pedro de Velasco y el marqués de Santillana<sup>4</sup>.

La intención de los nobles conjurados se centraba preferentemente en conseguir terminar con la nueva cúpula gobernante, para ocupar ellos -marqués y arzobispo- las posiciones que habían perdido. De no poder alcanzar este objetivo, sus intenciones eran las de deponer al rey poniendo en su lugar al infante Alfonso, que debía ser nombrado sucesor. Al tratarse de un niño que apenas alcanzaba los 11 años de edad, ya se encargarían ellos de su tutela y de la gobernabilidad del reino en nombre del nuevo soberano.

Los infantes - Alfonso e Isabel- se encontraban a la sazón bajo la custodia y tutela de la reina en el alcázar de Madrid. La osadía de los nobles rebeldes llegó al extremo de acordar entrar violentamente en palacio para prender al rey y al conde de Ledesma y hacerse con los infantes<sup>5</sup>. La acción, que se llegó a consumir, fracasó. ¿Qué medidas adoptó el rey contra los sediciosos? Ninguna<sup>6</sup>, aunque para ser exactos deberíamos decir que no tomó ninguna medida que castigase a los sediciosos en la debida forma; solo se atrevió a expresar al marqués de Villena, presente en Palacio, su indignación, y resolvió tomar cierta decisión con la que molestar a tan poderoso personaje.<sup>7</sup> Incluso esto último nos llega a sorprender en cuanto representa una cierta manera de enfrentarse el monarca a Juan Pacheco, por eso hemos querido indagar este proceder insólito en la atenta lectura del texto en el que CASTILLO narra el acontecimiento<sup>8</sup>, que transcribimos literalmente aquí:

*"E así para mayor desgrado del marques de Villena, determinó de le dar el Maestrazgo de Santiago, (al conde de Ledesma) que él tenia en administración desde la*

---

<sup>4</sup> Castillo, op. cit. p. 133

<sup>5</sup> Castillo, op. cit. p. 134

<sup>6</sup> Según Castillo, p. 134, *"E porque fue muy remiso quando debiera ser executivo, é mostró flaqueza quando debiera de tener esfuerço, sus desleales cobraron osadía y él quedó más amedrentado que con denuedo"*.

<sup>7</sup> Este comportamiento *impunitivo* frente a quienes han perpetrado una acción a todas luces muy grave, se vuelve en contra del rey Enrique pues conculcar el derecho que le asiste como *"Señor mayor de la justicia"*. Por el contrario, la toma de medidas enérgicas y contundentes contra sus enemigos y, muy especialmente contra Juan Pacheco -literalmente en sus manos al perpetrarse y fracasar la intentona-, además de haber estado perfectamente justificada, hubiera sido la mejor manera de terminar con la sedición. Pero no, a lo más que se atreve Enrique IV es a "molestar" al marqués intentando desagraviar a Beltrán de la Cueva. Este comportamiento del rey, propio de las personalidades inseguras y dependientes, mostrándose incapacitado psíquicamente para imponer su autoridad a quién tiene *introyectado* como la imagen del poder y la autoridad, -de ahí que a lo sumo se atreva a expresarle su agresividad con una "rabieta infantil"-, suele ser la tónica habitual de su conducta de dependencia-sumisión frente a este personaje.

<sup>8</sup> op. cit. cap. LXI. P. 134

*muerte de D. Alvaro de Luna, condestable que fue de Castilla, así para hacerle mayor pesar (a Juan Pacheco) como para que con la grandeza del estado pudiese competir con él*<sup>9</sup>.

De lo expuesto parece deducirse una doble intención por parte del rey que quizás nos permita inferir el torbellino de sentimientos encontrados que le condujeron a la toma de esa decisión<sup>10</sup>. La complejidad de los mecanismos psicodinámicos que entran en juego, a nuestro entender, en la génesis de la conducta desarrollada por el rey, aconsejan seguir transcribiendo, también de manera literal, el relato que en su crónica refiere CASTILLO, cuando el monarca en presencia del obispo de Calahorra, el conde de Ledesma y su secretario Alvar Gómez, les participa con gran secreto:

*"Conocida tengo la maldad y dañado propósito del marqués é de estos caballeros que a cabsa suya andan, no solamente por me deservir y enojar segund se ha mostrado por el perverso atrevimiento que a mis puestas hicieron, mas porque yo aya de apartar de cabe mi al conde de Ledesma que aquí está. Pero porque sus malinos deseos no ayan lugar, ni se cumpla lo que ellos quieren, tengo determinado, y es mi deliberada voluntad de hacelle Maestre de Santiago, para que como Grande é con la grandeza de su estado me pueda mejor servir, é competir con el marqués de Villena, que tanta enemistad ha concebido contra él sin cabsa ninguna, é a mi ha deservido con tanto enojo é pérdidas que por él me son venidas. Por tanto yo desde agora como administrador del dicho maestrazgo lo renuncio en las manos de nuestro muy Sancto Padre, que agora es para que su Santidad lo prevea dél"*<sup>11</sup>.

Vamos a intentar analizar los fragmentos del texto de CASTILLO, primero desde una perspectiva puramente lógica. Parece perfectamente comprensible que siendo el Maestrazgo de Santiago uno de los títulos de mayor relevancia del reino, lo mismo por su alto rango nobiliario, como por las rentas de que estaba dotado, su posesión fuera muy codiciada entre la nobleza. De hecho la mayoría de los maestros habían sido las figuras más insignes de los sucesivos reinados. Los maestros de Santiago aunaban en sus personas la más alta nobleza, un poder económico muy considerable y otro atributo que entiendo les confería una importancia singular, el de la dignidad religiosa adscrita al

---

<sup>9</sup> El subrayado no está en el original, lo pongo para resaltar la importancia que le damos a esta razón aducida por Castillo, que luego volverá a referir este autor, poniéndola en palabras del mismo rey.

<sup>10</sup> Indudablemente tenían que entrar en pugna sentimientos contrapuestos como la indignación, la cólera y el deseo de venganza, contra la angustia, el miedo y la impotencia; no tanto determinados por la acción sediciosa en sí misma, como por la dependencia-sumisión del rey hacia el cabecilla de la revuelta

<sup>11</sup> El subrayado de los dos fragmentos del texto es mío, pretendiendo resaltar los conceptos de Grandeza y el carácter religioso del nombramiento, asuntos sobre los que seguiremos incidiendo por su extremada relevancia.



cargo, es decir, un cierto carácter sacro <sup>12</sup>. Quizás salvo el monarca, investido de la suprema nobleza, el máximo poder económico y el carácter sacro de su legitimidad dada por Dios mediante el nacimiento, eran los maestros de las órdenes militares, y en particular el de Santiago, los que más dignidad y poder tenían. De ahí que pueda entenderse que Enrique IV, al promover al maestrazgo de Santiago al conde de Ledesma, pretendía dotarlo de poder e incluso, de un poder en lo posible superior al del marqués de Villena, para que en la confrontación entre ambos contase con los medios adecuados. El rey se dotaba así de un *campeón* de su confianza para oponer al *campeón* enemigo, que tanto *temor reverencial* le impone, sintiéndose inerme frente a él.

El segundo análisis de lo referido por CASTILLO en su crónica lo vamos a efectuar desde una perspectiva psicodinámica al final de este capítulo.

La nobleza y la riqueza del maestrazgo de Santiago constituían su dotación material, mientras que su dignidad religiosa formaba parte de ese acervo espiritual de tanta trascendencia para el hombre de la edad media; por eso no era el rey sino el Romano Pontífice el que investía de ese carácter sacro al caballero propuesto.

El poder político y económico del maestrazgo de Santiago, aún siendo muy importantes, carecían del carácter mítico simbólico que le confería su sacralización y, en una sociedad con un alto índice de formas de pensar paleológicas<sup>13</sup>, como la medieval, un atributo de estas características tenía que tener la máxima relevancia, al dotar al maestre de un poder superior, permítaseme para hacerme entender mejor que lo llame, espiritual.

Sin embargo, nada de lo realizado consigue otra cosa más que complicar las conflictivas relaciones existentes entre el rey y los nobles rebeldes, los cuales, capitaneados por Juan Pacheco van a protagonizar dos intentos más para prender al monarca y hacerse con las personas de los infantes. Los dos intentos fracasan, al ser prevenido Enrique IV antes de que tuvieran lugar. ¿Cuál fue la respuesta del rey? La huída, pero en ningún momento se planteó el combatirlos, cosa que muy posiblemente podía haber realizado con éxito en ambas ocasiones.

---

<sup>12</sup> Me remito a lo expuesto sobre la sacralización de la misión del caballero medieval y, muy particularmente a la de los caballeros de las Órdenes Militares: AYALA MATÍNEZ, C.: “*Las Órdenes Militares en el siglo XIII castellano la consolidación de los maestrazgos*”. *Anuario de Estudios Medievales*. 27/1, (1997) : 239-279. MATELLANES MERCHÁN, J.V.: “*La estructura de poder en la Orden de Santiago, siglos XII-XIV*”. *En la España Medieval*. 23, (2000): 293-319.

<sup>13</sup> Es equivalente a pensamiento arcaico, primitivo, mágico-mítico.

El rey buscaba a toda costa un acuerdo para reconciliarse con los rebeldes, lo que le llevó a pedir al marques de Villena una reunión para concertar la paz. El encuentro –comentado antes- se efectuó entre Cabezón y Cigales, llegándose a los acuerdos que, aunque ya hemos referido también, volvemos a puntualizar aquí por su valor para comprender el grado de claudicación de Enrique IV; su extrema debilidad.

- El rey entregaba el infante Alfonso al marqués de Villena, comprometiéndose a que fuera jurado Príncipe de Asturias.

- Ellos se comprometían a que el infante Alfonso se casase con Juana, su hija.

- Beltrán de la Cueva renunciaría al maestrazgo de Santiago, que pasaría a manos del príncipe Alfonso.

- Se creaba una diputación formada por cuatro caballeros –dos de cada facción- y un quinto miembro para el que se designó a fray Alonso de Oropesa, prior general de la orden de San Jerónimo.

Como puede comprobarse se aceptaban todos los puntos reclamados por los nobles rebeldes en su manifiesto, si se exceptúa lo referente al destacamento de oficiales moros que estaban al servicio del rey.

Resulta inaudito comprobar como Enrique IV revoca dos nombramientos promovidos por él: el de su hija, despojándola del principado de Asturias, y el de Beltrán de la Cueva, al que hace renunciar del maestrazgo de Santiago, haciéndole duque de Alburquerque.

La permanente claudicación, la fácil renuncia al mantenimiento de las decisiones tomadas, la total incapacidad para obtener un mínimo beneficio para él o los suyos en las negociaciones, presuponen una debilidad de carácter propia de una personalidad anormal. Prefiere perjudicar a los suyos, que enfrentarse abiertamente a los nobles que le traicionan, lo que le resta credibilidad entre sus partidarios y refuerza los argumentos que esgrimen sus enemigos contra su honra.

#### RELATO DE LO ACONTECIDO EN ÁVILA.-

El arzobispo de Toledo, que poseía por habérsela entregado el rey la fortaleza de Ávila, se hizo con la ciudad. Allí acudieron los restantes caballeros rebeldes y el príncipe don Alfonso, quienes someten a deliberación deponer al rey. Difícilmente llegan a ponerse de acuerdo, pues mientras unos creían que debían llamar al rey y

enjuiciarlo, otros directamente le acusaban de hereje<sup>14</sup>. Deciden por fin su destronamiento.

En un llano cercano a la muralla de Ávila, construyen un cadalso de madera en cuyo centro colocan una estatua del rey Enrique sentada en un sillón. Tras la lectura de las acusaciones que le hacían y de los incumplimientos del rey para con ellos y sus súbditos, aportan las razones de la medida que tomaban y proceden a desposeer a la efigie del monarca, primero de la dignidad real, representada por la corona, que le arrebató de la cabeza el arzobispo de Toledo; después de su carácter de “*señor mayor de la justicia*”, representado por la espada, de la que le despoja don Álvaro de Zúñiga, conde de Plasencia; en tercer lugar, de la gobernabilidad del reino, simbolizada por el cetro, que le quita don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente; y, por último, le destronan, arrojando de un puntapié la estatua al suelo, acción que efectúa, don Diego López de Zúñiga. Posteriormente suben al cadalso al príncipe don Alfonso al que elevan a la dignidad real, revistiéndolo con las insignias reales de las que habían despojado a la estatua de Enrique IV.

Después de la farsa de Ávila, se precipitan los acontecimientos desfavorables para el rey. Los rebeldes, fortalecidos ante su pasividad y falta de iniciativa, van incrementando el número de sus partidarios, uniéndoseles distintas ciudades importantes como Toledo, más tarde Burgos. El maestre de Calatrava consigue que se declaren por don Alfonso, Sevilla y Córdoba, etc.

Tras el llamamiento hecho por el rey, se van concentrando en torno suyo caballeros que le juran acatamiento y ciudades que siguen reconociéndolo.

La escisión de la nobleza en dos bandos claramente definidos es patente, desencadenándose una guerra civil que padecerá el reino de Castilla durante varios años.

#### COMENTARIOS Y ANÁLISIS PSICODINÁMICO DE LAS REACCIONES DE ENRIQUE IV FRENTE A LOS HECHOS NARRADOS .-

Las acciones del bando rebelde al rey y, sobre todo, la absoluta incapacidad de éste para tomar las necesarias medidas para contrarrestarlas, permiten comprender los

---

<sup>14</sup> Palencia.: op. cit. p. 167.

resultados a los que se llegan: la escenificación de su destronamiento y el nombramiento como rey del príncipe Alfonso, a lo que sigue la inevitable guerra civil.

No voy a entrar aquí a considerar la trascendencia de estos hechos y sus repercusiones en la historia posterior, sino más bien partir de ellos para intentar comprender la actitud del rey frente a los mismos, que resulta sorprendente para el hombre de hoy, pero que no dejó de serlo también para sus contemporáneos.

Por esta razón me parece obligado, como ya tuve ocasión de apuntar en páginas anteriores, el intentar analizar la conducta de Enrique IV desde una perspectiva psicológico dinámica.

Lo primero que nos llama la atención es que si comparamos la conducta del rey con la de los caballeros rebeldes, sobre todo, con la de Juan Pacheco, se aprecia que la de éste personaje está regida en todo momento por el pensamiento racional y una sutil inteligencia, mientras que la del rey parece distanciarse de lo que consideraríamos un razonamiento lógico.

Aunque cabe argumentar como hipótesis para comprender la conducta del monarca, que padecía algún tipo de anormalidad psíquica, el problema reside, no solo en saber cual era dicho trastorno, sino si una vez demostrada su autenticidad clínica, puede servirnos para explicarnos satisfactoriamente y en toda su amplitud, la conducta de este rey.

Creo poder adelantar ya, que, a mi juicio, no padeció un cuadro propiamente psicótico, ni un desarrollo disposicional anormal de la inteligencia, sino un trastorno de la personalidad, -al que tendremos ocasión de referirnos con amplitud en otro capítulo- cuyas alteraciones caracterológicas y temperamentales, no justifican más que ciertos aspectos de su comportamiento general, dejando importantes lagunas sobre el por qué de otras muchas reacciones inadecuadas e incompetentes.

Antes de enunciar una posible nueva hipótesis que, sin contradecir la que ya hemos mencionado, satisfaga adecuadamente nuestros objetivos, conviene reflexionar un poco más sobre los acontecimientos relatados por los cronistas. Así, pareciera que - como hemos apuntado más arriba- mientras que los nobles rebeldes manipulan racionalmente los atributos mítico-simbólicos que conforman la figura del *rey medieval*, convenciéndose ellos mismos e intentando transmitir a la población, que el rey, al transgredir la ley natural y los usos y costumbres del reino, no era digno de poseerlos, por lo que, perdida así su legitimidad, debía ser depuesto. Este razonamiento impecable en la forma, se sustentaba sobre meros juicios de valor, y un sin fin de falsedades.

¿Contrarrestaba estos ataques Enrique IV con argumentaciones igualmente lógicas? De ninguna forma, lo único que hacía era parapetarse en su legitimidad sustentada en la sacralidad de su persona, que no constituía para él una mera representación simbólica de la realeza, sino un atributo consustancial con la persona del rey. Estaríamos, si llegamos a demostrarlo, ante la adopción de una forma de *conciencia mitológica*, en el más puro sentir de E. CASSIRER<sup>15</sup>, para quién: “La “imagen” no representa la “cosa”; es la cosa; no solo la representación sino que opera como ella substituyéndola en su inmediato presente<sup>16</sup>”.

Podemos delimitar al menos tres situaciones, descritas en su crónica por CASTILLO, en las que el monarca creo que sustenta las decisiones que toma, más en un contexto mitopeyético que racionalista. Tales situaciones serían a mí entender las siguientes:

Una, la referida por CASTILLO cuando el rey decide dar el maestrazgo de Santiago a don Beltrán de la Cueva y dice: “(...) para que como Grande é con la grandeza de su estado me pueda mejor servir é competir con el marqués de Villena (...)”<sup>17</sup>. Como ya hemos aludido en páginas anteriores a este hecho, mencionando la doble significación que entendíamos que entrañaba el maestrazgo de Santiago, solo quiero destacar ahora, el que pareciera como si para el rey “los atributos” del maestrazgo confiriesen al maestre sus cualidades, pero no de forma simbólica, sino real.

La segunda situación la refiere también CASTILLO, cuando en una alocución que dirige el rey a los de su Consejo, entre otras cosas les dice: ...”é considerado que á mí como á padre del reyno pertenecía escusar la rotura é procurar el sosiego, porque las muertes é males de mis naturales se escusasen, plúgome de lo dar<sup>18</sup>”. Estaba con ello justificando el rey, por qué había entregado a su hermano Alfonso al marqués de Villena, lo que de ninguna manera tenía una justificación lógica, salvo que como rey adoptase el atributo que Dios le confería de “padre de sus súbditos”.

La tercera situación la refiere CASTILLO cuando enterado de su deposición por los nobles rebeldes en Ávila, dice el rey: “Agora podría yo decir aquello que dixo el Profeta Isaías en persona de Dios contra el pueblo de Israel, cuando idolatrando se apartaron de Él para seguir a los ídolos de los gentiles. Crié hijos e púselos en grand

---

<sup>15</sup> Cassirer, E.: “Filosofía de las formas simbólicas. II : “El pensamiento mítico”. Fondo de Cultura Económica. México, 1972. ps. 51-88.

<sup>16</sup> Cassirer, E., op. cit. p. 63.

<sup>17</sup> op. cit. Cap. LXI. p. 135.

<sup>18</sup> op. cit. Cap. LXX. P. 141.

*estado, y ellos menospreciáronme*”. En este caso se considera el único *ungido* por Dios como rey, considerando a su hermano un *falso* rey y a los nobles rebeldes unos *hijos ingratos*. Él, es el único que ostenta los atributos de legitimidad entre los que está el ser padre de sus súbditos por muy desleales y traidores que sean.

En los casos comentados el dato común para todos ellos es la pasividad del sujeto en la adquisición de los atributos adscritos al cargo; así, los de rey, por nacimiento y los de maestro, mediante la bula de nombramiento del Santo Padre, de los que el sujeto se ve investido directamente.

## **LA BATALLA DE OLMEDO** (Conocida como la Segunda Batalla de Olmedo).-

Fecha: ( 20. Agosto. 1467)

Lugar: Campo próximo a la muralla de la ciudad de Olmedo (ocupada por los partidarios del príncipe Alfonso).

Según CRÓNICA DE ENRIQUE DEL CASTILLO<sup>1</sup>

Según CRÓNICA DE ALFONSO DE PALENCIA<sup>2</sup>

Según CRÓNICA DE Mosén DIEGO DE VALERA<sup>3</sup>

### **HECHOS HISTÓRICOS NARRADOS**

En pleno estado de guerra entre Enrique IV y su hermano Alfonso, que había sido nombrado rey de Castilla con el nombre de Alfonso XII (1465-1468), se produce el enfrentamiento de las facciones de ambos en el lugar y la fecha consignadas.

El rey Enrique dirige su ejército hacia Medina del Campo pero lo hace pasando por delante de Olmedo. El príncipe Alfonso al conocer el trayecto que sigue Enrique, pensando que pretende atacarle en Olmedo, decide presentarle batalla si persiste en seguir la ruta trazada, aunque no cuenta con la totalidad de sus partidarios que por razones diversas no pudieron acudir a su llamada.

Al parecer, antes de la batalla, según CASTILLO, los enemigos del rey se sirven primero de “algunas personas religiosas” para solicitarle que no llegue al enfrentamiento armado, buscando otro camino para conducir a su ejército de paso a Medina del Campo, a lo que Enrique IV no accede por la manera altanera como se lo piden, por más que su voluntad fuese la de no querer la confrontación armada.<sup>4</sup>. Mas adelante, vuelve a referir CASTILLO, se produce una nueva petición al rey por parte de los partidarios de Alfonso, sirviéndose ahora de la intermediación de mosén Pierres de Peralta, condestable de Navarra, que tampoco tiene éxito, pues cuando éste llega ante el rey la batalla se había iniciado<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> op. cit. cap. XCV, p. 163-164; cap. XCVI, p. 164; cap. XCVII, p. 164-165 y cap. XCVIII, p. 165-166.

<sup>2</sup> op. cit. cap. VIII, p. 219-224.

<sup>3</sup> Valera, Mosén Diego de.: “*Memorial de diversas hazañas*”. Biblioteca de Autores Españoles. cap. XXXVIII, p. 41-45.

<sup>4</sup> op. cit. p.163.

<sup>5</sup> op. cit. p. 164.

Según PALENCIA, el que solicita que no tenga lugar el enfrentamiento es el rey, quién envía al campo de Alfonso a un religioso trinitario para que ruegue al arzobispo de Toledo que le permita el paso, ya que no tiene deseos de consumir el enfrentamiento. Se niega éste desencadenándose el combate<sup>6</sup>.

Para VALERA<sup>7</sup>, el acontecimiento tuvo lugar como lo describió PALENCIA.

Creo que, antes de continuar con el relato de los hechos históricos de la batalla de Olmedo, convendría reflexionar sobre las discrepancias detectadas tras la lectura de los cronistas, que como tendremos ocasión de comprobar se volverán a repetir.

#### ANÁLISIS DE LAS DISCREPANCIAS DE LOS HECHOS, SEGÚN LOS CRONISTAS.-

En un principio, conociendo el carácter del rey y su tendencia a la negociación, parece que el relato de PALENCIA es el que más se ajusta a la realidad del momento. ¿Pero cómo no se opusieron abiertamente sus partidarios a esta vergonzosa negociación, en circunstancias tan poco oportunas? Quizás, por necesitar contar con el beneplácito del rey, que era el que legitimaba la guerra. Su negativa hubiera implicado la total deslegitimación para la batalla. Posiblemente le dejaron hacer, pero sin que negociara cambiar el itinerario, a sabiendas de que así, se negarían a aceptar sus razones los partidarios de Alfonso. No impidiéndose la confrontación armada que deseaban. Parece que pudo ser lo más probable. Pero, ¿por qué este deseo de lucha de los realistas? ¿Eran conscientes de su superioridad? Con seguridad tenían conocimiento de las dificultades que había tenido el príncipe Alfonso en reunir a todos sus hombres de armas, suponiendo que sus efectivos deberían estar considerablemente reducidos. El momento les debió parecer el más propicio para ganar el combate y quién sabe si también el conflicto armado. Por otra parte se veían obligados a combatir por puro “narcisismo”. ¿Cómo iba a quedar su honra si en el momento en que estaban cedían frente a sus iguales? De una u otra forma obligaron al rey al enfrentamiento. En definitiva, se servían una vez más de él, para conseguir sus fines, muy alejados de sus obligaciones hacia su soberano.

¿Podían estar más cerca de la verdad los hechos narrados por DIEGO ENRÍQUEZ DEL CASTILLO? Parece, que los que más decididos al enfrentamiento desde el primer

---

<sup>6</sup> op. cit. p. 221.

<sup>7</sup> op. cit. p. 42



momento son los partidarios del rey, que con su intención de pasar delante de las puertas de Olmedo están retando a los otros, siendo su actitud la menos proclives a suspender la batalla. Los enemigos del monarca, sorprendidos por el avance del ejército realista podían haber intentado impedir el enfrentamiento mandando unos negociadores. Hasta aquí, parece verosímil el relato de CASTILLO. Pero las cosas se complican cuando el que hace de negociador es mosén Pierres de Peralta<sup>♦</sup> que acude al rey cuando la batalla está a punto de iniciarse, no pudiendo cumplir su misión porque la lucha se había desencadenado. Incluso esto resulta verosímil. Pero lo que llama la atención son las razones que se aducen para explicar la presencia en el escenario de la batalla de mosén Pierres de Peralta.

Según PALENCIA el condestable de Navarra integraba un pequeño grupo de caballeros que acompañaban a Enrique IV antes de comenzar la batalla. El rey le encarga que establezca el orden de batalla de sus fuerzas<sup>8</sup>. He aquí un hecho que resulta incongruente, ya que mosén Pierres de Peralta no es precisamente un aliado suyo, ¿se le pediría a alguien cuya parcialidad a favor de los alfonsinos es notoria que organizase las fuerzas propias para el combate contra éstos? Y, sobre todo, ¿aceptarían los enriqueños que alguien afín al bando contrario ordene sus cuadros? PALENCIA no nos dice que está haciendo en el bando realista mosén Pierres, salvo que está allí casualmente como integrante de una embajada<sup>9</sup>. Es CASTILLO quien nos da una pista más concreta cuando refiere que Pierres de Peralta había sido enviado al monarca por los del bando del bando alfonsino “*para que le suplicase que aquella batalla se excusase, considerando los muertos, é daño, é males que de allí se podrían rescrescer*”<sup>10</sup>, es decir, que era el nuevo mediador ante el soberano para impedir la batalla. Todavía más fuera de la lógica que el rey pidiera al mediador de los contrarios que organizase sus fuerzas para la batalla, como afirma PALENCIA. Pero las incongruencias en torno a este personaje no quedan aquí, ya que Enrique IV una vez comenzada la batalla de Olmedo, se queda solo con un grupo de “*quatro ó cinco de á caballo é Mosén Pierres de Peralta, parcial de los enemigos e poco servidor del Rey*”<sup>11</sup>, nos dice CASTILLO. Y más aún, en el curso de la batalla mosén Pierres de Peralta, sigue contándonos el

---

♦ Impresiona como que el condestable de Navarra “a iniciativa propia” pretende concertar una paz con el rey. ¿Conocía el carácter contemporizador de éste? Debía conocerlo muy bien, pues consigue engañarlo, como relata Castillo.

<sup>8</sup> op. cit. p. 220

<sup>9</sup> op. cit. p. 220

<sup>10</sup> op. cit. p. 164.

<sup>11</sup> op. cit. p. 164

cronista, engaña al rey sobre el curso de la batalla convenciéndole de que los suyos están perdiendo y que debe salvarse abandonando el campo. Esto es suficiente para que huya Enrique a la aldea de Pozal de Gallinas, a media legua del campo de batalla<sup>12</sup>.

La referencia de estos hechos que nos ha transmitido VALERA<sup>13</sup>, es en todo coincidente con la de PALENCIA, salvo que en el relato de VALERA se llama a la aldea a la que huye el rey, Pozaldes<sup>14</sup>.

Resulta imprescindible, para comprender el papel de Enrique IV durante la batalla y la actitud de sus partidarios hacia su persona, volver sobre la soledad del rey durante la refriega. Resulta una figura decorativa. Por no intervenir, ni siquiera enarbolar nadie durante la batalla su *Pendón Real*; bien es verdad que él así lo decide<sup>15</sup>, precisamente por esa humildad mal entendida que constituye un rasgo indudable de su carácter<sup>♦</sup>. Por la misma razón es engañado por el condestable de Navarra, al que ve más como “hombre bueno” que busca la paz, que como partidario de sus enemigos; además, la reputación de este personaje, que conocemos por PALENCIA<sup>16</sup>, le hace sentirse cohibido en cuanto a su opinión del curso del combate del que ambos eran espectadores, aceptando sin la menor crítica u opinión propia, que su bando era el perdedor de la batalla. Se pone en fuga también porque mosén Pierres de Peralta se lo pide en bien de su seguridad. Este comportamiento confiado y dependiente frente a un enemigo -que con seguridad estaba poniendo en práctica un plan taimado preestablecido- solo puede entenderse en una persona psíquicamente anómala.

Estas actitudes inadecuadas y poco reflexivas del rey, no quedarían más que como meras anécdotas de la vida de alguien, pero en el caso de Enrique IV eran auténticas armas en manos de sus enemigos, de las que estos se servían para atacarlo a él o a sus leales. ¿Fue acertada la decisión del rey de tener su *Pendón Real* guardado en un baúl en lugar de figurar como enseña en la batalla? Con independencia de las razones poco comprensibles que la determinaron, fue una decisión nefasta. Teniendo en cuenta que tras el saqueo -de la mal protegida impedimenta que transportaba la hueste

---

<sup>12</sup> op. cit. p. 165

<sup>13</sup> op. cit. p. 42

<sup>14</sup> op. cit. p. 43

<sup>15</sup> Castillo nos dice: “...aquel día suplicaron al Rey que mandase sacar su pendón real o alguna de sus banderas, respondió que pues él no traía batalla de gente d’armas, que no era razón que su pendón Real saliese al campo, ni se desplecase tampoco bandera ninguna”. (op. cit. ps. 163-164).

♦ ¿Cómo si no puede entenderse que poniéndose a la altura de cualquiera de sus nobles, es decir, despojándose de su papel de rey, no quiera hacerse notar en el combate porque no aportaba soldados propios?

<sup>16</sup> op. cit. p.220: “...que tenía reputación de entendido en disponer las fuerzas para el combate...”

del monarca al entrar en batalla- efectuado por las fuerzas del príncipe Alfonso, uno de los objetos hurtado fue el Pendón Real. El uso que posteriormente se hizo del mismo por esta facción, no pudo ser peor para el rey y sus partidarios y más beneficioso para sus enemigos de lo que resultó. Véase si no lo que refiere VALERA -también los otros cronistas lo relatan- cuando hace un balance del resultado de la batalla -en el que más adelante nos detendremos- pero del que ahora conviene destacar el párrafo que textualmente dice: “*Por parte del Rey D. Alfonso fueron tomadas siete banderas(...) é un pendón real del Rey D. Enrique que venía metido en un arca*”<sup>17</sup>, es decir, que sin haber sido honrado interviniendo en la batalla, la enseña del monarca quedaba en poder del enemigo como botín de guerra: ¡un tanto deshonrada! Cubriendo de oprobio por igual al rey y a sus leales.

¿Debió el soberano hacer caso de la opinión del condestable de Navarra y seguir su sugerencia? Parece que no debió de haberlo hecho, porque el comentario de los cronistas -que debía ser la opinaban tanto de enriqueños como alfonsinos- no podía ser peor para su reputación: ¡Enrique IV huyó de la batalla! Esto, por parte de otro rey, podía haber significado la derrota de los suyos, que al ver retirarse a su caudillo, también habrían huido ellos del campo de batalla; el que tal no ocurriese en Olmedo, nos indica, al menos dos cosas: a) que el rey era un mero espectador y, b) que carecía de liderazgo entre los suyos; la estima que le tenían se demuestra también en cómo al comenzar la batalla queda casi sin protección y en compañía de mosén Pierres de Peralta ¿Qué distinto el comportamiento del arzobispo de Toledo con “su rey Alfonso”? Al que, -aunque sirviéndole de mero objeto de manejo- le guarda por completo las formas, portando él o sus guerreros el Pendón Real de éste y acudiendo en diversas ocasiones en el curso de la batalla, para ver como se encontraba en el convento desde donde la siguió acompañado de caballeros leales.

Otro acontecimiento, anterior a la batalla, narrado por los cronistas, en que también resultan llamativas las discrepancias, es aquel -comenzando por lo referido en la crónica de CASTILLO- en el que nos cuenta lo acontecido al duque de Alburquerque. Tras entrevistarse con un *rey de armas* conocido suyo y militante en el bando alfonsino, le hace saber que durante la batalla se presentará con todas sus enseñas y escudo de armas, para ser fácilmente reconocido por quienes en el bando contrario habían hecho

---

<sup>17</sup> op. cit. p. 43.

votos para matarlo en el combate<sup>18</sup>. PALENCIA no mencionada para nada este hecho, pero sí refiere como el arzobispo de Toledo tras contestar a Enrique IV que el paso de sus tropas por Olmedo afrontaba al rey Alfonso debiendo emprender otro camino o prepararse para la batalla<sup>19</sup>, aprovecha también para comunicarle “(...) *que sabiendo cómo algunos caballeros tenían cargo de buscarle a él exclusivamente en el fragor de la pelea, había resuelto, para ser más conocido, ponerse sobre la armadura una camisa blanca con estola roja cruzada sobre el pecho*”.<sup>20</sup>

VALERA solo menciona que tras no aceptar la oferta de Enrique IV, “*E luego el Arzobispo, ordenada sus batallas puso sobre sí su cota de armas é un estola colorada con cruces blancas...*”<sup>21</sup>. Por supuesto CASTILLO ignora esto por completo.

Estas discrepancias entre los cronistas lo único que denotan es su carácter partidista, realzando la valentía y el arrojo de los personajes más destacados de su bando, y ocultando o no mencionando las del contrario. Precisamente todos los personajes significados expresamente por los cronistas, que hemos mencionado, se destacaron por su arrojo y valentía durante la batalla.

Opino, para concluir con este apartado en el que he intentado analizar las contradicciones encontradas en nuestras fuentes, que la parcialidad, sobre todo de Palencia y Castillo, no es óbice que nos impida reconocerles, que con mayor o menor precisión, según las ocasiones, refieren lo acontecido con fidelidad, como se evidencia cuando en general, cuentan los pormenores de la batalla, que seguidamente vamos a abordar.

PLAN, ORDEN DE LA BATALLA, MANDOS DE LAS DISTINTAS “BATALLAS”.-

EFFECTIVOS QUE INTERVIENEN EN LA BATALLA.-

---




<sup>18</sup> Este encuentro lo refiere Castillo en el Cap. XCIII. p. 162, estando Beltrán con la hueste del rey en Cuéllar y vuelve a referirlo en el Cap. XCVII, p. 164, durante el curso de la batalla, como cumplimiento de su palabra por Beltrán de la Cueva: “(...) *el Duque de Alburquerque iba muy señalado, según lo avía prometido al Rey d’armas, que le fue á avisar del juramento contra él fecho los caballeros e hidalgos que lo buscaban(...)*”

<sup>19</sup> Es posible que en este pasaje Palencia hace referencia a lo que Castillo ( Cap. XCVp.163) considera que es una petición del arzobispo al rey a través de “personas religiosas”. Realmente lo que parece que hace ver Palencia es que el arzobispo de Toledo, valiéndose del negociador trinitario del rey que le solicitaba en nombre de éste que le dejaran pasar frente a Olmedo, realiza una contra oferta al rey, “(...) *él [arzobispo] con más razón suplicaba que si su ánimo era evitar el encuentro, o no pasase adelante...o emprendiese otro camino; más que si tal no fuera su opinión se preparara a la batalla (Cap. VIII, p. 221)*”. Se expresa en términos duros negándose a lo solicitado por el rey que se siente ofendido.

<sup>20</sup> op. cit. p. 221.

<sup>21</sup> op. cit. p. 42.

# **PLAN Y ORDEN DE BATALLA** **(FACCIONES ENFRENTADAS)**

PARTIDARIOS DE D. ENRIQUE		PARTIDARIOS DE D. ALFONSO
<ul style="list-style-type: none"> <li>• <b>D. Pedro de Velasco</b></li> <li>• <b>y Juan de Velasco</b></li> </ul>		<b>Arzobispo de Toledo</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• <b>Marqués de Santillana</b></li> <li>• <b>Sus hermanos y</b></li> <li>• <b>Juan Fernández Galindo</b></li> </ul>		<b>Clavero de Calatrava</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• <b>Duque de Alburquerque</b></li> <li>•</li> </ul>		<b>D. Fernando de Fonseca</b> (Hermano del arzobispo de Sevilla)
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Tomado de Diego Enríquez del Castillo. op. cit. p. 164</li> <li>• (Que coincide con los otros cronistas)</li> </ul>		

En cuando a los efectivos que se enfrentan, todos los cronistas con pequeñas variantes están de acuerdo en su número, desprendiéndose de sus afirmaciones que ambos bandos estaban igualados en cuanto al contingente de fuerzas enfrentadas en el combate, ya que si el príncipe Alfonso contaba con más caballos, Enrique IV tenía más hombres de armas. En cuanto al mayor número de peones del bando del monarca debe entenderse como que su ejército constituía un contingente de fuerzas en marcha, de ahí que contase con una impedimenta mayor formada por treinta carros y cien acémilas que debían ser atendidas, mientras que el príncipe Alfonso está asentado en Olmedo.

Resulta también concordante los distintos incidentes de los combates, las personas que destacan, así como el tiempo que dura la lucha: 3 horas.

Donde nuevamente aparecen las discrepancias es cuando hacen referencia al resultado de la batalla que para CASTILLO es un triunfo del rey Enrique, mientras que PALENCIA da como vencedores a los alfonsinos. VALERA sólo comenta que uno y otro contingente se adjudicaban la victoria indistintamente.

#### EVALUACIÓN OBJETIVA DE LOS RESULTADOS.-

Para establecerla me voy a ceñir a la crónica de VALERA cuando refiere el número de muertos: Cuarenta entre los enriqueños y cien en el bando del príncipe; son cifras de cierta importancia para lo que solía acontecer en los encuentros de la época, dándonos idea del ensañamiento que pusieron los combatientes. Los caballos muertos en ambos bandos fueron doscientos ochenta. Los prisioneros del bando alfonsino fueron sesenta, mientras que los del rey doscientos cuarenta<sup>22</sup>. El recuento de bajas que consigna en su crónica PALENCIA<sup>23</sup> coincide con la de VALERA en cuanto a los muertos enriqueños, pero es abrumadoramente discordante en cuanto a los muertos alfonsinos, que dice que fueron cinco. Lamentablemente CASTILLO no hace mención a las bajas habidas tras la batalla, resultando de este modo muy difícil aproximarnos a la realidad.

En cuanto a las banderas capturadas, el bando del monarca se hizo con cinco, mientras que los partidarios de Alfonso se apoderaron de siete, una de ellas el Pendón Real del soberano, que no fue ganado en combate sino robado.

---

<sup>22</sup> Si se comparan las cifras de prisioneros con las de muertos habidas en ambos bandos, resulta que los partidarios del príncipe Alfonso se mostraron más fieros que los de Enrique IV, que se rindieron al contrario, salvando la vida, más frecuentemente que los otros.

<sup>23</sup> op. cit. p. 223

Tras esta somera evaluación y con independencia de la consideración de las hazañas que de manera individual realizaron los caballeros de uno y otro bando, creo que podría concluirse que la batalla terminó en empate técnico.

Son muchos los autores que opinan que los ganadores fueron los del bando del rey, pero ninguno llega a considerar que se trató de una clara victoria. Según SUÁREZ, “*el resultado fue tácticamente favorable a los enriqueños (...)*”<sup>24</sup>. Lo confuso de los relatos de los cronistas da pie a múltiples interpretaciones. Sí parece que la tropa enriqueña, terminado el encuentro marchó precipitadamente camino de Medina del Campo, sin prestar la menor atención a la ocupación del campo de batalla, que fue aprovechado por los alfonsinos para, siguiendo los usos de la época, hacer suyo el campo en señal de victoria. Debe tenerse en cuenta que los enriqueños iban de paso para ayudar a los de la Mota, careciendo de sentido la ocupación de un terreno frente a la ciudad asentamiento de los enemigos. Este comportamiento parece coherente con un resultado en tablas, ya que en caso de haber infringido una clara derrota al ejército de Alfonso, lo correcto tácticamente hubiera sido intentar desalojar al enemigo de la ciudad de Olmedo, lo que posiblemente estaba en la mente de los jefes enriqueños, pero que dado el resultado no pudieron poner en práctica, de ahí que siguieran su camino hacia Medina ciudad en la que celebraron su victoria, venciendo la pusilánime resistencia de Enrique IV.

Un hecho que narran todos los cronistas, es el que trata de cómo el conde de Alba que, aunque estaba comprometido con el soberano –había recibido de éste el dinero que le pidió para reunir hombres de armas- no se presentó en el campo de batalla. Pasándose después al bando alfonsino tras haber pactado la cesión de Montalbán con Juan Pacheco y el Puente del Arzobispo con el de Toledo<sup>25</sup>. La trascendencia de este hecho reside en que en el bando del príncipe Alfonso se estaba integrando un importante número de efectivos traídos por otros tantos señores que se le unieron tras la batalla de Olmedo. Se trataba de un plan estratégico que hizo creer a los enriqueños que sus contrarios proyectaban cercarlos en Medina, donde se encontraban. Resultando ser en realidad, una inteligente estrategia de distracción, que le costaría muy cara el rey, al ser la causa de la pérdida de Segovia.

---

<sup>24</sup> op. cit. p. 375.

<sup>25</sup> Se trata de un claro ejemplo de lo que eran los nobles con los que tuvo que convivir Enrique IV, sujetos movidos exclusivamente por sus propios intereses, que se sirvieron de la debilidad e inoperancia del Rey para conseguir sus fines.

Otro hecho también significativo tras la batalla de Olmedo fue la llegada a finales de agosto de 1467 a Medina del Campo de Antonio Veneris, obispo de León y nuncio apostólico de Paulo II, con poderes de legado “*a latere*”. Desde una perspectiva política constituía su llegada una ayuda inestimable para Enrique IV, ya que aunque la misión de la legación de Veneris era la de restaurar la paz en el reino castellano, su posicionamiento era decididamente proenriqueño. Para el Santo Padre y su legado, como afirma NIETO SORIA<sup>26</sup>, el acto de rebeldía contra el rey era algo incompatible con la ley de Dios. Pero la paz que necesariamente debía conseguirse, se sustentaría sobre la clemencia y el perdón del monarca hacia sus súbditos rebeldes. El nuncio, tras conseguir del rey que perdonase las ofensas de sus nobles rebeldes –cosa que no debió serle difícil, dada la personalidad de Enrique IV-, partió para el monasterio de la Mejorada distante una milla de Olmedo donde debía entrevistarse con Juan Pacheco, el arzobispo de Toledo, y otros partidarios del príncipe Alfonso. Tras la entrevista, le quedó muy claro al obispo de León, que los enemigos del rey no aceptan como bases para una negociación, los planteamientos sostenidos por la Santa Sede, de ahí que la mediación pontificia, tan beneficosa políticamente para don Enrique, perdiese toda su relevancia como solución al conflicto entre ambas partes.

#### COMENTARIOS SOBRE LOS HECHOS REFERIDOS.-

De todo lo referido conviene extraer algunas conclusiones con relación a la actitud del monarca y su conducta frente a tales acontecimientos.

La actitud adoptada por Enrique IV en casi todos los episodios descritos se rige por su inseguridad y su falta de iniciativa. En ocasiones adopta una conducta ambivalente, en otras se muestra negociador y pronto a ceder; su inseguridad y falta de autoestima le llevan a anteponer la opinión de los otros a la suya, aunque sea contraria a sus intereses y, en muchos casos, a la razón, adoptando una conducta ingenua y confiada hasta límites inimaginables.

Así; son sus nobles los que le imponen la ruta a seguir por el ejército en su expedición de ayuda a Medina del Campo, ya que el rey, en un principio pretendía seguir otro itinerario. Estando frente al enemigo en franco orden de batalla, pretende rehuir el combate enviando negociadores al bando contrario. Cuando el arzobispo de Toledo le pide que cambie el itinerario no lo hace por las maneras como se le dice, que considera altaneras y poco corteses; pero es posible que la verdadera razón de no

---

<sup>26</sup> Nieto Soria, J.M.: “*Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)*”. En la España Medieval, 19 (1996). ps. 167-238.



hacerlo fuera que no se lo permitieron los suyos. Además de abstenerse de participar directamente en la lucha -cosa comprensible tratándose del soberano- impide que su Pendón Real se despliegue en la pelea, alegando no aportar soldados propios.

Estas acciones evitativas, poco comprensibles, solo pueden ser interpretadas psicológicamente si suponemos que el rey pretendió dar a sus nobles la imagen del padre víctima de los agravios de unos hijos, a los que no solo no castiga, sino que perdonaba, resultándole inevitable impedir que sean atacados por sus hermanos. Se corresponde este comportamiento con su actitud ambivalente. Es como si dijera *esto que está ocurriendo es por mí, pero ni está promovido por mí, ni es algo que yo quiera que ocurra, sois vosotros, hijos ingratos, los que lo causáis. Yo como padre vuestro estaré siempre dispuesto a perdonar.*

El significativo aislamiento que adopta el Enrique IV en todo momento frente a los hechos que están teniendo lugar, nos hace percibirlo como si fuera un espectador que observase desde una posición privilegiada la representación de una tragedia en la que los personajes están vinculados a él por lazos afectivos (unos son sus malos hijos, otros sus buenos hijos), obran como lo hacen por él (luchan entre sí), pero no puede intervenir (sí lo hiciera, no sería el padre bondadoso y clemente con sus hijos descarriados; tampoco puede impedir a sus buenos hijos que actúen como lo hacen, porque sus acciones contra los otros están movidas por la justicia)<sup>26</sup>.

Destacar, por último, la que podemos considerar como una conducta ingenua y confiada, en unas circunstancias muy comprometidas -el combate acaba de comenzar, él se encuentra con una escolta muy reducida y en compañía de un claro partidario de sus enemigos- y, sin embargo, acepta el juicio del condestable de Navarra y huye del campo de batalla. Esta aparente ingenuidad y confianza pueden ser entendidas como actitudes determinadas por un patrón comportamental de "dependencia-sumisión", cuyo proceso mental elaborado por el rey podría ser el siguiente : *"Mosén Pierres es un guerrero experto y un caballero cabal, su criterio de que mis partidarios están perdiendo la batalla se basa en su dilatada experiencia, la mía es mucho menor ¡ Él tiene razón! Su consejo proponiéndome que abandone el campo es sincero ¡Debo hacerle caso y huir!*

---

<sup>26</sup> Pareciera que Enrique IV no quisiera aceptar o no pudiera comprender que los nobles que se le oponen, son encarnizados enemigos suyos, que se valen de todo lo que está en sus manos para combatirlo llegan incluso a no cumplir lo ordenado por el Papa, cosa difícil de entender en aquellos que pertenecen al alto clero. Para todos ellos ha dejado de ser su rey.

Quiero resaltar aquí que aunque el estupor o la sorpresa sean las formas de expresión que tendría un observador imparcial ante los hechos relatados por los cronistas, considerando a Enrique IV como una persona incapaz y cobarde, el comportamiento real, tan incomprensible racionalmente, puede ser comprendido psicológicamente e incluso hasta explicado psicopatológicamente.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la batalla de Olmedo para el rey y sus partidarios? Extraordinariamente negativas, así,

- Pierden el Pendón Real.
- Pierden la impedimenta que transportaban.
- El Conde de Alba se pasa al enemigo.
- Fracasen los intentos del Papa y Antonio Veneris por sostener su legitimidad.
- Son sorprendidos por la estrategia de sus enemigos, que consiguen hacerse con Segovia.

## **LA OCUPACIÓN DE SEGOVIA.-**

Fecha: (17 de septiembre de 1467)

Lugar: Ciudad de Segovia.

Fuentes: Crónica de DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO (ps. 167-170).  
Crónica de ALFONSO DE PALENCIA (ps. 229-233).

### **HECHOS HISTÓRICOS NARRADOS POR D. ENRIQUEZ DEL CASTILLO**

Informan a Enrique IV que Pedrarias de Ávila estaba en tratos con los partidarios del príncipe Alfonso para facilitarles la entrada en Segovia y apoderarse de la ciudad. Aparentemente el rey no se inquieta ya que, “...*confiándose en las muchas mercedes é honras que al padre é á los hijos avia fecho...é como avia fecho Obispo de Segovia a su hermano Juan Arias, no lo quiso creer*”<sup>1</sup>. No obstante, llama a ambos hermanos y se entrevista con ellos. Habiéndoles jurado éstos su fidelidad, el rey les mantiene su confianza y les autoriza a partir para Segovia.

Pero Pedrarias por vengarse de una injusta acción del Rey -que habiendo creído una falsa denuncia contra él le había hecho prender siendo herido de gravedad al resistirse-<sup>2</sup>, inició tratos con el maestre de Santiago, Juan Pacheco<sup>3</sup>, a través de su hombre de confianza Luis de Mesa. De esta forma consigue cerrar un acuerdo con el maestre en el que participan también el obispo de Segovia, el maestro de Prexamo, el prior del convento jerónimo de El Parral, Luis de Mesa y el alcaide del Alcazar, Perucho de Monjaraz, todos encabezados por Pedrarias.

Fue precisamente Perucho quién facilitó a los partidarios de Alfonso la entrada en la ciudad, a través de un portillo abierto en la muralla que daba a la casa del Obispo. Por esta vía, entran en la ciudad Ponce de León y el conde de Paredes con la caballería sevillana. Acuden después las restantes fuerzas alfonsinas que habían salido de Olmedo cautelosamente y que esperaban concentradas en las proximidades de Segovia, y venciendo cierta resistencia inicial – que Pedrarias se encarga apaciguar- la ocupan.

---

<sup>1</sup> Diego Enríquez del Castillo. op. cit. p. 167

<sup>2</sup> Según Castillo, el marqués de Villena con la intervención también de Fonseca son quién promueven la denuncia a Pedrarias. op. cit. Cap. LXXXIX. P. 158.

<sup>3</sup> Sorprendentemente resulta ser la misma persona que le había denunciado ante el rey, responsable por ello de los aconteciendo por los que fue herido y encarcelado.

Cuando tenía lugar el hecho comentado estaban en Segovia, la reina y la infanta Isabel. Relata CASTILLO<sup>4</sup> como la reina atemorizada por la toma de la ciudad por los señores de Olmedo, se refugia primero en la iglesia mayor, rogando después al alcaide del alcázar-fortaleza que la acogiese instalándose allí acompañada por la duquesa de Alburquerque. La infanta Isabel se quedó en el palacio real, donde fueron a visitarla los partidarios de su hermano Alfonso, siendo acogida por éste con mucho afecto.

Cuando Enrique IV tuvo noticias de la ocupación de Segovia, experimentó intensa ira que se tornó en una gran tristeza. Sin posibilidad de emprender medidas que cambiasen el rumbo de lo acontecido, decide partir para Cuéllar. Por el camino, el conde de Treviño le pide tomar la plaza fuerte de Íscar para satisfacer una venganza personal. Autorizado por el rey y asistido por las fuerzas del marqués de Santillana, el duque de Alburquerque y las de Pedro de Velasco, ocupan Íscar.

Llegado a Cuéllar, el rey se muestra profundamente abatimiento. El relato de CASTILLO es sumamente expresivo al respecto: *“E de tal forma se entristeció, que ningún hombre humano, de cualquier suerte que fuera, pudiera mostrar tan poca disimulación como él”*<sup>5</sup>. Parece quedarse sin iniciativa, hasta el punto que puesto en contacto con él el maestre de Santiago –su enemigo declarado, instigador y coejecutor de la toma de Segovia- le convence para que se desplace a Coca donde estaba el arzobispo de Sevilla y abandone a sus tropas leales. Esto equivalía a la entrega del rey a sus enemigos. Los enriqueños viendo el sometimiento de su soberano al maestre Juan Pacheco, deciden disolverse marchando cada cual a su lugar de origen.

En Coca es acogido el rey, con muy pocos de los suyos, por el arzobispo Fonseca. Al poco, recibe un nuevo comunicado del maestre de Santiago en el que le pide que se desplace al alcázar de Segovia, indicación que también obedece.

A media legua de Segovia salen a recibirlo Gómez de Cáceres, maestre de Alcántara y Garcí-Álvarez de Toledo, conde de Alba; según CASTILLO, (...) *tan sin vergüenza ninguna como si mucho le ovieran servido, é nunca les oviera fecho mercedes*”. Llegado a Segovia es recibido desabridamente por el alcaide Perucho en el alcázar, donde se aposenta.

---

<sup>4</sup> op. cit. p. 168

<sup>5</sup> op. cit. p. 169.

Como había acordado con el maestre de Santiago acude a la iglesia catedral, próxima al alcázar, donde se entrevista con el maestre y otros señores de su facción<sup>6</sup>. Tras las correspondientes deliberaciones conciertan lo siguiente:

- 1.- Que el rey mande entregar el alcázar-fortaleza al maestre de Santiago.
- 2.- Qué el tesoro real depositado en el alcázar segoviano, sea trasladado al alcázar de Madrid, fortaleza de la que se nombraba alcaide a Perucho que se encargaría de la custodia del tesoro.
- 3.- Qué la reina fuera puesta como rehén bajo la custodia del arzobispo de Sevilla.
- 4.- Se comprometían que pasados seis meses restituirían al rey el poder.

En principio, todo lo concertado se realizó, salvo el punto cuarto, que naturalmente no se llegó a cumplir. Posteriormente el rey abandona Segovia y, creo no pecar de exagerado si digo que, pidió asilo a los condes de Plasencia.

Llega a Plasencia con una escolta de solo diez cabalgaduras en total abandono por parte de todos. En esta ciudad estuvo cuatro meses, esperando que se cumpliese lo pactado con Juan Pacheco y los nobles rebeldes. Cuando el conde y la condesa de Plasencia comprenden la inutilidad de la espera, sienten lástima del rey y se ofrecen a ayudarle; pero vuelve a intervenir el maestre de Santiago que reavivando las esperanzas del monarca, consigue con su intervención bloquear la iniciativa de ayuda de los condes de Plasencia.

Estos son los hechos históricos sobre la ocupación de Segovia por los partidarios de Alfonso XII, que extractados de la crónica de DIEGO ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, hemos transcrito aquí para su posterior análisis psicológico.

#### HECHOS HISTÓRICOS NARRADOS POR ALFONSO DE PALENCIA.-

Según se desprende del relato que hace PALENCIA<sup>7</sup> –muy en sintonía con el de CASTILLO- la ocupación de Segovia era un plan magníficamente concebido por el maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo, en el que lo menos relevante era incrementar el número de ciudades en poder de Alfonso, porque lo verdaderamente importante eran otras actuaciones de mucho mayor calado estratégico. Así, conocedores -sobre todo Juan Pacheco- de los sentimientos más íntimos del rey y de su débil carácter y absoluta falta de iniciativa, conciben un plan que hoy calificaríamos con todo rigor como de táctica psicológica. Saben lo que la ciudad de Segovia representa para Enrique

---

<sup>6</sup> La total sumisión del rey y el comportamiento descortés de Pacheco, son un claro exponente de que era tratado no como el soberano de Castilla, sino como un vencido en manos de sus vencedores.

<sup>7</sup> op. cit., libro X, cap. I, ps. 229-233.

IV -es la ciudad en la que se crió y educó, de ahí su particular cariño y apego; se había encargado de embellecerla; le servía como refugio de sus frecuentes huidas del contacto con la gente; en sus campos y bosques, que cuidaba con esmero, encontraba el mayor solaz dedicado a la caza y a la contemplación de la naturaleza; en el alcázar fortaleza de Segovia se encontraba protegido y en paz, habiendo depositado allí su tesoro real, etc.-. Por todo ello, maestre y arzobispo entendían que la acción de ocuparla era mucho más decisiva para la marcha de la guerra que muchas victorias parciales ganadas en batallas. Se trataba de aniquilar por completo al rey a un mínimo coste para ellos. Por eso, parece que el plan general para ocupar Segovia se diseñó conforme a la más escrupulosa estrategia militar desarrollada por un estado mayor de gran competencia profesional dirigido por ambos personajes.

Refiere PALENCIA<sup>8</sup>, cómo hicieron creer a los partidarios de Enrique que la intención de Alfonso era la de dirigirse a atacar Medina del Campo, movilizándolo el grueso de sus tropas acampadas en distintos lugares, Olmedo, Arévalo, Madrigal y Portillo. Como primera medida desplazaron a las inmediaciones de Medina a las fuerzas acantonadas en Portillo, haciendo alarde frente a los de Medina de que tomaban posiciones, llevándoles estas maniobras todo el día. Por la noche el arzobispo de Toledo dirigió cautelosamente sus tropas camino de Segovia. Lo mismo hicieron las restantes fuerzas del príncipe Alfonso, concentrándose un importante contingente en los bosques próximos a Segovia. Llegada la mañana penetraron en la ciudad ayudados por Pedrarias -que les facilitó un portillo de acceso practicado en la muralla y que conectaba con la casa del obispo- las fuerzas del conde de Paredes y de Manuel Ponce de León. Al principio, los habitantes de la ciudad alarmados ante lo que consideran una invasión recurren a las armas, pero son calmados por Pedrarias que consigue que depongan su actitud defensiva. Sólo el alcázar, sigue narrando PALENCIA, se resiste a ser ocupada<sup>9</sup>.

Enrique IV se encontraba en Medina cuando recibe la noticia de la ocupación de Segovia. Tras mostrarse colérico mandó dirigir sus tropas contra Olmedo, pero la ciudad se le resistió, viéndose obligado a abandonar su intento. Pone rumbo a Segovia. En el camino toman la plaza fuerte de Íscar, donde el rey permanece un día. De allí se traslada a Cuéllar para reunirse con el grueso de sus tropas.

---

<sup>8</sup> op. cit. p. 231.

<sup>9</sup> Aquí parece que se contradicen Palencia y Castillo, ya que, según este último, Perucho se había pasado desde el primer momento a las filas de Alfonso, resultando raro que se resistiese a sus leales, sin embargo, Palencia dice que por parte de la guarnición del alcázar no se realizaron acciones ofensivas sobre los invasores. Perucho, que como casi todos estos “caballeros” debía ser poco de fiar, disimuló de cara a los habitantes de Segovia una cierta resistencia que estaba muy lejos de desear mantener.

Mientras tanto, Alfonso consolida la ocupación de Segovia con sus fuerzas, entre las que se encontraban los escuadrones traídos por el conde de Alba que había acudido a su llamada. Según PALENCIA, en esos momentos el contingente alfonsino contaba con unos seis mil hombres, mientras que al llamamiento hecho por el rey Enrique solo habían acudido unos dos mil trescientos <sup>10</sup>.

Los partidarios del rey comprenden que las circunstancias por las que atraviesan no son las más propicias para el mantenimiento de las hostilidades, cuentan además con la actitud totalmente derrotista adoptada por Enrique y su entrega en brazos de sus enemigos. Se dispersan, marchándose a sus respectivos estados: el marqués de Santillana se dirige a Guadalajara, el conde de Treviño a Nájera y lo mismo hacen los enriqueños de Zamora, Toro, Salamanca y Valladolid.

Enrique IV, sin ejército y sufriendo en su ánimo el impacto que la pérdida de su querida ciudad le había producido, se siente incapaz de poder reaccionar, no solo para tomar decisiones conducentes a resolver su situación política, sino incluso medidas para mantener mínimamente su dignidad como persona y como rey. Su total sentimiento de indefensión se expresa mediante una conducta que no es la primera vez que asume nuestro personaje; se pone por completo en manos de Juan Pacheco quién, como tantas otras veces, le convence para que pacte con los caballeros rebeldes, y le indica además que se dirija a Coca para reconciliarse con el arzobispo de Sevilla.

Llegado a la ciudad es acogido por Fonseca que lo hospeda junto a un reducido número de sus guardias. El monarca se compromete a entregar al arzobispo a su esposa la reina, que quedará bajo su custodia y protección.

Siguiendo con el plan trazado por Pacheco, el 28 de septiembre entra el rey en Segovia acompañado por un insignificante séquito formado por cinco guardias montados en mulas. Previamente, había sufrido un serio percance que pudo incluso costarle la vida, al producirse un intento de ataque a su reducida comitiva por parte de García Manrique y Diego de Rojas a las puertas de la ciudad, y que fue abortada gracias a la intervención del maestre de Alcántara y el conde de Alba, que habían salido con 400 hombres de a caballo a recibirlo.

La situación en que se encuentra el rey no podía ser más lamentable; entregado por completo en manos de sus enemigos, pero sobre todo, en las del sinuoso Juan Pacheco que, precisamente al día siguiente sería investido en la iglesia de San Miguel

---

<sup>10</sup> op. cit. p. 233.

con el hábito de la orden de Santiago, cuyos pendones recibía en su calidad de maestre de la misma. Estamos ante un nuevo motivo de escarnio para el rey, que tres años antes había concedido en el mismo lugar la dignidad de maestre de Santiago a Beltrán de la Cueva.

El 1 de octubre de 1467, se desplaza Enrique IV del alcázar de Segovia, donde se hospeda, a la Iglesia Mayor de la ciudad para reunirse con el maestre de Santiago y otros partidarios de su hermano Alfonso. A esta reunión no asiste este último, que sigue con atención la marcha de los acontecimientos desde una casa alledaña. Las calles próximas al lugar de la reunión fueron literalmente tomadas por una escuadra constituida por 100 hombres. El monarca, en franca actitud derrotista, les dice a los reunidos que lo más deseado por él es la paz; por eso disolvió sus fuerzas, pasó a Coca a reconciliarse con Fonseca y más tarde se presentó en el alcázar de Segovia. Ahora sostenía con ellos la entrevista que protagonizaban y confiando en las promesa que le habían hecho ...”y á poner en manos de los aquí presentes mi persona, mi honor, mi fortuna, mi libertad y fama”<sup>11</sup>. En cuanto a los acuerdos a los que se llegó en esa reunión —expuestos ya por nosotros más arriba— lo referido por PALENCIA no se aparta en nada de lo contado por CASTILLO.

Hechas las paces y cumplidos los acuerdos por el rey, quienes incumplen lo pactado son los alfonsinos. Así, el almirante Fadrique valiéndose, a manera de excusa, de que ciertos grupos aislados del recién desmantelado ejército de Enrique IV, capitaneados por Garcí Méndez de Badajoz, saqueaban para su abastecimiento ciertos pueblos y caseríos de Toledo y de Valladolid, moviliza una considerable fuerza constituida por 200 caballos ligeros, a los que se unen 400 lanzas más y a cuyo frente se encuentran el primogénito del almirante y el condestable Rodrigo Manrique. Este contingente se encarga de hostigar a los partidarios de Enrique. Otro incumplimiento de los pactos, de mayor relevancia que el referido, tiene lugar. La ciudad de Valladolid estaba por la causa de Enrique IV, pero la marcha de los acontecimientos y el descontento que entre sus partidarios iba creando el comportamiento del monarca, propiciaron que ciertos sectores de la ciudad se inclinasen por el partido alfonsino. Esta situación fue aprovechada por Juan de Vivero para -tras contactar con los descontentos de la ciudad y conocer por ellos que bajo el puente del Pisuerga, próximo a la muralla, existía un vado por el que se podía acceder a una zona desguarnecida de ésta- atravesar

---

<sup>11</sup> Palencia, op. cit. p. 234.



el vado de madrugada, cogiendo desprevenidos a los partidarios del soberano, a quienes pone en fuga y se apodera de la ciudad de Valladolid. Estas acciones de guerra ponían en tela de juicio la buena fe de los nobles rebeldes, siendo la causa del primer desencuentro entre aquellos alfonsinos que habían apostado por el cumplimiento de lo pactado y los que no consideraban tan necesario cumplirlo.

Hay un pasaje relatado por PALENCIA<sup>12</sup> cuya relevancia para entender la patología mental de Enrique IV es de suma importancia, de ahí que lo destaquemos de manera preferente. Refiere PALENCIA, que cuando tras la reunión comentada, el rey abandona Segovia camino de Madrid, al pasar por un arrabal de la ciudad le salió al paso uno de los cuidadores de sus bosques quién, sosteniendo las bridas del caballo del monarca le dijo: *“¿Cómo corréis a vuestra perdición, Rey infortunado, enemigo cruelísimo de vos mismo y nuestro...como aquél que ningún aprecio hace de sí mismo, antes se considera vil y merecedor de todo desdén”*<sup>13</sup>. El rey -sigue relatándonos PALENCIA- tras escucharle, no dice nada, pica espuelas a su caballo y parte *“llorando”* de aquel sitio.

#### CONSECUENCIAS DE LA OCUPACIÓN DE SEGOVIA PARA ENRIQUE IV.-

Conviene, a manera de conclusión de la breve exposición de los hechos históricos consignados, terminar enumerando las consecuencias debidas a los mismos, antes de analizarlos psicológica y psicopatológicamente.

##### CONSECUENCIAS POLÍTICAS:

1. Pérdida de una ciudad de gran valor estratégico y fuerte carga sentimental para el rey.
2. Perdida de la posesión real del alcázar-fortaleza y su entrega a Juan Pacheco.
3. Entrega de la reina como rehén al arzobispo de Sevilla.
4. Se ve privado Enrique IV de la custodia y tutela de su hermana la infanta Isabel -figura importantísima en la línea de sucesión al trono, de ahí la importancia política del hecho-.

---

<sup>12</sup> op. cit. p. 237.

<sup>13</sup> La agudeza del campesino, o más bien, la de Palencia al referirnos lo ocurrido, es de una extraordinaria enjundia psicopatológica, al trasmitirnos -además de una escena llena de dramatismo y unas quejas que muchos ciudadanos podían hacer al rey al sentirse abandonados por él- la total falta de autoestima del rey, sus sentimientos de culpa y su comportamiento autodestructivo.

5. Decisiones sobre el tesoro real, como: pagar con él servicios hechos a Alfonso, trasladarlo al alcázar de Madrid, y responsabilizar de su custodia a Perucho, perjudicaban y violentaban el libre uso y disfrute del mismo por el monarca.
6. El insólito nombramiento de Perucho como alcaide del alcázar de Madrid, importante enclave estratégico y político, así como segunda ciudad con mayor valor sentimental para Enrique IV.
7. Pérdida en cascada de otras ciudades, como sucede con Medina del Campo, Valladolid, etc.

#### CONSECUENCIAS PSICOPATOLÓGICAS.-

1. Desencadenamiento de un grave episodio depresivo.
2. A la ya deteriorada personalidad del monarca se asocia ahora un nuevo trastorno, apareciendo una patología comórbida que lógicamente tiene que complicar extraordinariamente su comportamiento.

#### INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA Y PSICOPATOLÓGICA.-

Su abordaje requiere contar con el conocimiento previo de una serie de circunstancias, sin las cuales sería muy difícil la comprensión de los hechos relatados por ambos cronistas, desde una perspectiva clínica.

Sabemos ya, pues lo hemos descrito con amplitud, la importancia que poseía Segovia para Enrique IV, de ahí que no sorprenda a nadie que representase una gran pérdida para él; pero lo que sí conviene conocer con más detenimiento, son las relaciones previas a estos hechos que mantenía el rey con las figuras más sobresalientes y significadas en los mismos.

Así, el personaje más destacado por los cronistas, bien porque hagan referencia directa a él, o porque implícitamente se le considere el actor principal en la trama que se describe, es el maestro de Santiago, Juan Pacheco. Las relaciones entre Enrique IV y él adquieren un especial relieve.

La personalidad de Juan Pacheco es psicológicamente el polo opuesto a la personalidad del rey. Veámoslo: El maestro de Santiago poseía un carácter enérgico y seguro, un comportamiento decidido, una inteligencia brillante y creativa, un pensamiento racionalista y reflexivo y una moral totalmente carente de escrúpulos. Un individuo con estas características tiene que resultar impactante en sus contactos

interpersonales llegando a ser su influencia irresistible si su "partener" posee una personalidad caracterizada por: la inseguridad y la timidez, la carencia de iniciativa, una dotación intelectual de nivel medio o medio bajo, un pensamiento de fuerte raigambre paleológico, marcados sentimientos de inferioridad y pérdida de la autoestima, y una moralidad timorata.

Piénsese en las posibles interacciones que dichas personas pueden establecer, desde una relación con tintes sadomasoquista, hasta otras regidas por la dependencia sumisa a un comportamiento tiránico.

Como se sabe, Juan Pacheco y su hermano Pedro Girón -de parecidas características aunque menos brillante que él- fueron durante mucho tiempo consejeros del rey Enrique ejerciendo sobre él una gran influencia. La infancia del rey, como ya hemos referido al estudiar su biografía, fue la de un niño que casi no contó con el amor de sus padres, que se crió entre sirvientes de extracción social baja y de costumbres carentes de refinamiento; difícilmente podía oponerse Enrique IV, a las dotes poco comunes con que estaban dotados los hermanos Pacheco-Girón, de ahí que sucumbiese a su nefasta influencia que se extendería, para su desgracia y la de Castilla, a lo largo de todo su infausto reinado.

Cuando Enrique IV pasa a ser rey de Castilla, sigue Juan Pacheco siendo el organizador de su vida y de su pensamiento político. Sobre el marqués de Villena recae la gobernabilidad del reino por expreso deseo del monarca. Pacheco, imitando a su mentor el condestable Álvaro de Luna, hace y deshace en nombre del soberano, con total desenvoltura y mirando exclusivamente a su propio interés y el de su casa.

Posiblemente después de lo expuesto, no resulte ya tan extraña la conducta del rey en el curso de los hechos históricos narrados por Castillo y Palencia y, sin embargo, con relación a lo acontecido tras la ocupación de Segovia por el bando alfonsino, van a intervenir otros factores más afines a la psicopatología que a la comprensión exclusivamente psicológica. Es innegable que el episodio depresivo sufrido por Enrique IV, es decisivo para entender la total anulación de su habitualmente baja autoestima, incrementando su comportamiento sumiso-dependiente, que le lleva a humillarse hasta extremos inimaginables en quien recaen las prerrogativas de un soberano medieval. Claro que en esos momentos, no era la persona del rey la que se expresaba ante los nobles rebeldes como él lo hizo, ni siguiera la del sujeto afecto de un trastorno de la personalidad, sino la del depresivo grave. El derrumbamiento existencial experimentado por Enrique IV, se aprecia en el total abandono de sus intereses. Así, se desentiende de

sus partidarios, abandonándolos; pierde totalmente el deseo de seguir reivindicando su legitimidad; e, incluso, se entrega a sus enemigos totalmente derrotado, aceptando todo tipo de humillaciones: a poco le cuesta la vida su entrada en Segovia; es recibido descortésmente por el alcaide de la fortaleza, se presenta como un derrotado ante la asamblea de sus enemigos y acepta sin la menor resistencia sus exigencias.

Resulta curioso constatar como Enrique IV, tras la toma de Segovia, no sólo se desinteresa de casi todo lo que representa como rey, sino que llega a asumir situaciones de riesgo en las que su vida se ve gravemente amenazada. Pareciendo que, más o menos consciente o inconscientemente, quisiera expresar con ese descuido de su persona, que su vida carece de interés para él. Las conductas de riesgo que con frecuencia adoptan los enfermos depresivos graves, son la expresión de ideas suicidas encubiertas, denotadoras de la más absoluta falta de deseos de seguir viviendo.

## **EL TRATADO DE GUI SANDO (1469).-**

La muerte del príncipe Alfonso planteaba nuevamente el problema de la sucesión. ¿Pero la sucesión de quién? ¿La de Enrique IV o la de Alfonso XII? El problema era aún mucho más complejo, ya que quedaba la duda no ya de a quién se sucedía, sino de qué se era sucesor ¿Del principado de Asturias o del reino de Castilla?

En un principio, la inesperada muerte del joven rey, para unos, y príncipe, para otros, originó una gran conmoción entre los partidarios de una y otra facción, lo que parece reflejarse en las cartas que tanto Enrique IV, como la infanta Isabel dirigieron a las respectivas ciudades y villas que les eran fieles. En el caso de Isabel a las ciudades adscritas al bando de su hermano Alfonso.

Es curioso constatar, siguiendo a TORRES FONTES<sup>1</sup>, cómo Isabel el 4 de julio de 1468, comunica por carta a la ciudad de Murcia el estado de extrema gravedad de su hermano Alfonso, al que se refiere como “el señor rey”, y les hace saber que en caso de que falleciese era a ella a quién correspondía la sucesión de los reinos de Castilla y León como legítima heredera. TORRES FONTES nos alerta sobre el hecho de que en aquel momento, el único rey para la infanta era su hermano Alfonso, no mencionando en su carta para nada a Enrique IV.

En una misiva posterior de fecha 8 de julio, les comunica a los murcianos el fallecimiento del rey Alfonso –acaecido el 5-07-1468-, mencionando como causa de la muerte la pestilencia. En esta carta, lo mismo que en la anterior, Isabel no utilizó más título que el de infanta. En ambas cartas pidió el envío de procuradores, lo que en esta última consideraba urgente, para que se reunieran en Ávila con los que había solicitado a las otras ciudades del reino partidarias de su hermano Alfonso y, con los prelados, caballeros y nobles, a fin de decidir lo que debía hacerse, “*según convenga a servicio de Dios e mío e bien de estos regnos e a la justicia e derecho (...)*”<sup>2</sup>.

Estaba haciendo un llamamiento a los tres estados, lo que equivalía a la convocatoria de Cortes generales. Era esta una función que correspondía en exclusividad al rey.

---

<sup>1</sup> TORRES FONTES, J.: “La contratación de Guisando”. Anuario de Estudios Medievales. Barcelona (1965): 399-415.

<sup>2</sup> op. cit., 405

A estas misivas, las ciudades o no contestaron a la infanta, o lo hicieron con ambigüedad, esperando prudentemente el discurrir de los acontecimientos, constatándose que no enviaron procuradores como se les solicitaba, incluso, denotando una seguridad y claridad de criterio mayor que la de sus gobernantes, mantuvieron una expectante cautela, como documentalmente prueba TORRES FONTES, a través de la fórmula utilizada por el concejo de Murcia para reflejar en sus actas las medidas adoptadas al caso, y que se dicen tomadas “en servicio de Dios y bien público de la ciudad”, pero para nada se menciona a la señora infanta.

Puede comprobarse cómo la posición que adopta Isabel en los primeros días después de la muerte de Alfonso, es de manifiesta incertidumbre, no se adjudica ningún título, salvo el de infanta que por nacimiento ostentaba, pero se considera sucesora del rey fallecido, adoptando en sus cartas decisiones propias de la realeza, como por ejemplo, solicitar se le envíen procuradores para la celebración de Cortes.

Mientras tanto, Enrique IV seguía parecidos derroteros, solicitando a las ciudades adictas procuradores, es decir, que también su intención estaba dirigida a la celebración de Cortes, para la adopción de las medidas más convenientes para el momento.

La infanta Isabel era presionada por el arzobispo de Toledo para que sucediera a su difunto hermano como reina, esta posición radical no la compartía el maestre de Santiago que, a tenor de su talante negociador, le aconsejaba la adopción de un comportamiento más prudente, pero no por ello menos decidido, respecto a su titulación.

Parecía demostrado que después de los enfrentamientos entre los dos bandos, ninguno de ellos estaba en situación de poder alzarse con la victoria, lo que hacía necesario encontrar una fórmula de compromiso que satisficiera a todos, y diera paso a una paz que rehiciese el maltrecho panorama castellano.

Bien fuera porque la joven infanta era consciente de esta situación, o porque los razonamientos de Juan Pacheco la convencieran, o por ambas razones, la intervención del maestre de Santiago fue decisiva para que la infanta se decantase por la prudencia, lo que podemos apreciar en un documento de fecha 20 de julio en el que se considera princesa heredera de los reinos. Podemos entender esta titulación como la de proclamarse heredera de su hermano Alfonso como príncipe, reconocido sucesor por Enrique IV, pero no heredera de Alfonso como rey de Castilla, que era lo que deseaban el montaraz arzobispo de Toledo y sus seguidores.

La habilidad política de Juan Pacheco consigue, además de convencer a la princesa, poner de acuerdo a la casi totalidad de los nobles del partido alfonsino, para que aceptasen esta fórmula de compromiso que garantizaba la paz.

Además, poniendo en juego su bien conocida influencia sobre Enrique IV, no le costó gran esfuerzo convencerle igualmente para que aceptase que, el reconocimiento de Isabel como princesa heredera, era la única forma de afianzar la paz y de que todo el reino le reconociese como su único soberano. No era esta, una medida exenta de dificultades, tanto para Enrique IV, como para los que con seguridad eran los más representativos de sus partidarios, los Mendoza, ya que implicaba la automática abolición de los derechos de su hija Juana al principado de Asturias, pues con Isabel era imposible valerse de la misma fórmula que había servido cuando Enrique nombró como heredero y sucesor a su hermano Alfonso.

Con independencia de las razones políticas que las circunstancias por las que atravesaba el reino podían imponer para la toma de esa decisión, desde la perspectiva del análisis psicológico de la cuestión, lo que más nos interesa es la conflictiva íntima que para Enrique IV supuso adoptarla.

Ahora no cabía un razonamiento como el hecho años atrás: ¡Nombro heredero a mi hermano por la paz del reino, pero no privo de sus derechos a mi hija al “imponer”<sup>3</sup> que lleguen a casarse! En las actuales circunstancias esto no era posible, por lo que su deshonra como padre y como marido resultaba evidente.

Su posición personal frente a estas nuevas medidas dañaba gravísimamente su prestigio: ¡Padre infiel! ¡Marido deshonrado! E incluso ¡Soberano sin poder! y, no obstante, Enrique IV se dejó convencer por Pacheco.

Vuelve de nuevo este “aprendiz de brujo” a fascinar al desdichado monarca, quién para el psicopatólogo, con su comportamiento, sigue dando muestras evidentes de su anormal personalidad dominada por la duda, la inseguridad y una total incapacidad para la toma de decisiones. Llega a ser tan manifiesta su pérdida de autoestima que impresiona como que careciese de la capacidad mínima necesaria para hacer valer su voluntad frente a casi todo.

---

<sup>3</sup> Ya hemos tenido ocasión de referirnos a este hecho, que consideramos como un argumento meramente de compromiso y para calmar la conciencia de Enrique IV, careciendo de verdadera efectividad.

Por fin el 18 de septiembre de 1468, estando la infanta Isabel en Cebreros y Enrique IV en Cadalso, se firman los acuerdos a los que habían llegado ambos hermanos a través de sus representantes, en los que se reconocía a Isabel como princesa heredera, se le incorporaba a la Corte, se le dotaba con el principado de Asturias, así como distintas ciudades y señoríos con sus correspondientes rentas. Se imponía a la princesa el compromiso de que si se casaba, lo hiciera con quien el rey acordase, pero según su voluntad y de acuerdo con quienes se constituían como sus custodios hasta ese momento, el arzobispo Fonseca, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia. Por último, se consideraba ilegítimo el matrimonio del rey con su segunda esposa, Juana, a la que se hacía volver a Portugal, deslegitimando “ipso facto” a su hija Juana.

El 19 de septiembre de 1468 se encuentran Enrique IV e Isabel en Guisando lugar de la provincia de Ávila famoso por sus figuras de toros de piedra.

Las vistas se celebran según el ceremonial que, siguiendo a TORRES FORTES<sup>4</sup>, resumimos a continuación: Reunidos los partidarios de una y otra parte, a excepción de los Mendoza, en desacuerdo por las medidas adoptadas en perjuicio de la princesa Juana, interviene en primer lugar Antonio de Veneris, nuncio y legado *ad latere* de Paulo II, quien tras exhortar a todos a la obediencia a Enrique IV como único rey, deja sin efecto cualquier juramento anterior que fuera contrario a la pacificación que allí se decidía. Después todos los presentes, encabezados por la infanta Isabel, presentaron su obediencia a Enrique IV que perdonó a quienes le habían combatido hasta entonces. Seguidamente, Enrique, como único rey de Castilla, declaraba como su sucesora a su hermana Isabel, a la que tanto el rey como los prelados y nobles presentes juraron ante los evangelios. Finalizó el acto el legado papal Veneris que confirmó y bendijo lo realizado.

De lo ratificado en Guisando la máxima perdedora fue la princesa Juana, correspondiéndole el galardón de única vencedora a la princesa Isabel.

Enrique IV, aunque aparentemente quedaba como único rey reconocido por casi todos, parecía que adoptaba la dignidad real más con un carácter representativo, que con la efectividad que por derecho le correspondía.

Es significativo, que, al parecer, Pacheco, para convencer a Isabel de que no se intitulase reina, le sugirió ese mero carácter representativo que en lo sucesivo podría

---

<sup>4</sup> op. cit. ps. 412-414.



tener Enrique IV, cuyo interés preferente, consistía en aislarse cada vez más en sus bosques dedicado a la contemplación de sus animales feroces.

Si tenemos en cuenta que en Castilla los oficios de rey y príncipe heredero eran cometidos perfectamente delimitados y con funciones muy concretas en el marco de la gobernabilidad del reino, no deja de ser el argumento esgrimidos por Pacheco ante Isabel una razón de peso para convencer a la infanta, sobre todo, si ésta sabía además el perfecto conocimiento que del carácter, las actuaciones y los deseos de Enrique tenía el maestre de Santiago.

Reflexiones finales.- Vamos a realizarlas partiendo de tres cuestiones: ¿Se consiguió en Guisando la ansiada paz? ¿Se llegó a conseguir la unidad del reino en torno a la Corona? ¿Se incrementó el poder monárquico?

En cuanto a la primera pregunta debemos antes de contestarla, responder a otra previa interrogante: ¿Existió realmente una guerra civil en Castilla? Como hemos podido ver, existían dos bandos en conflicto que, ocasionalmente, realizaban algunos hechos de armas, -generalmente escaramuzas- y, una población distribuida en comunidades urbanas y rurales que, regidas por unas elites locales ávidas de poder, se cerraban en sí mismas, defendiendo sus propios intereses, lo que les hacía adscribirse a uno u otro bando, según los beneficios que obtuviesen. Más que una guerra civil, el mal que por entonces padecía Castilla era el de su descomposición (SUÁREZ); es decir, una desintegración interestamentaria representada por el no entendimiento entre la monarquía, la nobleza y el clero, y, el común o pueblo llano, por una parte, y por otra, una desintegración intraestamentaria, facciones de nobles contra nobles, de ciudades contra ciudades, de vecinos contra vecinos (cristianos viejos contra conversos, por ejemplo.). Más que la consecución de la paz tras una guerra, lo que el reino necesitaba conseguir era un imprescindible nivel de unidad.

La respuesta anterior nos permite enlazarnos con la segunda pregunta, ¿consiguió la Corona la tan ansiada cohesión? Guisando no sirvió para conseguir la unidad. Mediante los acuerdos alcanzados, solo se obtuvo un precario entendimiento entre las partes, que duraría lo que duraron los beneficios obtenidos. Después se volvió a instaurar el estatus que de siglos venía rigiendo el comportamiento de la nobleza, el de las banderías.

En cuanto a la última pregunta, casi no necesita ser contestada, pues resulta obvio que el poder monárquico no se incrementó, pero tampoco quedó dañado en cuanto a su valor político. Puede decirse que era un símbolo potencial del poder, a la espera de quién,

utilizándolo de manera efectiva, pudiera conseguir la tan ansiada unidad y la verdadera paz para Castilla.

Enrique IV, que ya era un símbolo contrahecho del poder, quedó convertido, tras Guisando, en una representación caricaturesca del poder real, al igual que una estatua de yeso ocupa el pedestal del original de mármol mientras es reparado. Así, ocupó don Enrique el trono durante los escasos seis años que le quedaban hasta su muerte.

Pero su descalabro como rey no debe hacernos perder de vista el profundo desfondamiento que experimentó como persona: ¡Fue un padre ineficaz, un marido deshonorado y un hombre sin voluntad! y, todo ello, porque fue siempre incapaz de ejercer esa *libertad de opción*, que los seres humanos poseen; esa libertad que no está tan indeterminada como pudiera parecer, siendo posible explicarnos la ineficacia de sus elecciones en función de leyes causales y motivaciones.

Las influencias emanadas de una disposición genéticamente anómala, favorecidas por un aprendizaje convivencial claramente inadecuado, favorecieron unas relaciones interpersonales disarmónicas respecto a los requerimientos sociales que el papel que le tocó vivir le exigían, y, carentes de libertad al estar sometidas al control y la influencia ajena.

## **NUEVA ELECCIÓN DE JUANA COMO PRINCESA DE ASTURIAS EN VALDELOZOYA (25-10-1470).-**

Como recordaremos, Juan Pacheco, con independencia de su capacidad de sugestión y sus intenciones de conseguir la paz para el reino, se sirvió principalmente de dos argumentos para convencer a Enrique IV de que debía nombrar sucesora a su hermana la infanta Isabel, “salvaguardando los derechos de su hija doña Juana”. Uno, si la infanta Isabel, una vez nombrada princesa de Asturias, contraía matrimonio con Alfonso V de Portugal y, a la vez, la princesa Juana hacía lo mismo con el hijo del rey portugueses<sup>1</sup>, ésta última se convertía en heredera de la princesa Isabel.

La fórmula de compromiso resulta verdaderamente compleja y difícil de que pudiera, siguiendo los cauces previstos, realizarse en todos sus extremos. Se tuvo en cuenta la posibilidad de que doña Isabel tuviese un hijo varón con Alfonso V (MARTÍN, J.L.)<sup>2</sup>. Si tal cosa ocurría en el plazo de cinco años, Juana, que permanecería soltera se casaría con este niño cuando estuviese en edad de poder hacerlo. Pero si Isabel no tenía en el plazo establecido un hijo varón, Juana se desposaría con el príncipe portugués<sup>3</sup>.

A primeros de mayo de 1469, se firma una alianza entre Alfonso V de Portugal y Enrique IV, en la que se hacen constar los extremos acordados previamente por los Mendoza y el maestre de Santiago.

El segundo argumento esgrimido por Pacheco para convencer a Enrique IV, fue que la princesa Isabel se comprometiese, en caso de casarse, a hacerlo con quien el rey acordase.

Si el primer argumento resultaba rocambolesco y no exento de dificultades, este otro también era de difícil cumplimiento, sobre todo, si tenemos en cuenta que, como se consignó en los acuerdos de Guisando, la princesa se comprometía en casarse con quien el rey acordase, según su voluntad y de acuerdo con sus tres valedores (el arzobispo Fonseca, el marqués de Villena y el conde de Plasencia) hasta que tuviera lugar su

---

<sup>1</sup> Llama la atención que este acuerdo fue firmado por Pacheco y el marqués de Santillana el 18-03-1469 (MARTÍN, J.L.: “*Enrique IV*”. cap. VII, ps219-306). Es decir, se entendió el maestre de Santiago directamente con la familia Mendoza, que eran los que tenían bajo su custodia a doña Juana.

<sup>2</sup> op. cit., p. 268.

<sup>3</sup> MARTÍN, J.L. op. cit. Nota pie de pág (247). p. 344: Acuerdo de Alfonso de Portugal con los nobles castellanos agrupados en torno a los marqueses de Villena y Santillana (publicado por VAL en “*Isabel la Católica*”). Querría constatar que ahora, el rey de Portugal establece un acuerdo con los nobles castellanos, en el que vuelve a estar ausente Enrique IV.

matrimonio. Es decir, que se casaría con el elegido por Enrique IV, pero siempre que ella lo aceptase por propia voluntad.

Como era de prever el rechazo de Isabel a su matrimonio con el rey de Portugal, y su compromiso con don Fernando, rey de Sicilia, dio al traste con todos los convenios y pactos anteriormente firmados.

Se va a producir una nueva escisión de la nobleza en dos bandos, el de los partidarios de Enrique IV, capitaneado ahora por Juan Pacheco, que consideraban que doña Isabel al casarse con don Fernando incumplía el acuerdo a que se había llegado en Guisando y, el de la princesa Isabel, encabezado por el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, que entendían que la princesa Isabel podía voluntariamente aceptar o no al candidato que su hermanastro Enrique le propusiese como marido y, además, alegaban también incumplimientos de los acuerdos por parte del rey.

De todas formas Fernando e Isabel hacen todo lo posible por no romper con Enrique IV, al que acatan como único rey de Castilla, pero al que exigen que se atenga a los acuerdos firmados en Guisando.

También se había pensado en casar a la princesa Isabel con el hermano del rey de Francia. Los embajadores franceses que acudieron a la Corte castellana para concertarlo se llevaron la sorpresa al saber que Isabel había contraído matrimonio con Fernando de Aragón, rey de Sicilia. Sin embargo, aún mostrándose molestos y elevar sus quejarse abiertamente a Enrique IV, conciertan el matrimonio del duque de Guyena con la princesa Juana.

En el convenio matrimonial se acuerda conceder al duque francés los títulos de heredero de Castilla y León y príncipe de Asturias, lo que implicaba despojar a Isabel de su título de princesa y promover nuevamente la jura de Juana como princesa de Asturias.

Sin embargo, este nuevo cambio planteaba un importante problema de legitimidad, ya que, según le habían hecho firmar a Enrique IV en Guisando –entonces el interés de Juan Pacheco se movía a favor de la princesa Isabel- la única descendiente legítima de su linaje era su hermana la infanta Isabel, por lo que solo a ella le correspondía la sucesión al trono de Castilla. Esta era una realidad que bien mirada, el rey no podía variar a su gusto, ni aún alegando desobediencia por parte de su sucesor, pues estando en posesión del derecho a la sucesión Isabel, nadie la podía privar de él, y mucho menos otorgar tal derecho a quién, como era el caso de Juana, no lo poseía.

Estos manejos, mediante los que saltarse la legalidad y la legitimidad parecía no tener importancia, eran propios del marqués de Villena, cuyos escrúpulos se diluían como por encanto cuando estaban en juego sus intereses. Con la finalidad de tener éxito en sus pretensiones, se valió de todos los medios a su alcance para poder contar con el máximo número de voluntades que secundasen sus planes, constituyendo un nuevo bando de nobles que apoyasen a la infanta Juana en contra de la princesa Isabel.

Enrique IV, carente por completo de voluntad frente al maestre de Santiago, volvía a caer en el juego partidista, supeditando su poder absoluto y el carácter unificador de la Corona, a los deseos de una facción, o más exactamente, a la conveniencia del maestre de Santiago.

La postura de Isabel y Fernando fue mucho más acertada y brillante políticamente. Se opusieron, digamos que por principios, al sectarismo de partidos que hipotecaba la Corona a los deseos de una facción determinada. Se comprende por ello el motivo de su distanciamiento del arzobispo de Toledo, hombre muy dado a las coaliciones nobiliarias. Para los futuros Reyes Católicos la Corona como símbolo de la unidad y el fortalecimiento del poder monárquico, fueron siempre pilares básicos de su ideología política. Por eso no dejan de considerar a Enrique IV como el único soberano de Castilla. Piénsese además, que la legitimidad y el derecho a la sucesión de Isabel, venían directamente de su hermano Enrique.

Las intrigas del maestre de Santiago, rompiendo con la legalidad y saltándose la legitimidad sucesoria, contribuían al debilitamiento del poder monárquico y terminaban con el carácter arbitral de la Corona. Esta era la opción que, aderezada con la rehabilitación de la infanta Juana, le ofrecían Juan Pacheco y los suyos a Enrique IV.

El mantenimiento de la línea de linaje y, con ello, la legalidad y legitimidad sucesoria, la independencia de la Corona y el reforzamiento del poder monárquico, plasmado en el acatamiento de su persona como único rey de Castilla, era lo que Fernando e Isabel le proponían a Enrique IV si asumía los acuerdos firmados en Guisando. En esta opción no se cerraban las puertas a cualquier fórmula que resarciese adecuadamente a su hija Juana.

Enrique IV tenía que decidir y, como no podía ser de otra forma, se decantó por lo que ya había decidido el maestre de Santiago.

Enrique IV, al abolir los acuerdos de Guisando volvía a traer al primer plano de la atención general el problema sucesorio. Era la tercera vez, en el curso de su reinado, que se suscitaba una polémica que no había traído más que sufrimientos y desgracias a

Castilla, y que sería la causa de una nueva guerra civil que se desencadenaría después de la muerte del rey.

El problema era de suma complejidad. Se tenía que legitimar a Juana como heredera, lo que implicaba su legitimación como hija de Enrique, nacida de su matrimonio con Juana de Portugal, que también debía ser reconocido como legítimo.

Su resolución no era posible solo porque el soberano alegase que el motivo que le había hecho nombrado sucesora a Isabel era conseguir la paz del reino. Sin embargo, y pese a todo -a mi juicio, por la sola voluntad de Juan Pacheco- el 25 de octubre de 1470, en Valdelozoya, Enrique IV, teniendo que recurrir al argumento de su poderío real absoluto<sup>4</sup>, revocó y declaró nulo el juramento que como princesa de Asturias se había prestado a Isabel.

El ceremonial de Valdelozoya comprendió el juramento que el cardenal Jouffroy le tomó a la reina Juana -separada formalmente de Enrique tras su escandaloso proceder- que con meridiana claridad afirmó que la princesa Juana era hija del rey y suya. Después fue el rey el que también reconoció bajo juramento a Juana como su hija, mediante una fórmula mucho más ambigua que la de la reina. Por último, tuvieron lugar dos ceremonias más: se efectuó el desposorio por poderes de la infanta Juana con el duque de Guyena y se concluyó con el juramento de todos los presentes a doña Juana como princesa de Asturias.

Se había consumado un atropello al derecho consuetudinario castellano por deseo del maestre de Santiago que, dirigiendo la voluntad del rey, le obligaba a valerse de su poderío real absoluto para abolir lo que, en todo caso, solo las Cortes con el monarca podían modificar mediante un arduo y complejo procedimiento.

La divisa del *¡Todo vale si está en juego mi interés!* Que con tanta facilidad solía esgrimir el maestre de Santiago, se la hace usar a Enrique IV, que sin ser probablemente consciente de ello, vuelve a transgredir su legitimidad de ejercicio, haciéndonos patente una vez más su incongruente comportamiento.

Podría alegarse en su favor, que ahora actuaba más el padre que pretendía reparar el anterior desamor a su hija, que el rey, pero lo que la realidad histórica nos enseña es que todo fue producto de la insensatez.

---

<sup>4</sup> SUÁREZ, L.: op. cit., p. 471.

## C A P Í T U L O   V I I

### HISTORIA CLÍNICA PATOPSICOBIOGRÁFICA DE ENRIQUE IV

## **HISTORIA CLÍNICA PATOPSICOBIOGRÁFICA.-**

Necesariamente, el esquema que seguiremos para la elaboración de la historia clínica de Enrique IV se apartará del que tradicionalmente utiliza, lo mismo el médico internista, en su indagación de cualquier proceso somatopatológico, como del usado por el psiquiatra clínico, para elaborar sus diagnósticos psicopatológicos y, sin embargo, elementos de una y otra forma de hacer clínica figurarán obligadamente en el entramado del documento patopsicobiográfico de nuestro personaje.

Al no contar con la presencia del sujeto objeto del estudio, todos los datos de interés clínico que consignemos en su historial serán referencias hecha por otros, que incluso han podido no haber sido presenciadas directamente por quienes nos las transmiten, lo que podría distorsionar la verdad de los datos que se nos aportan, con el consiguiente análisis erróneo y conclusiones equivocadas, de ahí que recurramos a distintas versiones de los hechos como fuentes para su elaboración.

Los datos recogidos de las diversas fuentes cronísticas se consignaran según su más rigurosa literalidad, ya que queremos que el documento se organice siguiendo el quehacer metodológico propio del modelo fenomenológico descriptivo.

Los apartados en los que vamos a dividir esta historia clínica serán los tres siguientes: a) Constitución, temperamento y carácter; b) psicopatología de la personalidad y c) psicopatología de la afectividad.

### **Constitución, temperamento y carácter.-**

Aunque son muchas las descripciones del aspecto físico del rey Enrique con las que contamos, todas ellas resultan concordantes en lo general, lo que permite hacernos una idea bastante precisa de los rasgos constitucionales que debió tener en vida. Los desacuerdos más llamativos entre los cronistas se observan cuando se refieren a los rasgos caracteriales que le adjudican al rey. Es esta, con seguridad, la dificultad mayor que encontraremos al referir su psicología.

FERNANDO DEL PULGAR hace solo una mínima referencia a la fisonomía de Enrique IV del que dice que: “(...) fue un omme alto de cuerpo, e feroso de gesto, e bien proporcionado en la compostura de sus miembros”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> PULGAR, F del.: “*Claros varones de Castilla*”. Espasa-Calpe. Madrid, 1923. p. 9.



Mucho más explícito resulta en su descripción DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO, que nos dice que: “Era persona de larga estatura y espeso en el cuerpo, y de fuertes miembros; tenía las manos grandes y los dedos largos y recios; el aspecto feroz, caso á semejanza de león, cuyo acatamiento ponía temor á los que miraba; las narices romas é muy llanas, no que así naciese, mas porque en su niñez recibió lisión en ellas; los ojos garzos é algo esparcidos, encarnizados los párpados: donde ponía la vista, mucho le duraba el mirar; la cabeza grande y redonda; la frente ancha; las cejas altas; las sienes sumidas, las quixadas luengas y tendidas á la parte de ayuso; los dientes espesos y traspellados; los cabellos rubios; la barba luenga é pocas veces afeytada; la tez de la cara entre rojo y moreno; las carnes muy blancas; las piernas muy luengas y bien entalladas; los pies delicados”.<sup>2</sup>

Las referencias a la apariencia física de Enrique IV que nos trasmite ALFONSO DE PALENCIA, se aparta de lo estrictamente descriptivo para interpretar los rasgos físicos del rey según el profundo rechazo que le tenía; sin embargo, no deja de aportarnos significativos rasgos fisonómicos, muchas veces en franca contradicción con la versión de CASTILLO.

Según PALENCIA, “(...) Sus ojos feroces, de un color que ya por sí demostraba crueldad, siempre inquietos en el mirar. Revelaban con su movilidad excesiva la suspicacia o la amenaza; la nariz deforme, aplastada, rota en su mitad a consecuencia de una caída que sufrió en la niñez, le daba gran semejanza con el mono; ninguna gracia prestaba a la boca sus delgados labios; afectaban el rostro los anchos pómulos, y la barba, larga y saliente, hacía parecer cóncavo el perfil de la cara, cual si se hubiese arrancado algo de su centro. El resto de la persona era de hombre perfectamente formado, si bien cubría siempre su hermosa cabellera, con feos casquetes o con otra cualquier indecorosa caperuza o birrete, y la blancura de la tez, con lo rubio de los cabellos, borraba las líneas del semblante. Era de elevada estatura, las piernas y pies bien proporcionados (...)”<sup>3</sup>.

Es imprescindible al describir los rasgos constitucionales de Enrique IV hacer referencia al diagnóstico morfológico hecho por el prof. MARAÑÓN, sin que por ello nos apartemos de la metodología fenomenológico descriptiva que nos habíamos propuesto. Se trata de consignar ahora los datos de unas observaciones postmortem efectuadas por un científico prestigioso de nuestro tiempo. Lo primero que haremos será referirnos a la

---

<sup>2</sup> ENRIQUEZ DEL CASTILLO, D.: op. cit. cap. I. ps. 100 y 101.

<sup>3</sup> PALENCIA, A.: op. cit. cap. II. p. 11.

descripción que el eminente endocrinólogo nos ha transmitido de las formas anatómicas del esqueleto del rey, al haber sido uno de los privilegiados que tuvo la fortuna de contemplar personalmente y estudiar sus restos mortales, lo que le permitió confirmar muchos de los rasgos consignados en las crónicas; por otra parte, MARAÑÓN se sirve para establecer su hipótesis diagnóstica, de las mismas fuentes de las que también nos valemós nosotros.

En el informe que don Gregorio Marañón y don Manuel Gómez Moreno presentaron a la Real Academia de la Historia<sup>4</sup>, figura una amplia descripción de los rasgos anatómicos de la momia, “bastante bien conservada”, del rey, cuya transcripción literal dice: “Lo primero que destaca en la momia de Enrique IV es su corpulencia(...)La talla actual de la momia es de 1,70 metros(...)puede, sin temor a errar calcularse en más de 1,80 metros la talla que don Enrique tuviera en vida. La cabeza y el tronco son muy recios: la anchura del diámetro superior del vasto pecho alcanza a 50 centímetros, igual que la de cualquier varón robusto vivo, y la anchura de las caderas era aproximadamente igual a la del tórax. En la fotografía de la momia se aprecia bien este detalle, que se acentúa y corrobora por la exagerada convergencia de los muslos, más parecida a la disposición de la mujer que a la del varón(...)Las piernas son notoriamente largas, en proporción a la altura del tronco(...)Ningún detalle puede anotarse respecto de los brazos, cruzados para el descanso eterno sobre la parte baja del pecho, ni respecto de las manos, con dedos que parecen recios y largos(...)Lo que queda de éstos -se refiere a los pies- muestra una inclinación exagerada hacia fuera, en la posición llamada pie valgo. El cráneo es de notable robustez por su masa total, redondeada, y por todos los detalles de su arquitectura ósea. La frente es alta y dilatada, robusto el inicio del occipital y cada uno de los relieves del cráneo(...)Robusta es también la mandíbula inferior, muy bien conservada, con todos sus dientes, así como los de la superior, intactos y de fuerte contextura, aunque de mala implantación(...) De muelas faltan algunas, comprobando que padeció de ellas, como atestiguan sus biógrafos. Los huesos de la nariz aparecen intactos. Los ojos, cerrados y muy separados, como corresponde a la amplitud de desarrollo de los senos frontales, y la boca es grande, mostrando todavía el prognatismo inferior que le imponía la enérgica mandíbula: y esto es todo”.

---

<sup>4</sup> MARAÑÓN, G.: “*Prólogo de la decimotercera edición*” En: Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo. Madrid, (1998). ps. 41,42 y 43

Hasta aquí hemos seguido con el mayor rigor posible, la metodología fenomenológica descriptiva que nos habíamos propuesto. A partir de ahora intentaremos transformar lo fáctico en datos empíricos que nos permitan sentar sobre ellos una hipótesis científicamente válida sobre el biotipo constitucional de Enrique IV y, para eso el modelo más idóneo, por no decir el único, es el que nos aporta la investigación endocrinológica del profesor MARAÑÓN<sup>5</sup>.

Sin entrar en el análisis de los complicados procesos fisiopatológicos sobre los que se estructura el síndrome de disfunción multiglandular, -que en algunas de sus variantes menores, debió sufrir Enrique IV- consideraremos exclusivamente cuál fue su repercusión sobre su morfología corporal que, como hemos visto, se nos ha transmitido con sorprendente fidelidad, lo mismo por los cronistas contemporáneos del rey, que por los estudios antropométricos posteriores.

Es así como, siguiendo a MARAÑÓN, estamos en condiciones de interpretar los rasgos constitucionales de Enrique IV como los de un displásico con signos compatibles con los de un eunucoidismo acromegálico.

Pensamos que este diagnóstico se ajusta completamente a la realidad anatómica y al funcionamiento neuroendocrino de nuestro personaje, puesto que, como acertadamente puntualiza nuestro eminente endocrinólogo: “no califico a don Enrique de “eunucoide”, sino de afecto de una “displasia eunucoide”<sup>6</sup>. Es decir, que poseía rasgos anatómicos eunucoides y también acromegálicos, pero sin que primariamente fuera un paciente cuyo diagnóstico pudiera asentarse en esas entidades clínicas endocrinopáticas. Lo que nos permite entender su disfuncionalismo en general, pero, sobre todo, su impotencia sexual relativa, en la que, el papel etiológico jugado por la reactividad psicológica propia de su psicotipo, es mucho más relevante que la tendencia endocrina hipofuncional reflejada en su biotipo.

Pasemos a considerar ya los aspectos psicotipológicos de Enrique IV analizando su vertiente genotípica, representada por el temperamento, y la referida al paratipo -más afín con las influencias medio ambientales- constituida por el carácter<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> MARAÑÓN, G.: *“Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo”*. 15 Edición. Espasa-Calpe. (1998). ps. 92-100.

<sup>6</sup> op. cit., nota a pie de página (11). p. 97.

<sup>7</sup> Las diferencias conceptuales entre temperamento y carácter ya fueron analizadas al estudiar, en la primera parte de este trabajo, los fundamentos psicológicos de la personalidad.

Vamos a partir en principio, al igual que hemos hecho para delimitar su biotipo constitucional, de las descripciones que nos aportan los cronistas contemporáneos suyos.

FERNANDO DEL PULGAR nos transmite retazos del carácter y de la forma de ser del rey que, aunque dispersos entre el conjunto de sus restantes datos biográficos, tienen un gran valor para la reconstrucción de su psicotipo.

Así, nos dice que siendo pequeño “se dio algunos deleites que la mocedad suele demandar e la onestad deue negar”. “No beuía vino, ni quería vestir paños muy preciosos, ni curaua de la cirimonia que es deuida a persona real”.

“Era omme piadoso é no tenía ánimo de fazer mal, ni ver padecer a ninguno, é tan humano era, que con dificultad mandaua executar la justicia criminal” (...)” algunas veces era negligente é con dificultad entendía en cosa agena de su deletación, porque el apetito le señoreaue la razón”.

“Era gran montero é plazíale muchas veces andar por los bosques apartado de las gentes”.

“Era omme franco e fazia grandes mercedes é dádiuas, e no repetía jamás lo que daua ni le plazía que otros en su presencia ge lo repitiesen”. “Era omme que las más cosas fazia por solo su arbitrio, o a plazer de aquellos que tenía por priuados”.

“Era grand músico é tenía buena gracia en cantar e tañer, é en fablar en cosas generales; pero en la execución de las particulares e necesarias, algunas veces era flaco, porque ocupaua su pensamiento en aquellos deleites de que estaua acostumbrado, los cuales impiden el oficio de la prudencia a cualquier que dellos está ocupado”<sup>8</sup>

ALFONSO DE PALENCIA también nos ilustra refiriéndonos “sus aficiones y partes de su persona”<sup>9</sup>. Por ejemplo: “(...) su adusto ceño, y su afán por las excursiones a sitios retirados, no menos que el extremado descuido en el vestir. Usaba siempre traje de lúgubre aspecto, sin collar ni otro distintivo real o militar que le adornase: cubría sus piernas con toscas polainas y sus pies con borceguíes u otro calzado ordinario y destrozado, dando así a los que le veían manifiesta muestra de su pasión de ánimo.

Desdeñó también toda regia pompa en el cabalgar, y prefirió, a usanza de la caballería árabe, la gineta, propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos, respetable en la paz, e imponente y fuerte en las expediciones y ejercicios militares. Las resplandecientes armas, los arreos, guarniciones

---

<sup>8</sup> op. cit., ps. 10, 11, 12 y 14.

<sup>9</sup> op. cit., Década I, tomo I, capítulo II, ps. 11 y 12.

de los caballos y toda pompa, indicio de grandeza, merecieron su completo desdén. Embrazó la adarga con más gusto que empuñó el cetro, y su adusto carácter le hizo huir del concurso de las gentes. Enamorado de lo tenebroso de las selvas, sólo en las más espesas buscó el descanso; y en ellas mandó cercar, con costosísimo muro inaccesibles guaridas y construir edificios adecuados para su residencia y recreo, reuniendo allí colecciones de fieras recogidas de todas partes”. “(...) Bien se pintaban en su rostro estas aficiones a la rusticidad silvestre. Sus ojos feroces, de un color que ya por sí demostraba crueldad, siempre inquietos en el mirar, revelaban con su movilidad excesiva la suspicacia o la amenaza;(...)”

DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO nos dice sobre la “vida é condición del rey”<sup>10</sup>, lo que transcribo seguidamente: “Era de singular ingenio y de gran apariencia, pero bien razonado, honesto y mesurado en su habla; placentero con aquellos á quien se daba; holgábase mucho con sus servidores y criados; avía placer por darles estado y ponerles en honra: jamás deshizo a ninguno que pusiese en prosperidad.

Compañía de muy pocos le placía; toda conversación de gentes le daba pena. A sus pueblos pocas veces se mostraba; huía de los negocios; despachábalos muy tarde. Era muy enemigo de los escándalos; acelerado é amansado muy presto. De quién una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando é favor.

El tono de su voz dulce y muy proporcionado; todo canto triste le daba deleyte: preciábase de tener cantores, y con ellos cantaba muchas veces. En los divinos oficios mucho se deleitaba. Estaba siempre retraído; tañía dulcemente laúd; sentía bien la perfección de la música: los instrumentos de ella le placían.

Era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras; su mayor deporte era andar por los montes, y en aquellos hacer edificios é sitios cercados de diversas maneras de animales, é tenía con ellos grandes gastos.

Grande edificador de iglesias é monasterios, y dotador é sustentador de ellos”. “(...) Fue grande su franqueza, tan alto su corazón, tan alegre para dar, tan liberal para lo cumplir, que de las mercedes hechas nunca se recordaba, ni dexó de las hacer mientras estuvo prosperado”.

“(...) Era lleno de mucha clemencia, de la crueldad ageno, piadoso, á los enfermos caritativo, y limosnero de secreto; rey sin ninguna ufanía, amigo de los humildes, desdeñador de los altivos. Fue tan cortés, tan mesurado é gracioso, que a ninguno

---

<sup>10</sup> op. cit., capítulo I, ps. 100 y 101.

hablando jamás decía tú, ni consintió que le besasen la mano. Hacía poca estima de sí mismo. Con los príncipes y reyes, y con los muy poderosos era muy presuntuoso. Presciábase tanto de la sangre real suya é de sus antepasados, que aquella sola decía ser la mas excelente que ninguna de los otros reyes de cristianos”.

“Fue su vivir e vestir muy honesto, ropas de paños de lana del traje de aquellos sayos luengos, y capuces é capas. Las insignias é ceremonias reales muy ajenas fueron de su condición”.

“Su comer más fue desorden que glotonería, por donde su complexión en alguna manera se corrompió (...); nunca jamás bebió vino”.

“Tuvo flaquezas humanas de hombre y como rey magnanimidades de mucha grandeza”.

“Era cabalgador a la gineta, y usábala de contino, tanto que los del reino á su exemplo conformados dexaron la polecia de ser hombres de armas”.

“Tubo muchos servidores y criados, y de aquellos hizo grandes señores; pero los más de ellos le fueron ingratos, de tal guisa que sus dádivas y mercedes no se vieron agradecidas, ni respondidas con lealtad. E así fueron sus placeres pocos, los enojos muchos, los cuidados grandes, y el descanso ninguno”.

Como puede comprobarse, los datos que nos han transmitido los cronistas sobre la vida, aficiones, actitudes, características generales del carácter y comportamiento del monarca, son muy abundantes, existiendo en algunas ocasiones marcadas contradicciones, aunque también son muchas las coincidencias en sus relatos. Es verdad, que no es infrecuente que, además de describirnos estas singularidades personales de Enrique IV, nos transmitan también sus propios juicios de valor sobre ellas o sobre la persona del rey; en unos casos, con exaltados elogios –con seguridad no merecidos hasta ese punto- como hace CASTILLO; en otros, con fuertes críticas –tampoco totalmente merecidas- como suele ser la tónica que sigue PALENCIA. Por eso, confrontar ambos relatos con el de otro cronista, como FERNANDO DEL PULGAR, nos va a permitir ese punto de equilibrio desde el que puede que nos aproximemos más a la verdad, de cómo era el perfil psicológico de nuestro personaje.

De todas formas el número de datos que nos suministran son de un altísimo valor testimonial respecto al comportamiento de un sujeto, al que ni podemos someter a una observación directa, ni tampoco interrogarlo personalmente respecto a su vida, requisitos imprescindibles para la elaboración de un historial clínico que sirva como instrumento para el diagnóstico psiquiátrico.

Con todo, lo que vamos a intentar es ensamblar los distintos datos que nos suministran los cronistas para reconstruir ese rompecabezas que es, en definitiva, la personalidad, según los criterios actualmente vigentes<sup>10</sup>. Para ello vamos a ir identificando los rasgos concretos que nos aportan -hechos fácticos- para poder incluirlos dentro de cada uno de los patrones idiosincrásicos –hechos empíricos- o tipos temperamentales y/o caracterológicos, que conforman la personalidad.

Aunque acabamos de decir que uno de los inconvenientes que nos encontramos al hacer el estudio psicológico y psicopatológico de nuestro personaje, fue el no poder contar con su participación directa -no pudiéndonos servir ni de su interrogatorio, ni de su estudio psicodiagnóstico para poder conocerlo- con lo que si contamos -gracias a sus biógrafos- es con su historia, de la que en virtud de la precisión con que se nos ha transmitido, pudimos inferir las características de su personalidad y, por extensión, su psicopatología<sup>11</sup>. Ambos “constructos” son procesos dinámicos con un comienzo, un curso y una terminación que historiográficamente podemos descubrir.

Según EYSENCK<sup>12</sup> el temperamento estaría representado por el patrón conductual afectivo; el carácter, por el patrón conativo; la constitución, por el patrón somático y la inteligencia, por el patrón cognitivo. Nos vamos a servir de estos patrones conductuales como modelos sobre los que volcar las características psicológicas que de Enrique IV nos han dado los cronistas, con la intención de hacernos una idea de cómo pudo ser su psicotipo.

Expuesta la sistemática metodológica que vamos a seguir, afrontemos su desarrollo hasta que estemos en condiciones de poder establecer los aspectos tipológicos de la personalidad del rey Enrique IV. (Ver Cuadro II).

En relación con su habitual estado de ánimo, pueden aislarse de la documentación cronística a la que hemos recurrido, tres rasgos significativos. Así, era:

---

<sup>10</sup> Según MILLON, T.: *“Trastornos de la personalidad”*. Masson (1998): La personalidad es un patrón complejo de características psicológicas profundamente arraigadas y, en su mayor parte, inconscientes, que se expresan automáticamente en casi todas las áreas de funcionamiento del individuo. Patrón de percibir, sentir, pensar, afrontar y comportarse de un sujeto.

<sup>11</sup> MURRAY (Citado por MILLON, T.: op. cit., p. 5) afirmaba que *“la historia de la personalidad es la personalidad”*, a lo que *“mutatis mutandi”* nos atreveríamos agregar que *“la historia natural de la enfermedad es la enfermedad”*.

<sup>12</sup> EYSENCK, H. J.: *“The structure of human personality”*. London: Routledge and Kegan Paul. (1960).

## CUADRO II

### RASGOS PSICOLÓGICOS DEL REY ENRIQUE IV INFERIDOS DE LAS DESCRIPCIONES DE LOS CRONISTAS

ÁMBITO FUNCIONAL		ÁMBITO ESTRUCTURAL	
CARÁCTER (CONNATIVO)		TEMPERAMENTO (AFECTIVIDAD)	
Comportamiento Interpersonal	Estilo Cognitivo	Estado de Ánimo	Auto-Imagen
Confiado	Sin rencor	Sensible	Humilde
Desinteresado	No maledicente	Melancólico	Retraído
Caritativo	No vengativo	Abúllico	
Respetuoso	Religioso		
Bondadoso			
Generoso			



SENSIBLE: “Era grand músico é tenía buena gracia en cantar é teñer.”

(FERNANDO DEL PULGAR).

“Sentía bien la perfección de la música”. “Preciábase de tener cantores y con ellos cantaba muchas veces”. Tañía dulcemente el laud”. “Le placían los instrumentos musicales” (CASTILLO).

MELANCÓLICO: “Todo canto triste le daba deleite”. “Toda conversación de gentes le daba pena” (CASTILLO).

“Usaba trajes de lúgubre aspecto” “(...) su adusto seño”. “Enamorado de lo tenebroso”. (ALFONSO DE PALENCIA).

ABÚLICO: “Huía de los negocios, despachándolos muy tarde” (CASTILLO).

“Algunas veces era negligente é con dificultad entendía las cosas ajenas a su delectación”. “En la execución de las (cosas) particulares y necesarias, algunas veces era flaco (...)” (FERNANDO DEL PULGAR).

Respecto a su Auto-imagen, otro importante componente temperamental, nos aportan los cronistas dos rasgos bien delimitados. Así, era:

HUMILDE: “Amigo de los humildes”. “Rey sin ninguna ufanía”. “Hacía poca Estima de sí mismo”. “Honesto en el vestir”. “Las insignias y ceremonias reales muy ajenas a su condición” (CASTILLO).

“Desdeñó la regia pompa en el cabalgar”. “(...) sin collar ni otro distintivo real que o militar que le adornase: cubría sus piernas con toscas polainas y sus pies con borcequies u otro calzado ordinario y destrozado”. “Las resplandecientes armas, los arreos, guarniciones de los caballos y toda pompa, indicio de grandeza, merecieron su completo desdén”. (ALFONSO DE PALENCIA).<sup>13</sup>

RETRAIDO: “Su afán por las excursiones a sitios retirados”. “(...) sólo en las más espesas (selvas) buscó el descanso”. “Su adusto carácter le hizo huir del concurso de las gentes”. (PALENCIA).

“Plazíale muchas veces andar por bosques apartado de la gente”. (FERNANDO DEL PULGAR).

---

<sup>13</sup> Bien visto, para PALENCIA, este comportamiento del rey, no era en absoluto signo de humildad, sino de degradación que no ocultaba a los demás; así, al referir lo expuesto dice: “...*dando así a los que le veían manifiesta muestra de su pasión de ánimo*”. Lo que no deja de ser un forma inconsciente de expresar don Enrique su baja autoestima.

“Compañía de muy pocos le placía”. “A sus pueblos pocas veces se mostraba”. “Estaba siempre retraído”. (ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

Los rasgos propiamente caracteriales que nos han llegado de Enrique IV a través sus biógrafos son también importantes y variados. Así, en relación con su comportamiento interpersonal, cabe destacar que fue:

CONFIADO: “De quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando é favor” (DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

DESINTERESADO: “(...) de las mercedes nunca se recordaba”. (CASTILLO).  
“(...) é no repetía jamás lo que daua ni le plazía que otros en su presencia ge lo repitiesen” (FERNANDO DEL PULGAR).

GENEROSO: “Era omme franco é facía grandes mercedes é dadiuas (...)” (FERNANDO DEL PULGAR).  
“Avia placer por darles estado (a sus servidores) y ponerles en honra”. “Fue grande su franqueza, tal alto su corazón, tan alegre para dar, tan liberal para lo cumplir, que de las mercedes hechas nunca se recordaba, ni dexo de las hacer mientras estubo prospero”. (DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

CARITATIVO: “(...) a los enfermos caritativo, y limosnero de secreto”. (CASTILLO).

BONDADOSO<sup>14</sup>: “(...) Era lleno de mucha clemencia, de la crueldad ageno” (CASTILLO).

“Era omme piadoso é no tenía ánimo de facer mal, ni ver padecer a ninguno, é tan humano era, que con dificultad mandaua executar la justicia criminal”. (PULGAR).

CONSIDERADO: “Fue tan cortes, tan mesurado e gracioso, que a ninguno Hablando jamás decía tú” (CASTILLO).

Un último aspecto a considerar en relación con el carácter del rey es el referido a su estilo cognitivo, en el que el conocimiento del objeto (personas y cosas) que aporta la inteligencia permite al sujeto asumir una conducta frente al objeto (componente connativo).

---

<sup>14</sup> Para PALENCIA “*Sus ojos feroces, de un color que ya por sí demostraba crueldad*”, lo que parece una impresión excesivamente subjetiva, que no comparten ni CASTILLO ni FERNANDO DEL PULGAR.

Como rasgos afines a esta vertiente del carácter, podemos delimitar cuatro tipos de actuaciones del rey, que permiten considerarlo:

NO VENGATIVO: “Jamás deshizo a ninguno que pusiese en prosperidad”.

(DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

NO RENCOROSO: “Tuvo muchos servidores y criados (...) pero los más de ellos le fueron ingratos, de tal guisa que sus dádivas y mercedes no se vieron agradecidas, ni respondidas con lealtad”.

(DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

NO MALEDICENTE: “Era muy enemigo de los escándalos”. (CASTILLO).

RELIGIOSO (PIADOSO): “Era omme piadoso (FERNANDO DEL PULGAR).

“Gran edificador de iglesias é monasterios, y dotador é sustentador de ellos”. (ENRIQUEZ DEL CASTILLO).

Mediante la sistemática descriptiva efectuada -siguiendo lo más fielmente posible el modelo fenomenológico- hemos podido conseguir delimitar una serie de rasgos psicológicos específicos de la personalidad de Enrique IV.<sup>15</sup> Ha llegado pues, el momento, de agrupar esos dispersos rasgos individuales en prototipos, o precisando más, según la terminología que seguimos: en psicotipos, encuadrados dentro del marco de las clasificaciones tipológicas existentes<sup>16</sup>. De entre todas ellas, la que hemos seguido al abordar la constitución de nuestro personaje ha sido la de KRETSCHEMER, de ahí que sigamos basándonos en ella ahora.

Es necesario no perder de vista, precisamente, ese patrón somático (EYSENCK) que, siguiendo el diagnóstico de MARAÑÓN, definíamos como una displasia eunucoide con reacción acromegálica, ya que, al estar basado en las variantes constitucionales displásicas, endocrina y sexual de KRETSCHEMER, nos va a permitir seguir lo más fielmente posible las descripciones psicológicas que para ellas estableció el psiquiatra alemán y compararlas con las que nosotros hemos encontrado en Enrique IV. Su concordancia nos permitirá, además de encontrar esas conexiones conceptuales imprescindibles entre constitución y temperamento, validar la fiabilidad de los resultados obtenidos en nuestro estudio; es decir, comprobar el valor que tienen los rasgos psicológicos del rey que hemos encontrado, para partiendo de ellos, reconstruir su psicotipo.

---

<sup>15</sup> Planteamiento *ideográfico*.

<sup>16</sup> Planteamiento *nomotético*.

KRETSCHMER adscribe a las por él llamadas formas de gigantismo eunucoide, unos rasgos temperamentales que define como indolencia autística de tonalidad más bien esquizoide<sup>17</sup>. Si comparamos estos rasgos con los encontrados por nosotros en don Enrique, vemos que, la indolencia del autor alemán es equivalente a la abulia encontrada por nosotros. Del mismo modo, el término relativo al autismo que emplea KRETSCHMER como adjetivo de la indolencia, se asemeja al rasgo retraído que nosotros consignamos.

En cuanto a la variante acromegaloide, nos dice el psiquiatra germano que “se hereda a menudo directamente en algunas familias”, lo que nos trae a la memoria el extraordinario parecido físico y psíquico que Enrique IV tenía con su padre Juan II, del que PÉREZ DE GUZMÁN<sup>18</sup> nos dice que: “(...)fue alto de cuerpo, e de grandes miembros, pero non de buen talle nin de gran fuerza”, descripción excepcional de la constitución de Juan II, de la que es fácil deducir sus rasgos acromegaloideos. También afirma KRETSCHMER respecto a esta variante que: “caracterológicamente es digna de atención y muy instructiva la múltiple y señalada prominencia de trastornos de la regulación diencefálica, especialmente en sentido de las conocidas distimias braquifásicas (irritable, eufórica, depresiva o apática) y liberaciones instintivas: dipsomanía, poriomanía, bulimia periódica, satisfacción sexual imperiosa, estados de furia. Por lo demás, estos temperamentos aparecen más bien indiferentes, pasivos, serenos, pero sin calor afectivo, y con tendencia a la volubilidad”. A poco que nos fijemos en los rasgos que hemos descrito, lo mismo en este apartado, que en muchos otros más de esta tesis y en una investigación nuestra anterior, vemos que las coincidencias entre ellos y los descritos por KRETSCHMER son extraordinariamente significativas. Así, la distimia depresiva, considerada como una de las hipótesis de este trabajo y que, aunque no pudimos llegar a demostrarla en un estudio de investigación anterior, sí que sentamos las bases para su confirmación posterior en nuestra tesis; en la que aportamos, como rasgos afines a la distimia depresiva o apática de KRETSCHMER, los estados de ánimo melancólico y abúlico que caracterizaron el temperamento de Enrique IV. Aunque ciertamente el rey no bebía vino, sí tenemos noticia de que podía sufrir episodios de bulimia, como nos refiere en su crónica ENRIQUEZ DEL CASTILLO, cuando nos dice: “Su comer más fue desorden que glotonería, por donde su complexión en alguna manera se corrompió...”. Aunque

---

<sup>17</sup> op. cit., p 308.

<sup>18</sup> PÉREZ DE GUZMÁN, F.: “*Generaciones y semblanzas*”. El Parnasillo. Simancas Ediciones. (2005).

carecemos de toda referencia concreta a nuestro personaje, la satisfacción sexual imperiosa que como trastorno del instinto considera KRETSCHMER una característica propia de esta variedad constitucional, puede ser un rasgo típico de la impotencia psicógena que creemos que padeció don Enrique. Tanto la irritabilidad distímica, como los estados de furia que refiere el psiquiatra germano, pueden tener su fiel reflejo en un rasgo del carácter del rey, que sabemos por CASTILLO cuando leemos en su crónica: “acelerado e amansado muy presto”, lo que puede interpretarse como que fácilmente se encolerizaba, aunque con rapidez se calmaba. Por último, respecto a la indiferencia, pasividad y tendencia a la volubilidad que KRETSCHMER adjudica a estos temperamentos, son rasgos caracteriales que al estudiar las reacciones de Enrique IV frente a los hechos más significativos de su reinado (apartado de esta tesis al que remito al lector), hemos podido considerar como reacciones del rey frente a tales hechos. Estos subtipos temperamentales afines al seudoeunucoidismo y a la reacción acromegálica de Enrique IV, representan una constelación de rasgos propios y específicos de nuestro personaje, que matizarán y caracterizarán su tipo temperamental propiamente dicho. Lo mismo que un pintor mediante pinceladas maestras difumina o incluso borra de su cuadro determinados rasgos y/o colores, en unos casos y, en otros, ilumina y acrecienta ciertos matices para que resalten con más fuerza. Por eso, el psicotipo mediante el que pretendemos sintetizar la personalidad del rey, debe ser entendido como una entidad colonizada por todas las peculiaridades personales de éste, de manera tal que su funcionamiento solo remedará, en algunas de sus partes, a su prototipo científico. Porque es imposible conseguir que un constructo ideográfico se ajuste como un guante a todos los contornos que conforman un constructo nomotético, querámoslo o no, los rebasará siempre con creces. Todos los rasgos temperamentales que hemos aislado de las narraciones de los cronistas sobre Enrique IV están presentes en el psicotipo esquizoide de KRETSCHMER<sup>19</sup>, me refiero, claro está, a la sensibilidad, la melancolía y la abulia de sus estados de ánimo, y a su auto-imagen humilde y retraída. Sin embargo, sus peculiaridades caracterológicas modularán su fenotipo como forma de expresar su esquizoídia.

---

<sup>19</sup> op. cit. ps. 213-259.

KRETSCHMER subdivide las características más frecuentes definidoras de los esquizoides en tres grupos<sup>20</sup> de los que, en nuestro caso, nos interesa resaltar el segundo, dado que es al que mejor se ajusta nuestro personaje.

Para KRETSCHMER, “los temperamentos esquizoides se hallan entre los polos excitable y apático, de igual modo que los temperamentos cicloides se encuentran entre los polos alegre y triste”. Esta polaridad esquizoide permite poder establecer como dos grupos extremos: Uno, en el que destacan los síntomas de hiperexcitabilidad psíquica (esquizoides hiperestésicos) y, otro, en el que predomina la apatía (esquizoides anestésicos). Sin embargo, según el mismo autor la clave de los temperamentos esquizoides reside en que la mayoría de éstos no son en unos casos hipersensibles y en otros fríos, “sino ambas cosas a la vez, en proporciones sumamente variables, además”.

Esta proporción, que el psiquiatra germano llama psicoestética, puede variar en el curso de la vida del individuo, pudiendo existir un predominio hiperestésico en la juventud y años más tarde invertirse la proporción poseyendo más peso lo hipostésico<sup>21</sup>. Pero “solo una parte de los esquizoides, nos dice KRETSCHMER, describe durante su vida el ciclo típico del polo sensiblemente hiperestésico al de predominio anestésico, mientras otros permanecen hiperestésicos y otros son más bien tórpidos al venir al mundo”.

Es decir, que según esta regla existirían para el autor alemán tres tipos de esquizoides: Los de evolución cíclica (grupo 1º), que integra a aquellos que poseyendo un predominio hiperestésico los primeros años de la vida y en la juventud, van invirtiendo la proporción psicoestésica hasta que en la madurez y en la vejez el predominio hipostésico o anestésico es la regla; los hiperestésicos (grupo 2º), y los anestésicos desde que nacen (grupo 3º) -ambos con rasgos de una y otra serie, aunque en distinta proporción psicoestésica-.

La gravedad del cuadro esquizoide va a depender, por tanto, de la proporción psicoestésica que posea el sujeto; así, en tanto el grado de autismo de los del grupo 3º será casi extremo y su adaptación social nula, en los del grupo 2º adquirirá su autismo

---

<sup>20</sup> Los grupos de KRETSCHMER son:

1º. Insociable, sosegado, reservado serio (sin humor), raro.

2º. Tímido, esquivo, delicado, sensible, nervioso, excitable, aficionado a la naturaleza y a los libros.

3º. Sumiso, apacible, formal, indiferente, obtuso, torpe.

<sup>21</sup> A todos los historiadores sorprende el que en los años juveniles don Enrique desarrollase una actividad política muy activa y, en ciertos casos, hasta con éxitos evidentes. Mientras que al subir al trono y, sobre todo, antes de concluir su primera década como rey, el número de sus fracasos políticos comienzan a ir incrementándose hasta extremos difícilmente entendibles. Este concepto de proporción psicoestésica y su ritmicidad hiperestesia/hipoestesia, puede arrojar algo de luz al enigma historiográfico.

solo el grado de la timidez y/o el retraimiento, siendo su adaptación social relativamente aceptable; por último, los del grupo 1º, tanto su autismo como su adaptación social dependerá del estadio en que se encuentren.

El retraimiento y la tendencia al aislamiento de Enrique IV, pueden encuadrarse como formas menores de autismo esquizoide.

Su abulia y su humildad se entienden como reacciones esquizoides en cuyo trasfondo se encuentra una baja resonancia afectiva con respecto al entorno, en la primera, y un temor a lo nuevo y desconocido frente a lo que el sujeto se experimenta como incapacitado para responder adecuadamente, en la segunda.

Su manifiesta sensibilidad no desentona para nada dentro de la constelación de rasgos esquizoides, sino que, muy al contrario, es uno de los ingredientes fundamentales de su variante hiperestésica.

El tono menor en que se expresan estos rasgos temperamentales, pero su firme enraizamiento en la estructura global de la personalidad del rey, no permiten la menor duda en cuanto a su adscripción a un psicotipo concreto. Así, por una parte, trasciende la normalidad esquizotímica, tanto cuantitativa como cualitativamente, y por otra, en ningún momento rebasa la frontera que separa la anormalidad cuantitativa de la patología cualitativa representada por las psicosis. Por último, el tono y la cuantía con que se expresa su anormalidad temperamental y caracterológica, como acabamos de decir, nos permite considerar el psicotipo de Enrique IV como el de un esquizoide hiperestésico.<sup>22</sup>

No me resisto a realizar algunos comentarios finales en cuanto a los mecanismos de los que se vale esta variante esquizoide, para conseguir una cierta adaptación social, ya que revalorizan las aportaciones de los cronistas, -con las que concuerdan plenamente-, lo que incrementa el grado de fiabilidad de nuestros resultados, basado en el análisis de dichas aportaciones.

Al referir los rasgos característicos de nuestro personaje adscritos a su comportamiento interpersonal, llama la atención su extraordinaria positividad. Lo mismo ocurre, en

---

<sup>22</sup> Para una mejor comprensión de la especificidad del psicotipo *esquizoide hiperestésico* de Enrique IV, creo necesario aclarar que de los tres grupos de KRETSCHEMER, estaría dentro del grupo 2º, que además de ser el menos grave, es el más susceptible de ser influido por el medio, frente al que con más o menos eficacia “reacciona”, en un difícil intento de adaptación, lo que es imposible en el *esquizoide anestésico*. Por todo ello considero que la variante *hiperestésica*, aunque disposicionalmente sea *esquizoide*, es permeable a las influencias medio ambientales y culturales, pudiendo diluirse su anormalidad en el entramado sociocultural, hasta tal punto, que el sujeto esquizoide pueda pasar desapercibido. Esta última circunstancia, lógicamente no se pudo dar en el caso de Enrique IV, teniendo en cuenta el alto cometido social que el azar le obligó a desempeñar.

cuanto a los rasgos que nos han parecido que forman parte de su estilo cognitivo. Lo que no deja de hacer atractiva la figura del rey castellano. Sin embargo, cuando se encuadran estos rasgos en el marco constituido por las personalidades esquizoides, curiosamente adquieren otra tonalidad, mucho más en sintonía con nuestra percepción inicial que de esta forma parece que se confirma.

Cuando vemos que KRETSCHMER describe como bonachones a muchos de los esquizoides de su casuística, no podemos dejar de traer al primer plano de la atención el carácter bondadoso, respetuoso, desinteresado, generoso y caritativo, que hemos encontrado en nuestro estudio de los rasgos caracteriales del rey (ver el Cuadro II de la página 200).

Estos matices propios de las relaciones interpersonales –y otros muchos más que no vienen al caso en este momento- actúan como agentes intermediarios para la adaptación social de todas las personas, residiendo su valor en la mayor o menor eficacia con la que lo consiguen. Pero en este momento lo que interesa que consideremos de ellos no es tanto su funcionalidad, como su génesis. Suelen ser mecanismos que aprendemos –no son innatos- merced a nuestra previa dotación psicológica disposicional, que en el caso de los sujetos normales está presidida por una corriente de sintonía interhumana de cordialidad, benevolencia y reciprocidad en el intercambio de los sentimientos, lo mismo alegres que tristes. Pues bien, según KRETSCHMER, la mansedumbre de los esquizoides se sustenta sobre dos componentes; el temor y la impasibilidad, es decir, elementos más espurios, que reducen su calidad humana. Remitámonos a las propias palabras del autor germano, que resultan altamente clarificadoras: “(...) esta mansedumbre o apacibilidad esquizoide timorata puede presentar rasgos de bondad verdadera, (...) pero siempre con un leve tinte de dolorosa extrañeza y susceptibilidad”.<sup>23</sup>

Resulta también muy significativo constatar como entre los esquizoides tímidos y románticos de KRETSCHMER abundan los “aficionados a la naturaleza y a los libros”; si cambiamos los libros por la música, estaríamos haciendo referencia a las aficiones de nuestro personaje, en las que se oculta un sentimiento íntimo “por huir de las gentes y por sentirse atraído hacia todo lo que es apacible y no lastima”, según nos dice el gran psiquiatra alemán.

---

<sup>23</sup> op.cit., p. 223.



### **Psicopatología de la personalidad.-**

Para llegar a establecer el diagnóstico psiquiátrico del trastorno de la personalidad de Enrique IV contamos con el siguiente material de estudio: Su psicobiografía, sus rasgos biopsicotipológicos y su conducta en algunos acontecimientos significativos de su reinado. (Ver CUADRO III. p. 209)

Este material lo vamos a analizar mediante los criterios diagnósticos seguidos por el “Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales” (DSM-IV-TR)<sup>24</sup> y la “Clasificación internacional de enfermedades en su capítulo V: Trastornos mentales y del comportamiento” (CIE-10).<sup>25</sup> (Ver CUADRO IV. p. 211). Con objeto de matizar algo más algunos rasgos específicos de la personalidad del rey, nos serviremos también del “Inventario de hostilidad de Buss-Durkee” (BDHI)<sup>26</sup> y de la “Escala de impulsividad de Barratt”<sup>27</sup>.

### **DSM-IV-TR.-**

Según este glosario, ampliamente difundido por la comunidad psiquiátrica internacional y elaborado por la American Psychiatric Association, los criterios diagnósticos generales para un trastorno de la personalidad serían los de: “A) Un patrón permanente de experiencia interna y de comportamiento que se aparta acusadamente de las expectativas de la cultura del sujeto. Este patrón se manifiesta en dos (o más) de las áreas siguientes: (1) Cognición; (2) afectividad; (3) actividad interpersonal y (4) control de los impulsos. B) Este patrón persistente es inflexible y se extiende a una amplia gama de situaciones personales y sociales. C) Este patrón persistente provoca malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo. D) El patrón es estable y de larga duración, y su inicio se remonta al menos a la adolescencia o al principio de la edad adulta. E) El patrón persistente no es atribuible a una manifestación o a una consecuencia de otro trastorno mental. F) El patrón persistente no es debido a los efectos fisiológicos directos de una

---

<sup>24</sup> DSM-IV-TR. Masson, Barcelona, (2002).

<sup>25</sup> CIE-10. Organización Mundial de la Salud. Ginebra (1992).

<sup>26</sup> Bobes, J y otros.: “*Banco de instrumentos básicos para la práctica de la psiquiatría clínica*”. 2ª Edición. Ars Médica. (2002). Cap. 9. p. 109.

<sup>27</sup> op. cit, cap. 9, p. 110.

METODOLOGÍA SEGUIDA PARA EL ESTUDIO PSICOPATOLÓGICO DE  
ENRIQUE IV

---

**CUADRO III**

**MATERIAL PARA EL ESTUDIO PSICOPATOLÓGICO DEL REY**

*1.- PSICOBIOGRAFÍA DE ENRIQUE IV*

*2.- HISTORIA CLÍNICA: CONSTITUCIÓN, TEMPERAMENTO Y CARÁCTER*

*3.- REACCIUONES DEL REY FRENTE A CIERTOS HECHOS HISTÓRICOS*

---

sustancia (por ejemplo, una droga, un medicamento) ni a una enfermedad médica (p. ej., traumatismo craneal).<sup>28</sup>

En relación con el criterio A) y sus cuatro áreas, nos resulta válido todo lo que hemos expuesto anteriormente al estudiar la “Constitución, el temperamento y el carácter”, pudiéndose llegar a la conclusión que Enrique IV padecía un trastorno de la personalidad que tipificamos como una caracteriopatía esquizoide hiperestésica estructurada sobre un fondo temperamental cicloide (oscilaciones anímicas). Desarrollando algo más las razones aducidas para establecer este diagnóstico de personalidad vamos a centrarnos en las siguientes. Constitucionalmente llegábamos a la conclusión de que el rey castellano era un displásico eunucoide con reacción acromegálica (MARañÓN), pues bien, cuando KRETSCHEMER plantea cuales son los temperamentos propios de los grupos constitucionales endocrinos,<sup>29</sup> nos dice que, “las formas de gigantismo eunucoide,...tienden a menudo a una indolencia autística de tonalidad más bien esquizoide,...”, y que la variedad acromegaloide “caracteriológicamente es digna de atención y muy instructiva la múltiple y señalada prominencia de trastornos de la regulación diencefálica, especialmente en sentido de las conocidas distimias braquifásicas (irritable, eufórica, depresiva o apática) y liberaciones instintivas: dipsomanía, poriomanía, bulimia periódica, satisfacción sexual imperiosa, estados de furia...”. Parece que KRETSCHEMER acepta para la displasia acromegaloide una afectividad bifásica (cíclica) de génesis diencefálica. Igualmente, cuando el autor germano estudia las “variantes cicloides”<sup>30</sup>, nos dice que: “Los grados notables de insociabilidad y hurañía en los adultos, cuando se produce a menudo y en el trato cotidiano la rigidez motora típica y el bloqueo o represión del curso de las ideas, se clasifican, según nuestra experiencia, fuera del marco constitucional depresivo, en sentido cicloide, y aunque alguna vez se den en nuestros grupos caracterológicos, hay que achacarlos probablemente a rasgos esquizoides de constitución.” Es decir, que considera como una variedad cicloide atípica, aquella en la que acontecen rasgos esquizoides. En definitiva, las mezclas temperamentales y caracterológicas, así como las constitucionales, son aceptadas por el autor alemán, lo que además la realidad clínica nos demuestra diariamente.

---

<sup>28</sup> op. cit, p. 649.

<sup>29</sup> op. cit., ps. 307-311.

<sup>30</sup> op. cit., ps. 204 y 205.

METODOLOGÍA SEGUIDA PARA EL ESTUDIO PSICOPATOLÓGICO DE  
ENRIQUE IV

---

**CUADRO IV**

PSICOPATOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN:

- 1.- Criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y de la CIE-10:
- 1.1.- Para el Trastorno de la Personalidad.
- 1.2.- Para el Trastorno de la Personalidad por Evitación-

PSICOPATOLOGÍA DE LA AFECTIVIDAD (ESTADO DE ÁNIMO)

INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN:

- 2.- Criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y de la CIE-10:
  - 2.1.- Para la Depresión Mayor.
  - 2.2.- Para el Trastorno Distímico.
-

El fenotipo esquizoide hiperestésico condicionaba las relaciones interpersonales habituales de Enrique IV y su componente constitucional cicloide era el sustrato responsable de sus frecuentes cambios timopéticos, de entre los que destacaríamos su temple depresivo (distimia irritable y huraña).

Este patrón comportamental y de experiencia interna se extendía a su vida pública e íntima (Criterio B), manteniéndose estable durante toda su existencia y remontándose a etapas temprana de su vida (Criterio C), no siendo atribuible ni a un trastorno mental (Criterio D), ni tampoco a la acción de sustancias o enfermedad médica (Criterio F).

Una vez establecido el diagnóstico de Trastorno de la Personalidad, según criterios del DSM-IV-TR, en Enrique IV, veamos ahora la posible existencia de rasgos anómalos de la personalidad de carácter específicos, también según el mismo glosario. Pero antes, me parece obligado referirme a otra delimitación de las personalidades anómalas, la de KURT SCHNEIDER, en una de cuyas formas encaja con precisión el rey castellano.

Ya el temperamento esquizoide hiperestésico (KRETSCHMER) que hemos dicho que era el de nuestro personaje, dirige nuestra atención a un tipo de psicopatía que en la clásica clasificación de SCHNEIDER<sup>31</sup>, se la denomina como Psicópatas inseguros de sí mismos, cuyos rasgos definidores básicos son la inseguridad y la insuficiencia. Una subforma de estos, la constituida por los “sensitivos”, es la que mejor se ajusta desde la perspectiva conceptual de SCHNEIDER, a las características de Enrique IV. Los inseguros de sí mismo sensitivos, suelen buscar “en sí, antes que nada, la culpa de todo acontecimiento y todo fracaso (...) tales individuos no se perdonan nada, mientras que, muchas veces, perdonan todo a los demás” (SCHNEIDER).

Es curioso como MILLON considera como antecedentes históricos fundamentales de los trastornos de la personalidad denominados por él como “evitativos,” al temperamento esquizoide hiperestésico de KRETSCHMER y a los psicópatas inseguros de sí mismos de K. SCHNEIDER. Pues bien, vamos a ver si el trastorno de la personalidad del rey Enrique se ajusta a los criterios diagnósticos que para el Trastorno

---

<sup>31</sup> SCHNEIDER, K.: “Las personalidades psicopáticas”. Ediciones Morata, Madrid (1971) ps. 122-137.

de la personalidad por evitación (DSM-IV-TR), establece el glosario de la American Psychiatric Association (APA).

El patrón general que en el DSM-IV-TR se considera el soporte de los trastornos de personalidad por evitación se caracteriza por: “Inhibición social, unos sentimientos de inferioridad y una hipersensibilidad a la evaluación negativa (de los demás), que comienza al principio de la edad adulta y se dan en diversos contextos<sup>32</sup>, dentro de los que considera los siete siguientes:

Evita trabajos y actividades que impliquen un contacto interpersonal importante debido al miedo a las críticas, la desaprobación o el rechazo.

Es reacio a implicarse con la gente si no está seguro de que va a agradar.

Demuestra represión en las relaciones íntimas debido al miedo a ser avergonzado o ridiculizado.

Está preocupado por la posibilidad de ser criticado o rechazado en las situaciones sociales.

Está inhibido en las situaciones interpersonales nuevas a causas de sentimientos de inferioridad.

Se ve a sí mismo socialmente inepto, personalmente poco interesante o inferior a los demás.

Es extremadamente reacio a correr riesgos personales o a implicarse en nuevas actividades debido a que pueden ser comprometedoras.

Para diagnosticar un Trastorno de la Personalidad por Evitación, es suficiente que el clínico detecte en un individuo con un patrón general como el referido, cuatro de los siete ítems enumerados.

Cuando aplicamos estos criterios al acontecer psicobiográfico y a la conducta mantenida frente a los hechos más sobresalientes del reinado de don Enrique IV, vemos que no cuatro, sino quizás los siete consignados, son claramente concordantes con el patrón de experiencia interna y de comportamiento del rey castellano.

La misma sistemática que hemos seguido al aplicar el DSM-IV-TR para el diagnóstico de la personalidad de nuestro personaje, será el que desarrollaremos ahora al aplicarle los criterios diagnósticos que la OMS estableció en 1992 en su décima revisión de la CIE.

---

<sup>32</sup> DSM-IV-TR. Masson (2002). p.807.

### CIE-10.-

Salvos ciertos matices diferenciales, los criterios diagnósticos de esta 10ª revisión de la CIE, no se apartan mucho de los establecidos en el DSM-IV-TR, de hecho son anteriores a éstos habiéndoles servido de referencia para su elaboración.

En su apartado F60 bajo el epígrafe: “Trastornos específicos de la personalidad”<sup>33</sup>, “se incluyen trastornos graves del carácter constitutivo y de las tendencias comportamentales del individuo, que normalmente afectan a varios aspectos de la personalidad y que casi siempre se acompañan de alteraciones personales y sociales considerables”.

Las pautas diagnósticas que establece, tras descartar cualquier trastorno de la personalidad atribuible a lesión o trastorno cerebral y a otro trastorno psiquiátrico son: Actitudes y comportamientos disarmónicos que afectan a varias áreas de la personalidad como: La afectividad, la excitabilidad, el control de los impulsos, sus formas de percibir y de pensar y sus relaciones interpersonales.

Este comportamiento adopta la forma de los desarrollos anormales de la personalidad en el sentido de duración y larga evolución.

El comportamiento anormal es generalizado implicando desadaptación a situaciones individuales y sociales.

Como cualquier otro desarrollo anómalo aparece en la infancia o la adolescencia persistiendo en la madurez.

El trastorno determina considerable malestar personal.

Suele afectar a los rendimientos socioprofesionales del individuo.

Son suficientes tres de los rasgos mencionados para establecer el diagnóstico (en el DSM-IV-TR, sólo dos).

Siguiendo las pautas anteriormente utilizadas para el DSM-IV-TR, puede comprobarse que las características de personalidad de Enrique IV se ajustan prácticamente a todos los criterios diagnósticos de la CIE-10, para el Trastorno específico de la personalidad.

---

<sup>33</sup> CIE-10 (1992): p. 249-250.

Veamos ahora si también resultan sensibles estos rasgos del rey con los del Trastorno ansioso (con conducta de evitación) de la personalidad, que en la CIE-10 se incluye en su apartado F60.6.<sup>34</sup>

El Trastorno Ansioso (con conducta de evitación) de la personalidad se caracteriza por:

Sentimientos constantes y profundos de tensión emocional y temor.

Preocupación por ser un fracasado, sin atractivo personal o por ser inferior a los demás.

Preocupación excesiva por ser criticado o rechazado en sociedad.

Resistencia a establecer relaciones personales si no es con la seguridad de ser aceptado.

Restricción del estilo de vida debido a la necesidad de tener una seguridad física.

Evitación de actividades sociales o laborales que impliquen contactos personales íntimos, por el miedo a la crítica, reprobación o rechazo.

Puede estar presente también una hipersensibilidad al rechazo y a la crítica.

Nuevamente encontramos que concuerdan el comportamiento psicosocial y los rasgos psicológicos de Enrique IV, con la mayoría de los ítems consignados en el correspondiente glosario diagnóstico, por lo que nuestra conclusión final, respecto a cuál pudo ser el diagnóstico psicopatológico de la personalidad del rey, es la de que sufrió: Un Trastorno de la Personalidad por Evitación.

Solo nos resta para concluir este apartado analizar dos características de la personalidad de los psicópatas (trastornos de la personalidad), como son la hostilidad y la impulsividad que, -aunque propia de los psicópatas desalmados<sup>35</sup> de SCHNEIDER, la primera, y de los psicópatas explosivos<sup>36</sup> del mismo autor, la segunda-, suelen ser ingredientes constantes de las personalidades anómalas, -aunque se expresen clínicamente de forma encubierta y/o en una cuantía significativamente inferior, que en los mencionados casos típicos-.

Para ello nos hemos servido de dos instrumentos de evaluación de la personalidad y sus trastornos: El inventario de hostilidad de BUSS-DURKEE (IHBD) y la escala de impulsividad de BARRATT (EIB), según la versión de BOBES, J. y cols.<sup>37</sup>

---

<sup>34</sup> op. cit., p. 255.

<sup>35</sup> Trastorno antisocial del DSM-IV-TR y disocial de la personalidad de la CIE-10.

<sup>36</sup> Trastorno de inestabilidad emocional de la personalidad de tipo impulsivo de la CIE-10

<sup>37</sup> op. cit., ps. 109 y 110.



### IHBD.-

Descripción.- Es un instrumento para evaluar la agresividad, constituido por 75 ítems, con los que se conforman 7 subescalas que son las siguientes:

Violencia (10 ítems: 1,9,17,25,33,41,49,57,65,70).- Punto de corte: (3).

Hostilidad indirecta (9 ítems: 2, 10, 18, 26, 34, 42, 50, 58,75).-Punto de corte: (6)

Irritabilidad (11 ítems:4,11,20,27,35,44,52,60,66,71,73).-Punto de corte: (6)

Negativismo (5 ítems: 3, 12, 19, 28,36).- Punto de corte: (Inexistente).

Resentimiento (8 ítems: 5, 13, 21, 29, 37, 45, 53,61).- Punto de corte: (2).

Recelos (10 ítems: 6, 14, 22, 30, 38, 46, 54, 62, 67,72).- Punto de corte: (2).

Hostilidad verbal (13 ítems:7,15,23,31,39,43,47,51,55,59,63,68,74).- Punto de corte: (6).

Culpabilidad (9 ítems: 8, 16, 24, 32, 40, 48, 56, 64,49).- Punto de corte: (inexistente).

Los 75 ítems del inventario se fueron contestando partiendo de nuestro conocimiento del rey Enrique IV a través de su psicobiografía y su comportamiento frente a los hechos, considerados significativos y analizados, de su reinado. Lógicamente se trata de inferencias nuestras y no de respuestas directas del sujeto evaluado, lo que implica que sólo consideremos los resultados obtenidos –tanto de esta prueba como de la escala de impulsividad- como meras aproximaciones a la realidad de nuestro personaje, de los que no pretendemos extraer ninguna conclusión final, a lo sumo, contar con un matiz que adjuntar a la positividad o negatividad de nuestras hipótesis.

Resultados.-

	Puntos obtenidos	Valor	Punto de corte
Violencia	3	0	3
Hostilidad indirecta	4	-	6
Irritabilidad	9	++	6
Negativismo	2	-	(No existe)
Resentimiento	7	+++	2
Recelos	6	+++	2
Hostilidad verbal	6	0	6
Culpabilidad	8	+++	(No existe)
TOTAL	45	++++	27

Interpretación.-

Es evidente que, según el inventario utilizado, el nivel de Hostilidad/Agresividad del rey era importante, pero a expensas de la irritabilidad, el resentimiento, los celos y los sentimientos de culpa; es decir, que su agresividad era más de naturaleza defensiva que ofensiva y más auto que heteroagresiva. Las vivencias de insuficiencia e inferioridad generaban irritabilidad y culpabilidad, sentimiento referidos a su propio yo; frente al exterior experimentaba resentimiento y se mostraba celoso.

Salvo el resentimiento experimentado hacia su medio, hecho perfectamente comprensible en alguien que no recibe de él más que hostilidad y rechazo, las expresiones de heteroagresividad del rey castellano brillan por su ausencia, ya que el celo que también siente, más que una muestra de agresividad es un signo indicativo de miedo, propio de una persona que se cree incapaz (inseguridad) de repeler las agresiones y rechazos que le muestran, y adopta una actitud defensiva expectante y temerosa (evitativa). Pero de ninguna forma responde con violencia u hostilidad, ni verbal, ni indirecta, sino que, muy al contrario, convierte sus descargas agresivas, que lógicamente debían determinarle las continuas agresiones de su medio, en sentimientos autoagresivos como la culpabilidad e irritabilidad.

El interés de los resultados obtenidos mediante esta prueba, estriba igualmente, en que concuerdan plenamente con el diagnóstico específico de personalidad al que habíamos llegado. Recuérdese simplemente el concepto schneideriano de psicópata inseguro de sí mismo de tipo sensitivo, para encontrarnos con “la culpa de todo acontecimiento y de todo fracaso” que estos individuos suelen considerar como propia. No olvidemos tampoco la “mansedumbre de los temperamentos esquizoides”, sustentada, según KRETSCHEMER sobre dos componentes, el temor y la impasibilidad; lo mismo que la tendencia de los “esquizoides tímidos” cuyas aficiones están motivadas “por huir de las gentes y por sentirse atraído hacia lo que es apacible y no lastima” (KRETSCHEMER).

#### EIB.-

Descripción.- El psicopatólogo se suele servir de esta escala para evaluar la impulsividad. Está constituida por 30 ítems, distribuidos entre tres subescalas:

Cognitiva (8 ítems: 4, 7, 10, 13, 16, 19, 24,27)

Motora (10 ítems: 2, 6, 9, 12, 15, 18, 21, 23, 26,29)

Impulsividad no planeada (12 ítems: 1,3,5,8,11,14,17,20,22,25,28,30)

Cada ítems está sujeto a 4 opciones posibles: 0=nunca; 1=ocasionalmente; 3=a menudo; 4=casi siempre o siempre.

Resultados.-

	Puntos obtenidos	Valor (Máx. Teórico)	Media	Diferencia
Impulsividad cognitiva	20	32	16	4
Impulsividad motora	26	40	20	6
Impulsividad no planeada	31	48	24	7

Interpretación.- Aunque al carecer de un valor como punto de corte no podemos interpretar adecuadamente nuestros resultados, lo que si vamos a intentar es ver que lugar ocupa la puntuación obtenida en cada subescala en una secuencia numérica que vaya de 0 (como nivel más bajo) a N (donde N = número de ítems de cada escala x el máximo de puntos posibles por ítems, es decir, 4). Así, para la subescala de impulsividad cognitiva,  $N = 8 \times 4 = 32$ . Para la subescala de impulsividad motora,  $N = 10 \times 4 = 40$ . Por último, para la subescala de impulsividad no planeada,  $N = 12 \times 4 = 48$ . En tanto la puntuación media para la subescala de impulsividad cognitiva es de (N=16) y el resultado obtenido es de 20 puntos, resulta que está 4 puntos por encima de la media teórica; en el caso de la subescala de impulsividad motora, la diferencia entre el resultado obtenido 26 puntos y su puntuación media (N=20), es de 6 puntos, también por encima de la media; por último, en el caso de la impulsividad no planeada los resultados son 31 puntos, a los que si restamos la media (N=24), obtenemos una diferencia de 7 puntos por encima de ella.

Estos datos cuantitativos parece que no contradicen la existencia de un cierto nivel de impulsividad en el rey. Pero siendo sus diferencias tan poco significativas, y careciendo de un punto de corte, no podemos aventurar nada más.

### **Psicopatología de la afectividad.-**

Para llegar al diagnóstico psiquiátrico de los trastornos del estado de ánimo que creemos que padeció Enrique IV, vamos a partir, igual que hemos hecho anteriormente, del material biográfico de que disponemos, así como de sus reacciones frente a los hechos de su reinado que hemos considerado relevantes en sí mismos y para nuestro estudio (Ver Cuadro IV).

A este material le aplicaremos los criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y de la CIE-10, para los trastornos del estado de ánimo.

¿Cuáles son los trastornos del estado de ánimo que intentamos demostrar que padecía el rey Enrique IV?

Cuando en la parte introductoria de este trabajo expusimos los “Principios Psicopatológicos”, mantuvimos el criterio de que los trastornos afectivos que creíamos que había padecido el rey giraban en torno a dos formas clínicas. La fundamental sosteníamos que era un trastorno distímico cuyo curso se había visto complicado, en ocasiones, por episodios depresivos mayores, lo que nos permitía plantear como un segundo diagnóstico el de depresión doble.

Estas serán las formas clínicas que, sometiendo los datos que poseemos del rey, a los criterios diagnósticos de los respectivos glosarios psiquiátricos, intentaremos probar que padeció en el curso de su vida.

### **DSM-IV-TR.-**

Según los criterios diagnósticos de la APA, los síntomas de un episodio depresivo mayor (ver ANEXO: TABLA II, p. 313):

A) deben durar un periodo mínimo de dos semanas, tiempo durante el cual, son manifiestos los cambios experimentados en la actividad previa del sujeto afecto. Uno de los síntomas tiene que estar referido, necesariamente, al (1) estado de ánimo deprimido, o a la (2) pérdida acusada del interés o capacidad de experimentar placer en el desarrollo de las actividades diarias. Además los pacientes pueden sufrir cuatro o más de los síntomas siguientes:

- (3) Importante pérdida de peso.
- (4) Insomnio o hipersomnia frecuente.
- (5) Agitación o inhibición psicomotora mantenida.
- (6) Astenia física (pérdida de energía) duradera.
- (7) Sentimiento de inutilidad o de culpa excesiva o inapropiada.

(8) Inhibición del curso del pensamiento (lentificación y falta de concentración).

(9) Ideas suicidas recurrentes no planificadas o tentativa suicida.

Además tendremos que cerciorarnos de que los síntomas:

B) no forman parte de un episodio mixto.

C) provocan malestar detectable clínicamente y deterioro manifiesto de las actividades interpersonales y laborales del individuo.

D) no existe relación entre los síntomas y la toma de sustancias o una enfermedad médica.

E) la gravedad de los síntomas (duración de más de dos meses, gravemente incapacitantes, ideación suicida, inhibición psicomotora manifiesta, etc), permite diferenciarlos de una reacción de duelo.

A mi juicio el hecho histórico de la ocupación de Segovia por los partidarios del príncipe Alfonso, referido con sumo detalle por los cronistas ENRIQUEZ DEL CASTILLO y ALFONSO DE PALENCIA, nos aporta una excelente visión de las reacciones de don Enrique frente al acontecimiento, así como de su estado de ánimo tras el mismo.

Cuando Enrique IV recibe la noticia de que sus enemigos han tomado su amada ciudad, su primera reacción fue la de experimentar una furia descontrolada, es decir, su reacción fue la de una descarga de impulsividad espontánea y motora, que no llegó a plasmarse en nada, -fracasa su intento de tomar Olmedo, la toma de la plaza fuerte de Íscar que se realiza al paso, no remedia ni un ápice el estado en que se encontraban las hostilidades-.

Cuando llega a Cuellar se derrumba. Profundamente abatido y triste (Criterio A1), experimenta una extrema falta de iniciativa y una total pérdida del interés (Criterio A2). Los sentimientos de inutilidad y culpa, habituales en él, debieron aflorar con inusitada pujanza (7). La inhibición motora (5), la falta de iniciativa, la lentificación del curso de las ideas, como forma de inhibición del pensamiento (8), le hacen “entregarse” por completo en manos del marqués de Villena, que aprovechando el estado psíquico del rey y su poder de fascinación para con él, serán quién en lo sucesivo decida la marcha de los acontecimientos; es así como insta a Enrique a que disuelva sus tropas, le indica que se desplace a Coca sometiéndose y claudicando –le entrega incluso la custodia de la reina- ante el arzobispo Fonseca. En Coca donde está unos días, es alojado por Fonseca sin excesivos miramientos. Requerido nuevamente por el marqués

de Villena, se encamina a la Segovia ocupada, entrando en la ciudad el 28 de septiembre con una compañía de seis guardias montados en mulas.

Seguirá recibiendo escarnios a su dignidad como rey y como persona. Concretamente a las puertas de Segovia sufre un serio percance, al haber sido atacado por un destacamento armado mandado por García Manrique y Diego Rojas. Este incidente no llegó a costarle la vida gracias a la intervención del maestro de Alcántara y el conde de Alba, los que al frente de 400 lanzas impidieron la catástrofe.

A su llegada al palacio que con tanto esmero se había encargado de embellecer y fortificar, el alcázar segoviano, es recibido desabridamente por el alcaide Perucho. Como un ser desvalido e incapacitado para tomar cualquier decisión (Criterio C) se aloja en el Alcázar.

El 1 de octubre, nuevamente a instancia de Pacheco, acude a la “encerrona” que entre éste y los restantes nobles rebeldes le habían preparado en la iglesia mayor de la ciudad. Totalmente derrotado e incapacitado para todo, pone su persona en manos de sus enemigos, aceptando todas y cada una de las exigencias que le hacen en nombre de la paz del reino.

Esta actitud de entrega e indefensión extremas, evidencian con absoluta claridad el estado psíquico de Enrique IV, en el que las vivencias de insuficiencia e inferioridad, elementos dominantes como componentes habituales de su personalidad, se veían reforzadas, lo que incrementaba a su vez los sentimientos de culpa y la disforia – irritabilidad y tristeza-. En definitiva el pobre rey experimentaba el sufrimiento emanado de su cuadro efectivo grave (Criterio E).

Todavía podemos contar con otro acontecimiento, que nos narra PALENCIA, en el que el comportamiento de don Enrique muestra con meridiana claridad el cuadro depresivo mayor que estaba sufriendo. Según el relato del cronista, cuando el rey transitaba por las calles de Segovia para salir de la ciudad, es abordado por uno de sus monteros que le recrimina con duras palabras su incapacidad para salir del atolladero en el que se había metido y el abandono en que tenía a todos los suyos. El rey le escucha en silencio y no le responde, pero llorando, pica espuelas y sale de la ciudad.

Tras lo expuesto no resulta difícil apreciar como casi todos los criterios del DSM-IV-TR para el diagnóstico de episodio depresivo mayor los tiene el rey. Por si fueran pocos los ya analizados, Enrique IV no bebía vino ni estaba afecto por entonces de ninguna enfermedad somática concreta, lo que nos permite considerar positivo también el

Criterio D. Por último, parece evidente que el cuadro clínico del rey no formaba parte de un episodio mixto B).

Podemos concluir pues que, al menos en esta ocasión, el rey Enrique IV sufrió un Episodio Depresivo Mayor que siguiendo el glosario podemos calificar de grave sin síntomas psicóticos.

Aunque estoy convencido de que en otras circunstancias también llegó a sufrir episodios depresivos de esta índole, -quizás por haber revestido menos trascendencia clínica, al ser más moderada su intensidad-, no contamos con relatos, como el anteriormente referido, que nos permitan inferirlos.

Pero de lo que sí dan fe otros muchos comportamientos del rey, es de haber padecido un cuadro afectivo en el que las características de su personalidad jugaban un importante papel. Se trata de un cuadro depresivo de mediana intensidad y curso crónico, que en la nosografía psiquiátrica clásica es designado con el nombre de depresión neurótica, terminología que en los glosarios actuales ha sido sustituida por la de Distimia.

Aunque las peculiaridades de su personalidad pueden explicar por sí mismas muchas de las conductas y reacciones del rey, incluso ciertas oscilaciones en sus estados de ánimo, su frecuente tendencia a sentirse cansado, huraño y con humor sombrío, necesitando hacer un gran esfuerzo para desarrollar las demandas más elementales de la vida cotidiana, así como su incapacidad para experimentar placer, no encontrando nada que le satisficiera, la verdad es que las anomalías de la personalidad no conforman un síndrome de índole específica en el que aunque la personalidad juega un importante papel, no es la estructura psíquica que lo conforma. Este estado, crónicamente mantenido pasa por altibajos, pudiéndose encontrar el paciente, durante cortos períodos de tiempo bien y con cierta alegría. En estos breves periodos de bienestar –digamos de normalidad-, se muestra el enfermo algo más activo y decidido, lo que puede impresionar a quienes le observan, como que está pasando por un episodio de relativa euforia y, sin embargo, no es más que el sentimiento de liberación que el transitorio estado de bienestar representa para él, y que fatalmente se esfumará como vino, dando paso de nuevo al desasosiego y al displacer cotidiano, que tan bien conoce.

¡En cuantas ocasiones hemos visto así a nuestro personaje!, quien si bien habitualmente se mostraba huraño, receloso y sombrío, en otros momentos fue capaz de sentir placer con la música, el canto y la contemplación de la naturaleza. Es posible que las connotaciones de apariencias ciclotímicas que algunos autores creen apreciar en su

conducta, pudieran ser explicadas mejor como reacciones impulsivas y/o transitorias etapas de bienestar propias del curso clínico de su distimia.

Pero apliquemos los criterios de los que se parte en el DSM-IV-TR para establecer el diagnóstico psiquiátrico de Distimia (ver ANEXO: TABLA III, p.314) a nuestro personaje.

Se considera que el Trastorno distímico determina un “estado de ánimo crónicamente deprimido la mayor parte del día de la mayoría de los días, manifestado por el sujeto u observado por los demás, durante al menos dos años” (Criterio A).

Este estado depresivo se caracteriza, mientras dura, por la aparición de dos o más de los síntomas siguientes (Criterio B):

Pérdida o aumento de apetito,

Insomnio o hipersomnia,

Falta de energía o fatiga,

Baja autoestima,

Dificultades para concentrarse o para tomar decisiones,

Sentimientos de desesperanza

-Durante el periodo (mínimo) de 2 años..., el sujeto no ha estado sin síntomas de los Criterios A y B durante más de dos meses seguidos (Criterio C).

-No ha habido ningún episodio depresivo mayor durante los primeros 2 años de la alteración..., no explicándose la alteración mejor por la presencia de un trastorno depresivo mayor crónico o un trastorno depresivo mayor, en remisión parcial (Criterio D).

-Nunca ha habido un episodio maníaco...mixto...o hipomaníaco y nunca se han cumplido los criterios para el trastorno ciclotímico (Criterio E).

-La alteración no aparece exclusivamente en el transcurso de un trastorno psicótico crónico, como son la esquizofrenia o el trastorno delirante (Criterio F).

-Los síntomas no son debidos a los efectos fisiológicos directos de una sustancia...o a enfermedad médica (Criterio G).

-Los síntomas causan un malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo (Criterio H).

Don Enrique IV cumple con holgura los criterios A, B, y C. Respecto al criterio D, me remito a lo ya expuesto en relación con el diagnóstico de depresión doble y, sobre todo, a lo aceptado en el propio DSM-IV-TR, cuando dice que: tras los primeros 2 años de trastorno distímico, puede haber episodios de trastorno depresivo mayor



superpuestos, en cuyo caso cabe realizar ambos diagnósticos si se cumplen los criterios para un episodio depresivo mayor.<sup>38</sup>

Cuando nuestro personaje presenta claros síntomas de un episodio depresivo mayor tiene la edad de 42 años, y aunque como hemos dicho, pudo haber tenido antes o después de éste algún otro episodio depresivo mayor, difícilmente, si fue así, tuvieron lugar antes de la aparición de su distimia. Por todo lo cual cumple también, a mi juicio, el criterio D.

Ya hemos comentado a qué creemos debido los aparentes cambios de humor del rey, por lo que descartamos el que alguna vez hubiera presentado un episodio maníaco, mixto o hipomaníaco, no reuniendo tampoco, criterios que permitan pensar en un trastorno ciclotímico; es decir, que cumple igualmente el criterio E.

Por último, al no haber padecido una esquizofrenia ni un trastorno delirante; no guardar ninguna relación, los síntomas que presentó, con el efecto de sustancias tóxicas, y ser, sin embargo, causa de malestar para él y origen de manifiesto deterioro en sus relaciones interpersonales y en el desarrollo de su cometido como rey, reúne las condiciones necesarias para cumplir los criterios F, G y H.

En definitiva don Enrique IV sufrió una distimia en el curso de la cual padeció al menos un episodio depresivo mayor, es decir, que al trastorno de la personalidad se asociaba un trastorno afectivo que puede considerarse como el de una doble depresión.

Pero sigamos la sistemática metodológica que nos hemos propuesto, para lo que veamos ahora si también cumple los criterios diagnósticos de la CIE-10.

#### CIE-10.-

Las características esenciales para el diagnóstico de Distimia son:

Existencia de una depresión prolongada con estado de ánimo que nunca, o muy rara vez, es lo suficientemente intenso como para satisfacer las pautas para trastorno depresivo recurrente, episodio actual leve o moderado. Suele comenzar al iniciarse la edad adulta y evoluciona a lo largo de varios años, o bien es de duración indefinida. Cuando el comienzo es más tardío, suele ser la consecuencia de un episodio depresivo aislado o asociarse a pérdidas de seres queridos u otros factores estresantes manifiestos.<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> op. cit., Nota al pie del Criterio D, p. 426.

<sup>39</sup> op. cit., ps. 163 y 164.

En el rey de Castilla hemos podido comprobar la evolución prolongada de sus síntomas depresivos, la intensidad mediana o leve de estos y su aparición temprana, pero además, en el curso de su vida los factores estresantes manifiestos son frecuentes y abundantes, lo que concuerda con los criterios CIE-10 para la distimia.

Los criterios diagnósticos para el Episodio depresivo grave sin síntomas psicóticos, -término que utiliza la CIE-10, para el episodio depresivo mayor del DSM-IV-, no difieren en casi nada en ambas clasificaciones, de ahí que si Enrique IV los cumplía para el DSM-IV-TR, cuyos niveles de exigencias son mas rigurosos que los de la CIE-10, es evidente que también los cumple para esta última.

Resumiendo para concluir, podemos decir que, del estudio psicológico-psiquiátrico de la biografía y la conducta del rey Enrique IV, creo que se puede deducir que, tenía un temperamento esquizoide hiperestésico tipificado por MILLON en el eje II del DSM-IV-TR<sup>40</sup>, como un trastorno evitativo de la personalidad. Asimismo, padeció un trastorno afectivo cuya tipificación en el eje I de la clasificación mencionada se corresponde con el trastorno distímico, en cuyo curso sufrió, al menos, un episodio depresivo mayor grave sin síntomas psicóticos.

---

<sup>40</sup> Los distintos DSM son clasificaciones multiaxiales en las que se pueden delimitar 5 ejes distintos. El eje I está reservado para los trastornos mentales propiamente dichos y el eje II para los trastornos de la personalidad y las deficiencias intelectuales

## Q U I N T A   P A R T E

## M E T O D O L O G Í A

## M E T O D O L O G Í A.-

### A) Generalidades metodológicas:

La verificación de las hipótesis establecidas exigía, como primer requisito a tener en cuenta, extremar la delimitación de las unidades de observación que les servían de estructura; es decir, teníamos que precisar qué aspectos de la realidad existencial de Enrique IV iban a ser los objetos de nuestra observación y posterior análisis.

Consideramos que dichas unidades de observación podían ser determinados *hechos históricos* de su reinado, ya que de ellos se obtenían datos empíricos con los que trabajar.

Delimitamos así distintas variables como objetos de la investigación –datos empíricos- tales como:

- Expresiones corporales
- Expresiones verbales
- Actitudes
- Reacciones, etc.

Pero al ir a nuestras fuentes documentales básicas –las crónicas- pudimos apreciar considerables discrepancias entre los cronistas en sus relatos de los mismos hechos. Esto complicaba la investigación al hacer perder fiabilidad a nuestra base empírica metodológica.

La única manera de resolver este inconveniente era la consideración de nuevas variables ajenas a nuestros objetivos iniciales, que debían ser necesariamente controladas. Estas variables, no objetos de la investigación, pero de influencia decisiva sobre sus resultados, las constituían determinadas características psicológicas y actitudes personales de los cronistas, que podían agruparse de la siguiente forma para su análisis:

- Grado de desarrollo psicológico.
- Nivel formativo y valores personales.
- Posición social.
- Ideario político.
- Vinculación personal y actitudes con el personaje, etc.

La inexistencia de autobiografías o biografías documentadas sobre los autores de las crónicas nos obligó a indagar en la bibliografía, buscando antecedentes psicobiográficos que nos permitiesen conocer las circunstancias de sus vidas, que tan necesarias nos resultaban para interpretar los hechos referidos en sus crónicas. Fue así como confeccionamos las biografías de Alonso de Palencia y Diego Enríquez del Castillo, autores de las crónicas de Enrique IV, que más hemos consultado en la investigación emprendida.

En este estudio, el control de las variables resultó siempre particularmente complejo, ya que a las anteriormente expuestas se sumaban otras nuevas, las variables ambientales, representadas por la organización y estructura sociales y, el ámbito cultural de este periodo de finales de la Baja Edad Media.

Nos vimos abocados a controlar tres tipos de variables en la investigación:

a) Las derivadas de las actuaciones del sujeto investigado; es decir, los datos fundamentales constitutivos de nuestra base empírica metodológica.

La sistemática que seguimos para la observación y descripción del *mundo vivencial* (experiencia subjetiva) de Enrique IV consistió en la detenida lectura de las distintas unidades de observación seleccionadas en, al menos, dos crónicas distintas (CASTILLO y PALENCIA). En ellas, sus autores, nos transmitían la experiencia subjetiva del rey describiéndonos su expresión corporal –mímica, gestos y hábitos- y verbal –comentarios personales, discursos, arengas- en circunstancias diversas. Los cronistas nos hacían partícipes así, de su testimonio respecto a la conducta del rey que habían observado directamente o, que les habían referido. (Cuadro V).

Se hacía necesario comprobar si la expresión objetiva de la conducta del rey, transmitida por los cronistas, se correspondía realmente con su experiencia subjetiva. Era posible que nuestro personaje distorsionase, por intereses personales -motivaciones- y en virtud de su conciencia reflexiva, los verdaderos contenidos de su mundo vivencial, confundiendo a sus biógrafos que tomarían sus expresiones gestuales y verbales simuladas, por auténticas manifestaciones de su experiencia subjetiva.

Con el fin de detectar el referido comportamiento simulado, en caso de que se hubiera producido, nos servimos de dos mecanismos de control.

Uno, basado en el hecho, según el cual, la expresión corporal está vinculada al ámbito de actuación de la conciencia irreflexiva (psiquismo inconsciente), mientras que el lenguaje es más propio de la conciencia reflexiva. Es por esta razón por la que nos resulta más fácil distorsionar voluntariamente el contenido de lo que decimos, que

nuestras expresiones corporales, que son mucho más espontáneas e impulsivas. Teniendo esto en cuenta, los datos vinculados a las expresiones corporales –como facies

**CUADRO V**

**METODOLOGÍA (I)**  
**(MÉTODO INTRO Y EXTROSPECCIONISTA)**

PERSONAJE (MUNDO VIVENCIAL)	PERSONAJE (FORMAS DE EXPRESIÓN)	INVESTIGADOR (OBSERVACIÓN)
<i>EXPERIENCIA SUBJETIVA</i>	EXPRESIÓN CORPORAL  LENGUAJE	EXPRESIÓN OBJETIVA
INTROSPECCIÓN	FIABILIDAD	EXTROSPECCIÓN

tristes, llanto, expresiones de miedo, gestos de cólera, etc.- descritos en las crónicas como reacciones del rey, resultaban mucho más fiables que los datos que se obtenían a través de las expresiones verbales, que también nos transmitían con mayor lujo de detalles y extensión. (Cuadro VI).

Dos, además, se contrastaron las expresiones corporales y verbales de Enrique IV, en distintos momentos, e iguales o similares circunstancias y, en momentos y circunstancias diferentes.

b) Las variables derivadas de la actuación de los cronistas.- Son las variables a las que ya nos hemos referidos como ajenas o, no objetos de la investigación, pero que influyen decisivamente sobre sus resultados; deben, precisamente por eso, ser rigurosamente controladas.

Se trataría ahora de valorar el grado de fiabilidad de sus descripciones e interpretaciones de la conducta del monarca.

Surge, a este respecto, una primera cuestión ¿poseían los cronistas la idoneidad necesaria para la ejecución del cometido que realizaron? En las biografías de Palencia y de Castillo se hace referencia a su formación, existiendo en ambas, constancia del alto nivel de conocimientos científicos y humanísticos que poseían. Fueron, uno y otro, secretarios regios, teniendo así muchas oportunidades de observar personalmente al rey y a los altos personajes de la nobleza. Intervinieron en diversas ocasiones como negociadores a propuesta del rey (Castillo) o de los nobles (Palencia). Por las razones expuestas no puede dudarse de la idoneidad de ambos cronistas para el ejercicio de su cometido. Es más, creemos que puede apelarse -siguiendo el criterio de autoridad- a esgrimir algunos de sus testimonios, como argumentos para validar ciertas conclusiones difíciles de sostener de otro modo.

Otra cuestión a plantear sería ¿cuál es el valor documental de ambas crónicas? Son testimonios de hechos que, en muchos casos, el observador que los narra participó activamente en el desarrollo de los mismos, como resulta patente en el caso de Castillo. Cuando no es así, -caso de Palencia- el tiempo transcurrido entre la narración y el hecho narrado no sobrepasa la década. Se destacan adecuadamente los hechos principales en ambos textos. La minuciosidad de los datos aportados, de primera mano, nos permiten situarnos perfectamente en la trama de los acontecimientos narrados. Los textos

transmiten muy acertadamente el panorama general de la época, permitiéndonos comprender la dinámica de las relaciones interpersonales y la trama social.

## CUADRO VI

### **METODOLOGÍA (II)** **GRADO DE FIABILIDAD DE LA INTROSPECCIÓN**

PERSONAJE (EXPERIENCIA SUBJETIVA)  <b>MOTIVACIONES</b>	PERSONAJE (FORMAS DE EXPRESIÓN)	INVESTIGADOR (OBSERVACIÓN)  <b>INFERENCIAS</b>
CONCIENCIA IRREFLEXIVA (VIDA PSÍQUICA SUBCONSCIENTE)	EXPRESIÓN CORPORAL (MÍMICA Y HÁBITOS)	MAYOR FIABILIDAD
CONCIENCIA REFLEXIVA (VIDA PSÍQUICA CONSCIENTE)	LENGUAJE	MENOR FIABILIDAD



El valor documental de ambas crónicas es indiscutible, poseyendo las dos el carácter de fuentes insustituibles para cualquier estudio sobre Enrique IV y su reinado.

La última cuestión planteada en relación con estas variables ajenas, se refiere al control de la fiabilidad de los testimonios que nos fueron transmitidos por los cronistas. Para lo que procedimos a efectuar el análisis crítico del proceso de observación e interpretación de los hechos, que considerábamos que habían seguido.

En el Cuadro VII, hemos intentado hacer un esquema –según los postulados del método fenomenológico- del proceso seguido para la comprensión psicológica del *mundo vivencial del otro*.

El Cuadro VIII, es continuación de la anterior; en ella, se amplía la aplicación del método fenomenológico, al proceso que debe conducir a la obtención de unos datos, concordantes con la realidad del sujeto estudiado y, se comparan las secuencias procesales que debieron seguir los cronistas para describir los hechos que nos narran, con las que tienen que realizar los investigadores de orientación fenomenológica para llegar a establecer sus inferencias y proposiciones factuales.

Como se desprende de la referida Tabla, lo mismo el cronista que el investigador consiguen, mediante la metodología introspeccionista, apropiarse de la experiencia subjetiva del rey, el primero, y, de la del sujeto estudiado, el segundo. Después, aplicando el principio de la comprensión fenomenológica, *actualizan* esas vivencias ajenas, en sus propias conciencias.

El fenomenólogo investigador está obligado a poner entre paréntesis todos sus prejuicios y conocimientos previos, para quedarse exclusivamente con “*lo dado*”, es decir, “la esencia del fenómeno estudiado”. Pero ¿procedieron así los cronistas? Somos conscientes de que no hicieron lo mismo. Sus observaciones y, sobre todo, sus descripciones, se vieron influidas en muchas ocasiones por sus prejuicios.

Convencidos de esto, nos vimos obligados a seleccionar, rigurosamente, del conjunto de datos que nos aportaban, aquellos que, una vez efectuada la corrección de su argumentación y comprobada la validez del testimonio, consideramos más acordes con la realidad de Enrique IV y su entorno.

Nos valimos para ello, como hemos dicho, de un mejor conocimiento de los cronistas mediante sus biografías. El saber más de sus valores personales, formación intelectual, posición social, adscripción política y relaciones que habían mantenido con

## CUADRO VII

### **METODOLOGÍA (III) (FENOMENOLOGÍA DESCRIPTIVA)**

INVESTIGADOR	INVESTIGADOR	METODOLOGÍA FENOMENOLÓGICA
EXTROSPECCIÓN	INTROSPECCIÓN	COMPRENSIÓN FENOMENOLÓGICA
PERCEPCIÓN DE LA EXPERIENCIA OBJETIVA DEL OTRO	APROPIACIÓN DEL MUNDO VIVENCIAL DEL OTRO  (EXPERIENCIA SUBJETIVA PROPIA)	COMPRENSIÓN DEL MUNDO VIVENCIAL DEL OTRO  (PONERSE EN SU LUGAR)

## CUADRO VIII

### PROCESO: DE LA EXPERIENCIA SUBJETIVA AL OBJETO EMPÍRICO O ENTIDAD CONCEPTUAL

	<u>INTROSPECCIÓN</u>	<u>COMPRENSIÓN FENOMENOLÓGICA</u>	<u>GRADO DE FIABILIDAD</u>	<u>DATOS APORTADOS</u>
<u>CRONISTAS</u>	APROPIACIÓN DEL MUNDO VIVENCIAL DEL REY	COMPRENSIÓN EN SU PROPIA VIDA PSÍQUICA, DEL MUNDO VIVENCIAL DEL REY	SUPEDITADA A QUE PONGA <i>ENTRE PARÉNTESIS</i> SUS PREJUICIOS	HECHOS (ENTIDADES NO-CONCEPTUALES)
<u>INVESTIGADOR</u>	IGUAL	IGUAL	ESTÁ <i>OBLIGADO</i> A PONER ENTRE PARÉNTESIS SUS PREJUICIOS	-INFERENCIAS FACTUALES -PROPOSICIONES FACTUALES GENERALIZACIONES EMPÍRICAS (ENTIDADES CONCEPTUALES)

el rey, nos permitió contar con un “instrumento” de corrección que creemos que ha sido útil para la realización de este trabajo (Cuadro IX).

c) Las variables ambientales.- Aunque no formen parte directamente de la base empírica fundamental de la investigación, las variables contextuales o ambientales son factores supraindividuales decisivos para comprender el vivir y la conducta del individuo. Son las que conforman el escenario por el que discurrirá su vida y en el que se producen sus relaciones interpersonales. Por todo ello, es por lo que tenemos necesidad de controlarlas adecuadamente, para que en el momento oportuno nos sirvan para entender ciertos hechos difíciles de dilucidar de otra manera.

El contexto en el que se desenvuelve nuestro personaje está constituido por una estructura social -la de la sociedad castellana del siglo XV- y un ambiente cultural -el del occidente europeo bajo medieval-. En definitiva, un campo cultural inmerso en un espacio limitado -la Corona de Castilla- y un tiempo concreto -el del último siglo bajo medieval.

Esta primera delimitación de las variables ambientales del estudio nos permite contar con unas referencias espacio-temporal imprescindible y una base desde la que poder contrastar acontecimientos. Pero estos parámetros necesarios en cualquier estudio *transhistórico*, no son suficientes para el adecuado control de estas variables. Sin embargo, teniendo en cuenta que el campo cultural está integrado por conjuntos estructurados de representaciones o imágenes culturales, es decir, instituciones dotadas de funciones específicas, es posible contar con ellas también como variables de la investigación.

El conocimiento de la organización y la estructura de las instituciones representativas del más amplio paraguas institucional monárquico se convirtió en un paso metodológico más del estudio. Lo mismo que esas otras partes de la estructura socio-cultural -auténticos *valores* sociales- como el matrimonio, la familia, el trabajo, la economía y la ideología política, por ejemplo.

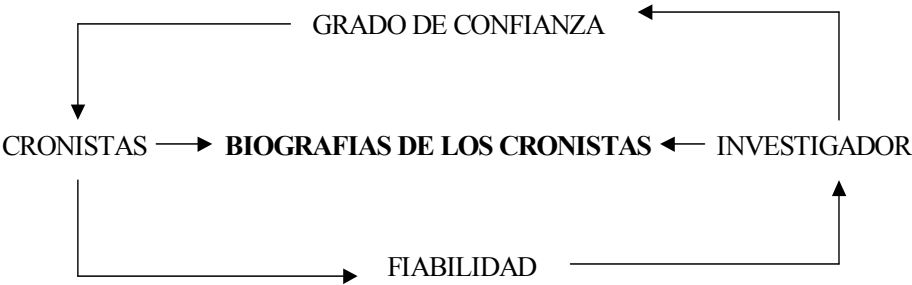
Pudimos darnos cuenta de cómo retazos de pensamiento mágico-mítico presentes en el ámbito cultural de todo el occidente europeo bajo medieval, dejaban impreso su sello de identidad, tanto en las instituciones, como en los individuos,

repercutiendo, de forma muy acusada, sobre los matices adoptados por sus relaciones interpersonales.

Tuvimos ocasión de comprobar también, en el curso de nuestra investigación, la influencia indiscutible que ejercieron estos contenidos de pensamientos paleológicos

**CUADRO IX**

**FIABILIDAD Y CONFIANZA**



sobre la conducta de Enrique IV; y su valor “patoplástico” en la escenificación de ciertos acontecimientos de gran relevancia histórica. Entender esto nos permitió corregir algunos errores en la interpretación de los resultados que, de no haberse solucionado, hubieran propiciado un alto grado de incertidumbre en nuestras conclusiones.

### **B) El método clínico:**

En un estudio de las características de este, que no pretende justificar generalizaciones mediante sus conclusiones, sino explorar psicológica y psicopatológicamente el comportamiento de un personaje concreto para descubrir posibles conexiones causales, el método clínico –*método ideográfico* por excelencia- tiene que ser, necesariamente, su principal instrumento de trabajo.

Mediante la aplicación del método clínico nuestros esfuerzos se han dirigido, casi exclusivamente, a justificar nuestras hipótesis de la manera que, en síntesis, describiríamos así: *“El sujeto estudiado (Enrique IV de Castilla) presentó, en ocasiones diversas, un comportamiento que consideramos anormal (A), causado por un trastorno psíquico (B)”*. Lo primero que tenemos que probar es que (A) es una realidad objetiva. En segundo lugar, que (B) es un trastorno psíquico que sufrió el rey; y, en tercer lugar, que (B) es la causa de (A).

#### **1.- (A) es una realidad objetiva:**

- 1.1. OBSERVACIÓN: En las distintas unidades de observación que hemos estudiado, los cronistas nos describen reacciones y comportamientos de Enrique IV en situaciones diversas.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Se dieron reacciones y conductas objetivas.

- 1.2. OBSERVACIÓN: Las reacciones y conductas del rey descritas por los cronistas son: a) se desvían del modo de reaccionar del término medio de sus contemporáneos, no cumpliendo las expectativas de su

cultura. b) Cuantitativamente son: demasiado intensas o poco intensa; excesivamente persistentes o de muy breve duración.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Poseían las características de las conductas desviadas o anormales (Según la norma estadística y su expresión cuantitativa).

- 1.3. CONCLUSIÓN FINAL: Muchas conductas objetivas (descritas en las cronistas) de Enrique IV fueron anormales (A).

2.- (B) se corresponde con uno o más trastornos psíquicos padecidos por el rey:

- 2.1 OBSERVACIÓN: En la historia patopsicobiográfica de Enrique IV se registran datos coincidentes con las descripciones clínicas de cuadros psiquiátricos específicos: a) los *trastornos evitativos de la personalidad* según criterios diagnósticos del DSM-IV-TR  
b) los *episodios depresivos mayores* según criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y c) los *trastornos distímicos* según criterios diagnósticos del DSM-IV-TR.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: El rey Enrique IV sufrió distintas formas de trastornos psíquicos (B).

3.- (B) es la causa de (A):

- 3.1. OBSERVACIÓN: Las reacciones y conductas psíquicas anormales descritas por los cronistas, coinciden con las de los *trastornos evitativos de la personalidad*, en muchos casos y, en otros, lo hacen con las reagudizaciones de una u otra de las formas afectivas descritas.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Las reacciones y conductas anormales del rey (A) estuvieron causadas por su trastorno de la personalidad y/o su patología afectiva (B).

## S E X T A   P A R T E

## D I S C U S I Ó N



## **DISCUSIÓN.-**

Parece llegado el momento de pararnos a reflexionar sobre la idoneidad de nuestro material de estudio, el quehacer metodológico seguido, los resultados obtenidos y, en definitiva, sobre nuestras consideraciones respecto al personaje eje central de nuestro trabajo, que debemos confrontar con posibles planteamientos discordantes, respecto a cuestiones particulares y/o generales del estudio.

Para ello nada mejor que sistematizar en apartados diferentes algunas de las innumerables cuestiones que podemos plantearnos, a sabiendas de que, a lo sumo, solo podremos abordar algunas de ellas y, no siempre, en la forma y extensión requeridas.

1.- ¿Cuáles son los elementos esenciales sobre los que hemos sustentado nuestras hipótesis y cuál la sistemática metodología seguida para su obtención?

Lo más importante para nuestro trabajo, ha sido poder captar la *experiencia subjetiva* del rey Enrique IV, lo que, en principio, puede parecer materialmente inalcanzable, no solo porque nos separan de él y de su tiempo más de quinientos años, sino, sobre todo, porque nadie tiene acceso directo a la conciencia ajena. Sin embargo, los actos de conciencia aunque se producen y se cocinan en nuestro interior, suelen ser comunicados al exterior mediante mecanismos a los que designamos como formas de expresión. La conciencia ajena solo puede abordarse mediante la expresión corporal y/o el lenguaje. Aquí reside la importancia de nuestras fuentes cronísticas, auténticas observaciones directas de la conducta y las verbalizaciones de nuestro personaje, o testimonios de relatos hechos por personas muy próximas a él, de los que los cronistas se hicieron eco.

Una primera dificultad metodológica queda de este modo despejada, lo que sin solución de continuidad nos introduce en otra nueva, la de la fiabilidad de nuestras fuentes. En nuestro trabajo, además de que los cronistas describan con la mayor fidelidad los acontecimientos, lo sitúen espacial y temporalmente de manera adecuada e

incluso sean imparciales en sus interpretaciones, necesitamos que nos transmitan sin distorsiones -conscientes o inconscientes- la experiencia subjetiva del rey.

Para controlar la fidelidad y verosimilitud de nuestras fuentes hemos contrastado dos o más versiones de un mismo hecho, para lo que nos hemos valido de lo referido por CASTILLO, PALENCIA y, en algunos casos, VALERA, en sus respectivas crónicas. Pero además, para comprender ciertas discrepancias por exceso o por defecto entre los relatos y, sobre todo, determinados juicios de valor emitidos por los cronistas, hemos procurado conocer lo más fielmente posible sus biografías, como base de su propia experiencia subjetiva.

Los cronistas a través de sus observaciones de las expresiones corporales (gestos mímicos y hábitos estéticos) y de las verbalizaciones (comentarios puntuales y discursos) de Enrique IV, captan, la que podríamos llamar, expresión objetiva de su vida psíquica, de la que infieren su experiencia subjetiva. Este proceso implica fiarse de la previa introspección hecha por el rey, que puede haber sido distorsionada conscientemente por él según sus motivaciones. He aquí una de las debilidades metodológicas de este sistema que pone en entredicho su fiabilidad; sin embargo, es la única manera de captar la experiencia subjetiva de alguien, y en nuestro caso concreto, la del rey. Pero en ayuda del observador perspicaz –lo que los cronistas demuestran ser en muy alto grado- acude el que además de las expresiones verbales propias de la conciencia reflexiva, la vida psíquica se expresa también, como hemos dicho, mediante expresiones corporales que son reflejo de la conciencia irreflexiva, y, ésta, no es controlada por el individuo. La confrontación entre una y otra forma de comunicación permiten al observador valorar el grado de fiabilidad de sus observaciones. Además para bien de nuestro trabajo, mediante la observación de las expresiones corporales, captamos esa parte de la vida psíquica más propiamente adscrita a lo inconsciente (de ahí su carácter irreflexivo), en la que se encuentran los impulsos, las tendencias y los sentimientos en sus formas más primarias, que son, en última instancia, los contenidos de la vida psíquica del rey que más nos interesan conocer.

Pero una nueva dificultad metodológica nos asaltó. Al no ser nosotros quienes observamos directamente al rey, teniéndonos que valer de unos intermediarios, los cronistas, aún suponiéndoles la máxima fidelidad en el relato de lo observado, no podemos tener completa certeza de su fiabilidad. Analicemos este nuevo inconveniente metodológico a la luz de la que los fenomenólogos llaman *compresión fenomenológica*.

La comprensión de la vida psíquica de otro no puede realizarse más que, si la experiencia subjetiva que creemos haber inferido de sus expresiones objetivas, las actualizamos en nuestra propia vida psíquica; es decir, hacemos nuestra su realidad interior, o lo que es lo mismo, nos ponemos en su lugar. Aunque carecemos del contacto directo de la experiencia subjetiva del otro, la suplimos por nuestra propia experiencia subjetiva que nos representamos que se corresponde con la del sujeto observado. Para ello tenemos que poner entre paréntesis los componentes de nuestra vida psíquica que distorsionen las cualidades de la que nos hemos representado, o sea, la del otro. Solamente así podremos comprender las motivaciones que constituyen el por qué y el cómo del comportamiento de nuestro personaje.

A tenor de lo expuesto cabe preguntarse ¿distorsionaron los cronistas la experiencia subjetiva del rey en el complejo proceso de su comprensión? Realmente así ocurrió en muchas ocasiones; por ejemplo, para CASTILLO ciertas actuaciones de Enrique IV son fruto de su talante bondadoso, mientras que para PALENCIA están determinadas por la maldad innata del rey. Ambos creen estar en posesión de la verdad y como tal nos la transmiten, no nos mienten, pero si se engañan en sus respectivas apreciaciones de los mismos hechos. ¿Dónde estaba la verdad? En algo que ninguno de ellos fue capaz de captar debido a las tendencias de sus respectivas experiencias subjetivas que les impidieron establecer la adecuada analogía entre sus mundos vivenciales y el del rey.

Para dilucidar este problema no teníamos más remedio que contar con las psicobiografías de ambos cronistas, para a través de ellas poder aproximarnos a sus posibles valores y tendencias personales, de las que deducir sus frecuentemente dispares opiniones.

Otro inconveniente metodológico, que no podemos achacar a los cronistas, aunque sea a través de ellos como se produce, hunde sus raíces en el también importante concepto fenomenológico de la *incomprensibilidad psicológica*. Como hemos podido ver, la comprensibilidad de una experiencia psíquica ajena puede ser captada por el observador que la estudia, –caso concreto del clínico cuando estudia los hechos psíquicos de sus pacientes– cuando al representársela en su propio psiquismo, le encuentra sentido, es decir, cuando sintoniza con ella, en unos casos, y no lo hace en otros; generalmente la positiva o negativa sintonización está condicionada por radicales de orden cuantitativo; por ejemplo, si alguien frente a la muerte de un ser querido se pone triste, cualquier persona que se ponga en su lugar, reconocería que también se

pondría triste en circunstancias similares (sintonización), pero si alguien que ha sufrida ese percance sigue estando triste un año después del mismo, muy pocas personas que se pongan en su lugar, concluirían que también ellos seguirían tristes (carencia de sintonización). Pero pueden tener lugar en un sujeto determinados hechos psíquicos particulares, cuya conformación cualitativa les confiere tal especificidad que los convierten en vivencias únicas, es decir, cualitativamente distintas a cualquier vivencia comúnmente compartida por los seres humanos; estas vivencias a las que llamamos *alienadas* son propias de los enfermos psíquicos.

Pues bien, aunque Enrique IV no padeció ningún trastorno propiamente psicótico, -asiento fundamental de las vivencias alienadas-, en ocasiones su conducta pudo adoptar connotaciones de extrañabilidad que dificultaban su comprensibilidad psicológica. En una situación concreta, al menos, nos es posible delimitar un trastorno psíquico del rey, que genera vivencias afectivas apartadas de la comprensibilidad psicológica normal, me refiero al Episodio Depresivo Mayor que creemos haber demostrado que sufrió.

Siempre que aconteciesen vivencias psíquicas incomprensibles psicológicamente que inadaptasen su conducta a su medio ambiente, serían vistas como extrañas e inadecuadas por quienes las observasen, y al no poder integrarlas dentro del vivenciar normal común, ni vislumbrar la existencia de una psicopatología como su causa determinante, fácilmente podían achacarlas a la existencia de una “maldad innata”, una “bondad consustancial” o un “sortilegio maléfico”. En definitiva quienes así las considerasen y nos las relatasen bajo esa perspectiva, estarían, sin intención de falsear la verdad, dándonos una visión inadecuada de la realidad del personaje. Esta ha podido ser, en ocasiones, la causa de la distorsión de la verdad histórica de algunos hechos, y por ende, la causante de las discrepancias entre los cronistas.

Es así como en nuestro estudio contamos con una serie de hechos, a los que por sus característica y propiedades podemos llamar *objetos empíricos*, aunque nuestro acceso a ellos, necesariamente haya tenido que ser indirecto; lo que no impide que, tanto los acontecimientos específicos del reinado, como las reacciones del rey frente a ellos dejen de ser hechos reales, perfectamente asumibles como objetos empíricos de nuestra investigación.

De los gestos, expresiones verbales y actitudes, que nos relatan los cronistas que tuvo el rey, frente a los hechos históricos que también se nos cuentan, hemos de *inferir* nosotros nuevos hechos, en este caso, *teóricos*; como por ejemplo, el estado mental de

nuestro personaje en esos momentos; así, ¿Se puso triste? ¿Se alegró? ¿Tuvo miedo? ¿Experimentó angustia? ¿Quedó bloqueado y sin reacción? Pero en muchas ocasiones el mismo cronista nos trasmite el estado mental del rey, es decir, nos aporta un dato empírico. Concretando, cuando PALENCIA nos cuenta que en la reunión de don Enrique, en la catedral de Segovia, con los nobles que habían ocupado la ciudad en nombre de don Alfonso, se dirige a ellos y les dice (...) "*y á poner en manos de los aquí presentes mi persona, mi honor, mi fortuna, mi libertad y mi fama*", está expresando verbalmente sentimientos de indefensión y entrega incondicional a sus enemigos, de lo que cabe deducir que está deprimido y derrotado moralmente. Cuando tras esta reunión, nos cuenta también PALENCIA que abandona la ciudad camino de Madrid y es abordado por uno de los guardas de sus bosques que le recrimina su actitud derrotista, el cronista nos dice que el rey tras escucharle no dice nada –parece bloqueado e incapaz de defenderse-, pica espuelas a su caballo y parte llorando. En esta ocasión el cronista nos está transmitiendo actitudes y expresiones corporales de Enrique IV muy significativas: el silencio, la huída de la escena y, sobre todo, el llanto, un comportamiento íntimamente vinculado con la pena y la tristeza, que no requiere interpretación.

En general, la metodología de la práctica clínica se basa en la ordenación e interpretación de los *objetos empíricos* (síntomas y signos) mediante las teorías e hipótesis consagradas por la experiencia clínica; esta es su base empírica metodológica. En nuestro estudio, con frecuencia hemos tenido que aplicar la base teórica del conocimiento clínico a *objetos teóricos*, es decir, a síntomas y signos que hemos inferido al interpretar las conductas del personaje objeto de nuestra investigación, que nos han sido transmitidas en las crónicas.

Nuestras interpretaciones, -en razón de nuestra base empírica metodológica- están supeditadas, necesariamente, a una doble incertidumbre epistemológica: la de la validez de las teorías clínica -que presuponemos que son fiables- por una parte, y por otra, la validez de los *objetos teóricos* que inferimos de hechos que no hemos adquirido directamente, pero a los que concedemos una hipotética validez empírica, e interpretamos.

En la elaboración de nuestros *constructos* teóricos intervienen al menos dos planteamientos también teóricos: nuestra propia subjetividad –tendencias, impulsos, experiencia de hechos similares, sintonización afectiva con el personaje, etc.-, que condicionará nuestras inferencias; y, la subjetividad de quienes nos transmitieron la

conducta del personaje, que influyó indudablemente en el texto que nos legaron. De ahí que la hipotética validez empírica en la que sustentamos su criterio de verdad, sea igualmente problemática.

Sirvámonos del ejemplo anteriormente referido extraído de uno de los pasajes de la crónica de PALENCIA, para establecer las distintas secuencias por las que vamos a ir pasando hasta poder concluir estableciendo una determinada conclusión.

---

HECHO HISTÓRICO: *Enrique IV sale de Segovia tras la reunión que había sostenido en la iglesia mayor con los nobles rebeldes.*<sup>1</sup> Análisis del hecho:

1. *Un montero se dirige al rey criticándole su actitud y recriminándole su conducta.* (Hecho observado: Primer nivel de observación de la “entidad no-conceptual”).
2. *El rey llora y pica espuelas a su caballo.* (Reacción al hecho: Segundo nivel de observación de otra “entidad no-conceptual”).
3. El rey está *triste* y se siente *culpable*. (Inferencias factuales: “Entidad conceptual”).
4. La tristeza es síntoma de depresión, también lo es la culpa. (Proposiciones factuales: Concepto empírico: Generalización empírica)
5. El rey estaba deprimido (Conclusión: Generalización limitada).<sup>2</sup>

Las secuencias 1) y 2) constituyen lo fáctico. Las secuencias 3) y 4) son las premisas y la secuencia 5) la conclusión.

---

Partiendo de las reflexiones hasta ahora expuestas, con las que pudiera parecer que en parte cuestionan nuestras conclusiones finales, lo que queremos resaltar es esa actitud crítica que en todo momento debe presidir la investigación científica, además de constituir los inicios de la discusión a la que creemos que deben ser sometidos los resultados de todo trabajo como el nuestro. Es esta la única manera de comprobar si las proposiciones que hacemos están justificadas, lo que en definitiva representará una garantía de fiabilidad en sus criterios de verdad.

---

<sup>1</sup> PALENCIA.: op. cit., p. 234.

<sup>2</sup> Ejemplo de “generalización limitada”: El deprimido es el rey, no el interlocutor (el montero), tampoco el observador (el cronista), ni tampoco lo está la población de Segovia. Además, el rey está deprimido en ese momento, lo que no prejuzga que lo hubiera estado en el pasado o que lo fuera a estar en el futuro

Somos conscientes de que nuestros enunciados científicos poseen distintos niveles de validación; así, en ocasiones nos hemos limitado a hacer proposiciones empíricas básicas, como constatar la presencia o ausencia de una determinada propiedad o cualidad de objetos integrantes de la base empírica de nuestro estudio; por ejemplo, cuando hemos hecho afirmaciones, en relación con la conducta de Enrique IV, como: “*se derrumbó moralmente*”, o “*se entregó en manos de sus enemigos*”, etc., se trata de proposiciones singulares que en este caso tienen lugar, pero que también podrían estar ausentes, como por ejemplo afirmando: “*no demostró ningún sentimiento.*” Cuando podemos constatar que tales singularidades se repiten -por ejemplo, el derrumbamiento moral se da una y otra vez, o la negociación se hace regla para resolver situaciones- estamos enunciando proposiciones basadas en la cuantificación de las singularidades previamente detectadas, por tanto, sujetas a la norma estadística (*proposiciones estadísticas básicas*). Estas últimas proposiciones poseen un mayor nivel de validación que las primeras, siendo en definitiva más fiables.

Pero la mera enumeración de proposiciones empíricas básicas y estadísticas, constituye solo el primer paso de cualquier investigación; estamos obligados a encontrar un principio unificador que las aglutine. Nuestro principio unificador reside en la búsqueda de relaciones o vínculos entre ellas. Así, si Enrique IV se mostraba generalmente indeciso, inseguro, sin iniciativa, prodigando la negociación e incluso, en ocasiones, sus escasas decisiones eran claramente contrarias a sus intereses o a los de sus partidarios, ¿qué liga a todas estas proposiciones empíricas básicas que constituyen el enunciado de objetos empíricos o teóricos?, ¿poseen algún tipo de relación entre ellas? Hemos creído que pueden ser explicadas mediante la teoría conceptual de los trastornos de la personalidad, y precisando aún más, mediante el concepto de trastorno de personalidad por evitación, cuyo patrón de experiencia interna y de conducta se ajusta a las actitudes y actuaciones que los cronistas nos han transmitido de don Enrique IV.

Un planteamiento idéntico hemos seguido al considerar el trastorno afectivo que a nuestro juicio padeció el rey. Cuando Diego Enríquez del CASTILLO nos refiere el estado de ánimo del rey tras la ocupación de Segovia por los partidarios de su hermano Alfonso, nos aporta objetos empíricos básicos, cuando leemos en su crónica lo que transcribimos textualmente: “*....sintió en tanto grado la pérdida de Segovia, que todas las turbaciones pasadas sobre él ni las alteraciones de las cibdades y villas que contra él se rebelaron, en comparación de aquella no le afligieron tanto ni hicieron tanta*

*impresión de tristeza en él quanta fue la que así se manifestó por su gesto<sup>1</sup>*”. El cronista nos habla directamente de aflicción y de tristeza, que el rey expresaba en su actitud gestual. El mismo CASTILLO, impresionado por el estado de don Enrique, sigue, unas líneas más abajo de las anteriores, relatando el hecho como sigue: *“E de tal forma se entristeció, que ningún hombre humano, de cualquiera suerte pudiera mostrar tan poca simulación como él.”* Nos está describiendo el cronista una tristeza grave que el monarca no puede disimular y que le deja profundamente afectado. Se trata de un hecho empírico, el que nos transmite el cronista, del que podemos, no inferir, sino calificar directamente como un “episodio depresivo mayor”. Pero aún nos aporta CASTILLO más datos empíricos en su crónica. Tras las conversaciones del rey con los rebeldes en la Iglesia Mayor de Segovia, nos sigue contando el cronista que: *“de tal guisa, que con solas palabras de vana esperanza le hicieron andar por sus reynos más en son de peregrino que como Rey e Señor. E así muy desvergonzadamente con diez cabalgaduras se fue a meter por las puertas del conde de Plasencia; e cuanto quiera que así andaba corrido, todos los pueblos se condolían de él...”* Parece que el rey va de pueblo en pueblo como un alma en pena, arrastrando su tristeza, sin ningún género de pudor frente a la gente del pueblo que lo ve en un estado lamentable. Ha perdido toda la dignidad real, es un depresivo grave que finalmente es acogido por los condes de Plasencia. *“E ansi el Rey estuvo allí en Plasencia por espacio de quatro meses, esperando alguna conclusión de quantas promesas el marqués (se refiere a D. Juan Pacheco) le daba”*.

La aportación de datos empíricos que nos facilita CASTILLO sobre la depresión del rey es impresionante; así, además de sus síntomas (aflicción, tristeza), nos hace ver con total nitidez su completo abandono personal, su absoluta pérdida de autoestima. Se pasea entre sus súbditos como un pobre peregrino. Transmite sentimientos de lástima en quienes lo ven. Incluso llega a referirnos temporalmente su curso clínico, diciéndonos que en Plasencia se pasa cuatro meses y sigue en el mismo estado. No sufrió un episodio reactivo de tristeza frente a la pérdida de su ciudad de Segovia, sino que tanto por su gravedad, como por su duración, adoptó el cuadro clínico las características propias de una depresión mayor, lo que pudimos confirmar además, mediante su adecuación a los criterios diagnósticos de los dos glosarios psiquiátricos aplicados.

---

<sup>1</sup> Castillo.: Op. cit. Cap. CIII. p. 169.



Independientemente de este episodio depresivo, Enrique IV sufría un tipo de depresión crónica de sintomatología de grado mediano o leve, sobre la que hemos tenido ocasión de tratar en el capítulo dedicado a los aspectos psicopatológicos, dentro de los trastornos del estado de ánimo; me refiero a la *Distimia*.

En relación con ella creo que la aplicación de los criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y la CIE-10, resultaban concluyentes en cuanto a considerarla como el trastorno afectivo crónico que desde hacía años venía arrastrando el monarca castellano.

Con relación, por último, a la posible movilización por el rey de mecanismos defensivos psicológicos frente a la angustia –que con tanta frecuencia experimentó en el curso de sus difíciles relaciones interpersonales- decir que, aunque en ocasiones –ya referidas- llegamos a considerar que la conducta del monarca parecía estar inducida por un pensamiento regido por el *principio de regresión teleológica* (ARIETI), tras revisar los textos detenidamente y, completar nuestro estudio de la magia en la Edad Media, no podemos seguir sosteniendo que Enrique IV sufrió una regresión de este tipo. Creo que estos hechos, que realmente nos sorprendieron, ya que como gentes del siglo XXI “estamos hundidos en el pensamiento mágico solo hasta las rodillas” y no “hasta el cuello”, que era como lo estaban tanto el rey como sus contemporáneos, son meras creencias profundamente enraizadas en la sociedad de la Baja Edad Media. No olvidemos al respecto, las actitudes, tanto del arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca el viejo, como las del también arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, que creían en sortilegios y encantamientos. Recordemos también como PALENCIA, no tiene reparos, ni pudor en achacar al papa Paulo, la puesta en práctica de actividades mágicas. Es decir que, la sociedad medieval aunque regida por un pensamiento tan lógico-racional como el de hoy en día, arrastraba aún grandes jirones de pensamiento mágico, preferentemente ciertos principios conformadores de la magia, como el de la “*pars pro toto*” (el todo es igual a cada una de sus partes), entre otros.

2.- Un segundo apartado a considerar está relacionado directamente con el carácter *dialéctico* que comporta la discusión de cualquier trabajo científico, en la que la *tesis* sostenida debe ser confrontada con una posible *antítesis*, resultando de la confrontación:

- a) El rechazo de una aceptando la otra
- b) El rechazo de ambas
- c) Alcanzar una solución complementaria (*síntesis*).

Creo que en nuestro caso es posible encontrarnos con los tres supuestos:

- a) Se mantiene nuestra tesis, es decir, se confirman nuestras hipótesis, en relación con la *psicopatología de la personalidad y la de la afectividad*. (Al confrontarla con los diagnósticos de “*ciclotimia*” (SUÁREZ) y “*esquizofrenia*” [(BOTELLA)]).
- b) Rechazamos la tesis de la *regresión teleológica* (Al confrontar nuestra tesis con una concepción mágica generalizada en la población de la Baja Edad Media, de la que participaba el rey).
- c) Llegamos a alcanzar una solución complementaria respecto a la disposición y el temperamento del rey, al considerarlo como “*esquizoide hiperestésico*.” (Al confrontar el diagnóstico clásico de MARAÑÓN con el de Evitador de MILLON).

#### Primer supuesto.-

Como ya tuvimos ocasión de referir, según SUÁREZ FERNÁNDEZ, Enrique IV padeció una *ciclotimia*.<sup>3</sup> Parece basarse el autor, para sostener la existencia de dicho padecimiento, en las ambivalencias que dominaron en muchos momentos el comportamiento del rey, que se mostró pusilánime, en ocasiones en las que debió ser enérgico y, precipitado, al tomar ciertas decisiones que requerían haber sido más largamente meditadas.

También es significativo para SUÁREZ que Enrique IV, incapaz de mostrarse enérgico y resolutivo, habitualmente, hubiera adoptado, en algunas ocasiones, medidas adecuadas para la resolución de algunos problemas planteados.

Las indecisiones y dudas del rey pueden interpretarse como la manera habitual de comportarse una personalidad insegura.

Bien es verdad que en el curso de las fases depresivas de una *ciclotimia* –lo mismo que en cualquier fase depresiva de otra índole–, los enfermos suelen mostrarse dubitativos, retraídos y temerosos, actitudes éstas, que pueden ser sustituidas por sus contrarias cuando acontece la fase de exaltación maniforme. Pero no es este el caso de nuestro personaje.

La inseguridad es un rasgo básico conformador de la personalidad, específico de los llamados por SCHNEIDER, “*psicópatas inseguros de sí mismo*”, así como de los “*trastornos de personalidad por dependencia y evitación*” del DSM-IV. En ellos la

---

<sup>3</sup> Ver el capítulo de este trabajo sobre los “Principios y Bases Psicopatológicas”.

inseguridad es la nota fundamental del comportamiento, expresándose no solo circunstancialmente, sino de manera habitual como forma de abordar los problemas por parte de estas personas.

La inseguridad de Enrique IV era un rasgo consustancial de su temperamento, siendo el ingrediente más significativo de su conducta.

El que aconteciesen altibajos anímicos que imprimieron cambios en su comportamiento, fue algo nada sorprendente en un enfermo *distímico*. Estos pacientes, como ya tuvimos ocasión de exponer, pasan por breves periodos de tiempo en los que pueden experimentar bienestar, encontrándose en tales ocasiones de mucho mejor humor y sin su habitual abulia y falta de sintonía hacia las personas con las que conviven.

Pero las reacciones ocasionales de aparente firmeza de nuestro personaje, constituyen excepciones verdaderamente sorprendentes de su proverbial inseguridad, pudiendo ser explicadas mas como frutos de su trastorno de la personalidad, que de los cortos periodos de bienestar que pudo haber experimentado. Recuérdesse que cuando actuó de esta forma fue en aquellas ocasiones en las que no estuvo asesorado por el marqués de Villena. Pero en el momento en que Pacheco volvía a estar a su lado y le indicaba qué cosas debía realizar o cuáles rectificar, lo hizo sin pensar nunca en el enorme daño que causaba en su reputación. Estas reacciones de inseguridad propias de las personalidades inmaduras, solían estar impregnadas de ambivalencias: por un lado, eran la expresión de la rebeldía frente a la autoridad y por otro, reflejaban el miedo al castigo por actuar sin el debido consentimiento.

Aunque la inestabilidad de la afectividad y del comportamiento de Enrique IV, se entiendan, mejor que de ninguna otra manera, a través de su personalidad evitativa y su distimia, no debemos perder de vista lo que según KRETSCHMER, constituía la clave de los temperamentos esquizoides: *“una mezcla en proporciones sumamente variables de excitabilidad y apatía”*. Esta bipolaridad podía adoptar una cierta ritmicidad circadiana durante la vida del sujeto, predominando en la juventud y la madurez temprana, el polo hiperestésico, y en estadios posteriores, el hipoestésico, o incluso el anestésico.

Después de todo lo dicho, resulta posible sostener que el monarca castellano no fue temperamentalmente un ciclotímico, ni tampoco padeció un trastorno ciclotímico.

Como también tuvimos ocasión de referir en los primeros capítulos de esta tesis, otro cuadro psiquiátrico que se pensó que pudo haber padecido Enrique IV fue una esquizofrenia. El autor que sugiere este diagnóstico es BOTELLA LLUSIÁ, destacado sexólogo que, como no podía ser de otro modo, se centró preferentemente en la clínica endocrina del monarca, siendo su diagnóstico endocrinológico totalmente coincidente con el establecido por MARAÑÓN en su conocido ensayo sobre el rey castellano.

Aunque BOTELLA solo apunta vagamente la posibilidad de que nuestro personaje pudo haber tenido, asociada a un *hipogenitalismo eunucoide*, una esquizofrenia<sup>4</sup>, -no argumentando la proposición hipotética sugerida- conviene que la tengamos en cuenta y la comentemos debidamente en este apartado, ya que, aunque su solidez resulte discutible desde la perspectiva psiquiátrica, no deja de ser un punto de vista lo suficientemente sugerente, como para movilizar el interés de los historiadores interesados en desentrañar los interrogantes de un reinado tan controvertido como el protagonizado por Enrique IV<sup>5</sup>.

En relación con la hipótesis de BOTELLA pueden aducirse al menos dos argumentos que pudieran apoyarla.

Entre los años 40 y 50 del siglo pasado M. BLEULER sostuvo la frecuente combinación entre la variante constitucional acromegaloide y la psicosis esquizofrénica, en individuos pertenecientes a determinadas familias.

Para E. KRETSCHMER, la personalidad anormal esquizoide representaría una forma intermedia entre el temperamento esquizotímico normal y las esquizofrenias. Lo que propició que se considerasen a las constituciones y a los temperamentos esquizoides como personalidades prepsicóticas afines a las esquizofrenias, en unos casos y, en otros, como auténticas formas esquizofrénicas larvadas.

Investigaciones hereditarias posteriores y la propia experiencia clínica diaria, no han llegado a confirmar lo comunicado por BLEULER a mediados del siglo XX, lo que unido a la gran disparidad de tipos constitucionales entre los esquizofrénicos, ha ido haciendo que cada vez se le de menos importancia a la disposición somática genética como variable etiológica de estas psicosis.

Aunque no se niegue que el temperamento esquizoide pudiera predisponer a padecer una esquizofrenia, lo cierto y verdad es que no es más que una condición aislada carente

---

<sup>4</sup> BOTELLA LLUSIÁ, J.: “Personalidad y perfil endocrino de Enrique IV”. En: “Enrique IV de Castilla y su tiempo”. Semana Marañón 97. Valladolid (2000): p. 131.

<sup>5</sup> Precisamente fue a través de MARTÍN, J.L.: “Enrique IV”. Nerea. Hondarribia (2003): p. 340., como supimos del diagnóstico de esquizofrenia que sugería BOTELLA para el rey castellano.

de la capacidad de determinarla. Además, en aquellos casos de esquizofrenias que se dan en personalidades esquizoides, de ninguna manera se trata de un tránsito gradual entre la anormalidad temperamental y el trastorno morboso, sino de un auténtico salto cualitativo.

Aunque haya quienes consideran que los términos de esquizoidia y esquizofrenia latente resultan sinónimos, la experiencia clínica les quita por completo la razón, ya que ni aún en el caso de los sujetos esquizoides anestésicos, es posible equiparar la marcada introversión que los caracteriza, con el autismo esquizofrénico, en cuanto variedad cuantitativa anormal, el primero, y estructura morbosa cualitativa, el segundo.

Enrique IV, como en distintas ocasiones hemos referido, era portador de una personalidad evitativa, es decir, de una subforma temperamental esquizoide hiperestésica, de origen mucho más vivencial que propiamente genético.

En el historial clínico del monarca castellano no es posible encontrar el menor rastro de sintomatología psicótica, por lo que puede descartarse la esquizofrenia como posible padecimiento sufrido.

#### Segundo supuesto.-

Nuestras indagaciones sobre la biografía de Enrique IV y las condiciones sociales del medio en el que se desarrolló su vida, nos permitieron contar con algunas claves con las que descifrar su comportamiento en determinadas ocasiones. Precisamente, las, en unos casos, sorprendentes y, en otros, francamente discordantes, reacciones del monarca respecto a su realidad social, hicieron posible que las considerásemos como manifestaciones anormales de indudable interés psicopatológico.

En una primera aproximación al estudio de tales comportamientos anómalos, nos pareció que podíamos delimitar clínicamente dos síndrome básico: uno, adscrito a los trastornos de la personalidad y, otro, afín a la patología propia de las alteraciones del estado de ánimo (bases empíricas –como ya hemos dicho- de nuestras hipótesis). Además, creímos poder rastrear también tres órdenes de factores como posibles causas determinantes de las mencionadas patologías: disposicionales, unos, convivenciales, otros, y, un tercer grupo de raigambre psicodinámica.

En tanto, respecto a ambos síndromes clínicos y, a dos de los factores etiológicos -disposicionales y convivenciales- considerados, hemos hecho amplia referencia en el texto de la tesis, puede sorprender que, salvo menciones aisladas con motivo de exponer ciertos hechos del reinado, poco hayamos dichos en relación con ese tercer grupo de

factores psicodinámicos a los que, en los inicios del estudio, consideramos responsables de ciertos comportamientos anómalos de Enrique IV.

Nuestra intención es la de dedicarles, aquí y ahora, la atención que merecen, teniendo en cuenta que, en un determinado momento del trabajo, conformaron una de nuestras posibles hipótesis, la que ni siquiera formulamos cuando, conocida mejor la sociedad feudal, gracias a los trabajos de BLOCH<sup>5</sup>, FUMAGALLI<sup>6</sup>, CARDINI<sup>7</sup>, entre otros, nos dimos cuenta de que la interpretación que habíamos hecho del comportamiento que presentó Enrique IV en ciertas ocasiones, fue producto, más de formas de pensar y de sentir propias de su tiempo, que del *principio de regresión teleológica* descrito por ARIETI<sup>8</sup>.

En distintos apartados de la tesis hemos tenido ocasión de comentar, como Pacheco y sus partidarios manipularon los atributos mítico-simbólicos del poder real, en su propio beneficio. Se valieron de razones dudosamente verídicas y de relativa legalidad, pero convincentes desde una perspectiva lógica. Intentaron atraerse a los nobles adictos al rey y convencer al pueblo, de la pérdida de legitimidad de Enrique IV, argumento mediante el cual pretendían justificar también, su rebeldía y las acciones de las que serían protagonistas –deposición de Enrique y proclamación de Alfonso en Ávila-.

Frente a los ataques de sus enemigos, Enrique IV esgrimía en su defensa los atributos simbólicos, cargados de connotaciones mítico-mágicas, de su sacralidad como monarca.

A nuestro juicio parecía que entraban en pugna dos formas de pensamiento; uno, regido por principios lógico-rationales en los que la simbología monárquica mágico-mítica no tenía cabida posible, más allá de los meros formalismos -desacralización de la monarquía- y, otro, el del rey, regido por los principios que tradicionalmente conferían a la figura del monarca su carácter sacro.

Presuponíamos que sí Enrique IV respondió a los ataques de la facción rebelde sólo con tales argumentos, tenía que creer firmemente en la fuerza de convicción, basada en principios ajenos a la lógica, de los mismos. El monarca era consciente de la

---

<sup>5</sup> BLOCH, Marc.: “La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia”. Hispano Americana. México, 1958.

<sup>6</sup> FUMAGALLI, Vito.: “Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media”. Nerea. Madrid, 1988; y “Las piedras vivas. Ciudad y naturaleza en la Edad Media”. Nerea. Madrid, 1989.

<sup>7</sup> CARDINI, Franco.: “Magia, brujería y superstición en el occidente medieval”. Península. Barcelona, 1982.

<sup>8</sup> ARIETI, Silvano.: op. cit. ps. 153 y 154.

precariedad de su situación política, pero también sabía que contaba con recursos económicos abundantes y suficiente número de partidarios leales con los que poder hacerle frente, y, sin embargo, recurrió exclusivamente, al argumento de su sacralidad como forma de conseguir doblegar a sus enemigos y mantener la paz en el reino.

La efectividad de sus argumentos fue en todas las ocasiones completamente nula, no consiguiendo Enrique IV alcanzar los objetivos de concordia y paz que tan ansiosamente perseguía ¿Por qué pues aquella empeñada forma de comportarse?

Considerada la conducta del rey de forma aislada, nos recordaba el comportamiento que ciertos enfermos psíquicos -e incluso algunos sujetos sin trastornos de esta índole- pueden presentar en situaciones de intenso estrés. Incluso contábamos con las descripciones que desde una perspectiva psicodinámica había realizado ARIETI<sup>9</sup> sobre el que llamó *principio de regresión teleológica*, cuya similitud con la conducta de nuestro personaje nos pareció de interés. Según el referido psicoanalista “*cuando en una situación de angustia grave, el comportamiento a un nivel de integración intelectual no puede producirse o no aporta los resultados deseados, existe una imperiosa tendencia hacia un comportamiento de más bajo nivel de integración, con el fin de conseguir tales resultados*”. Esta defensa regresiva cuya finalidad es evitar la angustia, se expresa mediante una conducta regida por un *pensamiento paleológico*.<sup>10</sup>

Pero cuando se analizaba la conducta de Enrique IV a la luz de su ambiente cultural, las cosas cambiaban radicalmente. El pensamiento de los hombres de la Baja Edad Media aún siendo tan lógico racional como el de los hombres del siglo XXI, poseía una abultada carga de estructuras formales mágico-míticas –de las que hemos hablado, a grandes rasgos, en el último apartado del Capítulo II de esta tesis-. Considerar esta circunstancia, a la hora de estudiar el pensamiento del rey y entender algunos de sus aparentemente poco adecuadas conductas, resulta imprescindible para no confundir lo psíquico patogénico con la plasticidad psíquica, que por acción de la cultura modela a los individuos.

Muchos de los comportamientos de Enrique IV se entienden mejor en clave histórico-cultural que, psicológica o psicopatológica. Partiendo de esta premisa consideramos que, la hipótesis de la regresión teleológica fue un enunciado teórico supuesto, sustentado sobre la aplicación por analogía de observaciones psicopatológicas al campo historiográfico, sin tener en cuenta la variable independiente representada por

---

<sup>9</sup> ARIETI, S.: op.cit. ps. 152 y 156.

<sup>10</sup> Pensamiento sustentado sobre estructuras arcaicas de racionalidad (pensamiento mágico-mítico).

la cultura, cuya influencia sobre la variable dependiente (la conducta del rey) era decisiva para poder explicarla.

#### Tercer supuesto.-

Como ya tuvimos ocasión de analizar con detenimiento en el capítulo VII, el biotipo *displásico eunucoide con reacción acromegálica* -que según MARAÑÓN era el diagnóstico constitucional de Enrique IV- guarda una estrecha relación con las variantes constitucionales displásicas, endocrina y sexual de KRETSCHMER.

Pudimos comprobar como tanto las características temperamentales afines al seudoeunucoidismo como las acromegaloides se daban en nuestro personaje, dotándolo de un psicotipo de rasgos peculiares, pero siempre en consonancia con el temperamento esquizoide de KRETSCHMER. Precisamente, las observaciones clínicas del autor alemán confirmaban esta combinación entre el biotipo displásico y el psicotipo esquizoide, que consideraba, además, muy frecuente.

Asumido el diagnóstico biotipológico establecido por MARAÑÓN sobre Enrique IV y, habiendo comprobado, mediante los resultados de nuestro estudio, que los rasgos temperamentales del monarca castellano se correspondían con los de las personalidades esquizoides -diagnóstico psicotipológico también sostenido por nuestro eminente endocrinólogo- las coincidencias entre la tesis clásica de MARAÑÓN y nuestras observaciones resultaban evidentes.

Sin embargo, considerando las aportaciones psiquiátricas actuales respecto a los trastornos de la personalidad -precisamente, basadas en las investigaciones constitucionalistas de KRETSCHMER- y, teniendo en cuenta nuestras observaciones sobre la conducta de Enrique IV, referidas en este trabajo, nos parecía que el diagnóstico de “psicopatía esquizoide” resultaba excesivamente genérico para designar las características de la personalidad del monarca castellano.

Aunque la conducta de Enrique IV se ajustaba a los criterios diagnósticos del espectro de los trastornos esquizoides, en determinadas circunstancias presentó evidentes signos clínicos de atipicidad en relación con ellos –lo que, bien mirado, no resulta sorprendente, al no existir ningún patrón nomotético que se ajuste como un guante a la realidad clínica-. Pero estas discordancias, aunque no suficientes para impedir seguir sosteniendo el referido diagnóstico, generaban un grado de incertidumbre lo suficientemente importante como para que se sostuviese por algunos,



que lo que sufrió el rey fue un “trastorno ciclotímico” que, psicopatológicamente constituye el polo opuesto al temperamento esquizotímico, cuyo psicotipo anormal es el esquizoide.

La otra cuestión a considerar era la referida a las nuevas aportaciones respecto a los trastornos de la personalidad.

Ya KRETSCHMER al describir los temperamentos esquizoides había considerado dos fenotipos clínicos diferentes –el anestésico o hipoestésico y el hiperestésico- y, tres formas de cursos, a las que ya hemos tenido ocasión de referirnos en el capítulo VII de la tesis.

Precisamente MILLON –mencionado igualmente en los capítulos IV y VII- había retomado el concepto kretschmeriano de trastorno esquizoide hiperestésico para calificar ciertas conductas de pacientes esquizoides que no se entendían bien desde los límites conceptuales exclusivamente referidos a los trastornos esquizoides de la personalidad. Fue por esto por lo que MILLON introdujo como un trastorno de la personalidad independiente, al que por sus características designó como “trastorno evitativo”, que a nuestro juicio se corresponde con el trastorno de la personalidad sufrido por Enrique IV.

En definitiva, nuestro estudio sobre la psicopatología de la personalidad del rey castellano, no contradice en nada la tesis marañoniana sobre el temperamento del monarca. Pero lo que sí hace, es complementar ese diagnóstico ajustándolo más a la realidad comportamental de Enrique IV que, tan acertadamente nos transmitieron sus cronistas.

## S É P T I M A   P A R T E

## C O N C L U S I O N E S

## CONCLUSIONES.-

### Creemos haber podido demostrar que:

I.- Enrique IV presentó, frecuentemente, comportamientos reactivos frente a las experiencias vividas (reacciones vivenciales [RV]) significativamente anormales (reacciones vivenciales anormales [RVA]).

II.- Estas RVA se debieron a dos tipos de factores causales:

II (a).- Un trastorno de la personalidad que afectaba a los ámbitos estructural (*constitución y temperamento*) y funcional (*carácter*) de ésta, y se expresaba clínicamente como un trastorno específico de la personalidad (*trastorno de la personalidad por evitación*).

II (b).- Un trastorno depresivo crónico de intensidad leve o moderada (*distimia*) y algunos episodios depresivos de intensidad elevada (*episodio depresivo mayor*).

### No pudimos confirmar que:

III.- Determinados comportamientos de Enrique IV -no comprensibles como motivados por su trastorno de la personalidad, ni explicables como causados por sus episodios depresivos- fueran interpretados psicodinámicamente como formas regresivas psicológicas frente a la angustia (*regresión teleológica*).

El control de las “variables contextuales o ambientales” nos permitió corregir este error inicial interpretando esas peculiares formas de vivenciar del rey como debidas a la influencia de factores supraindividuales de su ambiente sociocultural.

Resultó necesario el control de variables no objetos de la investigación:

IV.- El control de las “variables ajenas” (fiabilidad de los testimonios cronísticos) exigió un mejor conocimiento de los dos cronistas más representativos en nuestro estudio –PALENCIA y CASTILLO-. Esto obligaba a conocer sus biografías.

Nos hemos permitido realizar, en el preámbulo que acabamos de exponer para este apartado de conclusiones, una síntesis de lo realizado en el estudio que, como resumen final desarrollamos seguidamente.

Vamos a distribuir las conclusiones a las que hemos llegado en cuatro apartados que nos permitan ordenarlas siguiendo el plan de trabajo descrito en la introducción, teniendo en cuenta los objetivos expuestos y las hipótesis planteadas.

I. Conclusiones sobre el carácter anormal de las reacciones vivenciales de Enrique IV.- [El método clínico].

Las reacciones que experimentó el rey frente a ciertos acontecimientos – descritos por los cronistas- poseían dos de las características que permiten considerar anormal a las reacciones vivenciales:

- Se desviaban del modo de reaccionar del término medio de sus contemporáneos, no cumpliendo las expectativas de su cultura y,
- cuantitativamente eran demasiado intensas o poco intensas; excesivamente persistentes o de muy breve duración.

En definitiva pues, se apartaban de la normalidad estadística, siendo, además, su intensidad excesiva, en unos casos, y casi imperceptible, en otros; y, su duración persistente o muy breve.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Enrique IV presentó frecuentemente reacciones vivenciales anormales.

II.- Conclusiones relativas a la etiología de las reacciones vivenciales anormales de Enrique IV.-

II (a)1.- Características de la personalidad.- Hemos partido de la consideración de dos ámbitos en la personalidad. Uno, *estructural*, constituido por el *temperamento* de naturaleza genotípica y representado por el patrón conductual afectivo y, otro, *funcional*, que comprende el *carácter* de raigambre medioambiental y patrón conductual

connativo. En el Cuadro II, se incluyeron como rasgos temperamentales el estado de ánimo y la autoimagen, siendo los rasgos adscritos al carácter el comportamiento interpersonal y el estilo cognitivo.

Tras analizar los datos aportados por los cronistas –CASTILLO, PALENCIA Y PULGAR- llegábamos a la conclusión que el estado de ánimo de Enrique IV se caracterizaba por ser *sensible, melancólico y abúlico* y su autoimagen tendía a la *humildad y el retraimiento*. Su comportamiento interpersonal le hacía ser *confiado, desinteresado, generoso, caritativo, bondadoso y considerado*; por último, su estilo cognitivo le confería rasgos que indicaban una, aparentemente, nula tendencia a la *venganza, el rencor y la maledicencia*, así como una actitud proclive a la *religiosidad*.

Como tuvimos ocasión de demostrar en el apartado reservado a la “constitución, el temperamento y el carácter” de nuestro capítulo VII, las formas constitucionales de *gigantismo eunucoide* –constitución que siguiendo a MARAÑÓN entendíamos que era la propia de nuestro personaje-, poseían, –según KRETSCHMER- rasgos temperamentales del tipo de la *indolencia autística esquizoide*, equivalentes a los rasgos de *abulia y retraimiento* que habíamos encontrado al estudiar el temperamento de Enrique IV. Pudimos constatar también, como los subtipos temperamentales afines al seudoeunucoidismo y reacción acromegálica se correspondían con los de nuestro personaje. En definitiva, Enrique IV poseía una constitución displásica encuadrable dentro de las variantes endocrina y sexual de KRETSCHMER, perfectamente concordante con su psicotipo esquizoide.

Quedó igualmente demostrado que, en el caso del rey castellano, las características de su *esquizoidia* adoptaba la forma del psicotipo *esquizoide hiperestésico*.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: La personalidad de Enrique IV poseía, estructural y funcionalmente, una constitución (biotipo) **displásica** y un temperamento (psicotipo) *esquizoide* en su variante caracterológica **hiperestésica**.

II (a)2.- Psicopatología de la personalidad.- Tras lo concluido y expuesto en relación a las características biopsicopológicas de Enrique IV, pasamos a comentar la interpretación conclusiva a que llegamos respecto a su trastorno de la personalidad.

Mediante la aplicación de los criterios diagnósticos del DSM-IV-TR y los de la CIE-10, demostrábamos que en el caso de nuestro personaje se cumplían todos los criterios que en ambos glosarios se consideran requisitos necesarios para el diagnóstico de *trastorno de la personalidad*.

Este diagnóstico, en total sintonía con nuestras conclusiones biopsicotipológicas, podía aproximarse aún más a la realidad clínica de Enrique IV. Para ello se hacía necesario encontrar rasgos específicos que nos permitiesen trascender el carácter genérico de dicho diagnóstico.

Ciertamente los rasgos temperamentales esquizoides hiperestésicos del rey eran unos excelentes indicadores de esa especificidad, conduciéndonos a clásicos diagnósticos de esta índole, como el de *psicópata inseguro de sí mismo* de SCHNEIDER y, sobre todo, a una subforma de éstos, los *sensitivos*.

Desde una perspectiva más actual era posible establecer la especificidad que buscábamos; así, MILLON (1996), retomando los conceptos de KRETSCHMER y SCHNEIDER, había aislado un tipo específico de trastorno de la personalidad al que denominó *trastorno de la personalidad por evitación*.

Aplicando los criterios diagnósticos del DSM-IV-TR para el trastorno de personalidad de MILLON a las características de la personalidad de Enrique IV, apreciábamos su total concordancia; lo mismo ocurría cuando seguíamos los criterios diagnósticos de la CIE-10 para el *trastorno ansioso (con conducta de evitación) de la personalidad*.

Para precisar aún más el diagnóstico de trastorno de la personalidad del rey, teniendo en cuenta la importancia que en este sector de la psicopatología se le ha dado siempre a la *agresividad* y la *impulsividad*, nos propusimos intentar cuantificar ambos rasgos en nuestro sujeto de estudio, mediante dos instrumentos de evaluación –el “inventario de hostilidad” (IHBD) y la “escala de impulsividad” (EIB), cuyos resultados concordaban con el diagnóstico establecido

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: El trastorno de personalidad que sufrió Enrique IV se adecua a los criterios para el diagnóstico clínico del *trastorno de la personalidad por evitación*.

II (b).- Psicopatología del estado de ánimo.- Llegamos a delimitar dos tipos de trastornos de la afectividad en nuestro personaje; uno, de naturaleza crónica que identificábamos como una *distimia* y, otro, que adoptaba la forma del *episodio depresivo mayor*.

II (b)1.- Diagnóstico de *episodio depresivo mayor*.- Según los criterios diagnósticos de la APA para este trastorno, recogidos en el DSM-IV-TR, en la historia clínica y psicobiografía de nuestro personaje existen síntomas con la suficiente entidad como para poder establecer el diagnóstico de trastorno depresivo mayor. Este extremo

creemos que quedó suficientemente argumentado en el apartado “psicopatología de la afectividad” del capítulo VII.

II (b)2.- Diagnóstico de *distimia*.- También pudimos probar la existencia de este trastorno crónico del estado de ánimo mediante los criterios DSM-IV-TR y los de la CIE-10.

Dado que en el curso de su *distimia* padeció episodios depresivos mayores (al menos uno bien documentado y probado), podía sostenerse que en algún momento sufrió un estado de *doble depresión*.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Enrique IV padeció una *distimia* y algunos *episodios de depresión mayor*, pudiéndosele diagnosticar de *doble depresión*.

III.- Conclusiones sobre la interpretación psicodinámica (*regresión teleológica*) de algunos comportamientos de Enrique IV.-

La delimitación de la estructura social –sociedad castellana del siglo XV- y del ambiente cultural –occidente europeo bajo medieval- nos permitió comprender mejor el sentir y el pensar de nuestro personaje; pero, sobre todo, fue el estudio de los principios y valores que conformaban el panorama cultural del último siglo tardo medieval el que nos permitió entender adecuadamente ciertas reacciones del rey cuya interpretación psicodinámica no era la que debía seguirse.

Como creemos haber documentado suficientemente, ciertos comportamientos sorprendentes de Enrique IV obedecieron más que a una pato o psicoplastia, a la influencia de su medio cultural sobre sus patrones de experiencia interna y de comportamiento.

INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA: Ciertos comportamientos de Enrique IV sustentados en concepciones mágico-míticas eran propios de su cultura y compartidos por muchos de sus contemporáneos.

IV.- Conclusiones respecto al control de “variables extrañas”.-

El control de las variables derivadas de las actuaciones de los cronistas nos permitió:

- Analizar la idoneidad de los cronistas para la realización de su cometido.
- Sopesar el valor documental de las crónicas.
- Evaluar la fiabilidad de los testimonios sirviéndonos de las biografías de los cronistas Diego Enríquez del Castillo y Alonso de Palencia.

#### INTERPRETACIÓN-CONCLUSIVA:

- a) Es incuestionable la idoneidad de los cronistas Castillo y Palencia.
- b) Las crónicas de ambos son documentos de un valor inestimable para la realización de cualquier estudio sobre Enrique IV y su tiempo.
- c) Las biografías de los cronistas nos sirvieron para aproximarnos al conocimiento de los valores personales, la formación intelectual, el ideario político y la posición social de los autores de nuestra principal fuente de conocimientos, permitiéndonos comprobar la validez de sus testimonios.



## B I B L I O G R A F Í A

## **BIBLIOGRAFÍA.-**

ÁLVAREZ LÓPEZ, F.: *"Arte mágica y hechicería. Tres tratados de magia en la corte De Juan II"*. Valladolid, 2000.

AMASUNO SÁRRAGA, M.V.: *"La peste en la corona de Castilla. Durante la segunda mitad del siglo XIV"*. Junta de Castilla y León. 1996

ÁMSTERDAM, J.D.: *"Depresión refractaria"*. Advances in neuropsychiatry and Psychopharmacology. Vol. 2. Editorial Jims. Barcelona, 1993.

ARIETI, S.: *"Interpretación de la Esquizofrenia"*. Editorial Labor. Barcelona. 1965.

ARRANZ GUZMÁN, A.: *"El Clero"*. En: NIETO SORIA, J.M.: Orígenes de la Monarquía hispánica: Propaganda y Legislación. Cap. IV. Ed. Dykinson. Madrid, (1999) : 141-158.

AKISKAL, H.S.: *"Characterologia manifestations of affective disorders: Toward a new conceptualization"*. Integrative Psychiatry. (1984): 83-88.

AKISKAL, H.S.: *"Hacia una clasificación de los trastornos bipolares"*. En: VIETA, E.: Trastornos Bipolares. Avances clínicos y terapéuticos. Panamericana. Madrid. (2001): 271-296.

AYALA MARTINEZ, C.: *"Las Órdenes Militares en el siglo XIII castellano. La consolidación de los maestrazgos"*. Anuario de Estudios Medievales. 27/1, (1997) : 239-279.

BALME, J.: *"El Criterio"*. 4ª Edición. Imprenta de Antonio Brusi. Barcelona, 1857.

BALLESTEROS-BERETTA, A.: *"La marina cántabra y Juan de la Cosa"*. Santander, 1954

BARRANTES, N., COLOM, F. Y CLARIDGE, G.: "*Temperamento y personalidad en los trastornos bipolares*". En: VIETA, E.: Trastornos Bipolares. Avances clínicos y terapéuticos. Panamericana. Madrid.(2001): 227-255.

BARROS, C.: "*La humanización de la naturaleza en la Edad Media*". Edad Media. Revista de Historia. 2, (1999): 169-193.

BECEIRO, L.: "*La rebelión irmandiña*". Madrid, 1977.

BECK, A.T.: "*Diagnóstico y tratamiento de la depresión*". Merck Sharp. Maxico. 1980.

BELMARTINO, S.: "*Estructura de la familia y "edades sociales" en la aristocracia de León y Castilla según las fuentes literarias e historiográficas*". Cuadernos de Historia de España. 47-48 (1968) : 256-328.

BENITO, E.: "*Los orígenes del problema converso*". Barcelona, 1976.

BERMEJO CABRERO, J.L.: "*Principios y apogemas sobre la ley y el rey en la Baja Edad Media Castellana*". Hispania. 129, (1975) : 31-47.

BERMEJO CABRERO, J.L.: "*Orígenes medievales de la idea de soberanía*". Revista de estudios políticos, 200-201 (1975): 283-290.

BERMEJO CABRERO, J.L.: "*La biografía como género historiográfico en Claros varones de Castilla*". Cuadernos de Historia, 6 (1975): 441-459.

BERMEJO CABRERO, J.L.: "*Aspectos normativos sobre rieptos y desafíos a fines de la Edad Media*". En la España Medieval. 22, (1999) : 37-60.

BERTELLI, S.: "*Discurso sobre fragmentos anatómicos reales*". En la España Medieval, 22 (1999) : 9-36.

BLEULER, E.: *"Afectividad, sugestibilidad y poranoia"*. Ediciones Morata. Madrid, 1969.

BLOCH, M.: *"La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia"*. Editorial Hiapano Americana. Máxico. 1958.

BORRERO FERNÁNDEZ, M.: *"El mundo rural sevillano en el siglo XV: Aljarafe y Ribera"*. Sevilla, 1983.

BOURGEOIS, M.. L.: *"El espectro bipolar de las depresiones"*. En: VIETA, E.: Trastornos Bipolares. Avances clínicos y terapéuticos. Panamericana. Madrid. (2001) : 117-130.

BUENO, G.: *"Cultura"*. El Basilisco. 1ª Época, 4, (1978): 64-67.

BUNGE, M.: *"La investigación científica"*. Ed. Ariel. 4ª Edición. Barcelona, 1975.

CABAÑAS, D.: *"La caballeria popular en Cuenca durante la Baja Edad Media"*. Madrid, 1980.

CABRERA SÁNCHEZ, M.: *"Funerales regios en la Castilla bajomedieval"*. Acta historica et archeologica mediaevalia. 22, (2001): 537-564.

CAPITANI, O.: *"Morire di peste: testimonianze antiche e interpretazioni moderne della "pestenera" del 1348"*. Pátron Editore. Bologna, 1995.

CASADO, H.: *"Señores, mercaderes y campesinos. La comarca de Burgos a fines de la Edad Media"*. Valladolid, 1987.

CASSIRER, E.: *"Las ciencias de la cultura"*. 3ª Edición. Fondo de dultura económica. México, 1965.

CASSIRER, E.: *"El pensamiento mítico"*. Filosofía de las formas simbólicas, Tomo II. Fondo de Cultura Económica. México, 1972.

CASSIRER, E.: *"Esencia y efecto del concepto de símbolo"*. Fondo de Cultura Económica. México. 1989.

CASTILLO, D. ENRIQUEZ.: *"Crónica del Rey D. Enrique el cuarto de los de este nombre"*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo III. Atlas. Madrid, 1953.

CASTRILLO LLAMAS, M.C.: *"Monarquía y nobleza en torno a la tenencia de fortalezas en Castilla durante los siglos XIII-XIV"*. En la España Medieval. 17 (1994) : 95-112.

CIE-10: *"Trastornos mentales y del comportamiento"*. O.M.S. Ginebra, 1992

COLECCIÓN DIPLOMÁTICA DE LA CRÓNICA DE D. ENRIQUE IV. Real Academia de la Historia. Tomo II. Madrid. XCVII / 1464 : 327-334.

CONDRAU, G.: *"Angustia y culpa. Problemas fundamentales de la psicoterapia"*. Editorial Gredos. Madrid, 1968.

CÓRDOBA, R. Y BECEIRO, L.: *"Parentesco, poder y mentalidades. La nobleza castellana, siglos XII-XV"*. Madrid, 1990.

CORTÁZAR, J.A. Y COLS.: *"Organización social del espacio. La Corona de Castilla en los siglos VIII al XV"*. Barcelona, 1985.

DELGADO, H.: *"La formación espiritual del individuo"*. Ed. Científico- Médica. Barcelona, 1967.

DELGADO VALERO, C.: *"La corona como insignia de poder durante la Edad Media"*. Anales de Historia del Arte, 4, (1994), : 747-763.

DÍAZ MARTÍN, L.V.: *“Los maestros de la órdenes militares en el reinado de Pedro I de Castilla”*. Hispania. 145, (1980) : 285-330.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SALVAT. Tomo IV. Barcelona, (1942): 242.

DILTHEY, W.: *“Introducción a las ciencias del espíritu”*. 2ª Edición. Revista de Occidente Occidente. Madrid, 1966.

DSM-IV-TR: *“Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales”*. Texto Revisado. Masson, Barcelona, 2002

ESTEBAN, A.: *“Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos”*. Valladolid, 1985.

EYSENCK, H.J.: *“The structure of human personality”*. London: Routledge and Kegan Paul. 1960.

EYSENCK, H.J.: *“Psicología: hechos y palabras”*. Alianza Editorial. Madrid, 1977.

FEIGHNER, J.P. y BOYER, W.F.: *“Diagnóstico de la depresión”*. Perspectivas en Psiquiatría. Vo. 2. Wiley & Sons. England, 1991.

FERNÁNDEZ APARICIO, J.: *“Imagen del rey Enrique IV de Castilla en la primera mitad del siglo XVI: Absolutismo y justicia en diálogo entre dos épocas”*. En la España Medieval. 27, (2004) : 339-381.

FLORI, J.: *“Caballeros y caballería en la Edad Media”*. Paidós. Buenos Aires, 2001.

FORONDA AGUILERA, M.: *“Honras por Enrique IV y proclamación de Isabel la Católica en la ciudad de Avila”*. Boletín de la Real Academia de la Historia LXIII, (1913) : 427-434.

FRANCISCO OLMOS, J.M. de.: *“La figura del heredero del trono en la Baja Edad Media hispánica”*. Asociación Cultural Castellum unive. Madrid, 2003.

FRANCO SILVA, A.: *“La esclavitud en Sevilla y sus tierras afines en la Edad Media”*. Sevilla, 1979.

FRANCO SILVA, A.: *“El señorío de Montalban. De don Alvaro de Luna a los Pacheco”*. Cádiz, 1992.

FRANCO SILVA, A.: *“El condado de Fuensalida en la Baja Edad Media”*. Cádiz, 1994.

FRANCO SILVA, A.: *“La fortuna y el poder bases económicas de la aristocracia castellana”*. Cádiz, 1996.

FRANCO SILVA, A.: *“El arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca el viejo. Notas sobre su vida”*. Boletín de la Real Academia de la Historia. T. CXCVL. Cuaderno I (1999) : 43-92.

FRANCO SILVA, A.: *“En la Baja Edad Media: Estudios sobre señoríos y otros aspectos de la sociedad castellana entre los siglos XIV al XVI”*. Servicio de Publicaciones de la U. de Jaén, 2000.

FRANCO SILVA, A.: *“Estudios sobre D. Beltrán de la Cueva y el ducado de Alburquerque”*. Servicio de Publicaciones de la U. de Extremadura. Cáceres, 2002.

FRANCO SILVA, A.: *“Entre la derrota y la esperanza: Don Diego López Pacheco, marqués de Villena (Mediados del siglo XV-1529)”*. Servicio de Publicaciones de la U. de Cádiz, 2005.

FRANCO SILVA, A.: *“El proceso de señorialización de las tierras palentinas en la Baja Edad Media. El condado de Saldaña”*. Actas del II Congreso de Historia de Palencia. T. II, 525.

FROMM, E.: *"El miedo a la libertad"*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1973.

FUMAGALLI, V.: *"Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media"*. Nerea. Madrid. 1987.

FUMAGALLI, V.: *"Las piedras vivas. Ciudad y naturaleza en la Edad Media"*. Nerea. Madrid. 1988.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A.: *"La época medieval"*. En: ARTOLA, M.: Historia de España, vol. 2. , Alianza, Madrid, 1988.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A.: *"La sociedad rural en la España medieval"*. Madrid, 1988.

GARCÍA VERA, M.J.: *"Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV"*. En la España Medieval. 16 (1993) : 223-237.

GEBSATTEL, V.E. F von.: *"Antropología médica"*. Ediciones Rialps. Madrid, 1966.

GIMENO CASALDURO, J.: *"La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV"*. Madrid, 1972.

GONZÁLEZ INFANTE, J.M.: *"Enfermedad mental y personalidad"*. Discurso de ingreso en la R. Academia de Medicina de Cádiz. Noviembre, 1995.

GONZÁLEZ INFANTE, J.M., GARCÍA GUTIERREZ y GONZÁLEZ MORENO, J.M.: *"Las disfunciones sexuales neuróticas"*. Psicopatología. 21, 1-2. Enero-Marzo, (2001): 17-26.

GONZÁLEZ INFANTE, J.M.: *"Los sentimientos de culpabilidad patológicos: Melancolía, duelo y depresión"*. En: SEVA DÍAZ, A.: Psiquiatría Humanística. Capítulo 14. INO Reproducciones. Zaragoza. (2006) : 209-220.



GRADILLAS, V.: *"Trastornos de la personalidad en la práctica médica"*. Masson. Barcelona, 2002.

GRANJA, C.: *"La Audiencia y las Cancillerías castellanas (1371-1525)"*. Madrid, 1994.

JACKSON, G.: *"Introducción a la España Medieval"*. Alianza, Madrid, 1978.

JAHODA, G.: *"Psicología de la superstición"*. Herder. Barcelona, 1976.

JASPERS, K.: *"Psicopatología General"*. Editorial Beta. Buenos Aires, 1963.

JASPERS, K.: *"La filosofía"*. Fondo de Cultura Económica. México. 1970.

JASPERS, K.: *"Psicología de las concepciones del mundo"*. Ed. Gredos. Madrid, 1967.

JULAR, C.: *"Los adelantados y merinos mayores de León (Siglos XIII-XV)"*. León, 1990.

JUNG, C.G.: *"Teoría del psicoanálisis"*. Plaza Janes. Madrid, 1962.

JUNG, C.G.: *"Energética psíquica y esencia del sueño"*. Paidos. Buenos Aires, 1960.

JUNG, C.G.: *"La interpretación de la naturaleza y la psique"*. Paidos. Buenos Aires, 1964.

JUNG, C.G.: *"Los complejos y el inconsciente"*. Alianza Editorial. Madrid, 1969.

JUNG, C.G.: *"Arquetipos e inconsciente colectivo"*. Paidos. Buenos Aires, 1970.

KANTOROWIZK, E.H.: *“Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología medieval”*. Alianza Editorial. Madrid, 1985.

KIELHOLZ, P.: *“Angustia”*. Ediciones Morata. Madrid, 1970.

KIRK, G.S.: *“El mito”*. Ediciones Paidós. Barcelona, 1970.

KRAEPELIN, E.: *“Psychiatrie”*. 8ª Ed., 2 tomos. Barth. Leipzig, 1910.

KRETSCHMER, E.: *“Delirio sensitivo paranoide”*. Editorial Labor. Barcelona, 1959.

KRETSCHMER, E.: *“Constitución y carácter”*. Labor. Barcelona, 1961.

KRETSCHMER, E.: *“Hombres geniales”*. Editorial Labor. Barcelona, 1961.

LADERO QUESADA, M.A.: *“Mercedes reales en Granada anteriores a 1500”*. Hispania. XXIX. Madrid, (1969) : 355-424.

LADERO QUESADA, M.A.: *“Los señores de Gibralfaro”*. Cuadernos de Historia, 7. Madrid, (1977) : 39-95.

LADERO QUESADA, M.A.: *“Los mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media”*. Historia, Instituciones y Documentos, 5. (1978).

LADERO QUESADA, M.A.: *“Las ferias de Castilla. Siglo XII a XV”*. Cuadernos de Historia de España, LXVII-LXVIII. (1982).

LADERO QUESADA, M.A.: *“Corona y ciudades de Castilla del siglo XV”*. En la España Medieval, V, (1986)

LADERO QUESADA, M.A.: *"I Los Reyes Católicos: La corona y la unidad de España"*. En "La corona y los pueblos americanos". (1989).

LADERO QUESADA, M.A.: *"1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla"*. En la España Medieval. 14, (1991) : 237-274.

LADERO QUESADA, M.A.: *"Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)"*. Madrid, 1993.

LADERO QUESADA, M.A.: *"La decadencia española como argumento historiográfico"*. Hispania Sacra. XLVIII, 97, (1996) : 5-50.

LAÍN ENTRALGO, P.: *"Teoría y realidad del otro"*. Tomos I y II. Revista de Occidente. Madrid, (1968)

LANDMANN, M.: *"Antropología filosófica"*. Editorial Hispanoamericana. México, 1961.

LAPLANTINE, F.: *"Introducción a la Etnopsiquiatría"*. Gedisa. Barcelona, 1979.

LANTERI-LAURA, G.: *"Psiquiatría Fenomenológica"*. Ediciones Triquel. Buenos Aires, 1965.

LERSCH, P.: *"La estructura de la personalidad"*. Scientia. Barcelona, 1964.

LERSCH, P.: *"Psicología social"*. Scientia. Barcelona, 1967.

LÉY-BRUHL, L.: *"La mentalidad primitiva"*. Leviatán. Buenos Aires, 1957.

LÓPEZ IBOR, J.J.: *¿Cómo se fabrica una bruja?*. Dopesa, Barcelona, 1976.

LOPEZ-IBOR ALIÑO, J.J., ORTIZ ALONSO, T. y LÓPEZ-IBOR ALCOCER, M.I.: *"Lecciones de Psicología Médica"*. Masson. Barcelona, 1999.

LUCAS-DUBRETÓN, J.: *"El rey uraño. Enrique IV de Castilla y su época"*. Ed. Morata. Madrid, 1945.

LLOPIS, B.: *"Introducción dialéctica a la psicopatología"*. Ediciones Morata. Madrid, 1970.

LLOSA SANZ, A.: *"Presencia y función de los magos en la novela histórica romántica española"*. Hipertexto 4 (2006): 23-34.

MACKAY, A.: *"La España de la Edad Media. Desde la frontera hasta el imperio (1000-1500"*. Cátedra, Madrid, 1980.

MAHER, A.: *"Introducción a la investigación en psicopatología"*. Taller ediciones JB. Madrid, 1974.

MALINOWSKY, B.: *"Estudios de psicología primitiva"*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1963.

MALINOWSKY, B.: *"Una teoría científica de la cultura y otros ensayos"*. Editorial Sudamericana. Barcelona, 1970

MANUAL DIAGNÓSTICO Y ESTADÍSTICO DE LOS TRASTORNOS MENTALES DSM-IV-TR. Texto revisado. Masson. Barcelona. 2002.

MARAÑÓN, G.: *"Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo"*. Espasa Calpe. 15ª Edición. Madrid, 1998.

MARIANA, J.: *"Historia General de España"*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1950.

MARTIN, J.L.: *"Economía y sociedad en los reinos hispanicos de la Baja Edad Media"*. Barcelona, 1983.

MARTIN, J.L.: *"Enrique IV"*. Editorial Nerea. Madrid, 2003.

MARTIN, J.L.: *"Historia de España: Plena y Baja Edad Media"*. Espasa Calpe. Madrid, 2004

MARTÍN-SANTOS, L.: *"Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial"*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1964.

MATELLANES MERCHÁN, J.V.: *"La estructura del poder en la Orden de Santiago, siglos XII-XIV"*. En la España Medieval. 23, (2000) : 293-319.

MAY, R., ANGEL, E. y ELLENBERGER, H.F.: *"Existencia"*. Ed. Gredos. Madrid, 1967.

MERCHÁN, A.C.: *"Sobre los orígenes del régimen señorial en Castilla. El abadengo de Aguilar de Campoo (1020-1369)"*. Málaga, 1982.

MERLEAU-PONTY, J.: *"Cosmología del siglo XX"*. Ed. Gredos. Madrid, 1971.

MILLON, T.: *"Psicopatología Moderna. Enfoque biosocial de los aprendizajes erróneos y de los disfuncionalismos"*. Salvat Editores, Barcelona, 1976.

MILLON, T.: *"Trastornos de la personalidad. Más allá del DSM-IV"*. Masson. Barcelona, 1998.

MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, J.M.: *"Feudalismo y concejos. Aproximación metodológica al análisis de las relaciones sociales en los concejos medievales castellano-leoneses"*. En la España Medieval. 2 (1983): 109-122.

MITRE, E.: *"La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas"*. Istmo. Madrid, 1979

MITRE, E.: *"Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III"*. Valladolid, 1968.

MITRE, , E.: *“Los judíos de Castilla en tiempos de Enrique III. El pogrom de 1391”*. Valladolid, 1994.

MITRE, E.: *“La historiografía sobre la Edad Media”*. Madrid, 1999.

MONSALVO ANTÓN, J.M.: *“Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo de la corona de Castilla en la Baja edad Media”*. Madrid, 1985.

MONSALVO ANTÓN, J.M.: *“Poder político y aparatos de Estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática”*. Studia Histórica. Historia Medieval, IV, 2, Salamanca, (1986): 101-167.

MONTGOMERY, S.A.: *“Ansiedad y depresión”*. Wrightson Biomedical Publishing. Reino Unido, 1992.

MORALES MUÑIZ, D-C.: *“Alfonso de Ávila rey de Castilla”*. Diputación Provincial de Ávila. 1988.

MORALES MUÑIZ, D-C.: *“Las confederaciones nobiliarias en Castilla durante la Guerra civil de 1465”*. Anuario de Estudios Medievales. 18 (1988) . 455-467.

MORETA, S.: *“Malhechores feudales. Violencia, antagonismo y alianza de clases en Castilla, siglo XIII-XIV”*. Madrid, 1978.

MORGAN, L.H.: *“La sociedad primitiva”*. Editorial Ayuso. Madrid, 1970

MOXÓ, S.: *“Los señoríos. En torno a una problemática para el estudio del régimen señorial”*. Hispania, 94 . Madrid, (1964).

MOXÓ, S.: *"De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria de Castilla en la Baja Edad Media"*. Cuadernos de Historia, 3, (1969).

MOXÓ, S.: *"La nobleza castellano-leonesa en la Edad Media"*. Hispania. 114, (1970) : 5-68.

MOXÓ, S.: *"La nobleza castellana en el siglo XIV"*. Anuario de Estudios Medievales. 7, (1971).

MOXÓ, S.: *"Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio"*. AHDE, XLIII, Madrid, (1973) : 271-309.

MOXÓ, S.: *"Los antiguos señoríos de Toledo"*. Toledo, (1973).

MOXÓ, S.: *"Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval"*. Rialp. Madrid, (1979).

MOXÓ, S. Y LADERO QUESADA, M.A.: *"La España de los cinco reinos" (1085-1369)*. Madrid, (1984)

NAVARRO, A.M.: *"Crisis política y formas de conflictividad en Andalucía durante el reinado de Enrique IV"*. Temas Medievales. Vol. 13, nº 1. Buenos Aires (2005) : 1-18.

NIETO SORIA, J.M.: *"Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)"*. Madrid, (1988).

NIETO SORIA, J.M.: *"La configuración eclesiástica de la realeza trastámara en Castilla (1369-1474). Una perspectiva de análisis"*. En la España Medieval, 13, (1990), ps. 133-162.

NIETO SORIA, J.M.: *"La ideología política bajomedieval en la historiografía española"*. Hispania, L/2, 175 (1990) : 667-681.

NIETO SORIA, J.M.: *"El pontificado de Martín V y la ampliación de la soberanía real sobre la iglesia castellana (1417-1431)"*. En la España Medieval. 17, (1994)

NIETO SORIA, J.M.: *"Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)"*. En la España Medieval. S.P.U.C., 19, (1996).

NIETO SORIA, J.M.: *"Origen divino espíritu laico y poder real en la Castilla del siglo XIII"*. Anuario de Estudios Medievales. 27 (1997) : 43-101.

NIETO SORIA, J.M.: *"El poderío real absoluto" de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): La monarquía como conflicto"*. En la España Medieval, 21, (1998) : 159-228.

NIETO SORIA, J.M.: *"Orígenes de la monarquía hispánica: Propaganda y Legitimación (1400.1520)"*. Ed. Dykinson. Madrid, (1999).

NIETO SORIA, J.M.: *"Los perdones reales en la confrontación política de la Castilla trastámara"*. En la España Medieval. 25 , (2002).

NIETO SORIA, J.M. (Director): *"La monarquía como conflicto en la Corona Castellano-Leonesa (C.1230-1504)"*. Silex. Madrid, 2006.

NUÑEZ, M.: *"La indumentaria como símbolo en la iconografía funeraria"*. La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media, Santiago de Compostela, (1986): 9-20.



O'CALLAGHAN, J.F.: *"Las Cortes de Castilla y León (1230-1350)"*. En Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media, I, Valladolid, (1988): 153-181

OLIVERA, C.: *"Las Cortes de Castilla y León y la crisis del Reino (1445-1474)"*. Burgos, 1986.

PALENCIA, A.: *"Crónica de Enrique IV. I, II y III."* Biblioteca de Autores Españoles. Tomos CCLVII, CCLXII y CCLXVII. Madrid. 1975.

PAYNE, S.G.: *"Historia de España. La época medieval. Desde sus orígenes hasta el fin de la Edad Media"*. Madrid, 1985.

PÉREZ-BUSTAMANTE, R.: *"El gobierno y la administración en Castilla (1290-1474)"*. 2 Volúmenes. Madrid, 1976.

PÉREZ DE GUZMAN, F.: *"Generaciones y semblanzas"*. El parnasillo. Simanca Ediciones. Madrid. 2005.

PIAGET, J.: *"Psicología de la inteligencia"*. Editorial Psique. Buenos Aires, 1955.

PIAGET, J.: *"La construcción de lo real en el niño"*. Proteo. Buenos Aires, 1970

PIAGET, J.: *"Seis estudios de psicología"*. Barral Editores. Barcelona, 1971.

POLAINO LORENTE, A.: *"Psicología patológica"*. Tomos I y II. UNED. Madrid, 1983.

PULGAR, FERNANDO del.: *"Claros varones de Castilla"*. El parnasillo. Simanca Ediciones. Madrid. 2005.

PUYOL, R.: *"Los cronistas de Enrique IV"*. Boletín de la Real Academia de la Historia. LXXVIII / LXXIX. Madrid, 1921.

QUINTANILLA RASO, M.C.: *"Nobleza y señorío en el reino de Córdoba. La casa de Aguilar (siglos XIV y XV)"*. Córdoba, 1979.

QUINTANILLA RASO, M.C.: *"Nobleza y señoríos en Castilla durante la Baja Edad Media. Aportaciones de la historiografía reciente"*. Anuario de Estudios Medievales. 14, (1984) : 613-642.

QUINTANILLA RASO, M.C.: *"Historiografía de una elite de poder: La nobleza castellana bajomedieval"*. Hispania, L/2, 175 (1990) : 719-736.

QUINTANILLA RASO, M.C.: *"El orden señorial y su representación simbólica: Ritualidad y ceremonia en Castilla a finales de la Edad Media"*. Anuario de estudios Medievales. 29, (1999) : 843-873.

REMPLEIN, H.: *"Tratado de Psicología Evolutiva"*. Labor. Barcelona. 1965.

RICKERT, H.: *"Ciencia cultural y ciencia natural"*. 4ª Edición. Espasa Calpe. Madrid, 1965.

RIU, M.: *"Edad Media (711-1500)"*. Manuales de Historia de España. Vol. 2. Espasa Calpe. Madrid, 1989.

RODRIGUEZ SÁNCHEZ, A, y MARTÍN, J.L.: *"La España de los Reyes Católicos"*. Historia de España. Tomo 5. Ed. Espasa Calpe. Madrid 2004.

ROJAS MONTES, E.: *"Psicopatología de la depresión"*. Salvat. Barcelona, 1984.

ROJAS MONTES, E.: *"Enciclopedia de la sexualidad y de la pareja"*. Espasa Calpe. Madrid, 1991.

ROJAS MONTES, E.: "La ansiedad". Temas de hoy. Madrid, 1998.

RUÍZ GARCÍA, E.: "*Aspectos representativos en el ceremonial de unas exequias reales (a. 1504-1516)*". En la España Medieval, 26, (2003) : 263-294.

SÁNCHEZ SAUS, R.: "*Caballería y linaje en la Sevilla medieval. Estudio genealógico y social*". Sevilla 1989.

SANCHÍS BANÚS, J.: "*Enfermedad y muerte del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II*". Archivo Medicina. Cirugía y Especialidades. Vol. 26, 1927.

SANDLER, J. y DAVIDSON, R.S.: "*Psicopatología*". Trillas. México, 1977.

SANZ SANCHO, I.: "*El poder episcopal en Córdoba en la Baja Edad Media*". En la España Medieval. 13, (1990) : 162-172.

SARASON, I.G.: "*Psicología anormal*". Trillas. México, 1977.

SCHNEIDER, K.: "*Patopsicología clínica*". Editorial Paz Montalvo. Madrid, 1962.

SCHNEIDER, K.: "*Las personalidades psicopáticas*". Editorial Morata. Madrid, 1971.

SELLTIZ, C., JAHODA, M., DEUTSCH, M. y COOK, S.W.: "*Métodos de investigación en las ciencias sociales*". Ediciones Rialp. Madrid, 1965.

SEVA DÍAZ, A.: "*Psicología Médica*". INO Reproducciones. Zaragoza, 1994.

SHELDON, W.H. y STEVENS, S.S.: "*The varieties of temperament*". Harper. New York, 1942.

SITGES, J.B.: "*Enrique IV y la excelente señora llamada vulgarmente doña Juana la Beltraneja (1425-1530)*". Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1912.

SOLANO, E.: *"La Orden de Calatrava en el siglo XV. Los señoríos castellanos de la Orden a fines de la Edad Media"*. Sevilla, 1978.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Evolución histórica de las hermandades castellanas"*. Cuadernos de Historia de España, XVI, 1951

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Nobleza y monarquía en la política de Enrique III"*. Hispania, XII, Madrid, (1952) : 323-400.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Los Trastámaras de Castilla en el siglo XV (1407-1454)"*. En: MENÉNDEZ PIDAL, R.: Historia de España. T XV. Madrid, 1964.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Castilla (1350-1406)"*. En: MENENDEZ PIDAL, R.: Historia de España. T. XIV. Madrid, 1966.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV"*. 2ª Edición. Valladolid, 1975.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Monarquía hispana y revolución Trastámara"*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1994.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *"Enrique IV de Castilla"*. Ariel. Barcelona. 2001.

TELLENBACH.: *"Importancia de la situación predepresiva para la transformación endógena de la depresión"*. Actas Luso-españolas de Neurlogía y Psiquiatría. 26, (1967) : 309-321.

TOMBA, E., RAFANELLI, C. Y FAVA, G.A.: *"Implicaciones clínicas de los síntomas subclínicos del trastorno bipolar"*. En: Vieta, E.: Trastornos Bipolares. Avances clínicos y terapéuticos. Panamericana. Madrid. (2001) : 149-163.

- TORRES FONTES, J.: *"Itinerario de Enrique IV de Castilla"*. Murcia, 1953.
- TORRES FONTES, J.: *"La conquista del marquesado de Villena"*. Hispania, 1953.
- TORRES FONTES, J.: *"La contratación de Guisando"*. Anuario de estudios medievales. (1965) : 398-415.
- TORRES FONTES, J.: *"El príncipe don Alfonso (1465-1468)"*. Murcia, 1971.
- TYRER, P.: *"What's wrong with DSM-III personaliti disorders"*. Journal of Personaliti Disorders. 2. (1988): 281-291.
- TYRER, P.: *"Clasificación de las neurosis"*. Díaz de Santos. Madrid, 1992.
- VAL VALDIVIESO, M. I.: *"Isabel la Católica, princesa (1468-1474)"*. Doc. 9. Instituto "Isabel la Católica" de Historia Eclesiástica. Valladolid, 1974.
- VAL VALDIVIESO, M.I.: *"La resistencia al dominio señorial durante el reinado de Enrique IV"*. Hispania, 126, 1974.
- VAL VALDIVIESO, M.I.: *"Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV"*. Hispania. 130, (1975) : 249-293.
- VAL VALDIVIESO, M. I.: *"Ascenso social y lucha por el poder en las ciudades castellanas del siglo XV"*. En la España Medieval, 17, 1994.
- VALDEÓN BARUQUE, J.: *"Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)"*. Valladolid, 1966.
- VALDEÓN BARUQUE, J.: *"Notas sobre las mercedes de Enrique II de Castilla"*. Hispania, XXVIII, Madrid, (1968) : 38-55.

VALDEÓN BARUQUE, J.: *"Las cortes castellanas en el siglo XIV"*. Anuario de Estudios Medievales. 7, (1970-71) : 633-644.

VALDEÓN BARUQUE, J.: *"Movimientos antiseñoriales en Castilla en el siglo XIV"*. Cuadernos de Historia, 6. Madrid, (1975) : 357-390.

VALDEÓN BARUQUE, J.: *"Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV"*. Madrid, 1975.

VALDEÓN BARUQUE, J., SALRACH, J.M. y ZABALO, J.: *"Feudalismo y consolidación de los pueblos hispánicos (siglos XI-XV)"*. Barcelona, 1980.

VALERA, Diego de.: *"Memoria de diversas de hazañas"*. Biblioteca de Autores Españoles. Cap. XXXVIII.

WERNER, H.: *"Psicología comparada del desarrollo mental"*. Paidós. Buenos Aires, 1965.

WOLFF, W.: *"Introducción a la psicopatología"*. Fondo de Cultura Económica. México. 1960.

ZIZIEMSKY y otros.: *"Estructura y validez de las teorías científicas"*. Métodos de investigación en Psicología y Psicopatología. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1971.

ZUTT, J.: *"Psiquiatría antropológica"*. Editorial Gredos. Madrid, 1974.

## A N E X O

ANÁLISIS PSICOBIOGRÁFICO  
DE LOS CRONISTAS  
ALFONSO DE PALENCIA  
Y  
DIEGO ENRÍQUEZ DEL CASTILLO



## **ANÁLISIS PSICOBIOGRÁFICO DEL CRONISTA ALFONSO DE PALENCIA.-**

**Datos Biográficos.-** Desconocemos quienes fueron sus padres, pero si sabemos que eran judíos conversos o descendientes de judíos conversos. Esta condición social era particularmente delicada y conflictiva en la época en que vivió Palencia, no puede olvidarse que con frecuencia, los males y frustraciones sufridos por la población del común, determinaba reacciones violentas que frecuentemente se proyectaban sobre la comunidad de los conversos.

Nace Alfonso Fernández de Palencia en la ciudad de Osma (Burgo de Osma) de Soria, en el año 1423. Fue sacerdote, aunque las actividades propias de su ministerio religioso no constituyesen la principal de sus ocupaciones.

Su educación temprana se desarrolló en la sede episcopal burgalesa, bajo la tutela del obispo de Burgos don Alfonso de Santa María, judío convertido al cristianismo por San Vicente Ferrer. La adscripción religiosa anterior del obispo, que había sido rabino de la ciudad de la que llegaría a ser la máxima autoridad eclesiástica católica, es una de las afinidades que comparte Palencia, con su tutor de los primeros años, sin olvidar tampoco su nombre cristiano.

Cuando contaba 20 años ostentó el carácter de familiar de don Alfonso de Cartagena, hijo de Alfonso de Santa María, y como él también obispo de Burgos. De quién fue discípulo.

El pensamiento humanista de sus dos primeros ilustres maestros tuvo evidentemente que marcar inicialmente, al niño y más tarde, al joven Alfonso de Palencia, que para ampliar su formación se desplazó a Italia entrando al servicio del cardenal Besarión en Florencia hasta 1453. En Roma tuvo como maestros a algunos humanistas famosos como Jorge Trepezuncio y Vespasiano de Bisticci.

A su vuelta a Castilla formó parte de la comitiva del arzobispo de Sevilla, Fonseca, sucediendo en 1456 a Juan de Mena como secretario de cartas latinas del rey Enrique IV.

En 1465 se definió con claridad como partidario del joven rey Alfonso XII, a quién defendió ante su santidad el Papa, siendo procurador en Roma de los partidarios de este rey, que le habían encargado expresamente que hiciera conocer al santo padre el manifiesto que habían elaborado en Burgos en contra de Enrique IV.

Muerto Alfonso, se pasó al bando de su hermana Isabel, interviniendo muy directamente en las negociaciones secretas que se efectuaban para concertar su casamiento con Fernando de Aragón, que culminaron con el matrimonio de ambos príncipes en secreto y sin el consentimiento de Enrique IV en 1469.

Asentado posteriormente en Sevilla intervino eficazmente en la constitución de la Santa Hermandad de esta ciudad (1476). A partir de entonces decrece considerablemente su actividad pública, desapareciendo de la escena política. Falleció en Sevilla en el año 1492 a la edad de 69 años.

Es autor del libro: *“Batalla campal entre los perros y los lobos”* (1457), escrita originalmente en latín y traducida después por su autor al castellano, impresa en Sevilla en 1590. Esta obra constituye una crítica política a la que venía realizando Enrique IV. Es autor también del *“Tratado de la perfección del triunfo militar”* (1459), igualmente escrito inicialmente en latín y traducido por el mismo autor más tarde. Se trata de una obra alegórica inspirada en los acontecimientos del reinado de Enrique IV, en la que su autor pretende hacer ciertas recomendaciones al rey.

Aunque solo se trata de una obra que se le atribuye, se considera que escribió las conocidas *“Coplas del provincial”*, texto en verso manifiestamente desvergonzado y panfletario, que refleja a las claras cierta ruindad de su autor que “tira la piedra y esconde la mano”; escudándose en el anonimato, a mi juicio, vierte lo que creo que era un profundo resentimiento sobre la figura de don Enrique, al que toma como “chivo expiatorio” de sus frustraciones personales, algo parecido a lo que los conversos –cuya condición ostentaba Palencia- eran para los cristianos viejos.

Un tratado realmente importante escrito íntegramente en latín es el que titula: *“Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum diebus colligentis”*, que imitando a Tito Livio dividió en tres décadas. Es una obra monumental en la que Palencia se muestra como un gran observador e historiador perspicaz, que nos permite conocer, en gran medida, los hechos históricos correspondientes a tres reinados, lo acontecido en los últimos años de Juan II, la totalidad del de Enrique IV y los diez primeros años del de los Reyes Católicos –muy especialmente la guerra de Granada-, cuya conquista se realiza precisamente el mismo año de su muerte. Esta obra de cuya relevancia histórica no puede dudarse, no deja de, -sin desmerecer para nada su valor histórico-, sorprendernos por su mordacidad y acritud hacia algunos de los personajes sobre los que trata, como el condestable Alvaro de Luna y, muy especialmente, Enrique IV, que aunque en efecto no fueron modelos a seguir en casi nada –excepción hecha del

condestable que fue un político dotado-, tampoco merecieron, como personajes históricos, ser tratados con la parcialidad que lo hizo Alfonso de Palencia en su obra. Si no fuera porque el cronista es contemporáneo de los hechos que relata, lo que le confiere el carácter de personaje histórico a él mismo, mal parado quedaría como historiador en el juicio de sus lectores de generaciones posteriores.

Además es autor de un “vocabulario universal en latín y romance” (1490) y un “compendiorum geográfico.

**Análisis psicobiográfico.-** De la vida del personaje Alfonso de Palencia se desprenden, como de cualquier otra biografía, manifiestos “claroscuros”. Es curioso como lo que más brilla en ella son sus consecuciones intelectuales y literarias: Posee una aquilatada formación humanística, es un hombre cultísimo para el común de los de su tiempo, dominaba el italiano y el francés, redactó sus escritos en latín, su repertorio de obras es importante, etc. Esta brillantez intelectual canalizada casi toda ella a través de la vertiente política, pierde parte de su esplendor al tener su autor, inevitablemente, que elegir partido, lo que convierte la casi totalidad de su obra en un instrumento de propaganda al servicio de una determinada facción.

Pero quizás donde nos parece vislumbrar el comienzo de las que vamos a llamar zonas oscuras es en los sectores más íntimos de su vida personal, y digo esto, no porque en su biografía nos hayamos encontrado con hechos escabrosos o reprobables que se le pudieran achacar, de ninguna manera; es solo lo que podemos inferir de cómo se desarrolló su vida y cuáles pudieron ser sus motivaciones primarias, lo que únicamente puede servirnos para entender esa intimidad algo más oscura del afamado cronista.

Si cualquier escritor deja en su obra literaria retazos de sí mismo, Alfonso de Palencia al relatar hechos que acontecen en el curso de su propia vida los impregna de sus cualidades personales más íntimas, es decir, en ningún momento deja de involucrarse sentimentalmente con lo que nos transmite en sus escritos; esto, que le hace ya perder peso como historiador imparcial, le sirve al psicólogo para, relacionando su obra con su vida, encontrar esas zonas oscuras, que quizás puedan servirnos para comprender mejor ciertos hechos.

Pero esas penumbras que el análisis biográfico y de la obra de Alfonso de Palencia parece permitirnos vislumbrar, no se deben a su condición de crítico inmisericorde del rey y sus cortesanos, lo que desde su condición de intelectual y pensador –diríamos hoy- de su tiempo, estaría no solo justificado, sino que sería lo

obligado a su condición. Pero lo que se aparta de la mera crítica política, es la acritud con que se hace, la parcialidad con la que se tratan los hechos y, muy especialmente, por la carga de subjetivismo que la impregna. A un ideólogo con pretensiones de reformador debe exigírsele mayor imparcialidad, más objetividad, y mucho más pulcritud al calificar lo mismo acciones históricas que a personajes.

Lo que parece traslucirse de la obra de Palencia es el *resentimiento*<sup>1</sup> hacia determinados personajes, como el rey, el papa, don Beltrán de la Cueva, don Juan Pacheco, etc. En el caso de algunos, su resentimiento obedece a que en sus relaciones con ellos se sintió ofendido, fuera esa o no la intención del otro; tal es lo que ocurre con el rey o con el papa, que pudieron haber herido su sensibilidad de manera indirecta.

Se apunta por algunos, que aunque Palencia fue agrio en su crítica, no dejó de ser imparcial al realizarla, aduciéndose para ello el que se generalizase a diversos personajes de la época. A mi juicio, lo que Palencia criticaba de muchos cortesanos, era la condición o posición social del personaje, para la que no le creía merecedor, lo que si bien, en muchos casos, resulta comprensible desde una posición moralizadora, en el caso de nuestro cronista, se sustentaba únicamente en su resentimiento. Lo que ofendía a Palencia de esos personajes, muchos de ellos realmente indignos de su condición, provenía de que les aplicaba su propia vara de medir, o lo que es lo mismo, su particular orden moral construido desde el resentimiento que sentía por una organización social que, aunque injusta para con todos los ciudadanos, sobre todo, era injusta para con él, poseedor de unos valores, –que sobre valoraba– que no le eran reconocidos. Lo que desearía resaltar no es lo justo o injusto de la crítica, sino la motivación sobre la que se sustentaba, la que aún sin ser consciente, no deja de poseer un cierto carácter perverso<sup>2</sup>.

Debe quedar claro que en lo dicho aquí, no existe el más mínimo deseo de criticar a Palencia como persona, sino a lo escrito por el cronista. Nuestro análisis obedece, por otra parte, a la necesidad de conseguir depurar nuestras fuentes del mayor número posible de opiniones que nos distancien excesivamente de la verdad. Concretamente en nuestro estudio la obra de Palencia viene a representar un importante

---

<sup>1</sup> El resentido se siente maltratado por la fortuna. Experimenta que no recibe el reconocimiento que merece por parte de la sociedad, por lo que adopta manifiesta hostilidad hacia quienes cree responsables de su situación y, también, hacia aquellos otros que sin serlo, se benefician de lo que solo a él en justicia le corresponde.

<sup>2</sup> Entiéndase como tal la pérdida de la ecuanimidad del sentido de la crítica

porcentaje de la totalidad de nuestras fuentes, de ahí el que observemos casi con lupa lo que nos cuenta, teniendo que referirlo, inevitablemente, a la biografía de su autor.<sup>3</sup>

La apreciación que desde mi posición me cabe hacer de Palencia como persona solo puede ser de orden descriptivo y psicológico, afirmando que es un intelectual culturalmente mucho más dotado que cualquiera de sus contemporáneos, que sufrió las consecuencias de pertenecer por nacimiento a un grupo social, segregado injustamente del común, lo que debió constituir una vivencia temprana cuyas consecuencias sobre la conformación de su personalidad hemos querido inferir del particular matiz dado a su obra literaria. Precisamente la formación recibida, que le permitió situarse entre los poderosos, aunque no como uno de ellos, sino como un sirviente más, activó sus vivencias infantiles en el único sentido posible, el de la reivindicación, la que careciendo de los cauces adecuados que le permitieran su satisfacción, -imposibles de imaginar en la Baja Edad Media-, no tenía más opción que transformarse en un *complejo psíquico*, -en el más puro sentir psicoanalítico-, cuya expresión en el plano de las relaciones interpersonales de su portador la hemos calificado de *resentimiento*.

¿En qué momentos, descritos por el mismo Alfonso de Palencia, nos hemos basado para establecer los criterios expuestos más arriba sobre el cronista y su obra político-literaria? Me permito servirme de algunos de ellos, cuya descripción inicio seguidamente.

Siendo procurador en Roma de los nobles rebeldes, intentó por todos los medios a su alcance, convencer a Paulo II de los desmanes y desgobiernos de Enrique IV, sosteniendo, como hacían los conjurados, la “ilegitimidad de ejercicio”, en la que basarían más tarde su destitución en Ávila. Como Paulo II no se dejó convencer por la apasionada prosa de Palencia, la rotundidad de su fracaso no podía ser más manifiesta, lo que debió ser profundamente frustrante para el cronista y origen de su resentimiento hacia el pontífice<sup>4</sup>.

Dice poco de su condición de clérigo el que, tras no ser consideradas sus razones y las de sus representados por el Papa, arremetiese, no solo contra él, sino contra todo el

---

<sup>3</sup> “Antes de leer una historia es muy importante leer la vida del historiador” (BALME, J.: “El Criterio”. 4ª Edición. Imprenta de A. Brusi(1857). Cap. XI. ps.147-151.

<sup>4</sup> Palencia debió vivir el rechazo de sus alegaciones por el Papa, como un ultraje hacia su persona. En ningún momento intentó sopesar las posibles razones del pontífice, -en la línea de sus antecesores, de reforzar la autoridad real para “*mutatis mutandis*”, sostener el poder temporal del pontificado-, en absoluto representa para él la negativa una cuestión política, sino una ofensa que rumiará durante años.

“decadente pontificado romano”<sup>5</sup> y la curia cardenalicia. Cuando, según refiere, una noche cenando con el español Juan de Carvajal, obispo cardenal de Ostia o de Sant Angelo, se atreve a manifestarle las críticas del vulgo –que hace suyas– sobre el pontífice, se sorprende de que el prelado no adopte también una actitud crítica, siendo incapaz de apreciar en la respuesta del cardenal Carvajal la reflexión que le hace en cuanto al trasfondo de envidia que existe en muchos de los que se escandalizan, y la importancia que en determinadas circunstancias puede tener para sostener la autoridad, la apariencia externa de quién la representa<sup>6</sup>. También respecto a este mismo cardenal, al que por ser auditor leyó la acusación de los grandes contra Enrique IV, nos relata: *“Dolor y vergüenza me costaría referir lo que a los demás procuradores y a mi nos contestó...”* o en otro punto y aparte: *“No transcribiré las palabras de la respuesta porque hasta su sola repetición parecería abominable principalmente por estar aquel cardenal reputado por el más virtuoso y severo o por uno de los más respetables”*. No hay nada ni nadie que consiga que, mínimamente al menos, se cuestione sus alegatos, ¡siempre es el otro el que se equivoca! sintiéndose ofendido al no dársele la razón de la que no duda tener derecho.

El “despecho” del cronista no se aminora con el tiempo, sino que como buen resentido perdura en su memoria durante años. Así, sus más duras críticas contra Paulo II se producen cuando nos relata su muerte, acontecida en 1471<sup>7</sup>, que nos presenta casi como un castigo divino y llena de dramatismo y oprobio, *“(…) cuan conforme había sido aquella muerte con la vida (...)”*, apunta en su crónica. A las acusaciones hechas contra el papa Paulo y sus predecesores en la silla de Pedro, añade el cronista otras nuevas, de entre las que destacamos por su pintoresquismo y, sobre todo, por el fondo de torcida intención con que se hizo, la de acusar al Papa de prácticas mágicas y sortilegios –acciones que siendo consideradas sacrílegas por la Iglesia, resultaban doblemente punibles al ser practicadas por el que era su cabeza visible en la tierra-. Estos alegatos entrañan un mayor ensañamiento, si se tiene en cuenta que se propagaban tras la muerte del pontífice, lo que hacía que su honor fuera más digno aún de respeto y consideración, por parte de cualquier clérigo, que cuando estaba con vida. Como colofón de hasta donde puede llegar un resentido a verter su hostilidad, creyendo incluso que obra justamente, veamos como refiere que quedó el cuerpo del Papa: *“...se*

---

<sup>5</sup> PALENCIA, A.: op.cit. Década I. Libro VII. Cap. IV. p. 158-161.

<sup>6</sup> PALENCIA, A.: op. cit. p.160

<sup>7</sup> PALENCIA, A.: “*Década II*”. LibroV. Cap. II. ps. 32 y 33.

*tornó negro, quedando los bien proporcionados miembros milagrosamente reducidos a increíble pequeñez, cual si el fuego hubiera contraído músculos y huesos*". ¿Estaba intentando transmitir la idea de que el cuerpo del Papa presentaba los signos de haber sido sometido al fuego del infierno?

Pasemos a considerar ahora, lo más someramente posible, los comentarios que Alfonso de Palencia le dedica a Enrique IV, sin lugar a dudas, el personaje histórico más cruelmente tratado por el cronista.

Es difícil de precisar el origen de la inquina que le demuestra en toda su obra, no obstante, pueden apuntarse dos posibilidades; una, que se remontase al tiempo en que Palencia estuvo al servicio del rey como secretario de cartas latinas, en cuyo caso podría pensarse que no debió sentirse suficientemente considerado por Enrique IV, y teniendo en cuenta la personalidad de Palencia le resultaría injurioso a su talento y buen oficio, constituyendo la semilla de la que germinó su resentimiento. El visceral rechazo que el cronista manifiesta hacia el rey se hace ya patente en las páginas iniciales de sus Décadas, en las que se relata, con las más negras tintas, las vicisitudes de un príncipe Enrique que contaba por entonces solo 16 años. Esto que parece contradecir la hipótesis que hemos considerado más arriba, del posible origen temporal de la inquina del cronista por el rey, queda satisfactoriamente subsanado si tenemos en cuenta que las Décadas se escribieron poco después de 1477, es decir, que los hechos que en ellas se refieren no fueron transcritos en el momento de producirse, sino bastantes años después. En nuestras consideraciones respecto a la personalidad de Palencia, esto reviste un particular interés, ya que refuerza nuestra suposición de que la actitud excesivamente crítica y parcial de Palencia, estaba sustentada por el resentimiento, una de cuyas características principales suele ser la perdurabilidad.

El otro posible origen del resentimiento del cronista por el rey, quizás pudiera entenderse si consideramos el impacto que sobre una persona de las características de Palencia tuvo la psíquicamente anormal personalidad de Enrique IV. Le debió resultar muy difícil de entender al cronista, cómo un ser inseguro, dubitativo y acomplejado podía ser rey de Castilla. Es posible que el primer sentimiento que despertara en él la persona de Enrique IV fuera el desprecio –por cierto, sentimiento que debió compartir con Juan Pacheco– que en razón de las peculiaridades de Palencia se tornó en indignación hacia una estructura social injusta y un resentimiento frente a quién consideraba que usurpaba una dignidad que no merecía.

No resulta complicado constatar la inquina de Palencia hacia Enrique IV. Es suficiente con ver las frases que en una sola hoja de su crónica<sup>8</sup> pueden leerse: “...la maldad y corrupción de don Enrique”, o, “(...) don Enrique llevado de su natural perverso (...)”, o, “(...) la licenciosa conducta del abyecto soberano”; para entender que aunque el rey era realmente una persona con unas deficiencias psíquicas, solo visto bajo el prisma del resentimiento podía ser calificado con tales epítetos.

Cuando en su Década I, libro I, cap. I., se hace eco Alfonso de Palencia de los rumores existentes sobre la ilegitimidad genética de Enrique IV, es posible que llegara a creérselo, teniendo en cuenta lo poco digno que siempre lo consideró para ostentar la dignidad real. En el mismo capítulo hace referencia al primer matrimonio de Enrique IV, para de manera despiadada y denigrante decir: “(...) después la Princesa quedó tal cual naciera”. Y a renglón seguido contarnos que: “(...) la mayor facilidad que don Enrique encontraba en sus impúdicas relaciones con sus cómplices”. Es decir, que ya en los inicios de sus Décadas de manera inmisericorde descalifica al rey considerándolo ilegítimo, impotente y con tendencias homoeróticas.

La descripción que en su capítulo II nos hace Palencia del aspecto físico del soberano es tan estigmatizadora, como la que nos transmite en relación con sus aficiones y su carácter, pero lo que resulta mucho más difícil de entender, es cuando insinúa que el desgraciado príncipe de 16 años, lo que deseaba era: “(...) que otro cualquiera atentase al honor conyugal para conseguir, a ser posible, por su instigación y con su consentimiento, ajena prole que asegurase la sucesión al trono”. Semejante maledicencia la volverá a sugerir el cronista en otras ocasiones<sup>9</sup>, atentando así contra el honor de su rey.

Otros muchos personajes de su tiempo son severamente enjuiciados por Alfonso de Palencia, bien es verdad, que en un importante número de casos, acertó plenamente en el juicio, lo que nos obliga a pensar que, posiblemente fueron todos aquellos en los que obró con ecuanimidad, lo que pudo hacer al no tener turbado el ánimo por sentimientos que escapaban a su control consciente.

Más que relatar pormenorizadamente los comentarios y opiniones que hace Palencia de ciertos personajes, -lo que, tras lo expuesto sobre el Papa y el rey, no añadiría más claridad al análisis psicobiográfico del cronista que estamos realizando-, si voy a detenerme un poco en un escrito, cuya autoría se le adscribe a Palencia por

---

<sup>8</sup> op. cit. Cap. 10, p. 249

<sup>9</sup> op. cit. Libro IV. Cap. II. P. 82



algunos, aunque para otros es de autor anónimo. Me refiero a las conocidas *Coplas del Provincial*. En sus 149 estrofas se arremete contra Enrique IV, la reina, un considerable número de nobles, clérigos y otros personajes de la época. Esta sátira implacable que desvergonzadamente ridiculiza a casi todos y somete a la censura del común las transgresiones de la moral efectuadas por las elites, es posible que pueda decirnos mucho de las peculiaridades de su autor.

Lo primero que llama la atención es que quién compuso las coplas poseía una excelente información de los entresijos cortesanos, permitiéndonos pensar que se trataba de alguien muy próximo a las altas esferas del poder político y a la actividad cotidiana de la corte de Enrique IV.

Los personajes que son criticados con más saña son, además del rey, aquellos que se encuentran más próximos a él, siendo ridiculizados y escarnecidos, considerándoles merecedores de las maledicencias que se rumorean en relación con sus personas por la corte.

Los comportamientos más veces mencionados y criticados son los de índole sexual, poniéndose el acento de manera preferente en el adulterio y las prácticas homoeróticas.

El autor de las coplas parece tener un especial interés en la procedencia u origen de quienes constituyen el blanco de sus críticas, utilizándolo como arma arrojada en todos los casos. Deja entrever procedencias poco claras o carentes de linaje, siendo especialmente severo cuando sugiere que la procedencia puede ser judía.

Todo lo judaizante es tratado con desprecio y achacado como deshonor, como puede comprobarse en alguna frase de los cuartetos siguientes:

C 30.- *“Que no quiere ser converso”*

C 42.- *“Que eres y fuiste judío”.*

C 45.- *“Que eres hijo de Rusel”.*

C 48.- *“Y Don Abrahan tu abuelo”.*

C 66.- *“Que quemaron en Toledo”.*

C 72.- *“Que su padre era confeso”.*

C 73.- *“Privado de Jeremías”.*

C 79.- *“A ti Fr. Juan Bahari*

*Rezador del Genesí”*

C 81.- *Que os eligen por Rabí”.*

C 82.- *“Según hedéis a judía”.*

C 84.- “Hebreo de masa d’uva”.

C 86.- “Que el un quarto es marrano”.

C106.- “Que hedéis mucho a judía”.

Es curioso que al personaje que se le arroga la capacidad de criticar a los cortesanos posea el carácter de *Provincial*, cargo que en ciertas órdenes religiosas lo ostentaba un clérigo prestigioso, cuya misión era de velar por el cumplimiento escrupuloso de las reglas y normas seguidas por la orden, visitando periódicamente a las comunidades religiosas; digo que es curioso el hecho, porque dentro de las posibles figuras sociales con suficiente carisma como para exigir el cumplimiento de la moral y en caso contrario sancionar su transgresión, se escoge por el autor de las coplas, a un representante clerical. También sorprende, aunque es coherente con lo anterior, el que la corte real se asimile igualmente a un convento de frailes, dándosele a muchos de los personajes satirizados el tratamiento de Fr. como ocurre en los cuartetos 3 (“A Fr. Capitán mayor), 4 (A Fr. Enrique Cañete), 5 (A Fr. Conde sin condado), 7 (A ti, Frayle mal christiano), 12 (A vos Fr. Conde Real), 14 (De Rivadeo Fr. Conde), 18 (De Treviño Frayle y Conde), 20 (A Fr. Duque de Medina. Y á Fr. D. Juan Mendoza), 22 (A ti frayle Bujarrón), 26 (A Fr. Fernando ¿qué es dél?), 28 (Tente Frayle Carbonero), 30 (Aqueste Frayle perverso), 31 (Frayles, dadle la corona), 32 (A ti, Frayle Adelantado), 36 (¿Frayles ¿quién está allá?), 37 (¿Fr. Don Pedro Giron), 38 (A Fr. Cristóbal Platero), 42 (¿Fr. Diego Arias Puto), 46 (Y aún jura Fr. Juan de Lerma), 47 (¿Qué hacéis Don Frayle Mantilla), 49 (¿Fr. Alonso de Torres), 50 (A Fr. comer y beber), 51 (Un Monge me ha dado cuenta, de que es más Frayle Contreras), y la misma referencia se sigue haciendo en los cuartetos 53, 55, 59, 61, 62, 65, 67, 73, 75, 77, 79, 81, 83, 86, 87, 90, 118 (aquí se refiere *Á Frayla Doña Mencía*), y 124 (A ti Fr. Doña María).

Una última apreciación respecto a *Las Coplas del Provincial*; su autor deja muy claro, ya en el 2º cuarteto, que las sentencias que va a emitir son verdaderas en un 90 %:

2            “Y en estos dichos se atreve,  
                 Y si no, culpenle á él  
                 Si de diez veces las nueve  
                 No diere en mitad del fiel”.

Después de estos comentarios generales, ¿afirmaríamos que estos versos satíricos pudieron haber sido escritos por Alfonso de Palencia?

Nuestro cronista tuvo que haber conocido muy bien a la corte castellana y a sus más conspicuos integrantes, no hay que olvidar que fue “secretario de cartas latinas de Enrique IV”.

Aunque en las *Coplas* se critica a muchos personajes, los más próximos al rey y, por tanto, enemigos como él, de Palencia, son los más vejados, existiendo un claro intento de desprestigiarlos políticamente.

El interés del autor de las coplas por el origen de la gente, nos hace pensar en lo que debía preocupar a Palencia su origen “converso”, así como, su manifiesta fobia por todo lo judío, nos recuerda mucho la actitud de quién además de abjurar de su procedencia, intenta distanciarse de ella convirtiéndose en su mayor detractor.

El carácter clerical del *Provincial* que fustiga a sus “frailes”, parece un protagonista más propio de la elección de un clérigo que la de un profano, y no podemos olvidar que nuestro cronista era sacerdote.

Por último, la personalidad de Alfonso de Palencia es altamente proclive al sostenimiento apasionado de sus convicciones. ¡Su verdad, es la verdad o lo más próximo a ella! ¡Sus juicios son acertados, si no siempre, casi siempre! ¿No recuerda esta actitud la que el autor de *Las Coplas del Provincial* parece sostener en su 2º cuarteto?

**Fundamentos psicológicos.-** Nuestros comentarios anteriores sobre la personalidad y la obra de ALFONSO DE PALENCIA, exigen la exposición de los fundamentos psicológicos sobre los que los hemos sustentado. Por esta razón es por la que vamos a intentar desarrollarlos aquí.

Lo primero que debe ser clarificado es el concepto de *resentimiento*. Entendemos como tal un estado de ánimo displacentero, generado por frustraciones y desengaños en la satisfacción de nuestros deseos o en el desarrollo de nuestras capacidades. La insatisfacción generada por la no consecución del objetivo ansiado, se proyectará como sentimiento de hostilidad contra el obstáculo frustrante. Pero el significado del resentimiento involucra un nuevo estadio, constituido por la impotencia experimentada por el sujeto para que su hostilidad se transforme en una acción concreta. Esta represión origina una nueva frustración, la que reaviva y alimenta el resentimiento, favoreciendo su perdurabilidad como deseo de venganza. En definitiva la clave del resentimiento reside en que permanentemente está enfrentando al individuo con el sentimiento de inferioridad que posee como persona.

Los sentimientos encontrados de malestar, venganza e inferioridad, llegan a involucrar con el resentimiento a los “valores”, de ahí que para Max Scheler<sup>10</sup>, el resentido niegue o invierta los valores.

Según DELGADO <sup>11</sup>, en la génesis del resentimiento influyen dos importantes factores presentes en la vida del sujeto: “1º. *Experiencias humillantes, heridas del amor propio por efectivos o supuestos menosprecios sufridos, generalmente en situaciones típicas, repetidas o durables, y, 2º. El desarrollo de estructuras anímicas subconscientes, de suerte que, por una parte, el individuo no tiene conciencia del nexo de las causas con los efectos y, por otra, es laxa la relación entre las situaciones provocantes y las personas contra las cuales se ejercita la acción*”.

En relación con el primer factor determinante de resentimiento, parece que en la vida del cronista, se dan determinadas circunstancias de cuya idoneidad puede inferirse la existencia de humillaciones sufridas en su infancia y juventud. Su origen converso debió ser una fuente inagotable de conflictos y sinsabores para Palencia. En la edad adulta es él mismo quién nos facilita las claves que nos permiten descifrar su ánimo resentido, al detallarnos su participación en ciertos hechos históricos. Recuérdese lo que nos cuenta sobre sus gestiones como procurador en Roma, cuyo fracaso dio lugar a opiniones desvalorizadoras en relación con Paulo II y el cardenal Carvajal. En cuanto al origen de su inquina hacia Enrique IV, ya vimos como podían aducirse al menos dos razones, no exentas de verosimilitud, gestadas durante su servicio en la corte como secretario de cartas latinas del rey.

En cuanto al segundo factor apuntado por DELGADO como origen de resentimiento, ya tuvimos ocasión de mencionar el que calificamos como *complejo psíquico reprimido*, base de esa estructura anímica condicionadora de su comportamiento interpersonal, de la que nuestro personaje no tenía la más mínima conciencia.

Creo que establecido el concepto psicológico de resentimiento y considerados sus elementos determinantes, podemos concluir que, muy probablemente, esta “deformación de las tendencias afectivas”<sup>12</sup> que sufrió Alfonso de Palencia, puede permitarnos comprender determinados prejuicios -sustentados en la negación o inversión de *valores*-, apreciables en sus Décadas, cuyo conocimiento nos permite, salvado este

---

<sup>10</sup> SCHELER, M.: “*El resentimiento en la moral*”. Ed. Caparrós. Madrid, 1998.

<sup>11</sup> DELGADO, H.: “*La formación espiritual del individuo*”. 5ª Edición. Editorial Científico-Médica. Madrid, (1967). ps. 91-108.

<sup>12</sup> op. cit. p.95

inconveniente, considerarlas como una valiosísima fuente de conocimientos para el desarrollo de nuestro trabajo.

## ANÁLISIS PSICOBIOGRÁFICO DE DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO.-

**Datos Biográficos.-** Nació en Segovia, en el seno de una familia noble, los Castillo, en fecha indeterminada, ya que para algunos autores fue en el año 1431, mientras que otros, lo sitúan en 1443, esta diferencia de 12 años permite hacernos una idea de lo mal conocida que resulta para los historiadores su biografía. Tampoco tenemos seguridad de cual fue el año de su muerte, que para SÁNCHEZ MARTÍN pudo haber sucedido en el año 1503. Contrastan estas lagunas biográficas con el conocimiento que tenemos de su obra, sobre todo, de su “*Crónica del rey don Enrique el cuarto de este nombre*”<sup>1</sup>, que se considera el documento de mayor valor histórico para el conocimiento de este reinado.

Era clérigo, sirviendo como capellán mayor del que por entonces era el príncipe de Asturias. Al subir al trono como Enrique IV, Castillo, además de seguir siendo su capellán, pasa a desempeñar las funciones de cronista oficial de la corona, servicios, por los que como era lógico, recibía una remuneración<sup>2</sup>. Al poco tiempo el rey le nombrará miembro de su Consejo.

También disponemos de escasa información de cómo y donde se formó intelectualmente, aunque al ser clérigo y de buena familia, es de suponer que sus conocimientos fueran superiores a los de cualquiera de los hombres de su época. Debía de tener conocimientos de latín y dominaba el italiano, lengua de la que tradujo para el primer duque de Alburquerque “*Il duello*”, de Paris de Puteo, que era la traducción al italiano de la obra de este autor, escrita en latín, titulada “*De re militari*”<sup>3</sup>.

Como él mismo nos relata en su crónica, desempeñó por encargo de Enrique IV ciertas misiones diplomáticas, lo que induce a pensar que no carecía de tacto y habilidad para funciones de esta índole.

Cabe destacar en Diego Enríquez del Castillo su pensamiento político, que tenía como centro a la monarquía concebida como una institución de carácter teocrático. Precisamente la procedencia divina del poder real, que legitimaba al soberano por

---

<sup>1</sup> Biblioteca de Autores Españoles. Tomo III. Atlas. Madrid. 1953.

<sup>2</sup> Menciono este aspecto porque para algunos, como A. PAZ y MELIÁ, -panegirista de Palencia-, esta dependencia económica era uno de los motivos por el que Castillo se mostró siempre parcial como cronista de Enrique IV. Aunque menciona que Palencia, como secretario latino y también cronista oficial con quitación de Enrique IV, estaba remunerado con 35 maravedises diarios (12.775 m. anuales), considera que en el caso de éste último, “*los maravedises no torcieron su pluma*”.

<sup>3</sup> CARCELLER CERVIÑO, M. PILAR.: “*La imagen nobiliaria en la tratadística caballeresca: Beltrán de la Cueva y Diego Enríquez del Castillo*”. En la España Medieval. (2001), 24: 259-283.

derecho de nacimiento y obligaba a sus súbditos a la obediencia y al acatamiento, será un *valor* en el ideario de Castillo, que creo que no debemos perder de vista en ningún momento, pues puede que sea la clave que nos permita comprender la interpretación que le da a ciertos hechos históricos plasmados en su crónica. En defensa de estos valores monárquicos, toma decididamente partido por quien considera el legítimo rey de Castilla, enfrentándose resueltamente a la facción nobiliaria que entiende que transgrede unos principios sagrados para él. Su crítica política, expresada mediante su profundo rechazo a esta facción nobiliaria rebelde, ciertamente impregna de parcialidad su crónica, que pierde por ello mucha de la objetividad que no debería faltar nunca en una obra histórica.

Precisamente este posicionamiento político ha servido a sus detractores como argumento para criticarlo. Lo que si bien desde una perspectiva historiográfica tiene su razón de ser, carece por completo de ella, cuando se nutre de prejuicios, más dirigidos a denigrar al cronista como persona, que someter a su obra a una, siempre necesaria, crítica histórica.

Creo que PAZ y MELIÁ no está muy acertado cuando considera la crónica de CASTILLO como un “*falaz panegírico*”<sup>4</sup>, por las razones que, con el debido respeto a tan insigne erudito, intentaré exponer seguidamente.

Parece poco probable que una “*laudatio*” o escrito encomiástico, incluya en su texto críticas a la persona a la que se ensalza. Si tal ocurriese entenderíamos que no cumple las condiciones mínimas necesarias para poder calificarlo de panegírico. Pues bien, esto es lo que a nuestro juicio ocurre con la crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo, como creo que puede demostrarse tras la lectura de distintos pasajes de su texto, en los que la actitud crítica que el cronista adopta frente a ciertos comportamientos del rey no deja lugar a equívocos.

Con motivo de una estancia de Enrique IV en Jaén, cuenta CASTILLO<sup>5</sup>, cómo el arzobispo y el marqués de Villena, encargados de la gobernabilidad en su ausencia, desatendían sus deberes y pactaban ladinamente con los grandes del reino. El comentario que el cronista hace de esta situación, es el que textualmente transcribimos: “*E puesto que de todo aquesto fue avisado el Rey por muchos de los suyos, así grandes*

---

<sup>4</sup> op. cit. p. XLIV.

<sup>5</sup> op. cit. Cap. LVI, p. 132.

*como pequeños, que amaban su servicio, fue tan remiso, que no lo quiso creer, ni curó de ello ni de remediarse*". Critica su negligencia y su desatención a los suyos.

Comentando los manejos y pactos que se traían, por un lado, el marqués de Villena y por otro, el maestre de Calatrava, con los nobles opuestos al rey, apostilla el cronista<sup>6</sup>: "*E puesto que cada día iban mensageros al Rey á le notificar las novedades é forma deshonestas que con él, se hacían, fue tan remiso en se proveer y remediar, que lo trageron á los trabajos en que se vido*". Es un reproche similar al anterior.

Cuando nos transmite el intento de prender al rey, llevado a cabo por algunos caballeros que asaltan por la fuerza su palacio, escribe<sup>7</sup>: "*E porque fue muy remiso quando debiera ser executivo, e mostró flaqueza quando debiera de tener esfuerzo, sus desleales cobraron osadía, y él quedó más amedrantado que con desnudo*".

CASTILLO no es reacio en criticar la actitud del rey cuando tiene noticias del manifiesto de los nobles en Burgos<sup>8</sup>, frente al que "(...) hizo tan poco sentimiento (...)", "(...) é con quanta flojedad se descuidaba, é ponía a las espaldas lo que tan criminalmente en la honra le tocaba y en la fama".

Cuando don Enrique recibe una carta de los nobles en la que "se despedían de su servicio", mostrándole ya abiertamente, su rebeldía, comenta CASTILLO<sup>9</sup>: "*E como el Rey era más remiso que diligente, más descuidado que proveído en sus cosas, pasó muy livianamente por todo lo que así le fue depuesto(...)*".

Tras conseguir el marqués de Villena convencer al rey para que levantara sus reales de Simancas y disolviese sus tropas, salvando así la situación apurada de los rebeldes, el comentario de CASTILLO es también crítico<sup>10</sup>: "*Ca ciertamente no se podría llamar pasciencia la tuya, ni enxemplo de humanidad, mas gana de ser engañado, é voluntad de vivir sojuzgado*". No escatima los reproches, ni oculta la absoluta incapacidad del rey.

Permítaseme que como última muestra de la actitud crítica de CASTILLO hacia Enrique IV, refiera lo que nos dice el cronista cuando el rey, instigado por Juan

---

<sup>6</sup> op. cit. Cap. LVIII. p. 133.

<sup>7</sup> op. cit. Cap. LX. p. 134.

<sup>8</sup> op. cit. Cap. LXV. p. 138.

<sup>9</sup> op. cit. Cap. LXXII. p. 143.

<sup>10</sup> op. cit. Cap. LXXXI. p. 150.



Pacheco, ordena la prisión de Pedrarias<sup>11</sup>: *“Este Rey que cuando Príncipe en los días de su padre se mostraba tan osado, tan esforzado en las armas, tan denodado en las batallas, tan temido entre la gente, tan sin miedo en las afrentas, ¿quién lo privó del esfuerzo? ¿Quién le quitó la osadía? ¿Quién lo hizo tan medroso? ¿quién captivo su libertad? ¿quién le sojuzgo el poder, é le puso en tal servidumbre? El que solía mandar, es venido á ser mandado; el que reinaba é señoreaba, queda puesto en servidumbre; á el que todos se sojuzgaban, ya ninguno lo obedece, y el obedece a todos. En tanto grado es ageno de quién era, que no se acuerda si fue Rey, ni si nació para ello”*.

Estas palabras constituyen un claro ejemplo de cómo el cronista lo que ensalza es la imagen del rey como cabeza visible del “vicariato divino o señorío dividinal” (NIETO SORIA<sup>12</sup>), pero no a la persona de Enrique IV, a quién hemos visto que critica su comportamiento, tachándolo de inapropiado, inconveniente e incompetente, en definitiva, impropio del que CASTILLO esperaba de él como rey.

La parcialidad del cronista es fruto de su pensamiento político, que no deja de estar sustentado en unos *valores* en los que cree y sostiene con vehemencia en todo momento. Si comparamos su parcialidad con la de PALENCIA, destaca la base moral que sustenta la de CASTILLO, frente a la amoral, -niega o invierte los valores, por una parte y, por otra, está sustentada en un sentimiento-, del cronista soriano. Creo que puede afirmarse que la más clara divergencia entre uno y otro cronista reside en que, mientras que en PALENCIA los sentimientos dirigen su pluma, en CASTILLO son las ideas preconcebidas las que la orientan

Cuando CASTILLO recrimina en su crónica directamente a personajes, no nos está expresando un resentimiento hacia ellos, sino su rechazo al desprecio que muestran a los valores fundamentales representados por el monarca legítimo, por eso los epítetos que les dirige son los de traidores contra el rey, desvergonzados por actitudes hacia el rey, enemigos caballeros tiranos al intentar imponerles su voluntad al rey, etc. Salvo a Juan Pacheco, a ningún otro personaje lo descalifica por sus cualidades individuales, sino por su comportamiento en contra del rey; en su caso, la vara de medir que usa para enjuiciarlos está sustentada en un patrón –en un *valor*- ajeno a sus sentimientos personales.

---

<sup>11</sup> op. cit. Cap. LXXXIX. p. 158.

<sup>12</sup> NIETO SORIA, J.M.: “La oratoria como *especulum regum* en la Crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo”. <http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia7/Nieto.htm>. ps. 1-8.

Aunque me ha sido imposible separar la descripción biográfica del análisis psicobiográfico y de la obra, de nuestro cronista, sirvanme de justificación, los pocos datos con que contamos sobre su vida, siendo preciso para conocerla basarnos en lo que él mismo nos cuenta de ella, en su propia obra.<sup>13</sup>

En relación con otros datos sobre la formación de ENRIQUEZ DEL CASTILLO, son muy valiosas las aportaciones de CARCELLER CERVIÑO<sup>14</sup>, quién además de analizar con detenimiento su faceta de traductor, a la que ya hemos tenido ocasión de referirnos, apunta la posibilidad de que el cronista “hubiera residido en la corte napolitana de Alfonso V de Aragón”, lo que, por una parte, explicaría su conocimiento del italiano, y por otra, ampliaría el ámbito cultural de su formación, en pleno *renacimiento del quattrocento* y en el particular crisol de la Italia de entonces, tan reticente al movimiento centralizador del resto de Europa.

Su estancia en un estado italiano de las características del reino feudal de Nápoles, pudo haberle influido política e intelectualmente.

Posiblemente el estilo ampuloso de su Crónica, llena de discursos contruidos a la manera clásica, puede entenderse mejor si lo referimos a esas fuentes renacentistas, adquiridas en Italia, que tan proclives eran a seguir el ejemplo de la Roma antigua y a la actualización de los textos clásicos.

Si bien solo pueden establecerse al respecto, meras hipótesis, como afirma CARCELLER, son lo suficientemente sugestivas como para investigarlas, lo que quizás permitiese arrojar un poco más de luz sobre la vida de nuestro personaje.

Si como hemos comprobado, DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO no resulta ser tan “falaz panegirista”, sus ampulosos discursos podrían ser meros recursos literarios extraídos de su formación quattrocentista, de los que se valió para difundir un ideario político en el que creía; y si su salario como cronista oficial no difería demasiado del de otros cronistas de su época, tendríamos que concluir que su Crónica, como fuente de conocimiento de un reinado tan controvertido, aporta muchas pistas para entenderlo. Además, consigue situarnos en el centro de un pensamiento político que, si bien

---

<sup>13</sup> Para SÁNCHEZ MARTÍN, citado por CARCELLER (op. cit. p. 260.), “la figura del cronista solo puede analizarse a través de su obra”, y la misma P. CARCELLER, apoyándose en este autor y en PUYOL, afirma: “precisamente ha sido ésta (la obra) la fuente principal para el conocimiento de este personaje; las actuaciones en la política castellana del cronista, casi los únicos testimonios sobre su vida, se han debido de buscar en ella”.

<sup>14</sup> op. cit. p. 263.

aplicado a la figura de Enrique IV resulta desfasado, al consolidarse en el reinado posterior, nos pone en situación de llegar a entenderlo.

En otro orden de cosas, la petulancia que para PAZ Y MELIÁ, poseía el cronista y que para él queda perfectamente plasmada en la frase: *“como perpetrador por sus manos de la fama sin muerte”*, que figura en una carta que dirige CASTILLO a la reina Católica ofreciéndose como cronista oficial, no es a mi juicio una demostración de fatua arrogancia para reclamar unos emolumentos que tasa en 37.000 maravedíes, sino a lo sumo una clara convicción del valor que la pluma, al servicio de la propaganda, poseía ya en su tiempo.

Como muestra palmaria de la clarividencia demostrada por el cronista y el justo valor que tenía de su profesión y de sí mismo, sírvanos el relato de la dramática situación vivida por él, y referida, tanto en su crónica, como en la de PALENCIA, cuando al ser ocupada Segovia (1467) por los enemigos del rey, es casualmente, hecho prisionero por éstos.

El relato que nos ha transmitido PALENCIA, es una muestra más de su áspero estilo y su tendencia a la descalificación moral de su oponente- es el que transcribimos de su crónica:<sup>15</sup> *“Después que toda la ciudad de Segovia con sus arrabales quedó en poder de don Alfonso, dos escuderos, uno del arzobispo de Toledo y otro del maestre de Santiago, supieron que en la casa de cierta mujerzuela, estaban depositadas dos mulas y el equipaje de un cronista de los contrarios (del que parece era aquélla la manceba). Inmediatamente entraron en la habitación, sacaron las mulas y abrieron las dos arcas portátiles; pero viendo que solo contenían cuadernos escritos, lleváronlos al arzobispo que los leyó, y vio que eran una crónica de don Enrique atestada de falsedades. A poco trajeron al cronista, llamado Diego del Castillo. El arzobispo lee a los grandes allí presentes la relación de la batalla de Olmedo, en que cuarenta días antes habían intervenido personalmente, y advierte que está llena de palmarios e infundados desvaríos. Calla el autor y luego a las preguntas que se le dirigen contesta desatentadamente. El rey don Alfonso manda condenarle a muerte; salvándole al fin su cualidad de clérigo. Después me entregaron los manuscritos para buscar el medio de que se publicaran aquellos dislates; pero al cabo, a ruego de algunos grandes, el falaz escritor salvó la vida y yo devolví la crónica al arzobispo de Toledo”*.

---

<sup>15</sup> op. cit. Libro X, cap. I, p. 232.

Al parecer, el contenido general de la crónica no debió gustar al arzobispo, y, mucho menos, las referencias concretas a la batalla de Olmedo, por lo que alarmado, se encargó de leer expresamente a los nobles de su facción. La no concordancia entre lo expresado por CASTILLO en su crónica secuestrada, y las expectativas que ellos tenían, les indignó hasta tal extremo que “don Alfonso manda condenarle a muerte”. Una pena de tal magnitud parece desproporcionada como condena por las opiniones inconvenientes de un personajillo sin importancia, de ahí que tengamos que deducir que, ni el autor debía de ser para los rebeldes tan poca cosa, como PALENCIA parece dar a entender, ni la crónica era unos “cuadernos escritos” sin más. De hecho CASTILLO era miembro del Consejo de Enrique IV, además de su cronista oficial. Había intervenido en distintas gestiones diplomáticas en nombre del rey con los rebeldes; es decir, que debía ser alguien muy bien conocido por ellos. Pero lo que considero aún más importante es que, su crónica tenía una relevancia evidente, -que no pasó desapercibida para los nobles contrarios al rey-, tanto como documento de propaganda para el general conocimiento de la gente, como de cara a las generaciones venideras. Es por esto por lo que hemos dicho antes que la frase del cronista que aparece en la carta que le dirige a la reina Isabel I, no la considerábamos petulante, como opinaba PAZ Y MELIÁ, ya que como se desprende de lo expuesto, no solo CASTILLO se consideraba un “perpetrador por sus manos de la fama sin muerte”, sino que también los Grandes y muchas más gentes de su tiempo así debían de entender que eran los hombres de pluma.

Nosotros hoy, tenemos mucho que agradecer a DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO y también a ALONSO DE PALENCIA por el esfuerzo realizado al transmitirnos lo que vieron, oyeron y les contaron otros. Nuestro problema reside precisamente en saber cuando actúan como “perpetradores de la fama” y, cuando nos están relatando simple y llanamente lo que vieron, oyeron y le contaron.

He aquí la esencia de la investigación psicobiográfica de ambos cronistas, al ser decisiva la comprensión de la influencia subjetiva de uno y otro en la construcción de sus escritos, única manera de acercarnos a la verdad que cabe extraerse de ellos, ya que así lo hicieron sus autores, aunque de manera inconsciente a veces la enmascarasen.

Un asunto del que ya hemos tratado, pero sobre el que nuevamente me permito hacer algunos comentarios, es el de la cuestión política que impregna toda la obra de CASTILLO.

Su concordancia con los fundamentos teóricos que en la primera parte de nuestro trabajo hemos referido, al abordar los principios y valores predominantes en la Baja Edad Media, me permite además de sintonizar más ampliamente con su texto cronístico, conocer de primera mano unos principios que, compartidos por la elite del reino, permitían un tipo de gobernabilidad adecuada a su tiempo. Si en el reinado de Enrique IV no funcionaron como debían de haberlo hecho ¿a qué obedeció?

Aunque desde mi punto de vista la influencia del rey sobre muchos de los acontecimientos de su reinado tuvo su importancia, de ninguna manera el balance global claramente negativo que se desprende de su abordaje historiográfico puede interpretarse como determinado por las anómalas características de personalidad del rey y/o por sus trastornos psicopatológicos. Este reduccionismo se aparta de la verdad histórica. Creo que en el curso del reinado tienen lugar otros muchos hechos de índole extraindividual, o -como me parece más adecuado denominarlos en relación con las anomalías caracteriales de Enrique IV-, *supracaracteriógenos*<sup>16</sup>, que adquieren un mayor peso como causas del calamitoso balance.

Pues bien, algunos de esos hechos pueden estar muy vinculados con el pensamiento político de la época, o más concretamente, con la manera cómo las elites dominantes interpretaron el ideario político del momento. Es por esta razón por la que he creído adecuado el análisis del pensamiento político de ENRIQUEZ DEL CASTILLO, quién en su relato cronístico confronta su pensamiento monárquico con el de otros, o interpreta a su través la conducta de ciertos personajes, o los hechos históricos que nos narra.

Parece que para CASTILLO la monarquía teocrática dotada de poder real absoluto, era un hecho indiscutible. Lo problemático está en que salvo para él, para el rey Enrique IV, y en todo caso, para el Papa Paulo II, estos principios fundamentales de la monarquía, no poseían en sí mismos un valor absoluto, es decir, eran blasones indiscutibles de la realeza, pero con un valor relativo en la práctica política.

Su consideración en el juego político no era la que los monarcas habían pretendido que tuviesen, estando condicionado su valor por el del peso del poder político del monarca reinante, y/o las circunstancias que conformaban el correspondiente reinado. Así, una concepción teocrática de la monarquía y un rey dotado de poder real absoluto se

---

<sup>16</sup> Vivencias, hechos y comportamientos cuya causalidad o motivación no está en relación con las anomalías del carácter, sino que se deben a situaciones medio ambientales preestablecidas extremas o incontrolables por el individuo.

entienden en un reinado como el de Sancho IV, hombre enérgico y guerrero, muy decidido y resuelto en el actuar. Se entiende mal en un reinado como el de Juan II de Castilla, de carácter débil, mas cultivador de las artes que de la guerra, etc., salvo si se analiza desde las circunstancias que lo rodearon.

Lo que acontece en el reinado de Enrique IV parece que era la única deriva posible a tenor de la debilidad enfermiza del rey y las particulares condiciones que rodearon su reinado<sup>17</sup>; lo que hace posible que se lleve a efecto un auténtico intento de cambio del ideario monárquico (sentencia de Medina del Campo), que si no llegó a tener éxito, fue porque todavía no se daban las condiciones sociopolíticas idóneas.

CASTILLO, movido por su ideología política, se mantuvo siempre leal y fiel a Enrique IV, con independencia de las características personales del monarca, que poco le servían para sostener su carácter divino y absoluto. Lo que el cronista acreditó con su conducta personal, supo defenderlo con su pluma y, cuando fue necesario, también supo combatirlo poniendo en riesgo su propia vida.

La obediencia sin fisuras al rey era para CASTILLO consustancial con el carácter divino de la monarquía, de ahí que el desacato de los nobles rebeldes lo interpretase como algo necesariamente dependiente de la degradación moral de éstos. Por eso los califica de traidores, tiranos, deshonestos, servidores perversos, criados viles, etc.

Es posible que hoy resulte difícil compartir estos valores del cronista, teniendo en cuenta la total secularización de la sociedad en que vivimos, pero en la Edad Media, donde en gran medida la vida de la gente estaba impregnada de ideas religiosas y, muy especialmente el pensamiento político, puede resultar más fácil entenderlos.

No podemos olvidar que este ideario político estaba favorecido por la Santa Sede cuyos máximos representantes, los Papas, se habían pronunciado siempre en su apoyo. Tal es el caso de Paulo II, al que recurrieron el rey y los partidarios de su hermano Alfonso, siendo la posición del Papa inequívocamente favorable a los planteamientos de Enrique IV y, más aún, insta a los rebeldes a que asuman la única posición que para él cabía que adoptasen en sus relaciones con su rey, la obediencia y la sumisión, considerando que

---

<sup>17</sup> Problemático reconocimiento de un heredero directo; cualidades excepcionales del valido real: auténtico hombre político; excesivo poder político y económico de la nobleza; manifiesta incapacidad del rey.

de no hacerlo transgredían la ley divina, lo que hacía que su comportamiento fuese anatematizado.

Para finalizar creo que podríamos resumir el pensamiento político de ENRIQUEZ DEL CASTILLO, mediante el discurso que el propio autor nos transmitió y que tomamos de NIETO SORIA<sup>18</sup>: *“Tanto los leales se deben preciar de su lealtad, quanto más limpiamente bebieron de ella, por quanto a los traydores desdora su trayción, tanto los arrea y compone su mucha firmeza. De aquí que tres cosas son las que mayor dolor é sentimiento suelen poner en los corazones de los buenos: primero, quando los libres nacidos en libertad son privados de aquella e puestos en la subjución de los tiranos. Segunda, quando los leales son mandados y enseñoreados por los traydores. Tercera, e más grave, quando los príncipes e reyes poderosos son vinidos en servidumbre de los siervos que criaron”*.

Para CASTILLO los “buenos”, son los *buenos súbditos*, cuyo sufrimiento lo supedita el cronista: primero, a la pérdida de su libertad individual; segundo, a la pérdida del poder político y económico, que adquieren los desleales y, tercero, a la pérdida o mejor, a la inversión de sus *valores*, al ver como sojuzgan al rey, quienes debían servirlo.

Obsérvese como para CASTILLO, más grave que la pérdida de la libertad o la pérdida del poder político y económico, es la trasgresión o inversión de los valores. El grado de sinceridad de nuestro personaje, como el valor del militar, se le supone.

Esto es lo que a mi juicio puedo extraer del análisis de su biografía, por lo que entiendo que su *Crónica de Enrique IV*, teniendo en cuenta todo lo apuntado, es una fuente de conocimientos de un alto valor historiográfico.

---

<sup>18</sup> op. cit. p. 7.